

Juego interminable

Bryan Forbes



Lectulandia

¿Por qué mató la KGB a Caroline Oates? Diez años antes, como miembro de la red austríaca de espionaje, había sido capturada en Berlín Este, torturada, drogada y obligada a revelar todas las informaciones que poseía. Después, fue canjeada por un espía ruso, pero volvió en un estado puramente vegetativo, incapaz de hablar, y pasó los últimos años en un sillón de ruedas en un sanatorio.

Lo que desconcierta al MI-6, y en particular a Hillsden, amante de Carolina en los viejos tiempos en los que él también era miembro de la red austríaca, no es sólo por qué fue eliminada, sino por qué lo ha sido ahora, muchos años después de poder ser útil a cualquiera de ambos bandos. Hillsden se empeña en encontrar la respuesta y, en el curso de su investigación, se halla atrapado en un laberinto del que no puede salir y que lo obliga a avanzar a tientas.

Poblado de una serie de inquietantes personajes y con un ritmo de acción que mantiene al lector pendiente de su trama, Juego interminable explora, además, en profundidad el oscuro mundo de los servicios secretos, el espionaje internacional y la política de la época.

Lectulandia

Bryan Forbes

Juego interminable

ePub r1.0

Titivillus 11.08.17

Título original: *The Endless Game*

Bryan Forbes, 1986

Traducción: José Ferrer Aleu

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedico este libro a Brian Garfield,
verdadero escritor y verdadero amigo.*

¿Quién montará la guardia contra los propios guardias?

Juvenal

La tiranía está siempre mejor organizada que la libertad.

Péguy

Parte I

Capítulo 1

En circunstancias ordinarias, Calder se negaba a sentir cualquier forma de compasión por los demás; sin embargo, esa mañana se sintió extrañamente conmovido cuando encontró una colonia de arañas en su baño. Contó siete, al parecer idénticas, agarradas a los lados verticales de la bañera como alpinistas perdidos. Hincándose de rodillas, las examinó de cerca. ¿Salieron realmente desde la tubería de desagüe, o no eran más que un cuento de viejas? Lo más extraño era que nunca se las veía aparecer; simplemente se manifestaban durante la noche.

Abrió el grifo del agua fría, esperando que el ruido las asustase, pero no les produjo el menor efecto. ¿Se dieron cuenta de su presencia? ¿Qué mensajes de alarma eran transmitidos por sus minúsculas células cerebrales? ¿Se habían congregado en este lugar para un suicidio en masa? Ahogarlas no era solución, pues recordó que, cuando se mojaban, se desintegraban, y después tendría una bañera llena de patas sueltas, como pestañas postizas desparramadas en la cama de una ramera. El asco más que la compasión dictó su decisión final. Arrancando una tira de papel higiénico, empujó cuidadosamente cada araña, permitiendo que toda la colonia escapase hacia el polvoriento zócalo.

Después de limpiar la bañera y mientras esperaba que se llenase, se afeitó con una hoja para tirar, estudiando su imagen en el empañado espejo como un pintor mide con la vista a un nuevo modelo. El bigote que llevaba ahora parecía discordar del resto de su cara, y esto le agradó. El reflejo más oscuro que le dio a sus cabellos la noche anterior cambiaba sutilmente sus facciones, por lo demás suaves. Siempre tuvo tersa la piel, sin una línea visible de la barba, y ahora el bigote le daba cierto aire deportivo. «Parezco el maldito subalterno que fui antaño», pensó; y recuerdos de otra era, de una vida más sencilla, se acumularon en su mente: la época en que había empezado a aprender su oficio. En muchos aspectos era una cara en la que nada había sido escrito, la cara de un hombre diez años más joven.

Después de tomar el baño se dio fricciones con una colonia barata que había comprado especialmente para la ocasión, corriente, pero de fuerte olor. Entonces peinó sus mojados cabellos con raya al medio, mientras pensaba: «Son pequeños toques como éstos los que me diferencian de los demás». Sin embargo, no estaba del todo satisfecho de sí mismo. Se sentía inquieto; no por el trabajo que tenía que hacer sino porque estaba de nuevo en un país que nunca había esperado volver a ver.

Calzándose un par de guantes de cirujano, limpió minuciosamente el baño y el lavabo, prestando particular atención a los grifos. Colocó un lápiz de labios usado sobre el antepecho de la ventana y tiró la envoltura de cartón de un tampax en la taza del wáter antes de bajar el asiento. Después metió la maquinilla de afeitar, el jabón, la pasta dentífrica, el cepillo para los dientes y la botella de colonia en una bolsa de plástico y llevó todo esto, más la toalla sucia, al dormitorio-cuarto de estar contiguo.

Antes de vestirse examinó su cuerpo desnudo. Encontraba algo erótico en la

contemplación de su piel rosada y de sus músculos tensos. En momentos como éste, justo antes de iniciar una misión, siempre se sentía presa de una intensa necesidad sexual. Hubo veces en que esta sensación fue tan fuerte que no había tenido más remedio que masturbarse. Era otro aspecto del secreto de su vida. Mirando las sábanas arrugadas estuvo a punto de ceder, pero recordó el horario estricto a que debía someterse.

Se puso un traje anodino, al menos una talla más grande de los que llevaba normalmente. Lo había comprado hacía unas semanas en una tienda Oxfam de Liverpool, su puerto de entrada. Sus trajes habituales, hechos a medida, ya estaban empaquetados en una bolsa de viaje. Satisfecho al fin de su aspecto y llevando todavía los finos guantes de cirujano, limpió todas las superficies de la habitación. Después colocó otras pistas falsas: una colilla de cigarrillo recogida en la cuneta de una calle, una caja de cerillas con anuncios de un hotel de Palma de Mallorca, una guía de líneas aéreas con detalles de vuelos al Oriente Medio y, por último y como toque final, una libreta de direcciones que encontró en un urinario público por casualidad y reservó para una ocasión como ésta. Aunque era improbable que le siguiesen la pista hasta su habitación alquilada, tenía por costumbre no dejar nada al azar: si las autoridades le buscaban, pasarían varias excitadas horas de falsas esperanzas. Lo comprobó todo una vez más y salió del apartamento, cerrando la puerta a su espalda. Antes de bajar la desnuda escalera, se despojó de los guantes y los metió en la bolsa de viaje.

Fuera, en la calle, un grupo de niños inmigrantes estaban jugando un ruidoso partido de *cricket*, empleando un bate toscamente hecho de una tabla. Antes de la última guerra, aquel sector era un respetable lugar de residencia de personas del East End de Londres con pretensiones de ascender a la clase media. La mayoría de las casas con terraza, idénticas a la que Calder acababa de abandonar, habían sido construidas sólidamente al empezar el siglo y lucían ventanas salientes en el techo y pequeños jardines delanteros. En sus buenos tiempos fueron pintadas religiosamente todos los años, y los peldaños de la entrada pulidos con piedra pómez; pero ahora las puertas eran como dientes cariados en la boca de un vagabundo. Los pocos setos de alheña que quedaban se aferraban a la vida en una pequeña capa de tierra polvorienta, alimentándose únicamente de los excrementos de tribus de perros caseros. La mayoría de los jardines delanteros fueron revestidos de hormigón y pasaron a emplearse como espacios de aparcamiento fuera de la calle para una colección de herrumbrosos cacharros. Lo que antaño fue amable suburbio se había convertido ahora en un gueto; aparte de los viejos y raros pensionistas demasiado pobres para huir de él, todo el distrito había sido colonizado por el alud de inmigrantes de la posguerra. Y no es que Calder tuviese prejuicios raciales declarados: estaba en el negocio de vender odios ajenos y no le interesaba comprarlos para sí.

Fingiéndose una ligera cojera al salir de la casa, echó a andar a través de un campo minado de cagadas de perro petrificadas y de envases de comida tirados en la calle.

Cuando doblaba la esquina la pelota de *cricket* le dio en la espalda. El viejo instinto más que la fuerza del golpe hizo que cayese de rodillas. La llave del apartamento saltó de su mano al extenderla para amortiguar la caída. Los niños se quedaron pasmados, esperando alguna reacción violenta, pero Calder se limitó a recoger la pelota y arrojársela. No dijeron nada, y él tuvo la impresión de que celebraban en silencio su victoria. Al reanudar ellos su juego, Calder buscó la llave y la tiró a través de la reja de una boca de alcantarilla. Volvió a sentir inquietud; no había querido tener el menor contacto, por trivial que fuese, con desconocidos.

Todavía haciéndose el cojo, pero apretando el paso, se dirigió a la estación más próxima del metro. Compró un billete en una de las máquinas automáticas y descendió por la escalera mecánica. Primero le asombró y después le horrorizó el deterioro y la suciedad que allí reinaban, recordando otros tiempos en que estas laberínticas cavernas habían ofrecido seguridad contra los bombardeos alemanes en los peores días de los ataques aéreos a Londres: cuerpos dormidos superpuestos en literas, como cadáveres vestidos en una catacumba; música de acordeón; llanto temeroso de niños; bocadillos a medianoche, hechos con pan del color de las mantas del Ejército y, empapándolo todo, el olor rancio del sudor provocado por el miedo.

Ahora, las paredes curvas rezumaban agua podrida y faltaban azulejos en el techo, dándole la impresión de que la hormigueante ciudad estaba apretando hacia abajo. Solamente el viento era el mismo, precipitándose contra él desde túneles lejanos. Caminó con melindroso cuidado para evitar el mar de objetos de plástico tirados; la suciedad le había horrorizado siempre. Los carteles arrancados de las paredes estaban llenos de inscripciones obscenas, como si los proveedores de odio y de envidia estuviesen resueltos a que nada, por inocente que fuera, escapase a su cólera.

Después de cambiar dos veces de tren, se apeó definitivamente en Hammersmith. De nuevo en la calle compró una caja de media libra de bombones Cadbury's Milk Tray en el quiosco de la estación; después tomó un autobús, que cruzó el puente de Hammersmith y le llevó hasta Richmond. Desde Richmond retrocedió hasta Kew Gardens, bajando en una parada desierta y haciendo a pie el resto del camino, a través de una serie de callejuelas, hasta que llegó al lugar previamente convenido. Allí, según lo proyectado, encontró un vulgar Ford Cónsul 1979 que le estaba esperando en un garaje cerrado. El coche había sido robado la noche anterior frente a un bloque de apartamentos caros de Brixton, elegido por la nacionalidad de sus habitantes.

Calder comprobó que el coche tuviese una matrícula válida y después, poniéndose unos guantes de cuero, recogió la llave del contacto de debajo del asiento del conductor. Al alejarse se cruzó con un lechero que servía a dos mujeres con rulos en los cabellos; pero, a pesar de que el vehículo robado fue descrito más tarde por la televisión, ni las mujeres ni el lechero recordaron nunca el incidente.

Calder tomó la autopista M4 en Chiswick y permaneció en ella hasta llegar a la salida de Datchett. Así cruzó los campos, rodeó los muros que cercaban los terrenos

del castillo de Windsor y siguió la carretera de la orilla del Támesis hasta Runnymede. Allí pasó a la carretera principal A3 y se dirigió al oeste, observando las diversas limitaciones de velocidad con escrupuloso cuidado, doblemente precavido porque antes, al pisar el freno, se había dado cuenta de que éste era defectuoso. Lo último que quería era sufrir un accidente.

Concienzudo en todo, examinó la guantero y las bolsas laterales de las portezuelas. Todas estaban vacías, pero advirtió con disgusto que el ocupante anterior mascaba chicle: el cenicero estaba lleno de bolitas secas y grises que le hicieron pensar en cagarrutas de conejo. Recordó súbitamente un conejo de Angora que había tenido de pequeño. Un conejo no podía sustituir a un perro; no era más que una cara peluda que miraba a través del torcido alambre de la jaula, royendo y royendo sin parar y defecando. No, no tenía nada de divertido las mañanas de domingo limpiar la paja mojada de orina y alimentar a aquella máquina de comer tallos de col y hojas de dientes de león. Nunca había tenido aquel perro que deseaba tanto. Tal vez fue esto el principio de todo; quizás, en definitiva, todo se reducía a aquel primer sentimiento de privación.

La visión de aquellas bolitas de goma desechadas acabó por asquearle y, bajando el cristal de la ventanilla, tiró el contenido del cenicero. A Calder le horrorizaban la suciedad y la mugre. El apartamento que tenía en Zurich, bajo el nombre de Miller, tenía la pulcritud de un anuncio de *House and Garden*; nada estaba allí fuera de su sitio. Pensando en el momento en que volvería a él, mientras fijaba la velocidad en 40 millas por hora, recordó uno de los sermones que repetía a menudo su hoy difunta madre: «Hagas lo que hagas, jamás salgas de casa con la ropa interior sucia. Nunca se sabe si pueden atropellarte en la calle, y piensa en la vergüenza que pasarías cuando te llevasen al hospital». La singularidad de su razonamiento lo había fascinado de pequeño y conservaba todavía algo de su misterio original. El miedo de los otros era siempre fascinador. Y también útil, desde luego; sumamente útil. Calder coleccionaba miedos como otros coleccionan sellos de correo.

Ahora, en su viaje hacia el exterior, grabó en su memoria, en orden inverso, todas las señales que veía en el trayecto. Nunca había confiado en la suerte. Ésta era una palabra que no figuraba en su vocabulario.

Aunque era julio, presuntamente un mes de verano en Inglaterra, empezó a caer la lluvia desde un cielo gris y uniforme. Reduciendo la velocidad, añoró en silencio su Mercedes 500 SLC. «Es todo lo que necesitaría ahora —pensó—, en vez de este maldito y viejo cacharro».

La lluvia cesó tan pronto como había empezado, como en el clima prefabricado de los estudios de cine. Encendió la radio y resultó que estaba conectada con una emisora comercial local. Emitían un programa de llamadas por teléfono, y la irritación inmediata que sintió al oír las tonterías que se decían mantuvo su secreción de adrenalina. Apretó las enguantadas manos sobre el volante y dio varias veces sus propias y obscenas respuestas. ¿Cómo podía la gente soportar día tras día todas

aquellas gansadas? Tristes amas de casa de los suburbios parlotando de sus vidas insulsas, manchando las ondas con la ropa sucia de sus matrimonios, sus fobias y sus prejuicios. Acné mental. El programa era presentado por un locutor con fingido y benévolo acento americano. «Ésta es su propia charla de los martes —canturreó el presentador, pronunciando mal el día de la semana—, bien conocida de todos los que os quieren». Calder se preguntó cómo podía alguien que se apreciase seguir viviendo en Inglaterra. Todas las pequeñas poblaciones que cruzaba tenían la misma estereotipada Calle Mayor: agencias de apuestas, *pubs* nada atractivos, establecimientos de comida china para llevarse a casa, los pavimentos llenos de basura derramada de las bolsas de plástico, como si las únicas industrias prósperas que quedasen fueran las que propagaban la fealdad y la pereza. Parecía como si la Inglaterra que él había conocido antaño se hubiese extinguido deliberadamente. Apagó la radio, consciente de que su irritación y su repugnancia podían distraerle.

Pocas millas después de Farnham se detuvo en una área de aparcamiento, compró un ramo de flores en un tenderete y lo pagó en efectivo. Antes de arrancar de nuevo, sacó una jeringuilla hipodérmica de su bolsa de viaje y la introdujo en un bolsillo de la chaqueta.

Su lugar de destino, el Sanatorio Geriátrico de Fernwalk, estaba situado a unas cinco millas de Farnham. Antaño había sido una residencia familiar particular, rodeada de extensos terrenos y aislada de la carretera por una espesa cortina de rododendros.

Al acercarse Calder a las plantas advirtió que el chaparrón había aplastado las flores purpúreas que quedaban, haciendo que pareciesen tan desprovistas de vida como los huéspedes a quienes ocultaban de la vista del público. Un sauce llorón se erguía cerca de uno de los pilares de ladrillo de la puerta principal y sus ramas frotaron el techo del Ford cuando entró. El súbito y siniestro ruido hizo que Calder agachase la cabeza y se sintiera como un tonto. Un rótulo pedía a los visitantes que limitasen la velocidad a 5 millas por hora, y otro, más cerca de la casa, declaraba que los niños solamente podían entrar con permiso de la directora.

Como la mayoría de estos establecimientos, la casa daba inmediatamente la impresión de un último lugar de descanso. Era de ladrillos rojos, de estilo Victoriano tardío, cubierta a trechos por los dedos trepadores de la hiedra. Las rejas en las ventanas eran más adecuadas para una cárcel que para un casi hospital. Grandes pinos escoceses salpicaban el paseo lleno de baches; era la estación de la caída de las piñas, y las ruedas del Ford de Calder las aplastaban a docenas al hacer marcha atrás con delicadeza en la zona de aparcamiento próxima a la entrada del edificio. Calder observó que sólo había otros dos vehículos, seguramente pertenecientes a miembros del personal, ya que los parientes lo bastante ricos para pagar los gastos de semejante institución difícilmente conducirían un Datsun o un Mini Minor. Dejó puesta la llave en el contacto y tomó las flores y la caja de bombones. En ningún momento durante el viaje se había quitado los guantes. Ahora, fingiendo una vez más que andaba cojo,

por si alguien podía estar observándole, se dirigió a la puerta principal y tiró del asa de hierro forjado de la campanilla.

Después de medio minuto apareció una forma al otro lado del cristal esmerilado instalado en el centro de la puerta. Observó que estaba provista de una conocida cerradura de seguridad y oyó el ruido de dos cerrojos al correrse.

Cuando por fin se abrió la puerta, se encontró delante de un anciano que vestía un traje de *tweed*. El viejo llevaba un ostensible peluquín ladeado (tal vez se lo había puesto del revés) que daba a su cara un aspecto torcido. Sostenía en una mano una edición en rústica de uno de los cuentos de hadas de Enid Blyton, y lo agitó como una bandera.

—¿Ha leído esto? —Había violencia en su voz— ¡Todo el mundo debería leerlo! Tendría que ser una lectura obligatoria en los colegios. Porque dice la verdad. Es mi Biblia. Saco todos mis conocimientos de este libro. Mientras lo tenga, no podrán darme gato por liebre. —Todo esto acompañado de una sonrisa de loco, una sonrisa que se desvaneció al quitarse de pronto la dentadura superior—. Ha llegado usted en el momento oportuno, ¿sabe? Su última idea ha sido quitarme esto. Me han robado todo lo demás y ahora van detrás de mis dientes. Esto le dará un indicio de lo que se proponen contra mí, ¿verdad? Pero este libro me da ventaja, y ellos no se dan cuenta. Mientras lo tenga, siempre andaré a un paso delante de ellos.

Pareció que escupía estas palabras a la cara de Calder, desde muy cerca. De pronto, el viejo le agarró de un brazo y tiró de él, haciendo que cruzase la puerta y entrara en el vestíbulo. A pesar de su aspecto débil, tenía la fuerza inquietante de los locos.

—Pero ya hablaremos de esto más tarde, mientras vayamos a la ciudad. Me alegro de tenerle aquí, querido amigo. Ha sido muy amable al responder mi carta. Tuve que enviarla cifrada porque aquí lo leen todo. Sin embargo, sabía que podía confiar en usted, y no habrá perdido el tiempo. No me faltan unos cuantos soberanos, ¿sabe?

La excitación y la falta de los dientes le hacían babear. Aumentó su apretón sobre el brazo de Calder.

—Lo esencial es que me saque de aquí para que pueda recobrar mis papeles. Puedo demostrarlo todo, en cuanto tenga mis papeles. Nos marcharemos en seguida, ¿verdad? ¿Ha venido en el Rolls?

Una voz dijo:

—Ya está bien, lord Orchover, ¡ya es bastante!

Apareció una joven enfermera uniformada y, con facilidad fruto de la práctica, aflojó la presa del viejo sobre el brazo de Calder.

—Póngase la dentadura, sea buen chico. Si no, no le leeré un cuento esta noche.

Dirigió a Calder una rápida sonrisa.

—Vamos, haga lo que le digo. Póngasela. Vamos, vamos. —Levantó la mano de Orchover hasta la altura de la boca y empujó la dentadura para ponerla en su sitio—.

Así está mejor. Sin los dientes no está tan guapo. Ahora, vuelva al salón de la televisión o se perderá *Blue Peter*, y entonces se disgustará mucho. Le llevaré su té dentro de un ratito.

—¿Me traerá bizcochos?

—Sí, si es bueno. Dos huevos de chocolate y muchos bizcochos.

—Mi abogado, aquí presente, querrá un refresco —dijo Orchover—. Ha hecho un viaje especial desde los tribunales para discutir conmigo ciertos asuntos confidenciales.

La enfermera vaciló. Es extraño, pensó Calder, cómo cualquier mención de los tribunales inquieta incluso a las personas más inocentes.

—¿Es usted abogado, señor?

—No, he venido a visitar a un pariente —dijo Calder, hablando con un ligero acento irlandés.

—¡Vaya! Vuelve a decirme mentiras; trata de sorprenderme porque soy nueva aquí. Eso está mal hecho, muy mal hecho. —Condujo a Orchover hacia una puerta abierta en el vestíbulo. Calder vio a otros cuatro o cinco viejos sentados en una hilera de butacas, como muñecos en una caseta de tiro al blanco de una feria—. Los niños malos no reciben golosinas ni bizcochos, vaya que no.

—Quiero hacer mayores —gimió Orchover, volviendo a la infancia.

—No me engañará de nuevo, ¿verdad? Porque si lo hace, seré muy severa.

—No, esta vez lo haré. Haré mayores.

—Está bien, le creo. Deje que atienda a este caballero y después iré a verle.

Calder esperó a que ella instalase a Orchover en su butaca.

—Le ruego que me disculpe —dijo la joven, volviéndose para poner los cerrojos de la puerta de la entrada—. Oí la campanilla, pero no pude venir a abrir todo lo deprisa que habría deseado. Estaba arriba, limpiando, después de otro estropicio. En este trabajo hay que tener ojos en el cogote. —De pronto, dándose cuenta de que podía haber sido indiscreta, añadió—: Temo que en este momento andamos escasos de personal. Yo misma tengo solamente un contrato temporal. Y ahora, disculpe, ¿a quién ha venido a ver?

—A mi prima, la señora Nicolson —dijo Calder, conservando todavía su acento.

—Oh, sí. Ella no da trabajo, como algunos. Bueno, estará muy contenta. La enfermera jefe me dijo que no recibe muchas visitas.

—Bueno, creo que yo soy el último pariente que por desgracia le queda, y ya sabe usted lo que pasa, es difícil disponer de tiempo. Mi trabajo me obliga a viajar con cierta frecuencia al extranjero.

—Espero que será a algún país más templado que éste. ¡Qué verano estamos teniendo!

—Sí. Ciertamente, en Oriente Medio hace más calor.

Calder observó que tenía un vello rubio muy pálido sobre el labio superior, una característica que siempre le atraía. Su uniforme era pulcro, con el peto muy

almidonado sobre el pecho, de manera que era difícil imaginar su verdadera forma. Las enfermeras tenían cierta fascinación para él. Tal vez se debía a su aparente pureza. Calculó que no debía tener más de veintidós o veintitrés años; demasiado mayor para su gusto, aunque parecía que podía ser una buena compañera fuera de las horas de trabajo, no reacia a un revolcón. En otro momento y en otro lugar, tal vez le habría dado un tiento.

—Espero no quebrantar el reglamento al presentarme fuera de las horas normales de visita.

—Oh, aquí no son tan severos. La enfermera jefe es muy flexible. Me refiero en lo tocante a las visitas.

Le sonrió, pero era la sonrisa de alguien condicionado para encender y apagar la compasión como una luz.

—¡Niñera! —gritó lord Orchover desde el salón de la televisión— ¡El orinal! No puedo esperar más.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la enfermera—. Es una de sus tardes. Discúlpeme, pero tengo que atenderle o armará un alboroto allí dentro. Los otros no le aprecian mucho. ¿Podrá encontrar el camino? Está en el primer piso, segunda habitación a la izquierda. Verá el nombre de la señora Nicolson en la puerta.

Por fin a solas, Calder subió la escalera de roble hasta el primer piso. La alfombra de horribles dibujos estaba gastada y deshilachada; un olor penetrante que de momento no pudo identificar impregnaba el ambiente. Entonces lo recordó: era el mismo olor fétido de la primera clase a la que había asistido cuando era pequeño: en parte a humanidad y en parte a desinfección. Una reproducción de una pintura religiosa popular le recibió en el rellano: Cristo idealizado, sin señales de angustia, parecido a un moderno astro pop, bendiciendo a un grupo de niños reunidos alrededor de sus pies, como mirones ante la entrada de artistas de un teatro. Debajo del cuadro, un aviso daba instrucciones para un caso de incendio.

Al observar el ambiente, Calder advirtió un continuo ruido de fondo, como el que produce una banda de pajarillos quejumbrosos al posarse para pasar la noche.

Encontró el nombre de la señora Nicolson en la puerta que le había indicado la enfermera, pero le desconcertó ver que figuraban allí otros dos nombres. Esto no había sido previsto en sus instrucciones. Sería pan comido, le habían dicho; nada más que entrar y salir rápidamente, pero estas cosas no eran nunca pan comido.

Cuando empujó suavemente la puerta, ésta se abrió y vio una cama metálica colocada en ángulo recto en relación con la entrada. En ella yacía acurrucada sobre una manta hecha de trozos de diferentes colores una vieja con aspecto de bruja, en posición fetal. La camisa de noche arremangada dejaba al descubierto unas piernas delgadas como las de una garza. La bruja abrió los ojos y le miró fijamente.

—¿Doctor? ¿Es usted el doctor?

Calder vaciló, sin saber momentáneamente qué decir.

—No puedo tener más hijos, ¿sabe usted? Si ha venido para esto. Debe hacer que

mi marido lo comprenda. No los quiero. Nunca los quise, salvo al pequeño Bertie, y se murió.

Con aire conspirador, se incorporó sobre los flacos codos.

—La verdad es, y se lo digo porque usted es un profesional, que él me tomó contra mi voluntad. Lo soporté. Era su esposa y lo soporté.

Se dejó caer de nuevo sobre la cama, como si el esfuerzo de la confesión la hubiese agotado.

Calder miró hacia el otro lado de la habitación, donde una segunda vieja estaba sentada en la ventana salediza. Tenía el aspecto inflado y blando de una imbécil y, como su compañera de al lado de la puerta, estaba medio desnuda, envuelta más que vestida con una extraña variedad de prendas. Al mirarla y observar la sonda conectada con una bolsa de plástico sujeta a la pata de la silla, Calder se sintió extrañamente inquieto. Por primera vez en muchos años experimentó algo parecido al pánico. Como leyendo su mente, la mujer de la ventana lo saludó con la mano. El súbito movimiento de su cabeza al bambolearse hizo que un débil rayo de sol se reflejase en sus finos cabellos blancos, produciendo una delicada aureola. Aquello fue como un presagio.

Volvió su atención a la tercera ocupante del dormitorio, la que fue señalada para una rápida liberación, pero nada de lo que le habían dicho le había preparado para el cambio que observó en su aspecto. La mujer a la que ahora llamaban señora Nicolson estaba sentada en un sillón junto a su cama y, al acercarse Calder, vio que estaba sujeta por unas correas ceñidas a su cintura. Él sabía su verdadera edad y recordó demasiado bien cómo era la última vez que la había visto en otro país. Ahora, al arrodillarse delante de ella e iniciar su pantomima, advirtió que el cambio que se había producido en aquella mujer era más impresionante de lo que jamás habría podido imaginar.

—Hola, preciosa —dijo, empleando una palabra cariñosa que no había oído desde su propia infancia—, ¿creías que nunca vendría a verte? —Elevó la voz para que lo oyesen las otras dos mujeres—. Siento haber tardado tanto, pero te he traído esto —prosiguió, mostrándole la caja de bombones y las flores que ya se estaban marchitando—, que es lo que más te gusta. No lo he olvidado.

La mujer conocida como señora Nicolson levantó la cabeza hasta que sus ojos llorosos estuvieron al nivel de los de él. Sus caras estaban apenas a más de dos palmos de distancia, y Calder pudo percibir el olor a leche agria de su aliento. Una lenta mueca de percepción, como la acción de un obturador perezoso en una cámara fotográfica, pasó por sus facciones.

—Tú —murmuró, pronunciando la palabra a través de las encías desdentadas.

—Sí, preciosa —respondió Calder—. Soy yo, Martin.

Ella fijó la mirada, escrutando su cara.

—No... Martin —dijo por último.

—Sí. Soy Martin y he venido a darte una sorpresa.

Ella pareció luchar contra las correas, moviendo la cabeza de un lado a otro. Calder miró a su alrededor, para ver si las otras dos mujeres habían advertido algo, pero ambas parecían estar durmiendo.

—He venido a asegurarme de que estás bien. Te encuentras cómoda aquí, ¿verdad? Te han dado una buena habitación, y unas compañeras. Es buena cosa tener amigas con las que puedas charlar.

Se inclinó y dejó los bombones que ella jamás comería y las flores que no olería nunca sobre la mesita de noche, al lado de un reloj Mickey Mouse que señalaba una hora equivocada. Controló su propio reloj, sabiendo que él mismo estaba retrasado.

—Los comerás más tarde, y te gustarán.

Sus ojos avizores no se perdían detalle. Sobre la mesita de noche, junto a la escupidera esmaltada y la dentadura postiza en un vaso de agua, y apoyada en un tarro de golosinas, estaba una fotografía de una joven. Había sido tomada en un jardín delante de una imponente casa de campo, y la muchacha vestía traje blanco de tenis. Un hombre cuya cara a Calder le resultaba familiar le rodeaba la cintura con un brazo, apoyando la mano justo debajo del pecho opulento. La joven miraba fijamente la cámara, con la arrogancia de las personas que saben que su belleza les abrirá todas las puertas. Era odioso comparar su aspecto sexual y juvenil con el de las tres ocupantes de la habitación.

—Te tratan bien, ¿verdad? ¿Cuidan bien de ti? Me han dicho que haces grandes progresos.

Ahora actuó con la habilidad de un prestidigitador, sacando rápidamente la jeringuilla hipodérmica del bolsillo, invirtiéndola y asegurando la aguja. Manteniendo la mano baja, de manera que no pudiera verse, comprobó la cámara ya cargada de la jeringuilla para asegurarse de que no había aire.

—El personal es muy simpático. Conocí a una de las enfermeras allí abajo; me dijo que llevaba poco tiempo aquí. Es muy jovial, más de lo acostumbrado. —Siguió charlando como uno de esos hombres que anuncian productos por televisión—. Algunas pueden ser verdaderas fieras, pero ella tiene una personalidad muy agradable. Antes de salir le diré que ponga tus flores en un jarro con agua.

—Flores —dijo la señora Nicolson, echándose hacia delante para luchar contra las correas. Su voz había ganado fuerza y era un eco de la de tiempos pasados que recordaba Calder—. Es muy propio de ti pensar... pensar en flores.

«Trabajaron duro en ella —pensó—, pero el amor es siempre lo que tarda más en borrarse».

—Lo recordé, ¿verdad? Recordé cuáles son tus flores favoritas.

Ya preparado, Calder le tomó una de las manos y arremangó el puño de la camisa de noche de franela. Tenía los dedos doblados y fríos al tacto. Entonces, como dando masaje al flaco brazo para hacerle recobrar su sensibilidad, buscó la vena. El contacto de carne con carne produjo una reacción: la mujer movió los dedos para explorar el tejido de la chaqueta de él, como suelen palpar los ciegos los contornos de la cara de

un desconocido. En el momento en que se disponía a realizar el acto final, la mujer de la cama próxima a la puerta gritó de pronto:

—¡Doctor! ¡Le necesito, doctor! ¡Venga a ver a mi hijito!

Calder giró en redondo, casi perdiendo el equilibrio. La mujer sostenía un oso de felpa en muy mal estado. Le faltaba uno de los botones que tenía por ojos y salía paja de un desgarrón en la articulación del hombro.

—Se está muriendo, se está muriendo —gimió la mujer.

—¡Cállese, vieja tonta! —le susurró Calder.

Escuchó por si oía llegar a la joven enfermera antes de introducir la aguja en su sitio de un solo movimiento, inyectando en la vena de la señora Nicolson el líquido que llegaría pronto al fatigado corazón.

La prudencia le obligó a mostrarse más amable cuando pudo confiar en su voz.

—Estoy atendiendo a esta señora; enseguida estaré con usted y cuidaré de su pequeño —dijo, continuando la comedia mientras se vaciaba la jeringuilla.

Observó la cara de la señora Nicolson. La mujer levantó de nuevo la cabeza, mirándole a los ojos por última vez al desvanecerse en certidumbre final todas sus anteriores dudas.

—¿Por qué... ahora? —murmuró, extinguiéndose las palabras en un aliento sibilante.

A Calder le pareció que se estaba encogiendo y, como profesional que era, se inclinó hacia adelante para posar los labios en las apergaminadas mejillas, representando su papel hasta el final. Ella no hizo más ruido porque el tóxico produjo un efecto inmediato, pero su cuerpo se estremeció casi imperceptiblemente antes de derrumbarse, sujeto por las correas. Calder apartó la cara y tiró de la aguja, invirtiendo cuidadosamente la jeringuilla antes de guardarla en el bolsillo. Entonces colocó delicadamente el cuerpo de la señora Nicolson en posición erguida, le envolvió las rodillas con la manta y le cruzó las manos sobre la falda.

—Ésta es mi niña querida —dijo—. Tiene sueño, ¿verdad? Bueno, puede echar una siesta hasta que le traigan el té.

La tensión le provocó calambres. Se puso de pie y se agachó para frotarse los músculos de las pantorrillas. Al erguirse se dio cuenta de que la mujer de la ventana salediza le estaba observando.

—¿Se acercan las vacaciones? —preguntó ella— ¿Iremos a casa para las vacaciones?

—Pronto.

—Oh, Dios mío, este año no quisiera ir. ¿Tendré que hacerlo?

—No, si no quiere —le respondió Calder.

Le faltaba hacer dos cosas. Tenía que dejar una pista y eliminar otra. Sacó un sobre usado con sello irlandés de un bolsillo inferior de su chaqueta, lo arrugó y lo puso debajo de la cama de la señora Nicolson. Después alargó un brazo para tomar la fotografía de la joven y, al hacerlo, volcó el reloj Mickey Mouse. La caída hizo que el

despertador empezara a sonar y Calder cubrió la campanilla con una mano hasta que se extinguió el ruido. Permaneció inmóvil, escuchando atentamente, pero no hubo señales de que alguien del personal lo hubiese oído. Guardó la fotografía en su cartera.

La tensión fue rota por la mujer del oso de felpa, que gimió:

—¿Qué será de mi hijito?

Calder se inclinó y besó a la señora Nicolson en la frente.

—Ahora que vuelvo a estar en el país, trataré de venir más a menudo, preciosa. Si necesitas algo que pueda traerte, házmelo saber.

Se dirigió a la puerta, pero los brazos huesudos que sostenían el oso de felpa le cerraron el paso.

—Se está muriendo. Bertie se está muriendo.

—No, está bien. Está perfectamente.

Echó una última mirada a la mujer a la que acababa de matar.

Se le ocurrió una justificación: tal vez, a fin de cuentas, le había hecho un favor.

Empujó a la otra mujer sobre la cama y ella abrazó el oso, desabrochó el cuello de su camisión y descubrió un pecho sorprendentemente lleno.

—Tal vez si le diese de mamar. Dicen que antes no le di bastante.

Aplicó el oscuro pezón a la cara del oso, mientras Calder escapaba. Bajó la escalera de dos en dos, se sintió aliviado al ver que el vestíbulo estaba vacío, y casi había llegado a la puerta cuando se materializó de pronto lord Orchover, moviéndose con asombrosa rapidez para abordarle.

—No iba a marcharse sin mí, ¿verdad? Seguro que no dejaría a un viejo amigo en la estacada. No a un viejo carthoniano, ¿eh? —Había estado comiendo una tostada con mantequilla mojada en yema de huevo y le quedaban señales en la floja boca—. Esto no nos gustaría.

Calder fue a asir el cerrojo superior de la puerta, pero Orchover se lo impidió.

—Le estoy hablando, amigo. ¡Insisto en que me lleve con usted!

—¡Apártese de mi camino, viejo chocho! —gritó Calder.

Empleó toda su fuerza para empujar a Orchover a un lado, pero como uno de esos perros que nunca han aprendido cuándo no tienen que saltar, Orchover volvió a buscar más. Ahora el cerrojo de arriba estaba suelto y Calder se agachó para correr el segundo, pero Orchover le agarró. Calder golpeó hacia arriba con la palma de la mano, alcanzando a Orchover por encima de la nuez de Adán. Trocitos de la tostada a medio masticar brotaron de su boca, salpicando las solapas de la chaqueta de Calder, pero la puerta estaba abierta y Calder la cruzó antes de que el cuerpo de Orchover chocase contra el suelo. Detrás de él sonó un grito de la enfermera. El Ford arrancó al girar la llave y él aceleró el motor, lanzando una lluvia de gravilla hacia la casa. Una de las piedrecitas dio contra el cristal de la puerta de la entrada, pero la joven enfermera, que se había arrodillado junto al mareado lord Orchover, apenas se dio cuenta de ello. Más tarde, no recordaría con claridad la fuga.

—¡Es un niño travieso y malo! —le estaba diciendo—. Tratando de salir de nuevo, ¿eh? Bueno, le está bien merecido. Por un día, ya me ha dado bastante que hacer. Me hará quedar mal con la jefa.

Como obedeciendo la indicación de un traspunte, la jefa de enfermeras salió de su despacho.

—¿Qué diablos pasa, enfermera?

—Estaba tratando de escapar una vez más, señora.

—Yo no —jadeó Orchover, antes de que una nueva arcada le privase del uso de la palabra.

—Miente, como de costumbre. Hoy es la segunda vez que trata de hacerlo.

—¡No puedo tener media hora de descanso en esta casa sin que ocurra algo! Cuando tiene uno de sus arrebatos, no debería dejarle solo.

—Bueno, no puedo estar en todas partes al mismo tiempo. Estaba preparando el té.

—Ésa no es una de sus funciones. La señora Mason es la responsable del té de la tarde.

—Pero todo se complica si ella no aparece, ¿verdad? Arman un alboroto si no se les sirve puntualmente el té.

La jefa la miró fijamente. La insolencia era algo que tenía que soportar diariamente en estos tiempos modernos.

—Bueno, métalo en la cama. No puede dejarlo tirado ahí.

—Es un peso muerto. No puedo levantarlo yo sola.

—Entonces, agárrelo de la cabeza.

La jefa se agachó para ayudarla, pasando ambos brazos por debajo de las rodillas del hombre, y sus puños almidonados crujieron con el esfuerzo. Entre las dos pudieron levantar a lord Orchover. Su dentadura postiza cayó al suelo.

—Déjela —ordenó la jefa—. Está más seguro sin ella. No quiero que se atragante hasta morir. Póngale en la número siete, que está vacía. Después dele un Valium y asegúrese de que la puerta queda cerrada.

—Se hará pis en la cama si no puede ir al cuarto de baño.

—Entonces, tendrá que hacerse pis en la cama. Esto es lo que me preocupa menos.

—Pero no a mí —murmuró la joven enfermera.

—¿Qué ha dicho?

—Nada, señora.

Llevaron al viejo a lo largo del pasillo, le metieron en la habitación desocupada y le dejaron caer vestido sobre la cama. Más adelante, la jefa de enfermeras lamentaría no haberle examinado más concienzudamente. Si lo hubiese hecho, habría advertido que se estaba formando una magulladura en el cuello, aunque justificaría su descuido profesional diciendo que una contusión no despertaba la menor sospecha: los viejos se golpeaban a menudo ellos mismos y se producían hematomas al menor contacto.

—¿Cuántos té ha servido? —preguntó, cuando lo hubieron dejado encerrado.

—Todos los de la planta baja, y preparé las bandejas para los de arriba.

—Bueno, dele el Valium y quédese con él hasta que se calme; después cierre de nuevo la puerta y devuélvame la llave. Yo cuidaré de las bandejas restantes.

La joven enfermera hizo una mueca a la jefa que se retiraba y se dirigió al armario de los medicamentos. Abriéndolo con una segunda llave maestra, sacó el Valium y firmó en el registro de drogas.

—Me ha metido en un lío —le dijo, cuando volvió junto a lord Orchover—. Le doy un trato especial, usted es mi favorito, y es así como me lo paga. Bueno, esta noche no habrá cuento. Vamos, tráguese este caramelo. Abra la boca, de prisa, hágalo pasar por el camino rojo.

Él tragó la tableta con cierta dificultad.

—Me duele la barriga.

—No es extraño. Bueno, espere y se le pasará. Compórtese bien por una vez. —Ahuecó las almohadas e hizo que apoyase la cabeza en ellas—. Es un chico malo, por dar tanto trabajo a Maureen.

—Un beso, un beso.

—No se lo merece.

Las lágrimas rodaron por las mejillas del hombre y ella se ablandó.

—Está bien, pero sólo uno. Ahora quédese quieto. Volveré enseguida.

Cuando salió de la habitación, la jefa estaba subiendo la escalera con una de las bandejas para el té que ella había preparado.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó con voz contrita (era inútil ponerse en contra de la vieja arpía).

—No, ésta es la última. Pero vigile a los que están en el salón de televisión. Sobre todo al señor Goldman. Vea si hay que vaciar su bolsa.

Sólo después de servir el té a las otras dos mujeres la jefa de enfermeras advirtió algo anormal en la señora Nicolson. Más por costumbre que por otras razones, corrió una cortina alrededor de la cama de la señora Nicolson antes de deslizar una mano debajo de la camisa de dormir y aplicarla sobre su corazón. Verdaderamente, sintió una impresión de alivio, sus pacientes solían morir durante la noche, una desagradable perturbación más de la rutina que tanto apreciaba. En sus días de estudiante, la muerte la había horrorizado con frecuencia, especialmente la de niños pequeños, pero diez años dirigiendo una residencia geriátrica habían cambiado este sentimiento. Ahora todo se reducía a llenar unos impresos y telefonar a los familiares del primero en la lista de espera para decirles que había quedado vacía una cama. Había adquirido una mentalidad de patrona que le hacía considerar a los ingresados como huéspedes temporales más que como pacientes; pues era esto lo que eran, unos huéspedes que le confiaban hijos e hijas con más dinero que conciencia.

Aun así, no esperaba que la señora Nicolson se marchase tan de repente. Y no es que la pobre tuviese muchos motivos para vivir. Había otras que, de depender de ella,

habría preferido que se muriesen antes, pero no existía ningún libro de texto que explicase la muerte. Salió de detrás de la cortina. Las otras dos mujeres, inclinadas sobre sus tazones de comida, como gallinas de una granja, parecían no darse cuenta de que algo horrible había sucedido.

Bajó de nuevo a su despacho, hizo la llamada obligatoria al médico de guardia. Éste aceptó su palabra de profesional de que la señora Nicolson se había marchado de este mundo y prometió ir a verla y firmar el certificado de defunción cuando terminase el trabajo de la tarde. Entonces la jefa de enfermeras anotó los detalles en su libro de registro antes de llamar a Maureen.

Subieron juntas y tendieron el cuerpo de la señora Nicolson en la cama, lavaron el cadáver y lo vistieron con un camisón limpio antes de colocarlo sobre un hule y cubrirlo con una colcha nueva.

La muerte había mitigado la irritación anterior de la jefa.

—Le voy a dar un consejo —dijo—: Siempre vale la pena hacer esto como es debido. Los parientes se preocupan más del bienestar de los muertos que del de los vivos.

—¿Ah, sí?

—La mayoría de las veces; puede creerlo. Algunas me dan ganas de llorar. Aunque, en el caso de la señora Nicolson, no creo que sean muchos los que lloren por ella.

—Bueno, supongo que él vendrá —dijo Maureen—. Recibirá una buena impresión.

—¿Quién?

—El zoquete de su primo, el que vino a verla.

—¿Su primo? ¿De qué está hablando?

—Estuvo aquí esta tarde.

—¿Que su *primo* vino esta tarde?

—Sí, señora.

—¿Esta tarde?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijeron?

—Estaba usted descansando. Había dicho que no la molestásemos. Llegó precisamente cuando su señoría estaba tratando de poner pies en polvorosa.

—Y... ¿le dijo ese hombre que era primo de la señora Nicolson?

—Eso es lo que dijo.

—¿Le dio su nombre?

—No. Bueno, tal vez me lo dio, pero no estando aquí la señora Mason y teniendo que habérmelas yo sola con su señoría, no estaba para nada.

La jefa la miró fijamente y después levantó el cubrecama de encima del cadáver.

—Él traía unas flores... ¿Qué pasa, señora?

La jefa no le respondió. En vez de hacerlo, retiró el camisón y realizó un examen

más minucioso del cadáver.

—¿Hice algo malo, señora? —preguntó Maureen.

—Nada, nada, hija mía. Usted es nueva aquí, por lo que nada puedo reprocharle. Pero dígame una cosa. Cuando empezó su turno, ¿dio una inyección a la señora Nicolson por algún motivo?

—¿Una inyección? No, ¿por qué había de hacerlo? No le habían prescrito ninguna.

—¿Está absolutamente segura?

—Claro que estoy segura. Puede mirar en la libreta.

—Hay personas que se olvidan de anotar esas cosas cuando están acaloradas.

—Bueno, yo no le puse ninguna inyección y no quiero ser acusada de hacerlo.

—Yo no la acuso, enfermera. Solamente le pregunto. ¿Qué más le dijo aquel hombre?

—No mucho. Se disculpó por venir fuera de las horas de visita. Dijo que trabajaba en el extranjero y que por eso no había venido antes.

—¿Qué edad diría que tiene?

—Cuarenta y pico, tal vez. Pero no es más que una suposición.

—¿Le vio cuando se marchó?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Pero debió irse antes de que tuviese que atender a su señoría. No pudo hacerlo después, ¿verdad?, estando nosotros en el vestíbulo.

—Tiene razón —dijo lentamente la jefa de enfermeras—. Estábamos allí.

Bajó de nuevo el camisón y colocó la colcha como estaba antes.

—Ahora quiero que me escuche con mucha atención. Tengo que decirle algunas cosas. Todo tendrá que saberse más pronto o más tarde, pero pido a Dios...

Dejó la frase sin terminar.

La muchacha la observó al acercarse su jefa a la mesita de noche y abrir el cajón de arriba. Sacó un pequeño estuche.

—¿Había visto esto antes?

—Yo nunca toco sus cosas, a menos que ellos me lo pidan.

—La creo, enfermera, no tiene que defenderse. —Levantó la tapa del estuche y mostró su contenido—. ¿Sabe lo que es esto?

—Una medalla.

—No es *solamente* una medalla. Es la medalla George. Sólo se otorga por actos de extraordinario valor.

—¿Era de ella?

—Sí.

—¡Imagínese! La vieja señora Nicolson. Nunca lo habría sospechado. No parecía ser la clase de mujer para una cosa como ésta.

—No. Salvo que no era la señora Nicolson. No estaba casada. Ni era tan vieja como parecía. Según me han dicho, le dieron esta medalla por lo que la había hecho

cambiar.

La jefa volvió a guardar el estuche en el cajón.

—La razón de que le hiciese aquellas preguntas, la razón de que le cuente estas cosas es para protegerla más tarde.

—¿De qué tengo que protegerme?

—Todavía no lo sé. Lo único que sé es que el hombre a quien usted permitió entrar no era su primo. Ella tenía un primo, el único pariente que le quedaba, pero éste tiene setenta años y está postrado en cama. Ahora le diré lo que tiene que hacer. Lleve a esas otras dos a la habitación dieciséis y no toque nada de lo que hay aquí. No toque el cadáver, ni los bombones ni las flores. Nada.

—Entonces, ¿qué cree que ha sucedido?

—No tengo la menor idea, pero si estuviese en su lugar trataría de recordar exactamente cómo era el aspecto del visitante y todo lo que le dijo, porque los que vendrán van a hacerle muchas más preguntas que yo.

La jefa de enfermeras bajó a su despacho, se sentó detrás de la mesa y reflexionó durante unos minutos. Telefoneó de nuevo al médico y le dijo que abreviase lo más posible su trabajo. Después marcó un número que nunca había utilizado antes.

Capítulo 2

Mientras ocurrían estas cosas, Calder se dirigía en el coche al aeropuerto de Heathrow. Allí introdujo el Ford robado en el aparcamiento contiguo a la terminal 3. Al pasar por el puente cubierto que conducía a la terminal, arrojó la llave del contacto en una papelería, junto con el rasgado *ticket* del aparcamiento.

Dentro de la terminal, se dirigió al lavabo más próximo y se encerró en un compartimento. Empleando un espejo de bolsillo, se afeitó cuidadosamente el bigote, se cambió de traje, poniéndose el acostumbrado, y guardó el Oxfam en la bolsa de viaje. Hecho esto, visitó el quiosco de periódicos y compró la revista más obscena que se exhibía, junto con el *Times* de aquel día. Ocultándola dentro del periódico, se encaminó hacia lo que parecía ser una escena multitudinaria de *Gandhi*, descendió por la escalera mecánica hasta el nivel de la calle y se puso en la cola de uno de los autocares que transportan a los pasajeros hasta el centro de Londres. Tuvo la suerte de conseguir un asiento en la parte de atrás y, durante el trayecto, hizo un detenido estudio de ciertos anuncios de la revista, mientras daba la impresión de que estaba absorto en el periódico.

Fue solamente en ese momento, cuando el autocar se acercaba a las afueras de Kensington, que empezó a desvanecerse en parte el miedo que hasta entonces le había acompañado. No era que se sintiese absolutamente a salvo ni completamente seguro de sí mismo, pero en el fondo abrigaba la promesa de fugaces placeres venideros, placeres que se permitía siempre que había terminado un trabajo.

Al llegar a la terminal del autocar, caminó unas cuantas manzanas y aprovechó la oportunidad para arrojar la jeringuilla usada y la revista en un cubo en el que se leía el rótulo de MANTENGA LONDRES LIMPIO. Sonrió para sí al continuar andando, celebrando su propio chiste, y después tomó un autobús de dos pisos que le llevó en dirección al Soho. Se apeó en la esquina de Oxford Street y Tottenham Court Road, entró en una tienda de deportes y compró unas cuantas cosas, pagando, como siempre, en metálico. Entonces pasó a Charing Cross Road y siguió una ruta que en definitiva le condujo al sórdido extremo de Berwick Street, a una dirección que había visto en la revista y aprendido de memoria. Un rótulo intermitente de neón sobre la entrada mostraba las palabras IMPERIAL SAUNA CLUB.

En el interior, sentado detrás de una mesa de lo que pasaba por sala de recepción, un chipriota de aspecto aburrido observaba la televisión en un receptor en miniatura.

—¿En qué puedo servirle, amigo?

—Quisiera una sauna —dijo Calder.

—Éste es un club privado. ¿Es usted socio?

—No.

—¿Le gustaría serlo?

—¿Es preciso? Sólo estoy de paso en Londres.

—Aceptamos socios temporales cuando se trata de visitantes.

El chipriota sacó una tarjeta y le puso un sello.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Whittaker —dijo Calder, eligiendo un nombre al azar.

—Deletréelo.

Calder se lo deletreó, pero incluso así el chipriota se equivocó dos veces.

—Muy bien, señor Whittaker, serán diez libras por el carnet de socio y otras diez por la primera visita. Le devolveremos diez en la segunda. Como socio, puede ir al Bar de las Vestales, servido por camareras *topless*, y si desea comer algo, le será enviado a su habitación. Las bebidas y la comida se pagan aparte. ¿Está claro, amigo?

Calder asintió con la cabeza.

—Ahora, deje que le muestre las otras cosas que podemos ofrecerle, y elija. Parece usted un hombre de mundo.

Dio a Calder un folleto muy manoseado. En él figuraba la lista de las especialidades de la casa: *Lujoso baño de espuma romano más masaje con aceite perfumado. Masaje César (para que se sienta como un emperador). Tratamiento de belleza Nerón (la experiencia más extraordinaria). El rejuvenecedor de piel Idus de Marzo. El baño de burbujas de champaña Claudio.* Parecía y se leía como el gastado menú de un restaurante que siempre tiene una mesa libre.

—Aquí hay mucho para elegir, amigo; por consiguiente, no tenga prisa. Desde luego, si le apetece algo que no esté en la lista, no tiene más que pedirlo. Ahora es usted un socio muy apreciado, y haremos todo lo posible por complacerle.

Durante todo el rato, miró alternativamente a Calder y la pantalla del televisor. Le hacía el mismo discurso a cada cliente.

—¿Qué es lo que no está en la lista?

—Bueno, podemos preparar especialidades. Depende de sus aficiones. Puede que le cueste más, pero no podemos disfrutar de balde, ¿verdad? Bueno, voy a arriesgarme por usted, amigo. Creo que sé distinguir a los caballeros a primera vista. Voy a arriesgarme y dejarle echar un vistazo a algo muy confidencial.

Buscó debajo de la mesa y sacó un álbum. Contenía una docena de fotos de muchachas desnudas.

—Mire usted, no hago esto para todo el mundo, amigo; por consiguiente, no me delatará, ¿verdad? Todo nuestro personal está perfectamente adiestrado. Perfectamente. Pero aquí no queremos jaleo, si es que me entiende. Bueno, la número dos, Marlene, y la número siete, Trixie, no están disponibles. Están con clientes regulares pero, si quiere, puede beber algo en el bar y esperarlas, si es que le han llamado la atención.

Calder volvió las gastadas hojas.

Unas niñas irreprochables, todas ellas; no había problema.

—Me quedaré con la número nueve.

—Ha hecho una buena elección, amigo. Betty es una de nuestras técnicas más

refinadas. Y ahora que le he hecho ya un par de favores, no quiero forzarle a nada, pero como es su primera visita, permítame que le oriente. Usted quiere lo mejor, ¿eh? Me di cuenta en el momento en que entró, y yo nunca me equivoco. Permítame que le aconseje y aproveche la oferta especial de esta semana. Puede tener el lote completo: sauna, baño de espuma, aceite perfumado y todo el masaje. —Alargó la palabra «todo», descubriendo al sonreír unos dientes con fundas de oro—. Es lo que le conviene, palabra de honor. Y como quiero que vuelva, voy a hacer una locura. Normalmente, los servicios especiales cuestan otras veinticinco libras. Deme otras diez y ambos quedaremos contentos. A propósito, aceptamos tarjetas de crédito.

—Sí, me parece bien —dijo Calder, ansioso de poner fin a los aburridos preliminares—. Prefiero pagar en dinero.

—Como usted guste, amigo —respondió el chipriota, pero tenía una expresión dolida, como si Calder le hubiese privado de un regateo.

Contó el dinero y apretó un botón del intercomunicador. Le respondió una voz de muchacha.

—Betty, tienes un servicio especial. *Mister Whittaker*, un socio nuevo; por consiguiente, trátale bien. —Y dirigiéndose a Calder—. Todo arreglado. Por aquella puerta y baje la escalera. Betty le está esperando.

El sótano al que descendió Calder había tenido tiempo atrás una decoración vagamente romana; pero ahora Roma estaba en decadencia: toscos murales que representaban escenas de lujuria pompeyana cubrían las paredes del pasillo que conducía a la conejera de cubículos. Algunos de los murales se estaban desconchando a causa de la humedad y otros estaban llenos de inscripciones. Un gracioso había garrapateado:

AQUÍ ES DONDE PASÉ LA MAYOR PARTE DE MI INFANCIA;

y otro, evidentemente un verdadero erudito romano, había escrito:

IN MEMORIA AETERNA ERIT JUSTUS.

La muchacha que Calder había escogido le estaba esperando al final del pasillo. No le sorprendió que fuese mayor de lo que parecía en la foto; de cualquier modo, pensó que había elegido la mejor de las que estaban disponibles.

—Hola, soy Betty. —Le dirigió una sonrisa propia de una azafata que hubiese volado once horas en un Jumbo cargado hasta los topes. Le ofreció una pequeña toalla—. Toma una ducha antes de la sauna.

—No quiero la sauna. Sólo el masaje.

—Tomar una ducha es norma de la casa.

—Me imagino que las normas de la casa pueden variarse un poco, ¿no? —Calder

mostró un billete de veinte libras. La muchacha vaciló, pero lo tomó y lo metió en el bolsillo de su ligera bata de algodón.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Martin —respondió Calder, e inmediatamente lo lamentó, recordando la última vez que lo había empleado, viendo otra vez aquella habitación donde la senilidad era lo único que se ofrecía de balde.

—Oh, muy bien. ¿Te han dado alguna vez un masaje, Martin?

—Un par de veces.

—Supongo que cuando necesitaste relajarte. ¿Estás casado, Martin?

—No.

Lo condujo a una habitación que contenía un sencillo diván cubierto con una sábana, una pequeña cómoda con un frasco de aceite para bebés y una silla con muchas toallas. Detrás de la puerta había una percha con las palabras

SAVOY HOTEL NO SE LA LLEVEN.

—Has pagado el servicio especial, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te han dicho en qué consiste? ¿Quieres empezar a quitarte la ropa? ¿Te lo dijeron arriba?

—No exactamente, no.

—Bueno —empezó la muchacha, como si recitase una lista de la compra—. Puedes tener mitad y mitad, o solamente un francés, un trabajo manual y un masaje realmente bueno. O puedes tenerlo todo pero sin cosas raras, ésta es la norma de la casa... —Se interrumpió—: ¿Eres tímido, Martin? ¿Quieres que te ayude a quitarte la ropa?

—¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos años tengo? Adivínalo.

—Diecisiete —dijo Calder.

—¿Ah, sí? ¿Estás tratando de que te haga una rebaja?

—Tienes diecisiete años —repitió Calder.

—¿De veras? Está bien, el cliente siempre tiene razón. Dejémoslo en diecisiete. Ahora vamos a quitarte esa ropa.

—No, estoy bien así. Pero tú puedes ponerte esto. —Abrió el paquete de lo que compró y sacó un traje deportivo blanco y un par de calcetines también blancos. La muchacha se acercó a la puerta.

—Escucha, Martin, ¿cuál es tu juego?

—No es ningún juego.

—No te propondrás alguna brutalidad, ¿eh? ¿Qué tendré que hacer cuando me haya puesto esto?

—Nada. Sólo son para que parezcas bonita. Más bonita.

—¿Estás seguro? Lamentaría que se te hubiese metido alguna idea extraña en la cabeza. Debo decirte que aquí tenemos protección. ¿Ves esto? —señaló un interruptor en la pared, cerca de la cama—, es el botón de alarma. Si lo apretase una vez, vendrían corriendo a buscarte. Y no se andan con chiquitas.

—No debes tener miedo —dijo Calder—. Sólo me gusta ver a las chicas vistiendo prendas bonitas. —Le tendió los calcetines blancos de tenis.

—Está bien —dijo ella, tomándolos—. Pero ya te he avisado. Nada de cosas raras.

Desató el cordón que ceñía su cintura y dejó caer la bata al suelo. Su piel tenía una palidez enfermiza, como si hubiese pasado toda la vida resguardándola de la luz del sol. Calder pudo ver su caja torácica al sentarse ella en el diván y empezar a ponerse los calcetines.

—Ya está. ¿Es esto lo que querías?

—No hables. Ahora ponte esto. —Le ofreció el traje deportivo.

—Todavía lleva la etiqueta con el precio —observó la chica.

—Te he pedido que no hables.

—¿Tengo que hacer el papel de una muda de diecisiete años?

—Haz lo que te diga.

Ella se levantó y se puso el traje, subiendo la cremallera hasta la mitad.

—Hasta arriba —dijo Calder.

Ella obedeció y después se acercó a él.

—¿Es esto lo que te gusta, Martin? ¿Crees que has vuelto a la escuela? Te dan miedo las chicas mayores, ¿verdad? —Frotó su cuerpo contra el de él.

Calder la empujó.

—No te comportes como una puta. No he pagado para que hagas de puta. —Arrojó las toallas a un lado y se sentó en la silla—. Tú y yo vamos a representar una pequeña comedia. —La muchacha miró hacia el botón de alarma.

—No me has alquilado para toda la maldita noche, ¿sabes? ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—No maldigas. No me gusta oír esas palabras en boca de una jovencita.

—Está bien, perdona. Y ahora dime, ¿qué comedia estamos haciendo?

—Tú acabas de llegar a casa del colegio y me encuentras aquí. Tu mamá y tu papá han salido; sólo estoy yo. Soy un viejo amigo de la familia, una persona a quien aprecias. Has estado jugando al tenis. Estás acalorada; quieres quitarte la ropa y darte un baño, pero no quieres ser descortés conmigo, porque me aprecias. Sabes que tu mamá también me aprecia y tienes celos de ella. Te gustaría desquitarte, engañarla. —Su voz adquirió un tono más apremiante—. Por consiguiente, cuando entras y me encuentras aquí, te desnudas delante de mí, porque eres una pequeña seductora, quieres que te vea desnuda e inducirme a hacerte cosas agradables.

Ella vaciló, todavía insegura de sus verdaderas intenciones.

—¿Eso es todo?

—Sí. Es solamente un juego. Si lo haces bien, habrá otras veinte libras para ti.

A pesar de los muchos años de experiencia con una chocante variedad de gustos sexuales, aquella petición le producía una inquietud extraña. Prefería lo conocido a lo desconocido.

—Sólo otra cosa antes de empezar —dijo Calder—. Tu nombre. Ahora no eres Betty. Eres Lucy. Finge que acabas de entrar. Espera un momento hasta que yo esté listo.

Se volvió de espaldas. Ella se dirigió a la puerta, la entreabrió y la cerró de nuevo, apoyando en ella la espalda. Calder se volvió al oír el ruido.

—Hola, Lucy. Vuelves temprano. Lamento decirte que mamá y papá no están aquí. Han salido de compras. ¿Qué has hecho hoy en el colegio?

—Sólo jugar.

—¿Jugar a juegos?

Ella asintió con la cabeza.

—Te habrás acalorado, ¿verdad?

Ella asintió de nuevo. Era como si actuase en el primer ensayo de una comedia de aficionados y no supiese cómo tenía que reaccionar a las interpelaciones.

—Bueno, no te preocupes por mí si quieres quitarte esa ropa que da tanto calor.

Ella empezó a bajar la cremallera del traje deportivo con torpes movimientos, como si lo que él le pedía fuese algo ajeno a su estilo de vida, revelando primero los pálidos senos y después el vientre, con la cicatriz de la apendicectomía apuntando hacia el ralo vello del pubis. Descubierta de esta manera, su desnudez parecía más obscena.

—Eso está muy bien —murmuró Calder, al caer el traje al suelo y sacar ella los pies—. No te quites de momento esos lindos calcetines blancos. Te has convertido en una niña muy bonita, ¿lo sabías?

Ella se limitó de nuevo a asentir con la cabeza.

—No tienes miedo de mí, ¿verdad?

—No.

—No, claro que no. ¿Por qué no te acercas y te sientas en mi falda? —Se dio unas palmadas en las rodillas, como suele hacerse para invitar a un gato a saltar. Ella se acercó y se sentó a horcajadas sobre los muslos de él, dándole la cara.

—¡Así! Se está cómodo, ¿no? —Llevó la mano a sus senos y acarició los pezones—. Tienes unos pechitos muy monos. Con pequeños capullos en ellos. ¿No es así como los llamáis?

Ella no supo qué contestar.

—¿Te han besado alguna vez en los pechitos?

«¿Es católico el Papa?», pensó ella, pero sacudió obediente la cabeza, siguiéndole la corriente a aquel imbécil.

—Bueno, tal vez tendré que hacerlo yo dentro de un momento. Apuesto a que muchos chicos del colegio lo han intentado, ¿verdad?

—Algunos —dijo ella.

—Pero tú no les dejas. Yo voy a ser el primero. ¿Qué más tratan de hacerte los muchachos?

—Lo de siempre.

—¿Qué clase de cosas? ¿Porquerías?

—Desde luego.

—Quieren tocarte ahí abajo, ¿me dejas? En tu lugar secreto.

—Sí.

—Pero te gusta que yo ponga ahí la mano, ¿eh? Soy diferente de aquellos chicos. Yo solamente te hago cosas buenas. Contactos suaves, delicados, como éste. ¿Te piden ellos alguna vez que les toques?

—Sí.

—¿Y qué sucede entonces?

—Echo a correr —dijo ella—. «Un par de horas más —pensó—, y habremos terminado», creyendo que a fin de cuentas era inofensivo, un caso más de retrasado mental. Rebulló en su falda, esperando poder acelerar la conclusión.

En realidad, no había diferencias entre sus clientes, salvo tal vez unas pocas palabras desacostumbradas para disimular las demasiado conocidas necesidades. Éste estaba un poco más chiflado que la mayoría, pero al menos había prometido ser generoso.

—¿Qué harías si yo besara éstos? —Rodeó uno de los pezones con un dedo y, por alguna razón que ella no pudo explicarse, aquella caricia la inquietó; los libertinos corrientes le parecían menos amenazadores—. ¿Se lo dirías a mamá y a papá?

—No.

—Está bien, los besaré, pero sólo si tú me lo pides.

—Sí, está bien.

La expresión de Calder cambió.

—No; tienes que decirlo. Di «bésame las tetas».

—Bésame las tetas —repitió fríamente ella.

—Eso no suena como si hablastes en serio. Tienes que decirlo en serio. —Su voz se hizo más insistente—. Yo soy diferente de esos puercos muchachos del colegio. Yo nunca te haría nada a menos que me lo pidieses.

—Te lo estoy pidiendo. —Ahora sabía lo que tenía que decir—. Quiero que las chupes, que chupes mis tetas hasta que me sienta satisfecha.

—Oh, lo sabes todo, ¿eh? ¿Quién te lo ha enseñado?

—Tú. La última vez, ¿te acuerdas?

Entonces él sonrió y aplicó los labios a un pezón.

«Conozco tu problema —pensó la muchacha, soportando la caricia—. Nos hemos visto antes, Martin. Tengo tu número; espera que se lo cuente a las otras chicas». Permaneció pacientemente sentada mientras él acentuaba sus caricias, y su mente se desvió hacia cuestiones más prácticas.

Al cabo de un rato, él pasó al otro seno hasta que quedó al fin satisfecho. La miró a la cara y dijo:

—Te gustó, ¿verdad?

—Ha sido estupendo.

—¿Te has alegrado de encontrarme aquí al volver a casa?

—Mucho.

—¿Me amas?

—Sí.

—Dilo.

—Te amo.

De pronto, él la agarró con fuerza, manteniéndola sujeta sobre su falda hasta que cesaron los espasmos. Cuando aflojó su presa, ella se apartó y se agachó para recoger una toalla. Calder permaneció con los ojos cerrados y ella se dio cuenta de que estaba llorando. Se puso la bata y dobló cuidadosamente el traje deportivo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Se quitó los calcetines de tenis y los colocó con el traje.

—Todavía puedes tener el masaje, ¿sabes? A fin de cuentas, lo has pagado. Querrás compensar el gasto. Y dijiste que ibas a darme un pequeño suplemento. Lo hice realmente bien.

Calder abrió los ojos y la miró fijamente, como si no la hubiera visto nunca. «Todos son iguales cuando han terminado —pensó ella—. Sólo piensan en marcharse». Tocó el billete de veinte libras en su bolsillo. «Ellos vienen y se van, lástima que no sean todos como éste», bromeó para sí.

Entonces Calder pareció salir de su ensimismamiento. Se levantó de la silla y tomó su bolsa de viaje.

—No te olvides de llevarte esto; puedes necesitarlo otra vez.

Le tendió el traje deportivo y los calcetines, pero sin acercarse a él. Calder se volvió rápidamente y le clavó un cuchillo corto debajo del corazón; después lo retiró y lo clavó de nuevo varias veces con terrible fuerza, y sus acciones fueron tan rápidas y el cuchillo estaba tan afilado que ella apenas se dio cuenta de lo que sucedía hasta segundos más tarde, al sentir el dolor. El espanto la privó de toda su energía y cayó de bruces sobre el diván, que ahogó su último grito antes de perder el conocimiento.

Calder se quedó mirándola; después enjugó la hoja del cuchillo con la sábana y volvió a guardarlo en su bolsa de viaje. Salió al pasillo desierto y cerró la puerta a su espalda.

La muchacha no era la más preferida de la lista, y pasó más de una hora antes de que otro cliente la eligiese. Entonces ya nada podía hacerse por ella, y un desconocido la acompañó al morir como la habían acompañado desconocidos mientras estuvo viva. El último pensamiento que tuvo fue recordar lo que había sido su vida cuando tenía realmente diecisiete años.

Capítulo 3

Como resultado de la segunda llamada telefónica de la jefa de enfermeras, se había iniciado una serie de acontecimientos, y apenas cuatro horas más tarde, aproximadamente en el mismo momento en que Calder entraba en el salón de masajes, el cadáver de Caroline Oates, medalla George (nacida Nicolson), después de certificarse la defunción por parte del médico local, fue trasladado desde el sanatorio de Fernwalk a una dirección del norte de Londres. Allí, el doctor Colin Hogg, miembro del Colegio Real de Cirujanos y comendador de la Excelentísima Orden del Imperio Británico (Lista Civil), empezó inmediatamente a practicar la autopsia. Como primer patólogo a disposición de los servicios de seguridad, no desconocía las muchas vicisitudes de que es víctima la carne humana. Caroline Oates, soltera, era su tercer cadáver del día; los otros dos habían sido agentes de la Rama Especial, víctimas de la explosión de una bomba y traídos en sacos de plástico. Estaba agotado y un poco irritable.

Como de costumbre, Hogg dictó rápidamente todo lo que iba descubriendo mientras trabajaba, y su ayudante, nuevo en el oficio y todavía propenso a las náuseas, encontró difícil mantener su ritmo. La atmósfera de la sala de disección se prestaba poco a la charla, y Hogg se enorgullecía de su rapidez con el escalpelo. También exigía precisión en todo.

Cuando terminó su examen principal, extrajo las vísceras y cosió el cadáver con los movimientos ostentosos que le eran característicos y maravillaban a los estudiantes que le visitaban. En su círculo cerrado era sumamente respetado, pero no apreciado, pues tenía poco sentido del humor y se irritaba si un conocido era lo bastante descarado como para aventurarse a hacer la broma más pequeña sobre su vocación. Solterón empedernido (lo cual inducía a muchos a especular, erróneamente, sobre sus tendencias sexuales), su distracción principal era el cultivo de dalias particularmente chillonas, afición de la que sus amigos más *esnobs* se reían a su espalda; la jardinería, como otras artes, tiene sus pedantes. Él tenía tres libros en la mesita de noche, *Quotations* de Stevenson, *Correct Forms of Address* de Debrett y *Other Men's Flowers* de lord Wavell, pero pocas veces, si es que lo hacía, leía un periódico. «Todas las noticias que necesito saber me las traen a mi mesa», era otra de las agudezas que solía decir a sus estudiantes.

Hogg dio la última puntada, cortó limpiamente el hilo, se apartó de la mesa y se quitó el delantal manchado de sangre. Prescindiendo del protocolo en sus propios dominios, encendió el sexto cigarrillo del día, excediéndose dos de su cupo habitual. Sus profundos estudios del pulmón humano al descubierto le habían convencido hacía tiempo de que las advertencias oficiales de los servicios de sanidad no carecían de fundamento, pero le era imposible cambiar de conducta. Casi siempre empezaba sus conferencias a los estudiantes con estas palabras: «No es cierto el rumor de que el hombre es inmortal». La verdad es que le gustaba fumar un cigarrillo con sus dos

tazas de café de la mañana (café Blue Mountain, recién molido, filtrado y servido sin leche y sin azúcar), tanto como le encantaban su clarete y su oporto. Mantuvo el cigarrillo entre los labios mientras realizaba sus acostumbradas y minuciosas abluciones posoperatorias, tirando el largo cilindro de ceniza a la taza del lavabo antes de ponerse la corbata y la chaqueta. Después salió para reunirse con los dos hombres que habían estado esperando pacientemente el resultado de la autopsia.

Uno de ellos, Alec Hillsden, era un antiguo, aunque superficial conocido. De estatura mediana, llevaba un traje azul de dos piezas que había sido, evidentemente, comprado cuando pesaba unas cuantas libras menos. Hogg calculaba que tendría unos cincuenta y cinco años, aunque sus estudios de toda la vida le habían enseñado que la cara humana no es de fiar como barómetro de los años, siendo el cuerpo desnudo el único indicador verdadero. Aunque Hogg nunca investigaba demasiado a fondo sobre los que no caían bajo su bisturí («Yo me ocupo más de los finales que de los intermedios», era otro de sus dichos más repetidos y memorables), se daba perfecta cuenta de que la descripción que había hecho Hillsden de sí mismo como «un pequeño engranaje de la máquina del Ministerio de Guerra» no era en modo alguno exacta. Hogg dedujo que Hillsden trabajaba para la División B del MI-6 y que su presencia aquella noche, junto con su compañero (presentado ahora como *sir* Charles Belfrage), indicaba que la difunta *miss* Oates no era un cadáver corriente. Hillsden tenía el aspecto del hombre que no se fía de las apariencias, cualidad que Hogg admiraba. *Sir* Charles, por su parte, tenía el Foreign Office impreso en toda su persona: la arrogancia adquirida de quien todavía creía que su clase administraba el mundo.

Hogg extendió una mano aún caliente después del lavado ritual. Una de sus diversiones privadas era observar cómo reaccionaban los desconocidos al apretón de unas manos recién salidas de la sala de disección. «Puedo decir el carácter de un hombre fundándome en este sencillo acto social», solía jactarse. *Sir* Charles, que había participado de dos ceremonias de independencia de la Commonwealth y había estrechado innumerables y, a menudo, sospechosas manos durante toda una vida de servicio a la Corona, pasó la prueba con éxito total.

—Ha sido usted muy amable al atendernos después de avisarle con tan poco tiempo —dijo *sir* Charles—. Sé que mi ministro se lo agradecerá muchísimo.

Hogg no dejó de advertir aquel juego propio de Whitehall, pero profesaba un desdén casi ilimitado a los políticos de cualquier matiz y no había votado en veinte años.

—¿Tiene algo vital que decirme?

—¿Qué clase de pregunta es ésta? —replicó Hogg.

Sir Charles sonrió delicadamente.

—Lamento haberme expresado con tanta crudeza. Quería decir si se había formado usted una opinión decisiva sobre la causa de la muerte de esa dama.

—No acostumbro a formarme opiniones que no lo sean. Practico una ciencia

exacta, *sir Charles*, una ciencia que pocas veces es diplomática y que con frecuencia alarma a los legos. Tendrá usted el dictamen completo cuando mi ayudante haya pasado a máquina mis notas. Se da el caso de que no hemos parado en todo el día. Éste ha sido nuestro tercer caso seguido.

—Lo comprendo —respondió *sir Charles*, evadiendo la indirecta y empleando un tono que había apaciguado desde los miembros más rabiosos de la Primrose League hasta dictadores del Tercer Mundo—. Pero ocurre que este caso es particularmente urgente y que nos ayudaría mucho si pudiese usted saltarse las reglas.

—¿Qué reglas?

—¿Hubiese debido decir las «costumbres»?

—No tengo idea de lo que hubiese debido decir.

Sir Charles hizo otro intento, ahora con la sonrisa permanente en su semblante.

—Bueno, me pregunto si podría darnos un resumen verbal de sus conclusiones. Siempre suponiendo que esta petición no vaya en contra de sus pautas normales y profesionales, naturalmente.

Sacó una pequeña cajita de rapé georgiana, aspiró una pulgarada y se limpió la nariz con un pañuelo estampado.

«Dios mío —pensó Hogg—, ¿por qué tienen que ser siempre tan *especiales*?».

—Creo que podría hacerlo —respondió.

—Por ejemplo, ¿ha encontrado algo chocante?

—La mayoría de las muertes son chocantes.

—Sí, desde luego. —*Sir Charles* se sonó por segunda vez—. No lo estoy haciendo muy bien, ¿verdad? Estoy un poco aturdido. Por favor, discúlpeme.

—*Miss Oates* era prematuramente senil —dijo Hogg—. ¿Qué edad tenía? Yo diría que entre cuarenta y ocho y cincuenta y dos años.

—En realidad, cuarenta y nueve —murmuró Hillsden.

—Bueno, no estaba equivocado. Pero parecía mucho mayor. Tenía algo endurecidas las arterias. Esto era visible, y en el caso de los riñones, existía un pronunciado deterioro de la víscera. Histerectomía total, practicada hace seis u ocho años. Poca grasa en el cuerpo, alguna calcificación, espondilitis avanzada de la cuarta y quinta vértebras. Señales de antiguas fracturas de la tibia y de cuatro dedos de la mano izquierda. En el índice, faltaba también toda la uña. Pronunciada caries dental en toda la boca. Volumen cerebral más grande de lo corriente. Desde luego, no me atrevería a pronosticar el resultado de los análisis patológicos. No estarán terminados hasta mañana a últimas horas de la tarde.

—¿Encontró alguna señal de una lesión reciente?

—El término «lesión reciente» no me dice gran cosa; lo siento.

—Discúlpeme una vez más. Como usted ha dicho, no hemos parado en todo el día. Lo que trataba de decir era... Bueno, se lo expondré de otra manera: mi ministro quedaría tranquilo si pudiese asegurarle que la muerte fue debida a causas naturales.

—¿Cree usted realmente que se puede tranquilizar a los ministros? —dijo

maliciosamente Hogg—. No puedo dejar de pensar que es un gran error. Usted y yo no nos habíamos encontrado antes de ahora, *sir* Charles; por consiguiente, tal vez no sepa que no paso mis horas de vigilia extirpando verrugas o realizando autopsias a los que tenían uñeros en los pies. Raras veces me piden que investigue «causas naturales», como dijo delicadamente. Pero si es imperativo que su ministro se vaya a la cama con sus Horlicks y la conciencia tranquila, muéstrele el certificado del médico local. Verá que declara que la muerte fue debida a un paro cardíaco, un veredicto rotundo y conciso que acredita los trabajos del Servicio Nacional de la Salud.

—¿Pero...? —*Sir* Charles dejó que la palabra flotase en el aire—. Puede que sea rotundo y conciso, pero yo diría que tiene usted sus dudas, y por eso estamos aquí, para pedirle su mucho más valiosa opinión.

—Lo que me está usted realmente preguntando es si se trata de un asesinato.

—Sería sumamente útil que pudiésemos eliminar positivamente esta posibilidad. Dicho en otras palabras, la verdad tal como usted la ve.

—Hay mucho de verdad en un cadáver —replicó Hogg, disfrutando con el debate—. Sin embargo, le diré categóricamente que la dama no fue muerta a tiros, ni a puñaladas, estrangulada o asfixiada. Por otra parte, encontré huellas de inyecciones recientes.

—¿Inyecciones?

—Sí, aunque no deberíamos sacar de ello conclusiones prematuras o siniestras. Estaba en un sanatorio particular, ¿no es cierto? Me han dicho que en muchos de estos lugares inyectan cualquier cosa a todo el mundo en un abrir y cerrar de ojos, simplemente para que la vida del personal sea más descansada. No es que tenga nada contra esto; espero que me hagan lo mismo cuando llegue mi hora.

—Doctor Hogg —interrumpió Alec, temiendo que, en el momento menos pensado, *sir* Charles podía perder los estribos y destruir toda posibilidad de alcanzar una respuesta definitiva—. Ha quedado ya establecido, gracias al testimonio de la jefa de enfermeras del sanatorio, que a *miss* Oates le fue administrada una inyección no autorizada y de alguna sustancia desconocida al día de hoy. Esto es lo que nos gustaría saber concretamente.

—Mi querido señor, yo no soy profeta ni aficionado a las adivinaciones. Si lo que dijo la jefa de enfermeras es correcto y si la reciente inyección no fue administrada por un miembro de su personal, entonces cabe la posibilidad de que los técnicos de mi laboratorio aislen una sustancia tóxica que apresuró la salida de la buena señora de este planeta. No tenía lesiones importantes en el corazón; en realidad, parecía notablemente normal, considerando su estado general. Pero repito: no tengo dotes de infalibilidad ministerial.

—Gracias —dijo *sir* Charles, con acritud—. Entonces tendré que decir a mi ministro que espere su dictamen completo con toda la paciencia de que pueda hacer acopio. Me disculpo por apremiarle tanto después de un día agotador.

Miró a Hillsden y tomó su sombrero hongo y su abrigo.

—Un pelo engreído —observó *sir* Charles al subir en el BMW de Hillsden—. ¿Es siempre tan terriblemente pedante?

—Ladra pero no muerde; un cabrón irritante cuando se da importancia, pero es el mejor que tenemos.

—¿Ha sido investigado positivamente hace poco?

—No tengo la menor idea.

—Pues hágalo. No me habían tratado con tanta impertinencia desde que Idi Amin quiso saber por qué no le habían concedido el título de *sir*. Y hablando de honores, será mejor que guarde esto en lugar seguro —añadió, entregándole la medalla George de Caroline.

Antes de poner en marcha el BMW, Hillsden miró el interior del estuche. Una polilla muerta estaba convertida medio en polvo sobre la cinta de la medalla. «Esto es cuanto queda de lo que ella fue —pensó—: esto y un cadáver mutilado en la cámara frigorífica de Hogg».

—¿Se imagina que pueda comer una cena de tres platos después de un día como éste? —observó *sir* Charles, tratando de sujetarse el cinturón de seguridad.

—Probablemente es vegetariano. Yo lo sería si estuviese en su lugar. —Hillsden metió la primera y dirigió el coche hacia la North Circular Road—. La mayoría de ellos se vuelven locos en definitiva, ¿sabe? Su predecesor se dio el pasaporte. Y además lo hizo torpemente, cosa que nos sorprendió a todos. Uno diría que los tipos como éstos deberían tener algún método infalible e indoloro. Una triste ironía; parece algo escrito por Evelyn Waugh. ¿Lee usted a Waugh?

—No —dijo *sir* Charles, luchando todavía con el cinturón de seguridad—. Le vi vomitar una vez en el club. Me asqueó. Por esto y por su aburrido catolicismo. ¿Qué coche es éste?

—Un BMW.

—Una marca alemana, ¿no?

—Sí. Bavaria Motor Works.

—Ustedes dictan su propia ley. Es imposible que cualquiera de nosotros pueda tener un coche extranjero, aunque, pensándolo bien, hoy en día casi todas estas malditas cosas se fabrican en el extranjero.

—A propósito, ¿adónde vamos?

—Oh, ¿no se lo había dicho? A Chalfont St. Giles.

—Si es así, vamos en dirección contraria. Agárrese fuerte y pondré a prueba su teoría. Observe cómo hacemos nuestra propia ley.

Ejecutó un limpio viraje ilegal en U cuando encontró el primer hueco utilizable en la carretera de dos carriles y después aceleró en dirección a Hangar Lane.

Sir Charles sacó su cajita de rapé.

—No le importa, ¿verdad?

—En absoluto.

—Es un hábito muy sucio, pero poco peligroso según las estadísticas. ¿Lo ha probado alguna vez?

Hillsden sacudió la cabeza.

—¿Advirtió como resoplaba el viejo Hogg? Parecía vagamente humano. ¿Usted no fuma nunca?

—Nunca mi propio tabaco. Lo dejé hace tres años. Ahora solamente fumo de gorra y me siento satisfecho. —Cuando Belfrage acabó de sonarse, prosiguió—: ¿Cómo es nuestro nuevo ministro del Interior?

—¿No lo conoce?

—Oh, raras veces penetro en sus excelsos círculos.

Belfrage tardó un poco en responder.

—En realidad, es difícil saberlo. Lleva poco tiempo en el cargo y está tanteando el camino. ¿Qué opina usted de este asunto?

—Yo diría que todo indica un asesinato. Apuesto a que los análisis del laboratorio revelarán uno de los nuevos tóxicos. ¿Recuerda aquel caso delante de Bush House, hace unos pocos años?

—Recuérdemelo.

—Un periodista de la BBC en el Servicio de Ultramar fue herido con un paraguas con la contera envenenada.

—Ah, sí, lo recuerdo. Muy a lo James Bond. Ian no les hizo exactamente un favor a ustedes, ¿verdad? Una imaginación demasiado viva. Redujo todo el asunto a un juego de niños. La imaginación es mala cosa. —Una nueva pulgarada de rapé produjo un sonoro estornudo—. Perdón. Siempre he pensado que los más felices de este mundo son los que nacieron sin imaginación. Dígame, ¿qué testigos hay ahora?

—Testigo, en singular. La joven enfermera que abrió la puerta. Bueno, esto no es exactamente la verdad. También un viejo y noble idiota se interpuso en el camino del primo ficticio y salió malparado, pero por lo visto ya no distingue su culo de su codo.

—¿Quién es?

—Lord Orchover.

—¡Santo Dios! ¿Es allí donde fue a parar el pobre y viejo Archie?

—¿Le conoce?

—Le conocí hace años. Siempre estuvo loco como una cabra, aunque tenía buena mano con las damas en su lejana juventud. Mire, la mayoría de las veces no podía identificarse él mismo, por no hablar de los demás. Estuvimos juntos en los Granaderos, pero se vio metido en un terriblemente sórdido caso de divorcio y tuvo que dimitir. Se tiró a la hermana del jefe en una fiesta al aire libre. Nunca supo elegir bien. ¿Qué me dice de la enfermera y de su jefa? —preguntó Belfrage con desconcertante brusquedad.

—Las estudiamos a las dos por medio del ordenador central. Nada.

—Demasiada tecnología —dijo Belfrage—. Empieza con los cinturones de seguridad y terminará con el Hermano Mayor. No me imagino cómo Orwell pudo ir a

Eton. —Miró por la ventanilla—. Pero acertó en algunas cosas. Ella era de los suyos, ¿no?

Las frases se habían confundido deliberadamente; sin duda parte de su técnica usual, pensó Hillsden.

—Sí, lo fue.

—¿Dónde?

—En Berlín al principio y en Berlín al final. Con Austria en medio.

—Una vez tuve que asistir a un festival de cine en Berlín, Dios sabe por qué. Un lugar espantoso, lleno de gente odiosa.

—Solamente alemanes, supongo.

—Alemanes y gente del cine, una combinación repugnante. ¿Qué le ocurrió a ella?

—Fue allí demasiado a menudo. La última vez la estaban esperando. Todavía no sabemos bien cómo la descubrieron.

—Presumo que se refiere al sector Este.

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—En 1979. Conseguimos hacer un canje cuatro años más tarde, pero entonces ya se habían ensañado con ella más de lo corriente.

—Esto era parte del resumen médico de Hogg, ¿verdad?

—Sí.

Hillsden no quería tratar mucho de esto, pero Belfrage era implacable.

—¿Cantó? No la censuraría por ello.

—Toda la red de Berlín Este quedó destrozada; por consiguiente, debemos presumir que sí, que cantó.

—Y entonces, ¿qué? Lamento tener que insistir, pero no quiero que el ministro me pille desprevenido.

—Entonces, nada. La trajimos a casa sin publicidad. No tenía parientes próximos que pudiesen hacerse cargo de ella; por consiguiente, decidimos cambiar una cárcel rusa por una clínica británica. Más comodidades, pero las mismas rejas en las ventanas. Y no creo que ella se diese entonces mucha cuenta. Sospecho que todo le parecía igual. Y allí siguió hasta el día de hoy.

—¿Era importante?

—Bueno, desde la guerra no habíamos tenido muchas comadres.

—¿Perdón?

—«Comadres» es el nombre que da la Empresa al bello sexo.

—Se les ocurren unos nombres muy extraños.

—Probablemente porque estamos metidos en un oficio muy extraño.

—Pero toda esa terminología de *Wind in the willows*, «Topos», por ejemplo; una palabra de periódico infantil. Prefiero la anticuada de «traidor».

—Estoy de acuerdo —dijo Hillsden—. Tal vez se debe a que, superficialmente,

todo parece propio del *Boys Own Paper*. Nos aferramos a nombres en clave infantiles para mantenernos cuerdos.

Belfrage guardó silencio durante un rato; después volvió a insertar la sonda.

—¿Debemos presumir que durante los años que ha estado a nuestro cuidado no ha recibido ninguna nueva información?

—Era como un vegetal —respondió Hillsden, obligándose a emplear aquella palabra y recordando demasiadas cosas.

Pensó en una casa particular segura en Berlín occidental y en un castillo emplazado en medio de un lago próximo a la frontera austro-checa, y en lo diferente que había sido entonces Caroline. Trató de no pensar en el cadáver sobre la mesa de Hogg.

—Entonces, ¿no era ninguna amenaza?

—Difícilmente podía serlo.

—Por consiguiente, si no fue asesinada por razones convencionales, ¿qué nos queda? ¿Una venganza? ¿De qué? Presumiblemente, ellos le sacaron todo lo que querían. ¿Qué más había allí? ¿La carta? Dijo usted que con sello irlandés, ¿no?

—Sí, pero eso es evidentemente una pista falsa. En este caso no puedo imaginarme una conexión irlandesa.

—Entonces no he conseguido mucho. Esto no le gustará al ministro. Parecía muy irritado por teléfono. Sin duda a causa de que el asunto Glanville estalló el mismo día en que él asumió su cargo. Un caso complicado. ¿Por qué no detuvieron ustedes a Glanville hace años? Tenían que tener marcada su tarjeta.

—No nos culpe a nosotros. Fue su departamento el que insistió en que se le diese inmunidad.

Belfrage miró fijamente al frente.

—¿Conocía usted a Glanville? —Ahora le había llegado el turno a Hillsden de preguntar, y lo hizo en tono casual.

—Le vi un par de veces. Pensé que tenía más miedo que una vieja y que era marica. ¿Por qué cree usted que había tantos de ellos?

—Tal vez tenían miedo de preñar a las chicas.

La pequeña broma no obtuvo respuesta.

Llegaron a la intersección de Uxbridge, y Hillsden siguió su camino entre un laberinto de postes y señales de tráfico.

—¿Continuamos en la buena dirección? —preguntó.

—Sí, tome la carretera de Oxford —Belfrage tarareó unas notas de una canción vagamente familiar antes de volver al tema de la personalidad del ministro del Interior, como si esto, y no el misterio de la muerte de Caroline, fuese el único problema vital—. ¿Me pregunto cómo es nuestro amigo Bayldon? Ambicioso, naturalmente.

—La ambición es lo malo de las clases políticas.

—Ansioso de progresar rápidamente, como lo son todos en nuestros días. Rico, lo

cual es muy conveniente, pues de otra manera no podría permitirse formar parte del Partido Laborista. Nunca le fue muy bien mientras Wilson estuvo en el número diez. Tengo entendido que se aborrecían mutuamente. Pero capeó la situación, puso buena cara delante del público, hizo las apariciones de rigor en los piquetes y asistió a todos aquellos espantosos mítines antinucleares.

Belfrage tarareó de nuevo aquella tonada y después dio instrucciones para la última etapa del viaje.

Cuando llegaron a la casa del ministro, dos policías uniformados salieron de las sombras para comprobar su identidad antes de franquearles la entrada.

—Gracias, señor —dijo saludando el policía de grado superior—. No sé si está usted enterado, pero esta noche hay una alarma roja, señor.

—¿A qué se debe? —pregunto Belfrage.

—Una bomba en la estación de Paddington, señor. Unos diez muertos y veinte heridos. Parecen pocas bajas, dadas las circunstancias.

—¿Lo ha reivindicado alguien?

—Hasta ahora no, señor.

La puerta de doble hoja se cerró detrás de ellos y notificaron su llegada a la casa.

—¡Bien por la alerta roja! —observó Hillsden— ¿Se ha fijado en cómo nos han cacheado? ¡Jesús! Por ellos, habríamos podido pasar llevando un misil Nike a bordo.

Se cruzaron con un adiestrador de perros de la policía en la mitad del paseo. El parque tenía unas cuatrocientas yardas de longitud, estaba flanqueado de tilos desmochados y se ensanchaba formando un círculo delante de la elegante casa estilo Reina Ana. En el instante en que se detuvo el coche, un mayordomo abrió la puerta principal y les condujo a un despacho de paredes revestidas con paneles. Pocos momentos después, el dueño de la casa se reunió con ellos.

Se decía maliciosamente que el honorable Toby Bayldon, consejero privado y miembro del Parlamento, ministro del Interior de su majestad, lo había entregado todo al Partido Laborista, salvo la fortuna heredada de su esposa, sin haber sentido nunca la necesidad de seguir una carrera política con actitud sincera. Por lo que había podido observar de cerca, la única recompensa de la sinceridad era treinta años en segundo término y un título de *sir*, si no se desbandaba, o un título de nobleza vitalicio cuando el líder creyese que había llegado la hora de relegarle a un último *cul-de-sac*. El nombramiento de Bayldon como ministro después de las últimas elecciones generales había sido la comidilla del nuevo gobierno, pero solamente los que estaban más en el asunto se dieron cuenta de que tal designación había sido el más elocuente ejemplo de la capacidad del primer ministro para moverse horizontal y verticalmente al mismo tiempo. El laborismo volvía a gobernar después de nueve años en el ostracismo, con una ligera mayoría y con el país más o menos en estado de asedio. Aunque Bayldon estaba seguro de que su posición de arraigo en el partido significaba que sería menos amenazador dentro del gabinete que fuera de él, había menospreciado la astucia del primer ministro. Había esperado que lo nombrasen

canciller, pero el primer ministro era demasiado zorro viejo para dar a su más obvio sucesor al trono exactamente lo que quería. En vez de esto, siguiendo la primera regla de oro de la política, a saber: «Convince siempre a aquellos a los que vas a engañar de que estás actuando en su mayor interés», le había ofrecido el cálido sillón del Ministerio del Interior. Era una magnífica lección de estrategia: en aquella coyuntura particular de las andanzas del país el Ministerio del Interior sería el último lugar donde Bayldon tendría tiempo para urdir una revolución palaciega.

—Les esperaba a los dos temprano, *sir* Charles. Ahora tengo que atender todos mis asuntos, por lo que no dispongo de mucho tiempo.

Bayldon se dirigió a su mesa Carlton House y se sentó, delimitando su territorio como un gato macho, pensó Hillsden; los recién ascendidos al poder nunca podían resistir la tentación de exhibirlo.

—Ministro del Interior, creo que no conoce usted a Alec Hillsden.

—No, creo que no. Aunque tengo que decir que, en el poco tiempo que llevo en mi cargo, he advertido ya los defectos de su equipo, Hillsden. Se está estudiando una reorganización.

No miró a ninguno de los dos, sino que empezó a hojear un montón de documentos oficiales.

—¿Les ha ofrecido mi criado algo de beber?

—Pues, no.

—No habla inglés, eso es lo malo. Hoy en día es imposible tener un buen personal.

—Pero es bueno para la seguridad —observó tranquilamente Hillsden.

Bayldon levantó la mirada por primera vez y, después, se dirigió a Belfrage.

—¿Qué quiere tomar?

—Ginebra, por favor.

—¿Y usted, Hillsden?

—Nada, señor. Tengo que conducir.

Bayldon abrió la puerta de un armario empotrado en la pared, descubriendo un bar bien abastecido. Sirvió a Belfrage una copa generosa de ginebra y él se sirvió oportó. Cuando estaba a la vista del público y las Nikon apuntaban en su dirección, siempre tomaba cerveza.

—Bueno, ¿qué tienen que decirme sobre este asunto?

—De momento, no gran cosa —dijo Belfrage—. En realidad, el motivo de que hayamos llegado tarde es que la autopsia requirió mucho tiempo y, en definitiva, nos dijo muy poco. Esperamos que los análisis de laboratorio, que recibiremos mañana por la tarde, puedan decirnos algo más.

—¡Dios mío! ¿Por qué necesitan tanto tiempo para todo? Si yo trabajase a su velocidad, el país se detendría chirriando. —Saboreó su oportó y paseó de un lado a otro—. Bueno, supongo que tenemos que aguantar la ineficacia. Ahora bien, dando por sabido que siempre es un error adelantarse a los acontecimientos, parece, por lo

que he oído, que la muerte de una vieja decrepita no significa ninguna amenaza importante para la seguridad de la nación, aunque trabajase antaño en su organización, Hillsden. ¿Acierto al decir que estaba quemada? Lo llaman así en su jerga, ¿no?

Hillsden se esforzó en que su voz no revelase irritación al contestar:

—Cuando los rusos la soltaron, señor ministro, nadie podía sacar provecho de ella.

—¿Por qué dice *los rusos*? Tenía entendido que estaba prisionera de los alemanes del Este.

—Al principio, sí.

—Bueno, vayamos al grano. ¿Qué era lo que hacía cuando estaba en servicio activo? ¿Cómo lo definiría usted?

—Como secreto —dijo Hillsden—. No era una archivera ni una asistenta; estaba en el campo, corriendo riesgos. Contrariamente a lo que dicen las novelas baratas, señor ministro, nosotros no dirigimos una escuela de Mata Haris. *Miss Oates* fue una figura clave en la delegación austríaca durante la época, que algunos definen como los buenos tiempos, en que la guerra fría estaba oficialmente por debajo de cero.

—Nosotros ya no empleamos este término —saltó Bayldon—. Permítame que le recuerde que la política declarada de este gobierno es enmendar algunos de los errores, reparar los perjuicios causados por los dos últimos regímenes conservadores. Deje que le pregunte una cosa. ¿Existe alguna relación con la CIA que yo no conozca?

»No queremos heredar más esqueletos en los armarios de su equipo. El primer ministro y yo no estamos dispuestos a tolerar que se repita el fiasco Glanville, y el público en general está cansado y harto de estos frecuentes escándalos en el servicio de seguridad. He resuelto superar la situación que les ha traído aquí esta noche.

Hillsden había cortado en parte la comunicación durante esta perorata. «Es sorprendente —pensó—, con qué rapidez caen en los viejos tópicos..., “he resuelto superar” y otras lindezas, cubriendo su desnudez con tan manidas hojas de parra».

—Puedo asegurarle, señor ministro, que mi departamento no tiene conocimiento de interés alguno de la CIA en *miss Oates*, desde su regreso a este país. Naturalmente, mientras estuvo en el campo pudo estar en contacto con nuestros colegas americanos en el cumplimiento de sus deberes.

—Sí. Siempre he pensado que la palabra «deberes» es incongruente cuando se trata de espionaje.

—¿Cómo lo llamaría usted, señor ministro?

Sir Charles tragó más de la mitad de su ginebra.

—Implica algo que vale la pena —replicó Bayldon—. Yo he creído siempre que la industria del espionaje es un lamentable derroche del dinero público. —Miró a Hillsden a la cara, como si éste fuese una pantalla en la que estuviese leyendo una alocución política—. Desde el primer día que empuñamos las riendas del gobierno,

hemos pretendido establecer mejores lazos con los soviets. La relajación de la tensión fue algo más que un cínico truco electoral. Pensábamos de veras lo que dijimos en nuestro manifiesto. La coexistencia pacífica tiene que ser una realidad. Ahora bien, no quiero decir que ustedes no sean útiles en tiempo de guerra, y evidentemente tenemos que permanecer alertas, pero la paranoia tiene que ser eliminada. En el pasado, casi siempre ha sido contraproducente.

—Nadie se sentiría más dichoso, señor ministro, que mi departamento, si el escenario se transformase súbitamente en el *Where the Rainbow Ends*. La única contra, tal como yo lo veo, es que la KGB no parece estar muy dispuesta a abrazar conceptos tan revolucionarios como el de la coexistencia pacífica. Tengo entendido que el espionaje es la única industria en auge en Rusia.

—Bueno, todo es relativo, ¿no? —terció Belfrage, al advertirle sus antenas que sería mejor desviar el diálogo en otra dirección—. Creo que lo que quiere decir Hillsden, señor ministro, es que la difunta *miss Oates* demostró en cierto momento (y es alentador oír de sus labios que aquellos tiempos quedaron muy atrás) que era una mujer muy valerosa que pagó al fin el precio de su patriotismo. Cuando la enviaron desde Lubianka...

—¿Dónde está Lubianka?

—En Moscú. Es una cárcel.

Bayldon recobró rápidamente su aplomo.

—Sí, claro. Nunca lo había oído pronunciar de esta manera. Prosiga.

—Se las habían hecho pasar moradas. Lo menos que le hicieron fue romperle cuatro dedos.

—¿Habló?

—La tecnología de la persuasión es muy refinada en nuestros días. El valor no es infinito, si es que alguna vez lo fue. Sí, tenemos que presumir que se fue de la lengua.

—¿Por qué dice presumir?

—Toda nuestra red en Berlín fue descubierta —dijo Hillsden, entrando de nuevo en la conversación—. Aunque nunca se demostró que Caroline... que *miss Oates*... fuese la fuente primordial.

—Todo esto es muy lamentable, desde luego. Pero lo que no acabo de entender es que, presumiblemente, debieron de interrogarla en esa cárcel que ha dicho usted hasta que no pudo decirles más nada. En otro caso, no la habrían canjeado, como dicen ustedes. Y si es así, ¿por qué este pánico? Desde luego, será horrible si se demuestra que ha sido asesinada, pero el asunto tendrá que resolverlo la policía civil..., a menos —y recalcó el término «a menos»— que se me oculten algunos hechos. —Miró sucesivamente a los dos—. No me gustaría descubrir más tarde que este «incidente» es la punta de otro iceberg que podría hacernos naufragar a todos.

Hillsden cedió la palabra a *sir Charles*. «Tú eres el maldito diplomático —pensó—: ocúpate de esto».

—No se le oculta nada, señor ministro. Tengo que confesar que las circunstancias,

por lo que sabemos hasta ahora, son preocupantes y, por ser tales, faltaríamos a nuestra responsabilidad si no prosiguiésemos la investigación hasta el fin. Aunque, como ha dicho usted acertadamente, no parece haber explicación posible; quizá resultará ser un incidente aislado, y tal vez nunca explicado del todo, que se perderá en el olvido.

Bayldon reflexionó un momento sobre esto y, después, se levantó de la mesa como impulsado por un resorte imaginario.

—Me gustaría hablarles en confianza a los dos —empezó a decir pomposamente, pero se contuvo y prosiguió en un tono más llano—: Estoy seguro de que se dan cuenta de que todo nuevo gobierno necesita que le den tiempo para respirar. Sin querer hacer política de partido, confieso que, cuando al fin pudimos examinar el panorama, nos horrorizamos ante la magnitud de los problemas que habíamos heredado. Por eso, y volviendo a mi propia posición, la función que desempeño es en este momento sumamente delicada. Casi antes de haber cruzado la puerta, me echaron encima ese maldito asunto Glanville. En mi opinión, el país necesita un período de estabilidad. Estamos hartos de escándalos de espías. Estas revelaciones regulares se han convertido en una industria casera. También he tenido que bregar con la falta de seguridad en Windsor y con la corrupción general en el Met, de nada de lo cual se me puede acusar, pero a lo que tengo que hacer frente. Bien, sería absolutamente indecoroso, repito, absolutamente indecoroso, ocultar cínicamente la verdad. Pero al mismo tiempo, todos tenemos el deber, en este crítico momento de la situación de la nación, de proceder con circunspección. Sería mala cosa que la infortunada muerte de *miss* Oates fuese aireada en primera página por la prensa sensacionalista conservadora. Por consiguiente, si hay una manera digna y honorable de enterrar a la pobre mujer sin más ruido, tanto mejor será. A fin de cuentas, tenemos una plena justificación en las palabras del certificado médico de defunción. Si nos preguntan algo, podemos decir, sin que nos remuerda la conciencia, que murió de un ataque al corazón.

Mientras hablaba, hizo breves y enérgicos ademanes. «Como si fuésemos dos guardias de tráfico —pensó Hillsden—, y estuviese tratando de librarse de una multa por aparcamiento indebido».

En ese momento Bayldon les despidió, aunque fue lo bastante cortés para acompañarles hasta la puerta.

—¿Tienen medios de transporte? —preguntó, estrechándoles la mano.

—Sí, hemos venido en el coche de Hillsden. Aunque, pensándolo bien, tal vez sería más conveniente que yo fuese directamente a Whitehall por mis propios medios.

—Bien, puede llevarle mi chófer —dijo Bayldon—. Yo no lo necesitaré esta noche.

—Es usted demasiado amable, señor ministro. Se lo agradezco mucho. Y gracias por habernos recibido. Ha sido una reunión muy útil.

Mientras se dirigían al sitio donde estaban aparcados los vehículos, Hillsden dijo:

—Si no le importa, ¿podría venir conmigo hasta que lleguemos a la autopista? Hay todavía un par de cosas que me gustaría discutir. El coche de él puede seguirnos.

—Muy bien. Buscaré al chófer y se lo diré.

Arrancaron después de explicar al chófer lo que tenía que hacer y, en cuanto cruzaron el puesto de la policía, Hillsden dijo:

—Esa mujer fue asesinada. Siempre puedo oler un asesinato. Sólo escuché a medias todas aquellas malditas vulgaridades, porque trataba de recordar algo que me había dicho Caroline la última vez que la vi.

—¿Le «apretó las clavijas»? Es así como lo llaman, ¿no?

—No. Pero estuvimos los dos en el puesto austríaco. Ella creía haber dado con algo gordo; por eso volvió a meterse. Creo que sabía que su suerte se estaba agotando, pero se metió de todos modos. La decisión no fue mía. Si yo hubiera estado allí, habría podido detenerla; pero entonces ya me habían trasladado.

—¿Lo ha recordado?

—¿Qué?

—Lo que le dijo ella.

—No; parecía que iba a recordarlo y se me escapó de nuevo. Pero ya lo recordaré en el momento menos pensado. Bayldon no es santo de mi devoción. ¿Y de usted?

Sir Charles se encogió de hombros y sacó su cajita de rapé.

—Vienen y se van. Yo he servido a bastantes en mi tiempo. Y nosotros nos mantenemos neutrales, ¿sabe? No conviene formarse opiniones.

—Oh, ustedes, los del Servicio Civil, son muy precavidos.

—Cuestión de supervivencia.

—Lo que él quiso decir fue: «No zarandeen mi barca».

—No hay nada de extraño en eso. Es una forma de diálogo corriente. ¿De qué más quería que hablásemos?

Hillsden accionó el limpiaparabrisas antes de responder.

—Yo no tengo su amplia visión de los sucesos, y tampoco tanta paciencia como usted. Lo único que nosotros conseguimos son piezas del rompecabezas. A veces se adaptan y a veces no, y otras nos son deliberadamente cedidas para confundirnos.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, él aludió a una cosa. ¿Qué pieza del rompecabezas echaron en falta en la Lubianka? ¿Por qué tenían que arriesgarse ahora? ¿Por qué tenían que tomarse el trabajo de matarla, después de tanto tiempo?

—Una buena pregunta..., suponiendo que lo hiciesen.

—La mataron, eso es seguro.

Sir Charles se sonó con el pañuelo estampado.

—Corríjame si me equivoco, pero tengo la impresión de que su interés no es enteramente profesional. Yo diría que hay un elemento de índole más personal.

Cerró la cajita de rapé y tamborileó sobre la tapa.

—¿Cómo podría no estar personalmente interesado? Compartimos los mismos

riesgos. Y a diferencia de algunos, a mí no me importa zarandear la barca del Bayldon o de cualquier otro. A mi modo de ver, los políticos son como los borrachos. Nosotros somos los que hemos de limpiar sus vómitos. —Miró por el espejo retrovisor—. Parece que hemos perdido a su chófer.

Retiró el pie del acelerador. Belfrage se volvió para mirar atrás, moviéndose con dificultad por el cinturón. En ese instante los dos advirtieron un fuerte resplandor rojo en el cielo. No dijeron nada, pero Hillsden ejecutó una vuelta perfecta, metió la tercera y el BMW salió zumbando. A menos de una milla, en la serpenteante carretera, encontraron lo que quedaba del Jaguar oficial de Bayldon. Estaba de espaldas a ellos, la explosión lo había vuelto panza arriba y la gasolina ardía en veinte yardas a la redonda. Hillsden corrió con el extintor que había sacado de debajo del asiento delantero, pero resultó totalmente ineficaz contra aquella hoguera, y tuvieron que echarse atrás y observar cuando una última y fuerte explosión sacudió el chasis ennegrecido. Siguió un silencio horripilante. Cuando lo permitió el calor, se acercaron de nuevo, pero lo que quedaba del chófer de Bayldon parecía ser un montón de despojos carbonizados.

Belfrage se apartó y se quedó mirando los oscuros campos, mientras Hillsden empleaba la radio de su coche para avisar a la policía local. Todavía estaba hablando cuando vio los faros de un vehículo que se acercaba. Resultó ser un gran camión cargado de hortalizas.

—¡Jesús! —exclamó el conductor— ¿Qué le ha pasado a ese pobre infeliz?

—Ni idea. Acabamos de tropezamos con él. Será mejor que siga adelante. La policía llegará dentro de un momento.

—¡Qué barbaridad! No ha quedado mucho, ¿eh?

Dos coches de la policía llegaron simultáneamente, seguidos de un camión grúa. Hillsden se identificó y dio instrucciones para que retirasen los humeantes restos del automóvil a un lado de la carretera.

—Hagan que ese tipo siga su camino. Por lo que a él concierne, no ha sido más que un accidente. ¿Comprendido?

Uno de los agentes dijo al conductor del camión que siguiese adelante en cuanto despejara la carretera.

—Ahora quiero que todo este tramo de camino quede cerrado —dijo Hillsden al sargento de policía—. Pongan las señales de desvío en los lugares adecuados. Nadie, absolutamente nadie, debe tocar nada hasta que llegue la Brigada de Artificieros.

—¿La Brigada de Artificieros, señor?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Pero no ha sido un accidente, señor?

—No.

El sargento pareció indeciso. Estaba casado, y sólo le faltaban dieciocho meses para el retiro. Los modales y las credenciales de Hillsden le impresionaban, pero también sentía un prudente respeto por su jefe, a quien disgustaba profundamente

cualquier injerencia en su campo.

—Tendré que pedir autorización a mi jefe, señor.

—¡No! No pierda tiempo con los dichosos permisos. Haga lo que le digo y no discuta. Y diga a sus hombres que no sigan pisoteando todo el maldito lugar. Coloquen las señales en posición para cerrar la carretera.

—¿Cómo debemos tratar esto, señor?

—¿Tratar esto?

—Sí. Estoy pensando en la prensa. Como sabe, interfieren con frecuencia nuestras llamadas 999. ¿Qué hemos de decir si se huelen algo?

—Procure que no se huelan nada.

—Sin embargo, señor, quisiera que me diese instrucciones para esta eventualidad.

—Sólo ha sido un accidente. El coche resbaló, se salió de la carretera y estalló el depósito de la gasolina.

—No estaba pensando solamente en el conductor, señor. Están usted y el otro caballero.

—En el vehículo siniestrado no iba nadie más. *Sir Charles* viajaba conmigo. Pasamos por aquí, vimos lo ocurrido y dimos la alarma.

—Ya. Comprendo. Gracias, señor. Fue una casualidad que pasasen por aquí, ¿verdad, señor?

—Sí —dijo Hillsden—. Fue pura casualidad.

—Una última cosa, señor. Cuando redacte el atestado, supongo que no debo emplear la palabra «accidente», ¿verdad?

—Ya le daré instrucciones sobre esto, sargento. Ahora ocupémonos de lo más urgente, ¿eh?

El sargento pareció al fin satisfecho de haber salvado su responsabilidad y fue a cumplir las órdenes.

—Creo que deberíamos largarnos de aquí —dijo Belfrage, reuniéndose con Hillsden.

—Sí, probablemente sería buena idea que se esfumase usted. Yo me quedaré hasta que lleguen los otros, para asegurarme de que estos tipos no lo enredan todo. Tome mi coche; mañana enviaré a buscarlo. ¿Dónde estará usted?

—En mi agujero acostumbrado, probablemente escribiendo una carta a la esposa de ese infeliz. —Miró de nuevo hacia los restos del vehículo cuando llegaba una ambulancia—. Escribí bastantes cartas parecidas durante la guerra.

Se puso al volante del BMW de Hillsden y esta vez se abrochó el cinturón sin dificultad.

—¿En qué cree usted, Hillsden?

—¿*Quiere* decir en materia religiosa?

—No. Creencia en general. ¿Qué es lo que le guía?

—Oh, eso. Simplemente creo en el mal. En el bueno y anticuado mal. De esta manera, nunca sufro una desilusión. Espero lo peor, y todo lo demás es un regalo.

Capítulo 4

El día siguiente estaba ya muy avanzado cuando Hillsden llegó al fin a su casa, adonde le llevó un coche de la policía de Thames Valley. Durante el trayecto, se detuvo para comprar un periódico sensacionalista de primera hora, no porque esperase que hiciera mención del coche siniestrado, sino más preocupado de que hubiese alguna filtración sobre la muerte de Caroline.

Comprensiblemente, la primera página estaba dedicada a la pesadilla de la estación de Paddington. El número de muertos ascendía ya a dieciocho y había una horrible fotografía de un niño mutilado que estaba siendo sacado de entre los escombros por un joven policía, que también estaba herido. El pie de la foto, con la inspirada ironía de un subdirector, decía así: «Obra de un cerdo fascista». Después de buscar en las páginas interiores, Hillsden se sintió aliviado al ver que nada se decía de Caroline ni de la muerte del chófer de Bayldon. La otra noticia que merecía grandes titulares se refería al asesinato de una prostituta en un salón de masajes del Soho, con la previsible pregunta: ¿Anda suelto otro Destripador?

Antes de entrar en su casa, una vivienda anónima y un poco aislada en las afueras de Wembley, se puso de rodillas y comprobó la parte inferior del Ford de su esposa aparcado en el antepatio. Se daba cuenta de que, como la mayoría de los agentes, descuidaba su vigilancia en los intervalos entre ataques terroristas. Sólo cuando se producía una nueva agresión observaba religiosamente los procedimientos de seguridad. Lo único que descubrió fue una fuga de aceite y una nueva melladura en el parachoques de atrás.

Tomó nota mentalmente de hacer reparar el coche. Su esposa era una de esas mujeres que consideraba que todo lo mecánico tenía vida eterna.

Entró en la cocina, donde el gato, enigmático macho capado de pelo siempre grumoso, permanecía sentado como una esfinge sobre la mesa del desayuno. Era evidente que había probado la cena fría dejada para Hillsden la noche anterior y que ahora parecía singularmente repelente. Abriendo el frigorífico, sacó un paquete de queso Cheddar, pero la envoltura de plástico se le resistió y tuvo que valerse de un cuchillo. *Consumir antes de julio 14*, rezaba el marbete. Consultó su reloj, vio que el queso pasaba una semana de aquel límite, pero decidió probarlo de todos modos. No sabía a nada y le recordó las pastillas amarillas de jabón Sunlight que empleaba su madre los días de colada. El gato se animó al percibir el olor, pero cuando su amo le ofreció un pedazo, lo rechazó.

—Sólo es bueno para algunos, ¿eh? —dijo Hillsden en voz alta.

El gato le miró con ojos resentidos.

Hillsden no sabía si meterse o no en la cama. Su larga experiencia le había enseñado que podía pasar sin dormir o tenía que hacerlo ocho horas seguidas. Los términos medios le desorientaban. Mientras masticaba el queso, leyó de nuevo el periódico. Un nuevo grupo que se hacía llamar Partido Revolucionario del Pueblo

había reivindicado la bomba de Paddington, pero un portavoz de la Brigada Antiterrorista de Scotland Yard lo desmentía, diciendo que el atentado llevaba toda la marca del IRA. «Esto debía ser un consuelo para las víctimas», pensó Hillsden. Volviendo la página, observó la triste cara bovina de la prostituta asesinada. El dueño del salón de masajes había negado que su establecimiento fuese nunca utilizado para fines inmorales. «Nosotros servimos a una clientela exclusiva», se decía que había afirmado. «Entre nuestros socios hay varios miembros del Parlamento, estrellas de cine y sacerdotes. Mi personal está perfectamente adiestrado en la técnica sueca y tiene absolutamente prohibido cohabitar con los clientes».

Mientras Hillsden hojeaba el periódico, sus pensamientos pasaron de la muerte inútil de una criatura en brazos de un policía e insinuaciones de corrupción en altas esferas a los sucesos más personales de las últimas veinticuatro horas. ¿Podía haber alguna relación, que no fuese pura coincidencia, entre el asesinato de Caroline y la bomba en el coche de Bayldon? El único lazo era él mismo, pero, lógicamente, la bomba no podía haber sido destinada para él. Tal vez para Belfrage, aunque no parecía probable, pues se habría tenido que saber que Belfrage pediría que le dejaran utilizar el coche. La mayoría de los actos terroristas se efectuaban al azar, pero elegir a un funcionario civil desconocido para el público parecía todavía más casual. La deducción más obvia apuntaba a Bayldon como objetivo, con el desgraciado chófer como víctima, por añadidura, pero incluso esto parecía arbitrario. El asesinato de personajes políticos y de miembros de la judicatura había sido especialidad del IRA en el pasado, pero, en esta ocasión, Hillsden se inclinaba a no atribuirle el mérito. Dado que el objetivo de toda organización subversiva era provocar los máximos horror e indignación, la voladura de *pubs* atestados, estaciones de ferrocarril y discotecas parecía preferible a la eliminación de un político que no daba la impresión de ser particularmente apreciado por el público. Ni siquiera el asesinato de Earl Mountbatten había retenido durante mucho tiempo la pública indignación. Los pecadillos sexuales de alguna actriz de una serie televisada provocaban una atención más sostenida.

Inevitablemente, volvió a pensar en Caroline, en lo irónico que era que, sin saberlo, su muerte hubiese salvado esta noche una vida. «Si no hubiésemos tenido un motivo para hablar de Caroline, el pobre y viejo Belfrage habría muerto en la carretera junto con el chófer», pensó.

Una imagen pasada de Caroline le acompañó al apagar las luces de la planta baja y subir la escalera para ir a su dormitorio. Contempló el papel Laura Ashley de las paredes, las cortinas haciendo juego y las enmarcadas litografías de Wyeth encargadas por su esposa y anunciadas en los suplementos en color de los domingos. Había veces que tenía la impresión de que todo su matrimonio había sido montado mediante pedidos por correspondencia. Margot nunca había podido resistir las ofertas. Como resultado de ello, tenían una colección de los cien libros mejores del mundo, ninguno de los cuales había leído ella de cabo a rabo; se guardaban en una

librería hecha a medida, en el cuarto de estar contiguo, junto a un tocador en miniatura que contenía una colección de dedales de todo el mundo. «Si al menos hubiese una oferta especial de amor...» pensó, entrando en el cuarto de baño para desnudarse sin molestarla.

La cicatriz que se extendía desde su hombro izquierdo hasta la axila aparecía lívida bajo la fría luz fluorescente. Cuando estaba desnudo le daba un aspecto ligeramente asimétrico, y su desnudez era un recuerdo más de los tiempos en que no tenía cicatrices en el cuerpo ni en la mente. «Caroline salvó *mi* vida aquella noche particular», pensó. Había sido en Austria, en Viena, cuando los dos estaban plantados junto a un buzón en el Prater; por decirlo de algún modo: el súbito resplandor de un cuchillo saliendo de la oscuridad, al atacar desde la sombra un matón adolescente al estilo de Harry Lime. Le había pillado completamente desprevenido, y sólo la rápida y eficaz intervención de Caroline le salvó. Ahora, la imagen en el espejo del cuarto de baño pareció burlarse de él; él todavía estaba vivo, mientras que la desnudez de ella era la de la muerte, rígida bajo una sábana sobre la mesa de mármol de Hogg.

Se sentó en el wáter, pero el horario irregular y los indigestos bocadillos comidos a toda prisa habían paralizado sus intestinos. Aun así, pensaba siempre mejor sentado en la caja de los truenos del salón del trono donde todos los hombres eran iguales. ¿Era el Rey Sol quien celebraba audiencias sentado en un bacín? «Esto no me importaría, lo suscribiría», pensó Hillsden, con la primera chispa de humor que se había permitido desde que se enteró de la muerte de Caroline. Había un rollo musical de papel higiénico junto a su hombro, otra de las raras adquisiciones de su mujer, y el propio papel tenía máximas impresas en cada una de sus hojas. De pronto sintió una soledad desesperada, una impresión de pérdida, un sentimiento de que nada en su vida tenía ya significado.

Durante todos los años en que Caroline había estado encerrada, primero en Rusia y después aquí, en aquella última residencia para chiflados y enfermos, se había aferrado al recuerdo de cosas pasadas y, al menos mientras ella había estado en Rusia, no había perdido sus esperanzas. De vez en cuando se habían filtrado noticias de que ella conservaba su fe. Desde luego, esto era una burla, una compensación conveniente. Fe, ¿en qué? En nada fundamental. No en Cristo en la Cruz, ni en la Virgen de corazón sangrante, ni en la promesa de otra vida mejor. Justo otra ideología tan retorcida como la que había santificado la colocación de bombas, justo una fe ciega en la moral de Nosotros como opuesta a la de Ellos. Todos los participantes en ambos lados de la línea divisoria, jugando el mismo juego nihilista interminable.

Le atenazó el dolor, no el dolor necesario de los intestinos, sino el espasmo que aquel recuerdo tenía siempre el poder de provocarle. Sentado allí lo sacudieron sollozos sordos, incapaz de controlar el súbito ataque. «Tengo casi cincuenta años — pensó —, todavía me quedan siete para pagar la hipoteca; no tengo hijos, soy un mero ser anónimo que se seca el culo con chistes vulgares».

Se recobró rápidamente, viendo la ironía de todo aquello, obligándose a burlarse

de la creciente lástima que sentía de sí mismo. «Dios mío —pensó—, me pregunto cuánto tiempo habría yo durado en el Gulag, llorando en el cagadero como un colegial mocososo. No es de extrañar que me sacasen de Viena. El pobre y viejo Alec ya no servía, no observaba las reglas: No tendrás flaquezas, no cohabitarás ni tendrás conocimiento carnal de otro agente varón o hembra, en la salud o en la enfermedad. *Pero yo la amaba*. El amor, la última traición que abrazamos. Alego esto como atenuante. El castillo junto al lago en Krumpendorf, allí fue donde nos despedimos; después volví a esto, al papel pintado, los muebles de estilo moderno de una oferta de Harrods, el Teasmade junto a la cama, el queso que siempre sabe a jabón, un matrimonio a plazos, una esposa que se merece algo mejor».

Se cepilló los dientes con una pasta de una marca que garantizaba frescura durante toda la mañana. Había promesas en todo, salvo en su propio futuro. Entonces, todavía desnudo, apagó las luces que quedaban y entró en el dormitorio. Mientras se deslizaba entre las sábanas, su esposa gimió en sueños y se volvió de cara a él. Él sintió el calor de aquel cuerpo al tocar su carne más fría. «Qué fácil sería —pensó— si la muerte borrara el deseo que sentimos antaño, en vez de acercarlo más».

Capítulo 5

En otro lugar de Londres, en un hotel que se decía de tres estrellas y atendía principalmente a una clientela del Oriente Medio, Calder dormía tranquilamente. La noche anterior había cenado bien en un pequeño restaurante griego de Moscow Road, riendo el chiste para sus adentros. En el camino de regreso al hotel había arrojado el arma del crimen y el traje Oxfam en uno de esos vertederos de escombros que parecían haber proliferado en toda la ciudad desde su última visita. Antes de meterse en la cama, había lavado el tinte que quedaba en sus cabellos, confiando en que, cuando se marchase mañana, habría un hombre distinto en recepción. Se inscribió con el nombre de Holgate y hablaba con acento del norte. Ahora dormía sin soñar.

No fue hasta la mañana siguiente que tropezó con el primer obstáculo en sus planes cuidadosamente preparados. El hotel no servía comida en las habitaciones. Vaciló, pero, después de pensarlo un poco, aceptó el riesgo de usar el comedor. Al ser conducido a una mesa junto a la ventana, sintió que su decisión había sido acertada: el salón estaba lleno de familias árabes, gordas y veladas las mujeres, y los niños consumiendo enormes cantidades de comida, llenando sus platos a intervalos regulares en el mostrador del *self-service*. Calder les observó sin rencor, aunque le sorprendía que alguien pudiese empezar el día acumulando queso y rodajas de piña sobre los arenques ahumados; parecía un intento desesperado de «occidentalización». Él sólo tomó yogur, fruta y una tostada, y soportó lo que decían que era café.

Mientras comía, estudió la última edición del mismo periódico que había comprado Hillsden. La bomba de Paddington seguía ocupando la primera página, aunque las fotografías habían sido cambiadas; en una de las páginas interiores se veía a un, adecuadamente sombrío, Bayldon visitando la escena con el comisario de Policía. La crónica tenía poco interés, la siguió brevemente y, después, buscó alguna mención del asesinato en el Soho. La noticia incluía ahora una foto diferente de la muchacha muerta, que aparecía llevando una banda en algún concurso de belleza que nunca había ganado. Su obituario la describía ahora como una joven amante del hogar y con un futuro prometedor, y se recalcaba más la teoría de que un nuevo destripador estaba actuando. Calder leyó el artículo de cabo a rabo y, satisfecho al observar que no hacía ninguna referencia a la identidad del asesino, pasó a las páginas deportivas. Hasta cuando estaba en Zurich seguía los resultados de los partidos de *cricket* y, durante los meses de invierno, recibía por correo aéreo un periódico australiano para estar al corriente de su temporada. El *cricket* era la única cosa de Inglaterra que echaba en falta.

La fotografía que había sustraído de la mesita de noche de Caroline estaba en su cartera, junto con un billete de Swissair extendido a nombre de Miller, que era el que figuraba en su pasaporte. Pensaba con ilusión en su vuelta a casa, a su pulcro apartamento y junto a unos vecinos que nada sospechaban y que igualaban y respetaban su propia reserva. Una vez en casa, podría reanudar su existencia

ordenada y desaparecer en la agradable monotonía de la vida en Zurich hasta que recibiese la próxima llamada. Mordisqueó la oscura tostada, pensando con añoranza en los *croissants* recién salidos del horno de los que pronto volvería a disfrutar. Un *croissant* y un café decente, servido muy caliente, no esos posos amargos que ahora apartó a un lado con disgusto.

Después de comprobar la clasificación de su equipo de *cricket* favorito en la liga, volvió su atención a las páginas financieras, advirtiendo con satisfacción que el precio del oro había subido varios puntos como consecuencia de la última crisis del petróleo en Oriente Medio. Por lo demás, los comentaristas lamentaban, como de costumbre, el estado de la economía en el país. El estacionamiento de la industria y la inquietud laboral parecían ser una enfermedad endémica en Gran Bretaña, a pesar del reciente cambio de gobierno.

«¡Qué crédulos siguen siendo! —pensó—; todavía se aferran a la idea de que la democracia parlamentaria controla su destino». El Congreso de los Sindicatos prometía una colaboración más íntima con el recién elegido gabinete laborista, sacando a relucir los venerados tópicos, las viejas y rancias panaceas que curan una dolencia que hace tiempo que es fatal. Calder dobló el periódico y lo dejó a un lado, recordando que debía comprar unas cuantas novelas de actualidad en Heathrow. Era una estupidez pagar precios hinchados en Suiza. Sus gustos se inclinaban por la novela histórica. Jean Plaidy era una de sus predilectas; siempre proporcionaba una buena y sólida lectura; sus heroínas tenían una candidez que nunca dejaba de excitarle.

Entonces, con aquel instinto de supervivencia que nunca le fallaba, se dio cuenta de que un árabe lo observaba desde el otro lado del comedor. Sólo podía fundarse en una impresión y, mientras sonaba aún el toque de alarma, aquel hombre, que iba solo, se levantó de su mesa y pasó por su lado sin mirarle. Calder trató de acallar su sospecha. ¿Era que aquel hombre llevaba un traje de Savile Row, en vez del atuendo tradicional de la mayoría de los que estaban en el salón? ¿O era algo más familiar, como el olor de una mujer con la que se durmió una vez, pero que no se puede situar exactamente? Lo mismo que el café diluido con leche rancia, aquella idea le produjo un sentido de inquietud. Se entretuvo un poco más con el resto de su desayuno, observando a aquel hombre por uno de los espejos de pared. El árabe se dirigió a la recepción, presumiblemente para liquidar su cuenta, aunque siempre cabía una explicación más siniestra. Calder esperó a que se hubiese perdido de vista; entonces dejó una propina en el plato y se encaminó rápidamente al ascensor. Una vez en su habitación, telefoneó a recepción y pidió que le preparasen la cuenta. Comprobó la habitación con su acostumbrada minuciosidad y limpió de nuevo todas las superficies que pudo haber tocado.

Cuando salió del hotel no vio al árabe en parte alguna, pero, mientras esperaba un taxi llegó un coche de la policía que se detuvo ante la entrada. Hubo un momento en que Calder creyó que los policías iban a acercarse a él, pero pasaron de largo para

examinar un destartalado Austin Mini aparcado en una doble línea amarilla. Vio que se agachaban para inspeccionar la parte inferior del coche antes de que uno de ellos sacase un manajo de llaves y empezase a probarlas en la portezuela cerrada del conductor. Cuando al fin consiguió un taxi, dijo: «A Harrods, por favor», en voz lo bastante alta para que le oyesen.

Entró en Harrods por la puerta principal de Brompton Road y cruzó los almacenes hasta la Sección de Caballeros. Desde allí salió por la puerta de atrás del edificio, cruzando Hans Place, donde una vez, en sus días de estudiante, había llevado a una amiguita para un aborto ilegal. Tuvo la suerte de encontrar un segundo taxi vacío y, esta vez, dio Heathrow como su punto de destino.

—Espero que le sobre tiempo —dijo el conductor del taxi.

—¿Por qué?

—Acabo de volver por la M4 y el tráfico es terrible. Dos millas de atasco, amigo. Las carreteras están cortadas alrededor del maldito aeropuerto.

—¿Cortes de carretera? ¿Por qué?

—Bueno, por todas esas jodidas bombas, ¿por qué había de ser? Parece que volvemos a estar en tiempo de guerra. Acaban de anunciar otra bomba en el noticiario. Ha hecho un destrozo cerca del aeropuerto. Tres muertos y unos catorce heridos, dice la radio. Todavía los están contando, por no hablar del riesgo para la salud. Todo saltando por el aire, para aterrizar quién sabe dónde. Le diré lo que yo haría: restablecer la pena de muerte. Solamente la horca es buena para esa pandilla. ¿A qué terminal quiere ir? —prosiguió, sin tomarse un respiro.

—A la número uno.

—Bueno, tal vez tengamos suerte. Trataré de evitar los peores atascos manteniéndome lejos de las carreteras principales. Tal vez el taxímetro marcará un poco más.

—Eso no importa. La cuestión es llegar allí.

—Haré lo que pueda. Si tuviese dinero me iría con usted, para alejarme de todo esto.

El hombre cumplió su palabra, conduciendo como un loco por una serie de callejuelas, pero resultó irritante al continuar con su monólogo, con un acento *cockney* tan pronunciado que a Calder le costaba entender lo que decía.

—Hoy en día este país no vale un penique. Nos lo han dado con queso, si me lo pregunta. No hay más que estafadores y chorizos. Yo trabajo diez horas al día, conduciendo este maldito cacharro, y llevo una vida de perros. Pero puede apostar la vida a que hay montones de holgazanes que se llevan más que yo a casa sacándolo de la asistencia social, y con el pluriempleo, por añadidura. ¿Sabe lo que quiero decir? Es lo que ocurre en todas partes, palabra. No, no me hable de este país, porque puedo contarle muchas cosas.

Se inclinó sobre el volante, sujetándolo contra el pecho como una pelota de *rugby*, forzando el motor diesel y sorteando el denso tráfico con terrible entrega.

Cuando al fin llegaron a las afueras de Heathrow, tropezaron con la primera barrera y se sumaron a una larga hilera de coches que esperaban ser inspeccionados. Calder pudo ver las luces intermitentes azules de varios vehículos de la Policía; dentro del perímetro vallado del aeropuerto había un tanque del Ejército, con su cañón dentado apuntando al cielo. Soldados provistos de armas automáticas se hallaban apostados a intervalos. Cuando el taxi se acercó a la cabeza de la fila, se puso de manifiesto que la policía estaba efectuando registros minuciosos, no de rutina. Calder repasó mentalmente todo lo que llevaba. Sólo había una cosa peligrosa: la fotografía de la joven. Sin apartar la mirada del conductor, la sacó de la cartera y la deslizó en la rendija entre los cojines de cuero del asiento, un instante antes de que llegase su turno para la inspección.

Un policía se dirigió a Calder, mientras otro pedía al conductor del taxi que se apease y le mostrara su licencia.

—¿Va usted al aeropuerto, señor?

—Sí —dijo Calder—. ¿A qué viene todo esto?

—Solamente son precauciones normales, en vista de los recientes ataques terroristas. ¿Es ese todo el equipaje que lleva?

—Sí, sólo una maleta.

—¿Tiene la amabilidad de abrirla, señor?

Calder obedeció y el policía revolvió las pocas prendas de vestir que llevaba. Después abrió la bolsa impermeable que contenía los artículos de tocador.

—¿Es usted ciudadano británico, señor?

—No, soy suizo.

—Habla muy bien nuestro idioma, si me permite decirlo. Bueno, muchas gracias, siento haberle molestado.

Su compañero había pasado a la puerta de atrás del vehículo para abrir el portaequipajes. El taxi tembló cuando lo cerró de golpe.

—Muy bien, conductor, puede seguir su camino.

—Una maldita pérdida de tiempo —dijo el taxista, reanudando inmediatamente su crítica de la vida en general—. No van a encontrar nada en un jodido taxi, ¿verdad? Lo que tendrían que hacer es echar a todos los extranjeros del país. Ésa es la solución. Salvo que ahora *nosotros somos* los extranjeros. Los proscritos de la isla. ¿Va usted a algún lugar exótico?

—No. No es más que un viaje de negocios a Bruselas.

Calder sacó unos billetes de la cartera, preparándose para pagar el taxi, y después recuperó la fotografía que había ocultado. Tuvo buen cuidado en no excederse en la propina: los taxistas recordaban estas cosas. Al entrar en la terminal 1 advirtió inmediatamente que había más policías apostados en la escalera mecánica de salidas. Se dirigió a una de las ventanillas de cambio y preguntó la cotización del franco belga. El cajero apretó un botón del ordenador y le dio la cifra.

—¿Eso es todo? Bueno, creo que cambiaré mejor cuando llegue a Bruselas.

Salió del edificio y se dirigió entre el denso tráfico a la terminal 2. Desde que podía recordar, las autoridades habían estado ampliando Heathrow, y la mayoría de los edificios parecían haber sido montados como un juego de construcción infantil. La falta de un modelo unificado le irritaba.

Como no tenía que facturar equipaje, pasó directamente por el control de pasaportes y seguridad sin incidentes. Después de comprar una botella de *whisky* escocés libre de impuestos, visitó la librería. Para su contrariedad, no había ninguna nueva novela de Jean Plaidy, pero se animó cuando vio varias ediciones flamantes de novelas pornográficas victorianas. Eligió una titulada *Escenas lascivas en el convento*. La excitación que ésta le producía hizo que bajase su acostumbrada guardia, y sólo cuando llevaba diez minutos de vuelo y estaba degustando la primera bebida gratis reconoció al árabe del hotel sentado unas cuantas filas más adelante, al otro lado del pasillo.

Capítulo 6

Aproximadamente cuando el avión de Calder despegaba rumbo a Zurich, Hillsden recibía dos informaciones. La primera procedía de la Brigada de Artificieros y le notificaba que el artefacto explosivo empleado en el coche de Bayldon era de un tipo desconocido. Se consideraba que era superior a todos los utilizados por el IRA en el pasado. Un examen minucioso de los restos del vehículo demostró que el mecanismo activador estaba conectado a la radio del coche.

—Ésta es, probablemente, la razón de que no se produjese la explosión inmediatamente al arrancar los dos coches —dijeron a Hillsden—. Es una técnica que se ha empleado otras veces. Se dice que ha sido perfeccionada por el PLO, pero ¿quién lo sabe? La presunción más lógica es que el chófer de Bayldon, como viajaba solo, conectó la radio para escuchar el boletín de noticias de última hora de la noche.

—Todas las noticias aptas para ser escuchadas —observó Hillsden, que lamentó en seguida el sarcasmo—. Supongo que han descartado ustedes toda posibilidad de que la bomba fuese instalada mientras el coche estaba en la propiedad de Bayldon.

—Sí, absolutamente. El coche estuvo bajo constante vigilancia desde el momento en que él llegó a la casa hasta que ustedes dos se marcharon.

—¿Y qué me dice de su personal?

—Tienen una cocinera francesa que lleva cinco años en la casa. Estamos esperando noticias sobre ella de París. Además, están el mayordomo, que casi con toda seguridad es homosexual, pero del que por lo demás nada se sabe de malo, y un jardinero que Bayldon jura que es tan inocente como el Papa.

—¿Y qué hay del chófer muerto?

—Ex soldado, de limpio historial; sólo un par de multas por exceso de velocidad. Casado, pero separado de su esposa.

—Entonces, ningún indicio por parte alguna —dijo Hillsden—. ¿Dónde estaba la bomba? ¿Debajo del capó?

—No; introducida en el centro de la rueda de recambio. Lo cual nos da la seguridad de que fue instalada más temprano.

—¿Qué tipo de explosivo?

—Clorato de sodio.

—Supongo que el coche procedía del parque móvil del Ministerio.

—Sí y no. Era un coche del parque móvil, pero Bayldon insistió en que le fuese reservado para su uso exclusivo.

—Entonces, ¿por quién apuestan?

—Bueno, nos hemos equivocado muchas veces, pero no vemos en esto a la chusma irlandesa. En los últimos meses han usado siempre el control remoto y, como sabe, son criaturas de costumbres. A menos, naturalmente, que éste sea el comienzo de un nuevo ciclo.

—¿Ha sido interrogado Bayldon?

—No se «interroga» a los ministros, Alec. Se les entrevista. Sí, lo hemos visto esta mañana.

—Anoche pareció muy impresionado cuando le di la noticia por teléfono.

—Bueno, el labio superior no le temblaba esta mañana. Nada como unas cuantas cámaras de televisión para que los políticos presenten su mejor aspecto. Nos endilgó el acostumbrado discurso sobre la vulnerabilidad de los personajes expuestos al público, etcétera. Muy conmovedor.

—¿Y no dijo nada fuera de lo corriente?

—Nos echó una pequeña bronca sobre la necesidad de extremar la vigilancia. Nosotros le aconsejamos que variase su rutina diariamente de hoy en adelante. La Rama Especial está doblando la protección para él y su esposa.

Mientras Hillsden estaba reflexionando sobre estos retazos de información, recibió una llamada de Hogg.

—Siento tomarme tanto tiempo —empezó a decir Hogg con una cortesía impropia de él—, pero los primeros análisis no me convencieron, por lo que hice algunos por mi cuenta. Hay algo que me desconcierta.

—¿Puede decirme qué es?

—Todavía no estoy seguro. —La voz de Hogg volvió a adquirir un poco de su acostumbrada brusquedad—. Cuando lo esté, se lo haré saber. Primero quiero hablar con un amigo en Porton.

En cuanto colgó, Hillsden contó las dos conversaciones a Belfrage.

—Interesante —fue el único comentario de Belfrage.

«¿Por qué son tan reservados esos tipos oficiales?», pensó Hillsden. Quería oír el eco de su propio dolor en la voz del otro hombre.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—¿Quiere decir conectado a la radio? —replicó Belfrage, negándose a dejarse sonsacar—. Este sistema es nuevo, ¿verdad?

—En realidad, no. —Hillsden no pudo dejar de dar más detalles—. Lo empleamos hace años. ¿Recuerda a Krakov? Era un gran amante de la música clásica, como usted sabe. Pues bien, arreglamos las cosas para que la última noche de conciertos *Promenade* fuera su canto del cisne. Saltó por los aires a los sonos de «*Land of Hope and Glory*», una de las bromas más inspiradas de la Empresa.

—No me cuente cosas que tengo que olvidar, Alec.

—Oh, ¿no funciona el aparato para perturbar la emisión?

—Sí, pero yo no quiero oírlo. Oficialmente, no nos rebajamos a estas cosas.

—*Oficialmente*, el mundo es todavía plano. Sigue cayéndose gente por su borde; ¿tampoco sabía esto?

Pero no fueron las frías respuestas del Belfrage las que dieron que pensar a Hillsden cuando colgó el receptor. Se sentó a su mesa y trazó dibujos en la ventana polvorienta. Desde donde se hallaba, podía contemplar el río en la dirección de la Torre de Londres. La traición había sido antaño un problema sencillo, resuelto

rápidamente sobre el tajo del verdugo, donde ahora se pavoneaban cuervos gordos como atracción turística. Ahora la traición era un cubo de Rubik que nadie resolvía. Había una vez un tiempo en que los agentes eran pagados en dinero efectivo y no eran demandados por el fisco; montañas de soberanos de oro habían sido reservadas con el único fin de recompensar hazañas especialmente venturosas, pero aquellos días alciónicos habían pasado. «Ahora no somos más que servidores civiles —pensó—, sujetos al reglamento de Whitehall y a las escalas de salario; dentro de poco estaremos al mismo nivel de los que limpian las cloacas, y tal vez es allí donde deberíamos estar. Limpieza por encima de todo».

La habitación que ocupaba estaba en el segundo piso de un almacén en una zona abandonada de los muelles. Encima de él, un hombre que había sido antaño afortunado productor de cine ocupaba un lujoso ático con un jardín y *jacuzzi* en el terrado. Debajo, en la planta baja y el primer piso, tenía sus oficinas una empresa de diseñadores de interiores. Las dependencias de Hillsden, situadas en medio, tenían un rótulo en la puerta que declaraba que Porter, Forsyth y Newhouse, Ltd. explotaban un negocio de importación de vinos. Las garrafas de muestra de vino barato, para dar crédito a la empresa si a un desconocido se le ocurría hacer un pedido, eran las únicas ventajas de que gozaban él y los otros socios de la empresa. «Al menos —solían bromear— no navegamos en un barco seco».

Conectó su monitor de televisión. Apareció en él la imagen de la simulada zona de recepción. Todos los artilugios técnicos introducidos después de la última reorganización de la seguridad le divertían más que le irritaban. A semejanza de su ex jefe, el ilustre y malogrado George (Gunga). Dinnsbury, no tenía mucha fe en los aparatos electrónicos. «Mostradme una máquina —solía pontificar Gunga— y os mostraré cómo burlarla. No confiéis en lo que trabaja a base de baterías. Todavía no han inventado una cámara que pueda fotografiar las creencias de un hombre. Cuando la inventen, capitularé de buen grado. Investigaciones a fondo, detectores de mentiras, todo porquerías, engaños para uso de los políticos y de los chicos de la prensa. Nunca descubriréis la desviación humana, la falibilidad humana, la mente traidora de nacimiento. Incluso J. C. fue traicionado y nadie le salvó de la Cruz».

La imagen en su monitor mostró a una joven bastante atractiva sentada detrás de una mesa moderna y pintándose las uñas. Se había intentado dar una impresión de autenticidad al negocio: varios carteles enmarcados y colgados en la pared mostraban vistas de las grandes regiones vitícolas, y sobre un estante estaban catálogos anunciando unas existencias ficticias. Se habían divertido con esto hasta que el jefe había puesto fin a la broma. Hillsden había ganado el premio de la oficina con su triunfal artículo: *Château de la Vulva, Premier Cru'69 - Un rosé afrutado de la Selva Negra que envejecerá bien*.

Miss Glazer, la joven bastante atractiva en cuestión, era una operaria experta en abrir y volver a cerrar correspondencia interceptada, y muy capaz de cuidar de sí misma. Su conocimiento crítico de la noble vid era superficial en el mejor de los

casos, pero podía quedar muy bien en una sesión de libaciones. Nadie de la empresa había llegado a la primera base con *miss* Glazer, la cual, si tenía algo, no hacía ostentación de ese algo. Los miembros jóvenes de la empresa especulaban mucho sobre sus gustos fuera de programa y, aunque no tenían éxito, consideraban en general que valía la pena continuar la exploración.

Hillsden la llamó por el intercomunicador, observándola en la pantalla cuando respondió.

—Glazer, querida, voy a ir a aquel sanatorio; por consiguiente, si el doctor Hogg... o tal vez prefiere que le llamen profesor, en fin, llámele como le dicte su reconocido buen criterio..., cuando llame, si es que llama, comuníquemelo en seguida por radio. Es *très important*. ¿Qué color usa usted?

—Melocotón.

—He sido un tonto al preguntarlo. Ah, y otra cosa; tendría que hacerme un pequeño favor...

—Telefonar a su esposa.

—Acertó a la primera. Dígale...

—Que no le espere para cenar.

—También ha acertado. Acaba de ganarse un fin de semana para dos en el *ferry* que cruza el Canal.

Tomó el ascensor particular hasta el garaje del sótano, empleando una clave para hacerlo funcionar. Allí fue recibido por Hanson, el joven y prometedor mecánico de la empresa, que lo esperaba junto a un Opel Monza.

—Caray, ¿nadie ha recogido todavía mi BMW?

—Deme una oportunidad. He tenido que atender a tres esta mañana. ¿Qué tiene éste de malo?

—Soy reaccionario, no me gusta cambiar. ¿Has comprobado la rueda de recambio?

—¿Acaso soy un aficionado?

—El petardo de la noche pasada fue colocado en la rueda de recambio y conectado con la radio.

—Un buen procedimiento, pero no original —dijo tranquilamente Hanson—. Salamander ya lo empleó en Roma.

—Tienes razón. ¿Cómo no lo recordé?

—Porque no es tan inteligente como yo.

—Se cargaron al chófer, ¿sabes?

—Sí. Hacer de chófer es muy arriesgado.

—Por eso conduzco yo mismo —dijo Hillsden.

En cuanto cerró Hanson las portezuelas automáticas, puso el Opel en marcha y cuando se convenció de que estaba puesto a punto según sus acostumbradas instrucciones, arrancó y salió. Se mantuvo en la orilla sur en dirección oeste, sin cruzar el río hasta que llegó a Battersea Bridge. Allí se vio obligado a reducir la

marcha mientras un grupo de manifestantes, escoltados por policías montados, desfilaba por la calle con pancartas en las que pedían JUSTICIA PARA LEE WAKEFIELD. Wakefield fue un agitador profesional del que se decía que había encontrado la muerte en manos de la Rama Especial durante las algaradas del año anterior en Trafalgar Square, y que fue elevado rápidamente a la categoría de mártir por los Trots, el Partido Revolucionario de los Trabajadores y otros grupos diversos de extrema izquierda. En su propaganda electoral, el nuevo gobierno se había comprometido a disolver aquella Rama Especial, pero todavía no había cumplido su promesa, al descubrir rápidamente que estar en el poder era muy diferente que estar en la oposición: el poder necesita protección.

Permaneció sentado y escuchó el canto ritual, contemplando desapasionadamente aquellas caras contraídas por el odio. Uno de los manifestantes dio una palmada en el techo del Monza al pasar e introdujo un folleto debajo de la varilla del parabrisas. La cara lúgubre de Wakefield miró fijamente a Hillsden cuando los motociclistas en retaguardia del desfile le hicieron señas de que siguiese su camino.

Emprendió de buen grado el largo trayecto, sintiendo la necesidad de aislarse y de pensar sin interrupción. El recuerdo de Caroline estaba todavía demasiado fresco; no de la Caroline inmóvil al cuidado de Hogg, sino de la mujer a quien había amado un día.

Al salir del paso elevado y acelerar en el carril rápido de la autopista, una súbita ráfaga de viento se llevó el folleto y el sol dio oblicuamente en el parabrisas, cegándole momentáneamente hasta que bajó la visera. De pronto recordó los reflejos de un lago. ¿Por qué un lago? se preguntó, y entonces recordó.

Capítulo 7

Austria

—Vamos, Alec, no te creo —dijo Caroline—. Es uno de tus típicos cuentos de miedo.

—En absoluto. Ni siquiera yo inventaría algo tan inverosímil. No hago más que repetir lo que me han dicho.

Caroline le escrutó el semblante antes de replicar:

—¿Me estás diciendo, veamos si lo he entendido bien, que todas las moscas vuelven a esta habitación particular todos los años, y mueren?

—No, no lo digo yo; únicamente te estoy explicando lo que me contó Jock.

—¡Oh, Jock! ¿Y dijo *todas* las moscas?

—No todas ellas. Ni siquiera Jock iría tan lejos. Supongo que sólo todas las moscas locales.

—¿Y tú le crees?

—Ya me conoces —dijo Hillsden—. No hay que negar nada hasta que se demuestre que es falso.

—¿Y él ha visto ese extraordinario fenómeno?

—No. Se lo contó un tal *Herr* doctor Lehmann.

—¿Quién es?

—Un historiador local con dudosas condiciones de médico, portador de chismes y, según Hogg, víctima de halitosis letal. Ya sabes cuánto aprecia Jock a esos personajes.

—Sois realmente crédulos los dos.

—Jock relaciona el mal aliento con la explicación que le dio él, de que el fenómeno sólo empezó después de que un oficial de la Gestapo fuese asesinado allí a finales de 1944. Fue entonces cuando las moscas empezaron su auténtica peregrinación a este Valhalla particular.

—Apuesto a que Jock lo ha bordado como de costumbre.

—Escucha, yo todavía no estoy convencido, pero todo es posible. Los elefantes van a morir a un lugar determinado, ¿por qué no han de hacerlo las moscas? Tienen que morir en alguna parte, ¿por qué no aquí, en la torre del castillo?

—Está bien. ¿Quieres apostar?

—Claro.

—¿Cuánto?

—¿Cien?

—¿Libras o chelines?

—Moneda local. No quiero ser demasiado duro contigo.

—No adoptes ese aire protector.

Subieron la voladiza escalera de caracol adosada a las gruesas paredes de la torre.

Cuando llegaron a la mitad, Hillsden se quejó de calambres en las pantorrillas.

—En los viejos tiempos debían de estar deseosos de meterse en la cama —dijo, jadeando.

—Supongo que dependía de quien estuviese esperando entre las sábanas.

—Debía de ser una mujer muy especial. —Apoyó la cabeza en la fría piedra tallada y rodeó a Caroline con los brazos—. Si hubieses sido tú, seguro que no me habrías puesto en tal aprieto. Habrías soltado tus cabellos de oro desde la ventana de la torre según la mejor tradición de los cuentos de hadas.

—Primero habría tenido que dejarlos crecer.

Él la besó y dijo:

—¿Qué te parece si te pago la apuesta y nos olvidamos de las moscas?

—Oh, vas a rajarte, ¿eh? La idea te da frío.

—*Aquella* idea, otras me dan calor.

—Vas a lanzarme al abismo y a matarme en un instante. Estas escaleras no son adecuadas para besarse. No, ¡sigamos! Hemos ido ya muy lejos y yo soy buena perdedora.

Reanudaron la ascensión y en definitiva se encontraron en el pequeño rellano más alto. Fuese por la humedad o por los años o por ambas cosas, la puerta que había delante de ellos estaba torcida, y Hillsden tuvo que hacer una fuerza considerable para desatascarla de las baldosas del suelo.

—Añade una hernia a mi ataque cardíaco —jadeó, cuando al fin cedió la puerta.

Ambos se quedaron paralizados y asqueados por lo que vieron. La pequeña habitación estaba literalmente cubierta de una alfombra ondulante de moscas aletargadas. Una fría brisa llegaba desde el lago a través de la ventana rota, y mientras observaban, más moscas llegaban al antepecho e iniciaban su lento descenso, como lisiados que entran arrastrando los pies en un dispensario. La habitación debió de servir de dormitorio a la servidumbre en tiempos pasados; el armazón de hierro de una cama individual permanecía todavía en un rincón. Tenía una cabecera típicamente austríaca, con flores de marquetería en el centro, pero partes del dibujo habían sido devoradas por las termitas. Las moscas formaban una capa de varias pulgadas sobre la cama, coaguladas, oscuras y espesas como sangre de cerdo. El otro mueble era un pequeño lavabo con una jarra en pie delante de un espejo agrietado. Una larga hilera de moscas ascendía hacia el borde de la jarra, dando la impresión de que ésta las vertía como un líquido asqueroso y viscoso. Las paredes tenían manchas de yeso deteriorado y, en algunos lugares, se había desprendido completamente dejando al descubierto antiguos listones; y otro arroyo de moscas fluía continuamente hacia su último lugar de descanso en aquella herida.

De pronto, un montón viviente de moscas se desprendió de la cama y cayó al suelo, para ser absorbido por la ondulante alfombra.

Caroline, asustada, saltó hacia atrás y casi hizo caer a Hillsden por la escalera.

—¡Cierra esa maldita puerta! —chilló.

Hillsden trató de cerrar la desvencijada puerta, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

—¡Déjalo! Las agitarás. Y tal vez vendrán tras de nosotros.

Retrocedieron de espaldas a la escalera hasta que tuvieron espacio para volverse, y empezaron a bajar a toda prisa.

—Realmente, ¡ha sido espantoso! —dijo Hillsden, cuando al fin salieron al aire libre, jadeando como niños después de una larga carrera.

Caroline se agachó y puso la cabeza entre las rodillas como si fuese a vomitar.

—¿Estás bien, querida? —Ella no respondió y él se arrodilló a su lado—. No tenía idea de que iba a ser una cosa así. —Mientras la animaba, se le ocurrió pensar que era la primera vez que la había visto tener miedo de algo—. Mira, lo siento; no te habría metido en esto si hubiese sabido cómo era. ¡Maldito Jock! ¿Estás mareada? —Ella sacudió la cabeza, pero él sintió que temblaba como si tuviese fiebre—. También a mí me ha revuelto el estómago.

La acunó en sus brazos hasta que estuvo más tranquila.

—Fue como una pesadilla que solía tener de pequeña —dijo ella—. Sólo que entonces no eran moscas, sino una oleada de gente sin rostro, y todos corríamos, mamá y papá y yo, y siempre me libraba por los pelos, pero alcanzaban a mamá y a papá. Yo veía caer a papá, y aquella gente sin rostro se le echaba encima. Mamá volvía atrás para ayudarle, y entonces la capturaban también. Ambos desaparecían, como si se los hubiesen comido vivos. Y yo no hacía nada; sólo seguía corriendo.

—Pero ha pasado mucho tiempo desde entonces, querida, y sólo era un sueño —dijo amablemente Hillsden, apartándole los mojados cabellos de la frente.

—Sí, sí, lo sé. Pero ¿no tuviste tú pesadillas cuando eras pequeño?

—Y todavía las tengo. Casi siempre sobre tú y yo.

—Lo recordé todo, allá arriba. Gracias a Dios, ésta será la última noche que pasaré aquí. Si hubiese sabido lo que pasaba sobre nuestras cabezas, me habría muerto de miedo.

—No, tú no.

—Sí. No habría podido dormir aquí. Me horroriza pensar que habrías podido estar durmiendo en aquella habitación cuando empezó todo. Durmiendo normalmente, descuidadamente, ¡y que hubiesen empezado a llegar durante la noche y a arrastrarse sobre ti! Prométeme que esta noche te quedarás conmigo.

—Trata de impedírmelo. Esta noche y todas las noches, si me lo permites. Pero sé que es una causa perdida, ¿no?

—No perdida; solamente aplazada —dijo ella, y él deseó poder creerla.

Cuando ella se recobró, cruzaron el puente levadizo y caminaron por el estrecho sendero de la orilla del lago. Los helechos se estaban volviendo amarillos y caían ya las primeras hojas de los grandes árboles.

—Los lagos son deprimentes —dijo Caroline al cabo de un rato—. Nunca me han gustado los lagos.

Hillsden asintió con la cabeza.

—Siempre me recuerdan una poesía que aprendí en el colegio. Algo así como «Las juncias se marchitan en el lago, y no hay pájaros que canten».

—*La Belle Dame sans Merci*. Yo la aprendí también. No; los lagos me deprimen. No así el mar; me gustaría vivir a orillas del océano.

—¿Qué te lo impide?

—El dinero. Porque no quiero uno de esos *cottages* llenos de goteras de Sussex o de Norfolk, ni una de esas «gangas» que anuncian como «necesitadas de cuidadosa reparación». Todos sabemos lo que eso significa: un ático lleno de porquería de palomas, húmedo hasta las vigas, frío como una nevera y con vistas a esa monótona sábana gris a la que llamamos English Channel.

—Entonces, ¿qué es lo que quisieras?

—Quisiera despertar en algún lugar remoto, con un sol resplandeciente, y arena blanca, y nada más que azul hasta el horizonte.

—Parece razonable.

Ella se detuvo y miró fijamente las aguas tranquilas del lago.

—Ludwig murió en uno de éstos.

—¿Ludwig?

—El Rey Loco. ¿No fue así como le llamaron? Murió no lejos de aquí, en un lugar parecido a éste. Visité todos sus insensatos castillos cuando era una colegiala. Vinimos en un viaje de intercambio, un autocar lleno de alegres ex alumnas de sexto, todas con sombreros de paja y pantalones con cintas elásticas en las perneras.

—No se lo digas a Jock.

—¿Por qué dices eso?

—Por algo que se le escapó un día en que habíamos empinado el codo. Las acostumbradas tonterías chauvinistas sobre gustos sexuales. Me confió que siempre había predilección por los trajes de gimnasia. Y no es que crea que lo haya experimentado nunca. Sospecho que está todo en su cabeza.

—El sitio más peligroso —dijo ella, sin mirarle—. Nunca se supo la verdad. Me refiero a Ludwig. Su muerte..., el último paseo que dio por el lago con su médico guardián. Éste también se ahogó. Es curioso; en su época, aborrecían a Ludwig, y hoy es su principal atracción turística. Siempre le he tenido en secreta estima. Quiero decir que, si vas a malgastar el dinero de los contribuyentes, es mejor hacerlo en magníficas locuras que en sucias viviendas protegidas.

—Con eso no conseguirías muchos votos en nuestros tiempos, querida.

—Bueno, ¿*nosotros* qué vamos a dejar? El National Theatre, Center Point, Kensington Barracks, todos esos bloques monótonos de hormigón de la posguerra. Yo preferiré siempre las fantasías de Ludwig.

Siguieron andando y, después de una pausa, dijo Caroline:

—Yo no elegiría aquel método.

—¿De qué estamos hablando ahora?

—Del suicidio. Si *fue* un suicidio. No quisiera morir ahogada. O tal vez si me viese sumergida de pronto en una enorme ola de espuma blanca... Pero no en un lugar como éste. Con toda esa eterna oscuridad cerrándose sobre ti. Sería como aquellas moscas.

Se estremeció y él fue a rodearla con un brazo, pero ella apretó el paso y se perdió aquel movimiento tranquilizador.

—No vuelvas a esto. Sé lo que realmente estás pensando —dijo él.

—¿De veras?

—No tienes que ir a Berlín, ¿sabes? Puedo arreglarlo con Control.

Ella sacudió la cabeza.

—Van a llevarme a casa —insistió Hillsden— y podrías venir conmigo. Podríamos persuadir a Control. Nunca le ha gustado el escenario de la Alemania del Este, desde que liquidaron a Henry.

Ella sacudió de nuevo la cabeza.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque cuando vuelva al fin, cuando vuelva a casa, quiero volver con algo que valga la pena.

Esta vez, Hillsden la detuvo y la abrazó.

—No —dijo ella—. Aquí no.

—¿Qué diablos importa? Si alguien está mirando, creerá que no es más que una pelea entre amantes.

—¿Es eso lo que hacemos? ¿Pelearnos?

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿No has hecho bastante? ¿No hicimos bastante los dos por todas las causas perdidas?

—Para mí no son perdidas.

—El odio no resucita a los muertos. Yo podría tomar la decisión por ti, si esto nos la hiciese más fácil. Podría poner fin a esto. Te amo. —Tuvo la súbita premonición de que ésa era la última vez que le diría esas palabras—. Podríamos dejarlo juntos, volver a casa, retirarnos, hibernar, terminar con toda esta maldita cosa. Vivir en aquella casita de sueño junto al mar.

—Tú tienes un hogar y lo compartes con alguien.

—Eso también podría cambiar.

—Trocar una vida de engaño por otra, ¿es ése el cambio?

—Quiero decir que podría obtener el divorcio.

—Lo habrías pedido hace tiempo si ésa fuese la solución. No soy tu primera infidelidad.

—¡Oh, querida, qué palabra tan anticuada!

—Es un pecado anticuado —dijo ella—. La única diferencia, en nuestro caso, es que rompiste una nueva serie de normas. No podemos ser lo que somos y tener una vida fácil. No somos un par de novatos de las fuerzas de policía que rondan en un

Panda buscando unos cuantos borrachos para analizarles el aliento. Somos lo que somos: los vigilantes y los vigilados.

Él trató de contener el torrente de palabras con un beso, pero ella mantuvo rígida la cabeza.

—Me meteré una vez más en esto porque todavía tengo un motivo para odiar. Éste es el juego que jugamos, querido Alec. No el juego del amor, sino el juego del odio.

Ahora le tocó a Hillsden el turno de mirar hacia el lago, enmudecido por su terrible lógica. En el lado opuesto, una pequeña embarcación a motor cruzó en diagonal; momentos más tarde, unas olitas rompieron suavemente contra la orilla.

—En todo caso, te equivocas en lo de Control —dijo Caroline—. Fue él quien decidió que me marchase. Sabe lo nuestro. No hemos sido muy listos.

—¿Lo decidió Control?

Hillsden no había podido disimular su sorpresa. Fue como cuando le dicen a uno que su fiel esposa le ha contagiado una enfermedad venérea.

—Desde luego.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabe?

Ella se encogió de hombros.

—¿Importa eso?

—Sí que importa —dijo él, pensando en lo horrible que se había vuelto todo, en lo muy hondo que habían calado los engaños en sus vidas.

—¿Recuerdas la última vez que fui a Salzburgo? Control estaba allí. Tenía la butaca contigua a la mía en la ópera... Su sentido de lo teatral, supongo. Entonces me lo dijo, durante el intervalo, eligiendo cuidadosamente las palabras. Juntos constituíamos un riesgo. Divide o serás vencido. Todo lo dijo mirando el programa, como si estuviese explicando el argumento de la obra de Mozart a una sobrina en su primera visita al teatro, pero siendo en realidad el alcaide de la cárcel que da la noticia de que ha sido denegado el indulto y la ley debe seguir su curso; su ley, naturalmente.

—Bien, él lo sabe. Tal vez eso hará las cosas más fáciles.

—Oh, querido, ¿por qué pretender que hay algo fácil?

—Entonces dilo de otra manera: nada es imposible. Control no es Dios, ¡ni siquiera es Jesucristo! El hecho de que te ofrezca el sacramento no quiere decir que hayas de tomarlo. ¿Acaso lo que tenemos no cuenta para nada?

—Esto es injusto.

—No quiero ser justo en esto; quiero conservarte.

Ella le miró durante un largo rato antes de responder:

—Tal vez yo quiero marcharme. ¿No se te había ocurrido?

Durante un momento, él no se atrevió a hablar. De pronto, pareció gravitar en el ambiente la impresión de que algo fatídico se acercaba. Tomó una piedra plana e intentó hacerla saltar sobre la superficie del lago, pero fue a dar en unos lirios de agua

y se perdió de vista. El agua agitada reflejó una imagen confusa de los dos. La calma de Caroline, el hecho de que pudiese elegir deliberadamente un camino que le excluía a él parecía incomprensible. Se volvió hacia ella, envidiando su aplomo. No era una cara hermosa, sino sólo una cara cuya imagen quería conservar para siempre.

—No te pongas tan triste, querido; no puedo dejar de ser lo que soy.

—Entonces, dame alguna esperanza. Yo sé esperar, si no queda otra cosa.

Caroline pensó en lo rápidamente que se habían invertido sus papeles. Ambos estaban tratando de mantener una posición en el mundo normal.

—Tú y yo somos dos, ¿verdad? Yo no puedo impedirte que esperes, como tú no puedes impedir que me vaya.

—Yo quería que hoy fuese todo perfecto, y lo eché a perder al llevarte a aquella habitación. Te amo y tengo miedo de perderte: ésa es mi pesadilla. La única creencia que me queda es en ti.

—No hagas que suene tan definitivo. La esperanza y el amor van juntos.

Se acercó a él y se besaron con una desesperación compartida.

—Será mejor que volvamos —dijo por último él—. Jock nos estará esperando. No debemos llegar tarde a la última cena, ¿eh?

Volvieron al castillo sin hablar, tocándose como los ciegos. Todavía podían oír, desde el lago, el sonido de la pequeña barca con motor de dos tiempos. Parecía el redoble de un fúnebre tambor.

Capítulo 8

Los recuerdos confusos de todo lo que habían compartido antaño turbaba todavía a Hillsden cuando se dirigía al sanatorio que nunca había tenido valor de visitar mientras vivió Caroline. Sin saberlo, aparcó en el mismo espacio que había ocupado el asesino. Un policía uniformado montaba guardia delante de la puerta principal, y Hillsden, al identificarse, advirtió un bulto delator debajo de la guerrera de aquel hombre.

—Veo que le han dado un tirachinas.

El policía se puso colorado, como si le hubiesen sorprendido en un hábito vergonzoso.

—Oh, sí, señor. Es demasiado visible, ¿verdad, señor?

—Tal vez sólo para mí. Cuide de tener puesto el seguro: en otro caso, podría terminar también aquí sus días.

Le condujeron directamente al despacho de la jefa de enfermeras.

—Ya he dicho a otras dos bandas de detectives todo lo que sé —empezó a decir, y Hillsden pensó que alguien la había molestado—. No sé qué más puedo decirle a usted.

—Con frecuencia es necesario, aunque enojoso, volver más de una vez sobre lo mismo. A veces, con la repetición, sale a relucir algo nuevo, algo que anteriormente había pasado inadvertido a todos.

La jefa de enfermeras sorbió por la nariz.

—¿Puedo empezar preguntándole si estuvo usted de jefa de enfermeras aquí durante toda la estancia de la señora Nicolson?

—Sí. Llegó, lo he comprobado, exactamente dos meses después de ocupar yo el cargo.

—Firmó usted la Ley de Secretos Oficiales, ¿no?

—Sí.

Él pudo percibir una hostilidad subyacente.

—Y, por consiguiente, sabía que en realidad no era la señora Nicolson, sino una tal *miss* Caroline Oates.

Ella vaciló antes de responder:

—Sí.

—¿No comunicó esto a nadie?

—No, hasta que ella se marchó. Entonces ya no importaba, ¿verdad?

—No, creo que no. Y ahora dígame, ¿dónde estaba usted antes de venir aquí?

—Ya he dado todos esos detalles.

—Sí, no lo dudo, pero yo pertenezco a un departamento diferente.

—Hice prácticas en St. Thomas y después fui a Barts. Allí fui enfermera de sala, hasta que me ofrecieron un puesto de jefa de enfermeras en el norte de Inglaterra.

—¿Dónde?

—En Liverpool.

—¿Qué la hizo cambiar?

—Cuando murió mi marido, me resultó difícil apañarme con mi salario de la Sanidad Nacional; por consiguiente vi un anuncio de este puesto, lo solicité y tuve la suerte de obtenerlo.

—¿Qué le contaron acerca de *miss Oates*?

—¿Se refiere a su historial médico?

—Sí.

—Me informaron de que había sufrido una grave crisis nerviosa durante su servicio en ATS.

—¿Nada más?

—Solamente las drogas que le habían sido recetadas antes; cosas así.

—Tomaba constantemente drogas, ¿no? ¿A causa del dolor, o de qué?

—No creo que sufriese mucho dolor físico, pero necesitaba tranquilizantes. Tengo la lista, si quiere verla. Sé que los establecimientos como éste son objeto de muchas críticas, la mayoría por ignorancia o injustas, pero puedo asegurarle que, en los hospitales donde yo trabajo, nunca se administran drogas sin la más estricta supervisión y solamente por prescripción facultativa.

—No lo dudo. ¿Cuál era su estado general?

—Mejor durante el día que por la noche. No podía soportar la oscuridad y, por eso, solíamos aislarla con un biombo y tener una pequeña luz encendida junto a su cama. Las drogas que le administrábamos eran sobre todo para ayudarla a dormir.

—¿Habló alguna vez con usted de su pasado?

—Todos los que están aquí sólo hablan del pasado. Ella tenía momentos de lucidez, sí, pero eran pocos y muy espaciados. Aunque, curiosamente, me formé la opinión de que en las últimas semanas mostró más sensatez que durante años anteriores.

—¿Y de qué hablaba en tales ocasiones?

—De nada muy coherente. A veces mencionaba nombres, aunque nada significaban para mí.

—¿Recuerda qué nombres?

—Bailey era uno de ellos, creo recordar. O al menos sonaba como Bailey. Y Jock. Mencionó a Jock varias veces, esto lo recuerdo bien.

—¿No sintió usted curiosidad por saber más de su pasado?

—Hay una diferencia, señor Hillsden, entre compasión y curiosidad. Yo sabía que era un caso especial. La medalla George no se otorga por nada, ¿eh? —dijo ella, mirándole fijamente a los ojos—. Pero, en mi posición, se aprende a ser discreto.

Hillsden sonrió. Sintió que el ambiente se deshela un poco; las respuestas eran menos abrasivas.

—¿Podemos volver a algo que mencionó usted hace un momento? Dijo que ella había mejorado ligeramente en las últimas semanas, ¿no?

—Sí, tuve esa impresión. Así se lo dije a su primo inválido cuando telefoneó.

—¿Su primo inválido? —dijo Hillsden, tratando de eliminar el tono de sorpresa de su voz.

—Sí. Telefoneaba a intervalos regulares, preguntando por su estado. Siempre parecía muy preocupado por ella.

—¿Puede recordar cuándo fue la última vez que llamó?

—No, no anoto esas cosas. Los parientes telefonean constantemente..., no siempre por los mejores motivos, me atrevería a añadir.

—Aproximadamente... —insistió Hillsden.

—Realmente, no podría asegurarlo. Tal vez hace unos diez días.

—¿Y usted le dijo que su estado había mejorado, que estaba más lúcida?

—Le dije la verdad. Ni más, ni menos. No hubo nada malo en ello, ¿verdad?

—No, no aparentemente. Tal vez debieron instruirla mejor. La culpa fue nuestra.

Por primera vez desde que había empezado la entrevista, la jefa de enfermeras pareció turbada.

—No comprendo.

—No hay tal primo —dijo lentamente Hillsden—, ni inválido ni sano.

—No puede ser —dijo ella—. Yo misma hablé con él tal vez en media docena de ocasiones.

—No digo que no exista, sino que la persona que telefoneó es tan fingida como el hombre que asesinó a *miss Oates*.

Deseando tomarse tiempo para pensar antes de formular la próxima pregunta, Hillsden sorbió el flojo café que ella le había servido. El borde de la taza sabía a desinfectante.

—Por favor, no piense que estoy tratando de atraparla. Se da el caso que su poco conocimiento en esta oportunidad fue definitivamente peligroso, pero esto no es una crítica. Lo que debemos saber ahora es qué clase de preguntas le hizo aquel hombre. Trate de recordarlo.

—Nada que me pareciese sospechoso. Ya se lo he dicho: preguntaba si estaba cómoda, si su estado era el mismo, preguntas corrientes todas ellas. Lo que suelen preguntar todos los parientes.

—Y en la última ocasión, ¿qué le dijo usted? Tómese tiempo, no tenemos prisa. Sólo piénselo bien. Por ejemplo, ¿le dijo que había una ligera mejoría?

—Creo que le dije que estaba más lúcida que antes. No puedo estar segura. Le traté como a los otros parientes que se interesan por los pacientes. Nunca les doy falsas esperanzas; me limito a informarles de los hechos.

—Y la razón que daba él de no venir a visitarla nunca, ¿era su propio estado de invalidez?

—Sí.

—¿Y era el único contacto con ella desde el exterior?

—Sí.

—¿Nunca habló de *miss Oates* con alguien de fuera de esta casa?

Ella vaciló y se puso colorada.

—No como *miss Oates*. Mencioné su medalla George a mi mejor amiga, pero desde luego, siempre me refería a ella como señora Nicolson.

—¿Y quién es su mejor amiga?

—Alguien a quien conozco de toda la vida. Es maestra de escuela... o mejor dicho, lo era. Ahora está retirada, y es viuda como yo. Solemos hacer juntas nuestras vacaciones.

—¿Puede decirme su nombre?

—Molly. Molly Flute.

—Un apellido raro. ¿Es irlandés?

—Creo que su familia era originaria de Irlanda. Pero yo no diría que ella es irlandesa. Nunca vivió allí y, ciertamente, no habla con acento.

—¿Cree que podría darme su dirección?

La jefa de enfermeras pareció contrariada.

—¿Es necesario?

—Lo lamento, pero en un caso como éste tenemos que seguir todos los contactos. Ella tomó una hoja de papel con membrete y escribió en él la dirección.

Hillsden le dio las gracias.

—Por consiguiente, hay dos personas que estaban enteradas de su estado: su amiga y el falso primo. ¿Recibió alguna vez algún visitante?

—Ningún visitante como tal. Desde luego, la asistente social la veía con regularidad.

—Oh, sí. Será mejor que me dé también el nombre de ella.

—Bueno, no siempre era ella. Cambian, ¿sabe? Vienen y se van. A veces es una mujer, y otras, un hombre. Debo confesar que no admiro el sistema. La mayoría son jóvenes, demasiado jóvenes en mi opinión, y con frecuencia ineptos. En mis tiempos teníamos que aprender nuestra profesión antes de ejercerla. Esta generación parece creer que leer unos pocos libros sobre la ancianidad les califica como expertos. Perdóne que sea tan vehemente, pero es algo que me preocupa mucho. Y añadiré que la sanidad local le tiene puesto el ojo a esta casa. Siempre esperan pillarnos en algo.

—¿Por qué?

La jefa de enfermeras pareció realmente sorprendida por su ingenuidad.

—Éste es un sanatorio *particular*, señor Hillsden, ajeno a la sanidad nacional. Va contra todas las teorías belicosas actuales. Se considera que todos los hombres han sido creados igualmente enfermos, ¿sabe?

—¿Y cree que les pillarán?

—No, si yo puedo evitarlo.

—Bueno, ¿cuál fue la última vez que vio a *miss Oates* uno de esos asistentes sociales?

La jefa de enfermeras consultó su dietario.

—Hace ocho días. Fue el señor Timpson. Es el que ha venido durante los últimos seis meses. Si he de ser justa, le considero un poco por encima de lo corriente. Al menos lleva los cabellos cortos y viste correctamente.

Hillsden anotó el nombre junto al de Molly Flute.

—¿No le pareció extraño que estuviese tan sola en el mundo? Aun creyendo en la existencia del primo inválido.

—En realidad, no. Espero no parecerle cínica, pero se sorprendería usted de las pocas visitas regulares que reciben nuestros pacientes. Una vez que han sido arrojados aquí, y quiero decir arrojados, es como si la mayoría se perdiesen de vista y nadie volviera a pensar en ellos.

—¿Y qué me dice del correo? ¿Recibía ella alguna carta?

—No, que yo sepa.

—Tengo entendido que, después de su muerte, encontró usted un sobre con un sello irlandés debajo de la cama.

—Sí, y no me lo explico. Todo el correo viene directamente a este despacho. Esto no quiere decir que yo lo censure, pero algunos pacientes están ciegos y, naturalmente, abrimos las cartas para que mis enfermeras puedan leérselas. Con los pacientes más trastornados tomo la sensata precaución de asegurarme de que su correspondencia no contenga algo que pueda alterarles más. Cuesta creer lo que escriben algunos parientes, sobre todo si huelen algún dinero en perspectiva. Me atrevo a decir que, desde que estoy aquí, me he formado una opinión menos generosa de la naturaleza humana. Éste es un mundo completamente distinto al de un hospital general, ¿comprende?

Hillsden asintió con la cabeza.

—Y cuando usted no está aquí, cuando se toma sus vacaciones, ¿qué sucede?

—Nada cambia. Se sigue estrictamente la rutina normal. Mi primera enfermera lleva años conmigo y conoce mi sistema.

—Tengo entendido que la tarde en que murió *miss* Oates estaba usted en la casa, pero no de servicio. ¿Es correcto?

—Yo siempre estoy de guardia; pero, sí, ocurrió que me había tomado un breve descanso.

—Entonces, ¿quién era la encargada?

—La enfermera Malcolm.

—¿Sola?

—Por un corto período. En esta oportunidad andamos escasos de personal, pero las tardes suelen ser el momento más tranquilo.

—Y hasta que se produjo el suceso, ¿había sido todo normal?

—No sé lo que considera usted «normal» —replicó la jefa de enfermeras, y Hillsden percibió un eco del tono quisquilloso de Jock—. Sus ideas pueden ser diferentes de las mías.

—Lo diré de otra manera. ¿Había ocurrido alguna adversidad?

—No. Un establecimiento como éste tiene que gobernarse con normas muy rígidas; de otra manera, sería el caos. Muchos de los pacientes padecen incontinencia, unos están al borde de la locura y otros en condiciones terminales. Por consiguiente, mentiría si dijese que discurre suavemente en todo momento. Con frecuencia sufrimos accesos de irritabilidad colectiva, por llamarlo de algún modo. Uno prende la mecha y los demás se disparan. Tenemos en particular un paciente, miembro de la aristocracia, que es completamente inofensivo, pero de vez en cuando se desmanda y nos causa problemas.

—Supongo que será lord Orchover.

—Sí.

—¿Y fue él quien le abrió la puerta al falso visitante?

—Sí. Desgraciadamente.

—En su opinión, ¿podría obtener alguna información adicional y útil si le interrogase?

—Lo dudo. Pero, siempre que sea bajo supervisión, puede usted intentarlo. La razón de que ocurriese aquella... aquella cosa horrible fue que dijo a la enfermera Malcolm que aquel hombre era su abogado. Tiene la obsesión de que su familia está conspirando para desheredarle, y supongo que la enfermera Malcolm, que es nueva aquí y no sabe lo astuto que puede ser, se dejó engañar. No la excuso, pero comprendo por qué actuó como lo hizo. Yo insisto en que todos los visitantes sean acompañados a las habitaciones. Ella no lo hizo. Y no es que me excluya yo de toda culpa. Hubiese tenido que ver inmediatamente la lesión sufrida por lord Orchover y avisar más pronto a las autoridades.

Hillsden vio, sorprendido, que estaba llorando.

—Todavía no puedo creer que ocurriese aquí una cosa tan horrible —dijo ella, y Hillsden le ofreció su pañuelo.

—Oh, Dios mío, ¡qué pensará usted de mí! Generalmente, no me comporto de una manera tan estúpida. Y mire cómo he dejado su pañuelo limpio; todo manchado de lápiz de labios. Haré que lo laven, para que su esposa no piense mal.

—¿Cómo sabe que estoy casado?

—Es algo que siempre puedo ver —dijo ella, enjugándose los ojos—. Las enfermeras somos clarividentes.

—Lo recordaré.

—¿Puede decirme cuándo será el entierro? Quisiera darle mi último adiós. Sobre todo porque ella no tenía familia. —Se interrumpió de pronto—. ¡Oh, esto sí que es raro!

—¿Qué?

—He recordado algo que antes no había mencionado. Tenía una fotografía sobre la mesita de noche. Una fotografía de un hombre y una joven.

—¿De ella cuando era joven?

—No, no; la foto era muy moderna. Es decir, la joven parecía contemporánea.

—¿La tiene usted?

—No, y esto es lo raro. Desapareció.

—¿Cuándo?

—No estaba allí... después de morir ella.

—¿No puede haberla tomado alguna de las que ocupaban la misma habitación?

Las viejas son a menudo como las garzas.

La jefa de enfermeras sacudió la cabeza.

—Ambas están más o menos inválidas. Cuando encontré a *miss* Oates muerta en sospechosas circunstancias, hice que las trasladasen a otra habitación. Si una de ellas la hubiese tomado, lo habría descubierto al instante.

Hillsden guardó silencio durante unos segundos.

—Bueno, gracias, señora; ha sido usted muy franca y se lo agradezco mucho. ¿Ve cómo tenía yo razón? Al fin ha recordado algo. Y ahora, ¿podría ver a la enfermera Malcolm?

La encontraron dando de comer con una cuchara a lord Orchover (un tazón de Bovril) en el «solario», como llamaba orgullosamente la jefa de enfermeras al anexo del comedor con tres paredes de cristal.

—Yo cuidaré de él, enfermera. Este caballero quiere hablar un poco con usted de los recientes sucesos.

—¡No la quiero a usted! —gritó lord Orchover, excitándose inmediatamente, derramando una bocanada de Bovril—. No me gusta usted, no me gustan sus modales, señora. ¿Y quién es ese tipo? ¿Le envían ellos? Porque, si es así, puede largarse con viento fresco. No me sacarán otro penique. ¡Ni un penique!

—Salga, enfermera. Puede usted usar de nuevo mi despacho, señor Hillsden.

Mientras se alejaban, Orchover gritó:

—¡Plantearé este asunto en la Cámara!

—En realidad, es completamente inofensivo —dijo la enfermera Malcolm—. Como un niño, casi todo el tiempo. ¿Es usted de la policía?

—Trabajo en conexión con ella. Soy del departamento de pensiones del Ministerio de la Guerra.

Ella pareció satisfecha con esta explicación. Superada la primera impresión de la muerte de *miss* Oates, le gustaba ahora estar en primera plana y parecía encantada de volver a contar su historia.

—Parecía muy sincero, ¿sabe? ¡Y con aquellos bombones y aquellas flores! Muy cortés. Aseado. Y no vestía mal. Parecía como si le faltase un poco de peso. La ropa le caía un poco holgada, ¿entiende lo que quiero decir? Tal vez todo esto no le interese, pero los policías de verdad se mostraron muy complacidos. Dijeron que les había dado una buena descripción.

—Estoy seguro de ello. ¿Advirtió usted algún acento en su manera de hablar?

—Sí. Sí que lo tenía. Regional. Supongo que podía ser del norte. Se parecía un poco al de James Mason. Es lo que dije a la policía, y ellos pensaron que esto era

muy útil. Desde luego, James Mason murió, pero hablaba de esa manera cuando representaba sus papeles. Era un actor formidable, ¿no?

—Uno de los mejores.

—¿Tendré que decir todo esto ante el tribunal cuando le pillen?

—Es posible.

—No sé cómo me portaré allí. Quiero decir que nunca he estado en líos antes de ahora.

—Bueno, ahora no está un ningún lío.

—No, pero al mismo tiempo..., una cosa así hace que una se sienta inquieta, ¿eh? Sólo de pensar en ello.

—Como ella tenía derecho a una pensión por incapacidad —la interrumpió Hillsden, ansioso de volver al grano—, mi departamento tiene que establecer si hay o no algún pariente vivo cuya existencia ignoremos.

—Él no era lo que decía, lo que me dijo, ¿verdad? ¿Se necesita ser caradura para engañarme de esa manera! Pero creo que cualquiera se habría dejado engañar, ¿no le parece? Yo actué con la mejor intención.

—Sí, estoy seguro. Tenemos entendido que *miss Oates* tenía un pariente auténtico que solía preguntar por su salud de vez en cuando.

—Es verdad.

—Por lo visto no podía visitarla, pero solía telefonar. ¿Habló alguna vez con él?

—Ahora que lo pienso, sí. Tomé recientemente una llamada cuando la jefa estaba fuera.

—¿Cuándo fue?

—Oh, soy fatal para las fechas. Bueno, debió ser dentro de las últimas tres semanas, porque es todo el tiempo que llevo aquí.

—¿Y qué le dijo usted?

—Siempre hay que andarse con cuidado ¿no? Es inútil afligirles. Creo que dije que iba tirando. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Y era la única persona que telefoneó preguntando por ella? ¿No recibió nunca alguna otra llamada?

La enfermera sacudió la cabeza.

—Sólo lo pregunto porque la jefa dijo algo acerca de una fotografía que ella tenía en la mesita de noche. Una fotografía de una joven.

—Oh, sí, la fotografía. Una buena foto, una chica muy bonita.

—¿No le dijo nunca *miss Oates* de quién era?

—No. Y no se lo pregunté. Yo no me meto en sus asuntos personales a menos que me lo pidan, pues algunos de ellos son raros en estas cosas. Son susceptibles, y una no quiere que se exciten. Yo solía charlar con ella, naturalmente, cuando la estaba bañando o haciéndole la cama, pero ella, la pobre, no hablaba mucho, ni leía; sólo se estaba sentada allí. En realidad, y esto es raro, o al menos me pareció entonces raro, las únicas veces que habló lo hizo acerca de las moscas.

—¿De las moscas?

—Sí. No podía soportarlas. Si había una sola mosca en la habitación, en seguida se daba cuenta y se ponía muy nerviosa. Yo solía rociar con un insecticida alrededor de su cama. Si se hubiese tratado de arañas, la habría comprendido, porque me ponen la piel de gallina, pero las moscas hay que aguantarlas, ¿no?

—Desde luego. Bueno, gracias por su ayuda.

—¿Cuándo cree que tendré que comparecer ante el tribunal?

—Es difícil decirlo. Primero tienen que pillar al asesino.

—No puedo olvidar el hecho de que fui yo quien le hizo entrar. Me dan escalofríos siempre que lo pienso. ¿Cree usted que va a volver, eh?

—Yo diría que es muy improbable.

Antes de marcharse pidió que le dejaran ver la habitación de Caroline. Estaba vacía desde su muerte y no se entretuvo mucho en ella; no había nada que la relacionase con la muchacha a quien había conocido antaño, y lo único que se preguntó fue por qué había sentido alguien la necesidad de asesinar a un vegetal.

Capítulo 9

El avión de Calder aterrizó en Zurich con tres minutos de anticipación, circunstancia que anunció la azafata de Swissair con estudiada jactancia, en tres idiomas. Calder no tenía prisa en desembarcar y dejó que el árabe lo hiciese antes que él. Como sólo llevaba equipaje de mano y tenía pasaporte suizo, pasó por Inmigración y por la Aduana sin tropiezo. Allí perdió de vista al árabe, pero no quiso arriesgarse y entró en el lavabo, encerrándose en un compartimiento durante diez minutos antes de salir y dirigirse al mostrador de Avis. Una de sus reglas de prudencia era no llevar nunca su propio coche al aeropuerto; un vehículo aparcado durante algún tiempo podía despertar una curiosidad que en modo alguno deseaba. Alquiló un Mercedes 280 SE, empleando una tarjeta de American Express a nombre de Miller. Para cuando le entregaron el coche se había convencido de que la presencia del árabe en el mismo avión había sido pura coincidencia.

Cuarenta minutos después de aterrizar el avión, Calder estaba en la carretera, conduciendo con su acostumbrada habilidad y adaptándose inmediatamente a circular por la derecha. Siguiendo una antigua costumbre, no tomó el camino directo hacia su casa, sino que dio un rodeo por las afueras de la ciudad. Había cubierto unos diez kilómetros cuando se dio cuenta, por el espejo retrovisor, de que otro Mercedes circulaba detrás de él. Las recientes sospechas le asaltaron de nuevo y, para comprobar si le seguían, mantuvo su velocidad y después giró hacia el aparcamiento del primer restaurante de carretera con el que tropezó. El otro Mercedes pasó de largo. ¿Estaba demasiado nervioso?

No, era mejor ser precavido que tener que lamentar no haberlo sido. Pidió un café y una tajada de pastel de chocolate, contento de estar de nuevo en el país de la eficacia y de la limpieza. El rico olor a café recién molido y la pulcritud de la joven camarera que le sirvió le produjeron un efecto calmante. Admirando su figura seductora (la curva de las piernas al desaparecer debajo de la falda era especialmente erótica), empezó a proyectar futuros placeres, a especular cómo y con quién gastaría el dinero que había percibido. Dejó caer tres terrones de azúcar en la espuma del café exprés, permitiéndose un exceso de calorías después de un trabajo realizado sin tropiezo.

En eso estaba pensando mientras se entretenía con el pastel de chocolate, dejando que cada bocado se disolviese lentamente sobre su lengua. Después, sus pensamientos se desviaron del sexo al inminente incremento de su cuenta bancaria. Debía invertir algo en Krugerrands, pensó. Uno debía tener siempre el diez por ciento de sus bienes en oro. ¿No era esto lo que predicaban los grandes especuladores? Y éstos sabían lo que hacían; los traficantes siempre salían a flote, fuese cual fuere el estado del mercado o las fluctuaciones en la escena internacional.

Pagó la cuenta, una propina exactamente calculada, y salió en busca de su coche aparcado. El carril más lejano de la carretera discurría junto a un riachuelo

alimentado por una cascada. Calder se quedó plantado al lado del Mercedes y escuchó el agradable susurro del agua, dejándose hipnotizar. Todavía estaba absorto cuando una voz sibilante murmuró junto a su oído:

—Creo que ya nos ha hecho esperar bastante, señor Miller.

Calder percibió el olor de una colonia fuerte. Girando en redondo, se encontró cara a cara con un joven rubio y de tez inmaculada que, durante la guerra, habría ingresado automáticamente en la *Jugend* de Hitler. El joven llevaba una elegante trinchera Burberry, aunque el tiempo difícilmente lo justificaba.

—¿Le ha gustado su taza de té? —El tono era afectadamente británico—. En Inglaterra se deja todo para tomar el té, ¿no? Pero no estamos en Inglaterra y le esperan en otra parte; por consiguiente, suba al coche, querido, y conduzca.

Calder observó la zona de aparcamiento, pero, aparte de una familia de turistas que descargaba el portaequipajes de un Fiat, no había nadie para salvarle.

—Está mirando en mala dirección —dijo el joven—. No creerá que he venido solo, ¿verdad? Nunca salgo solo, ni siquiera en pleno día, porque hay muchos hombres malos por ahí y mamá me ha dicho siempre que ande con cuidado. Tengo miedo de que me violen, y por eso traigo siempre conmigo a un amigo muy duro. Está sentado allí, en aquel Mini Cooper de ventanillas con cristales negros. Es muy bruto y le está apuntando con una pistola al coco. Una de esas pistolas que se ven en las películas de espías. De esas que hacen «pop» y no asustan a los vecinos.

Mientras hablaba, el Mini arrancó y se situó al lado del Mercedes.

—Por consiguiente, conduzca. Nosotros le seguiremos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Calder.

—La curiosidad mató al gato, querido. Pronto lo sabrá.

La voz maliciosa y el lenguaje anticuado hacían más amenazadora la situación. Calder subió a su coche, pero deliberadamente no se abrochó el cinturón. Al salir a la carretera, su primera intención fue apretar a fondo el acelerador y escapar de ellos, pero rechazó la idea: el Mini tendría, casi con toda seguridad, el motor trucado y sería capaz de aguantar su marcha. De momento estaba indefenso.

Cuando ambos coches recorrieron unos pocos kilómetros, vio que el Mini que le seguía encendía dos veces los faros. El Mercedes que antes le había seguido salió a la carretera delante de él, de manera que ahora se vio realmente aprisionado entre los dos vehículos. Poco después, el Mercedes que iba adelante se desvió de la carretera principal y rodó por una serie de curvas cerradas, siempre cuesta arriba. Calder hizo un serio esfuerzo por grabar en la memoria la ruta que estaban siguiendo. Por fin la carretera secundaria se allanó en la cima de una cadena de montañas; abajo se veía un valle salpicado aquí y allá de casitas alrededor de un lago. Con Calder todavía en medio, la pequeña caravana descendió al valle y, mientras él trataba de imaginar un plan de huida factible, el primer coche se detuvo delante de una imponente verja de hierro. Ésta se abrió, activada por control remoto, y los tres coches subieron por un paseo inmaculadamente cuidado.

El sol se ocultaba detrás de un lado del valle y lo primero que vio Calder fue una pista de tenis de tierra, medio en la sombra, con una pareja jugando en ella. Después vio el lago a través de una cortina de coníferas hasta que al fin apareció la casa. Estaba construida al convencional estilo de chalé, pero era más grande de lo corriente, con el alero pintado de brillantes colores, que le daba el aspecto de un anuncio de turismo. También advirtió una alta antena de televisión. En ese momento, el Mini salió disparado y le adelantó a gran velocidad y a sólo unas pulgadas de distancia. Cuando se detuvo, el joven rubio saltó de él e indicó el sitio donde Calder tenía que aparcar. Cuando paró el motor, el joven le abrió la portezuela.

—¿Le gusta esto, querido?

—Me gustan las excursiones de misterio, especialmente compartidas con lindos jóvenes rubios.

—No se pase de la raya, querido. Si lo hiciese, podría olvidar mis buenos modales y apretarle las clavijas. A mi amigo le gusta cuando yo me enfado. Le excita y, cuando está excitado, es difícil calmarle. Todo podría terminar en tragedia.

El conductor del Mini se reunió con ellos. Tenía aproximadamente la misma edad de su amigo rubio, pero era más corpulento y vestía según una moda idéntica, incluso en la camisa a rayas y la corbata roja. Parecían dos actores de *cabaret* gay.

El otro Mercedes había aparcado a corta distancia, y solamente ahora vio Calder que su conductor era el árabe. El hombre hizo una pequeña y burlona reverencia al acercarse.

—Bueno, *mister* Holgate, o, mejor dicho, *mister* Miller, aquí estamos de nuevo. Si no hubiese sido tan precavido en el aeropuerto, se habría ahorrado el coste de un coche de alquiler.

—Dejémonos de tonterías —dijo Calder—. Ya he conocido aquí a las hermanas Dolly, y no me hacen falta sus chistes.

El joven rubio, sin advertirle, le empujó contra el lado del coche y le cacheó minuciosamente. Calder no ofreció resistencia y, cuando el otro terminó, dijo:

—Oh, lo hace muy bien. Debió hacer prácticas con niños de coro.

—No es más que una norma de la casa —dijo el árabe—. Nada personal. Vamos.

Entró el primero en el chalé. Calder pisó en seguida una gruesa alfombra en la que se hundió hasta los tobillos. El interior del chalé consistía en un enorme salón con una escalera descubierta que conducía a una galería que se extendía a lo largo de tres de las paredes. Al nivel del suelo, las paredes estaban adornadas con grandes pinturas modernas, que demostraban que el tamaño no guarda relación con el talento. Había también abundancia de aparatos de alta fidelidad y una gigantesca pantalla de televisión. Dos ventanas de cristal opaco se abrieron al acercarse el árabe a ellas, activadas, como la verja, por algún rayo electrónico oculto.

El rubio y su compañero desaparecieron en otra parte del chalé, mientras Calder seguía al árabe a un patio enlosado que se extendía en suaves gradas hasta el borde del lago. Dos hombres yacían en sendas tumbonas de brillantes colores y llevaban

chillonas camisas deportivas y pantalones a cuadros. «Un atuendo normal —pensó Calder— para un campo de golf de Miami», pero que, en aquel par, parecían más bien trajes para aparecer en un escenario. Uno de ellos, el que parecía mayor, estaba mordiendo una pipa apagada, pero ésta no concordaba con su semblante, sino que parecía uno de esos trucos teatrales que emplean algunos actores para darse prestancia. «Toda la escena preparada para una fotografía de revista del corazón», se dijo.

El hombre de la pipa se levantó de la poltrona.

—Ah, Ronnie —dijo, dirigiéndose al árabe—, por fin has traído a nuestro amigo. Empezábamos a inquietarnos.

—*Mister Miller* se detuvo en la carretera para tomar una taza de té.

—Bueno, él no esperaba nuestra hospitalidad, Ronnie, por consiguiente se lo debemos perdonar. Siéntese, *mister Miller*. ¿Ha tenido un buen viaje? Los suizos son muy eficaces y yo adoro la eficacia, que abunda tan poco en nuestros días. ¿Puedo ofrecerle algo más fuerte que el té?

—Sí, tomaré una copa.

—¿Qué prefiere?

—Vino blanco.

—¿Quieres cuidar de eso, Ronnie? —El árabe se retiró. El hombre se volvió a Calder con una sonrisa, descubriendo unos dientes que parecían más propios de otra boca—. Creo que debemos felicitarnos.

—¿De veras? ¿Quiere que le felicite por la eficacia de sus dos soldados de asalto? Me ha parecido un ejercicio bastante fútil. ¿No confiaba en que hiciese la entrega como en otras ocasiones?

—Sólo pensé que era hora de que nos conociésemos. Y quería felicitarle por su siempre excelente trabajo. Por lo que he sabido, todo marchó sobre ruedas.

—Hice lo que me encargaron; ni más, ni menos.

—Bueno, tal vez un poco más. Pero volveremos a esto más tarde. Mientras tanto, creo que tiene usted algo para nosotros, ¿no?

—Lo convenido fue el pago contra entrega de la mercancía.

—Oh, vamos, *mister Miller*, ambos somos demasiado viejos para andarnos con juegos, ¿verdad? Y usted no está en condiciones de pedir favores. Tiene una fotografía. Démela.

Calder sacó su cartera y extrajo la foto. Ahora el otro hombre se movió por primera vez.

—¿Puedo verla?

Su acento no era tan perfecto como el de su compañero; Calder sospechó que era ruso. Tal vez lo eran los dos; era difícil saberlo. Trató de imaginar por qué habían elegido este momento particular para salir a la luz: desde que residía en Suiza, todas las transacciones se habían realizado mediante mensajes depositados en lugares secretos. Tenía que haber otros peligros ocultos en este encuentro, unos peligros que

todavía tenía que identificar. Observó mientras el otro hombre examinaba de cerca la fotografía.

—Muy bien, es una pieza de coleccionista —declaró el hombre—. Su viaje ha valido la pena, *mister* Miller.

—Espero que valga el precio que ustedes convinieron en pagar.

El hombre más viejo abrió un cofre chino laqueado que había sobre una mesita situada entre las dos tumbonas y sacó de él un abultado sobre.

—Francos suizos en billetes pequeños, tal como dijo usted.

Calder abrió el sobre con un dedo y echó un vistazo a su contenido. Era demasiado cortés para contar los billetes en presencia de los otros y, en todo caso, sentía la necesidad de recobrar de algún modo la iniciativa.

En ese momento el árabe, llamado incongruentemente Ronnie, volvió con una botella de vino muy frío. Escanció el vino y se retiró de nuevo.

—¿Qué tal está Inglaterra? —preguntó el segundo hombre—. Un país tan atrasado en muchos aspectos y que todavía se aferra a la creencia de que tiene influencia en los asuntos mundiales. ¿Le resultó extraño volver allí después de tan larga ausencia?

—Sí y no. Pero prefiero estar aquí.

El primer hombre tomó de nuevo la palabra.

—Es difícil prescindir de las viejas costumbres, ¿no cree? Especialmente aquellas que tratamos de mantener ocultas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Ha leído los periódicos ingleses de esta mañana? —Mostró un ejemplar del *Daily Telegraph*—. Desgraciadamente, hoy no hemos recibido el *Times*. Los impresores de allí están de nuevo en huelga, demostrando al mundo lo bien que funciona la democracia. Sin embargo, el *Telegraph* es realmente superior en los relatos de crímenes espeluznantes. Tal vez leyó la noticia del asesinato de una joven prostituta en lo que los británicos llaman eufemísticamente un salón de masajes. —Hizo una pausa, pero Calder permaneció impertérrito—. Le elegimos a usted para esta misión porque creímos que tenía dotes especiales, y la ejecutó a la perfección. Pero nos preocupó lo que ocurrió después. —Hizo una nueva pausa—. Por eso decidimos cambiar de procedimiento y traerle aquí.

Este discurso era tan poco amenazador que su misma afabilidad daba escalofríos. Igual habría podido ser un maestro de escuela pronunciando su alocución de fin de curso.

—No es usted el único que no deja nada al azar, *mister* Miller. Le estuvimos controlando todo el tiempo. Y, por favor, no se imagine un solo instante que voy a criticar sus gustos sexuales. A mí también me gustan jóvenes y complacientes. Añade sabor a un aspecto por lo demás monótono de la vida al hacerse uno mayor. No, lo que nos inquietó fue el momento elegido, aunque comprendo que después de realizada su misión sintiese necesidad de relajarse un poco. A fin de cuentas, este

trabajo debió producirle una tensión particular, y todos cometemos algún fallo. Sin embargo, históricamente, un error suele conducir a otro, cosa que estoy seguro de que todos quisiéramos evitar. Sus pasadas contribuciones a la causa han sido sumamente valiosas, y no quisiéramos perderle. Confío en que comprende lo que quiero decir.

Calder se limitó a asentir con la cabeza; sentía que el verdadero mensaje no había sido todavía pronunciado.

—Bien. Sólo para asegurarnos, pensamos que sería instructivo que no solamente le convenciésemos de nuestra diligencia en estos asuntos, sino que le hiciésemos una demostración práctica de lo que hacemos en caso de descuido. Queremos atarle todavía más a nosotros, porque todavía puede sernos útil.

—¿Van a pedirme que firme una cláusula de moral?

—¡Qué sentido del humor! Esto es muy británico, ¿verdad? Desgraciadamente, además de ver el lado humorístico de todo, los británicos tienen también el don equivocado de combinar el placer con el negocio. Tienen una manera especial de caminar hacia su propia destrucción. Estoy seguro de que no tengo que recordarle lo que les ocurrió a algunos de sus distinguidos predecesores. Sería una trágica pérdida si un hombre de su talento se eliminase de la circulación por el mismo motivo.

—Moscú me mató una vez —dijo Calder con simulada tranquilidad.

—Aquello fue por mutua conveniencia, un caso muy diferente. Pero no estamos aquí para discutir soluciones tan rotundas, sino solamente para aconsejarle. Siempre hemos conocido sus gustos, y sería sencillo satisfacerlos sin poner a nadie en peligro. Sólo tendría que pedirlo.

El sol se había hundido ahora perceptiblemente y la mayor parte del lago estaba en sombra. La pista de tenis no podía verse desde el sitio donde se hallaba Calder, pero podía oír de vez en cuando cómo gritaban el tanteo los dos jugadores.

—Todo se reduce a una cuestión de prioridades —prosiguió el hombre más viejo, llenando de nuevo el vaso de Calder—. Como con el vino. Saber qué vides hay que cultivar y cuáles hay que arrancar del viñedo. Dicho en otras palabras, hacer lo más conveniente para proteger a la cosecha. Paciencia, ésta es la palabra clave. Dejamos que otros hagan todos los primeros movimientos, porque el tiempo está de nuestra parte. Usted es un perfecto ejemplo. No le dimos prisa, ¿verdad? Arreglamos las cosas para que se retirase del público, le mantuvimos en el lujo y, entonces, cuando llegó el momento adecuado, le reactivamos. Tal vez, en definitiva, todo es cuestión de características nacionales.

—¿Por esto me ha traído aquí? ¿Para una discusión filosófica?

El hombre se volvió a su compañero.

—Nuestro amigo todavía no ha comprendido el verdadero significado de mis palabras. Parte de él sigue pensando a la antigua usanza.

—Tal vez tardará poco en convencerse.

—Sí. Mire, *mister* Miller, su problema está en que todavía pregunta «por qué» y «por qué razón». Nosotros nunca lo hacemos. Hay demasiadas preguntas en su

cabeza. ¿Por qué me han traído aquí? ¿Cuál era la verdadera razón de mi última misión? Puedo ver estas preguntas en sus ojos. No las haga; no son de su incumbencia. Relájese, hombre; le hemos pagado, tiene un vaso de vino en la mano y, muy pronto, vamos a disfrutar de la cena aquí, al aire libre. Estas noches de buen tiempo solemos emplear una barbacoa y comer bistecs asados sobre carbón, al estilo americano. ¿Qué podría ser más agradable?

Calder se encogió de hombros.

—Soy un invitado, de gusto o por fuerza.

—No sea tan precavido. Si hubiésemos creído necesario matarle, lo habríamos hecho en Londres. En Londres no estaba nunca seguro, pero aquí, en la tierra del reloj de cuco, no tiene nada que temer.

Se interrumpió al volver el árabe arrastrando una barbacoa portátil, con un ventilador eléctrico como complemento.

—Muy bien, Ronnie. Es el momento oportuno.

Se acercó a la barbacoa y se puso un delantal. Mientras Ronnie entraba de nuevo en el chalé, roció el carbón con una lata de fluido para encendedor y le prendió fuego.

—Los suizos saben hacer muchas cosas, pero no pueden asar los bistecs como los americanos. Yo hago que me los envíen desde Texas. Garantizados, de primera calidad.

Ronnie volvió con una mesita sobre la cual estaban dispuestos los bistecs como libros de un rojo oscuro en una biblioteca. «Las obras escogidas de la cocina americana», pensó Calder.

—¿Cómo prefiere el suyo? ¿Poco hecho o muy asado?

—A medias —dijo Calder.

—Tomaremos un poco más de vino; Ronnie, trae el Margaux. Encontrarás tres botellas descorchadas.

Conectó el ventilador y el carbón empezó a resplandecer.

—¿No cree que hay algo muy satisfactorio, muy fundamental, en una comida al aire libre? A la mayoría de nosotros se nos enseñó a despreciar los placeres sencillos de la vida.

Parecía una parodia de ama de casa. El calor de la barbacoa llegaba hasta el sitio donde estaba sentado Calder. Un ave marina solitaria volaba baja sobre sus cabezas, oliendo futuras sobras al ser depositadas las primeras tajadas de carne en la parrilla sobre el carbón encendido. Una ligera brisa que venía del lago llevó el olor de la carne asada a Calder y, por primera vez desde su llegada, se relajó ligeramente, adormecidos sus acostumbrados reflejos por la domesticidad de la escena, combinada con el vino. Goteó grasa de la carne sobre las brasas rojas y se elevó una humareda en el patio.

Ronnie volvió para colocar las botellas de vino sobre una segunda mesa y, en el mismo instante, el joven rubio y su compañero salieron de la casa, caminando sin ruido como danzarines de *ballet* saliendo de entre bastidores, y le sujetaron por

detrás. El rubio le tapó la boca con una mano y entre los dos le empujaron con naturalidad, descendiendo los bajos escalones hasta la orilla del lago. Cualquier observador casual y lejano les habría tomado por tres hombres que iban a dar un paseo nocturno. Ronnie tropezó una vez y consiguió lanzar un grito de auxilio antes de ser acallado de nuevo, pero el ruido que hizo se diferenció muy poco de un chillido de una gaviota. Los dos jóvenes siguieron sujetándole con fuerza, obligándole a avanzar hacia las tranquilas aguas. A la menguante luz del crepúsculo y a través de la neblina, sus perfiles se hicieron borrosos. Calder se irguió en su silla al comprender lo que estaba a punto de ocurrir. Cuando el grupo se acercó al borde del agua, los capturadores de Ronnie le obligaron a ponerse de rodillas y le sumergieron la cabeza en el agua. Para Calder, aquella escena fue como el momento antes de estrellarse un coche, cuando todo parece producirse en movimiento retardado. La lucha en el borde del lago fue muy breve y, sin embargo, pareció durar una eternidad. Cuando terminaron, los dos jóvenes levantaron el cuerpo exánime del árabe y lo llevaron de nuevo hacia la casa, dando un amplio rodeo y desapareciendo en la oscuridad.

Calder fue el primero en romper el silencio.

—Esto ha sido en mi honor, ¿no?

El cocinero levantó la mirada de la barbacoa; estaba sudando.

—Llámelo así si quiere, *mister* Miller: en vista de su falta de concentración en Londres, era necesario demostrarle que estamos resueltos a todo. Ronnie, a diferencia de usted, había dejado de ser útil. Había contraído una forma terminal de codicia, una afición a cobrar de los dos bandos.

—¿Quién le hizo cambiar de casaca?

—Afortunadamente, no los ingleses; de haber sido así, también podríamos prescindir de usted. Fue corrompido por el evangelio del bendito Jomeini; por consiguiente, el Centro de Moscú decidió que sufriese un accidente en barca. He sabido que estos lagos son muy traidores.

En aquel momento, los dos jugadores de tenis, un hombre y una muchacha, se reunieron con ellos. La joven vestía pantalón ajustado y un grueso suéter de cuello en V que moldeaba su cuerpo al andar. Calder no pudo verla claramente al principio, pero al acercarse ella, reconoció a la muchacha de la fotografía que había traído desde el país que había sido antaño el suyo.

Capítulo 10

Cuando Hillsden volvió al almacén, más tarde, aquel mismo día, Rotherby le estaba esperando con el dictamen por escrito de Hogg. Rotherby (conocido también como el Coronel o Lawrence de Wapping, por haber confesado imprudentemente una vez su adoración de T. E.) había venido a la empresa nada menos que desde el Tesoro, y consideraba con no disimulado horror todo lo que era confiado al papel.

—Lo que no escribes, nadie puede leerlo. Si no pueden leerlo, no pueden copiarlo. Si no pueden copiarlo, no pueden hurtarlo, y si no pueden hurtarlo, nunca podrán ahorcarte por ello. Q. E. D.

Sabiendo esto, Hillsden estaba preparado para sus primeras palabras.

—¡Mira este mamotreto, Alec! Diez páginas de material, y la mayor parte parecen tomadas de *Sobre el origen de las especies*. Lo único que tenía que decirnos era cómo y con qué, pero, naturalmente, tenía que airear sus superiores y jodidos conocimientos.

—¿Quieres repetir eso, Coronel? Él es brillante en su oficio, pero dudo de que sus conocimientos en lo de joder sean superiores a los tuyos.

—Apea el tonto tratamiento de «Coronel». Es infantil.

—Está bien, dime el dictamen en taquigrafía.

—La sustancia inyectada ha sido identificada como DS7. Su primer uso conocido fue en 1944, por los oficiales de las SS. Produce una parálisis respiratoria completa en noventa segundos. El descubrimiento de Hogg ha sido comprobado y confirmado por Porton. Pero no pudo resistir la tentación de añadir algunos detalles espeluznantes, como que el intestino contenía cierta cantidad de Farex a medio digerir.

—¿Qué diablos es eso?

—¡Caramba, Alec! ¿Dónde te criaste? Farex es un alimento preparatorio que normalmente sólo se da a niños muy pequeños. Mi niñera podría decírtelo.

—Yo nunca tuve niñera.

—Eso explica muchas cosas. ¿Quieres oír el resto?

—No, eso ya es bastante.

—Todo me parece un poco rebuscado —observó Rotherby—; por ejemplo, la referencia a las SS. Nunca me han gustado las claves que se me sirven en bandeja.

Hillsden asintió con la cabeza.

—De todos modos, compruébalo con Bonn. Pregúntales si en los últimos cinco años ha habido algún incidente relacionado con este material. Pregúntales si todavía se fabrica en su perfecta democracia y, en caso afirmativo, dónde y bajo la supervisión de quién. Y de paso, pregunta si puede comprarse en las droguerías con receta.

—¿Con receta? ¡No hablarás en serio!

—¿Dónde has estado durante toda tu vida? Las droguerías no se pierden una

oportunidad en estos días. Todo lo que hay bajo el sol se puede conseguir en una forma u otra si pueden salirse de rositas. Por lo que sabemos, alguien lo está comercializando en pequeñas dosis para los que sufren de fiebre del heno, o los veterinarios lo usan para reducir la superpoblación canina.

—Me sorprendes.

—Ésta es una de mis principales funciones en la vida. Soy un profesional de la sorpresa. A propósito, ¿dónde está Fenton?

—Ha salido.

—¿Para qué?

—La embajada de Turquía ha enviado a buscar a alguien para examinar un paquete sospechoso.

—Eso no es de nuestra competencia. ¿Desde cuándo somos una unidad de artificieros? Somos importadores de vinos y caballeros ociosos.

—No se trata de una bomba. Sólo de una colección de documentos que creen que pueden interesarnos.

—¿En qué idioma están escritos?

—En inglés, pero, al parecer, ellos no los entienden.

—Bueno, si no los entienden ellos, tampoco los entenderá Fenton. Solamente domina el *Morning Star*.

—Por eso convino Control en que fuese. Todo es parte de su plan maestro: la Delicia Turca de Control. Nunca les ha perdonado que volasen la casa de veraneo de su hermana en Chipre.

—A veces creo que estamos todos locos de remate.

—¡Lenguaje subversivo, hijo! Tendré que pedir que te hagan otra inspección positiva.

—Lo único que estoy ocultando es un ataque de hongos en los pies.

—Has estado bebiendo de nuevo en copas sucias, ¿verdad?

—Caliente, caliente. La última copa que bebí sabía a demonios. He estado en aquel sanatorio.

—¿Y?

—Saqué un par de cosas. Una que no comprendo en absoluto y otra que podemos estudiar. Por lo visto, el personal recibía llamadas telefónicas regulares de alguien que decía ser primo de Caroline y preguntaba por su salud.

—¿Podremos seguirle la pista?

—Es dudoso, pero nada se pierde con probar. ¿Está Waddington por ahí?

—Estaba.

—Dile que quiero verle. —Y cuando Rotherby se disponía a salir, Hillsden añadió—: Y haz una comprobación de la jefa de enfermeras y de todo el personal. —Le tendió una hoja de papel con los nombres que había anotado—. Especialmente Molly Flute. Prueba primero en la Rama Especial. —Hurgó en un cajón de su mesa y sacó un paquete de bizcochos digestivos—. Y ya que estás metido en esto, averigua

también sobre el chófer de Bayldon. Ex militar...

Pero lo decía al aire.

Cuando entró Waddington, todavía estaba luchando por rasgar la envoltura de plástico de los bizcochos.

—Si pudiésemos envolver todo el país con este material, Wadders, tendríamos un ciento dos por ciento de máxima seguridad. Sólo se puede abrir con una sierra de metales.

—Otro complot comunista —dijo sombríamente Waddington—. Como escribió Soljenitsin: «No nos tomarán con tanques, nos tomarán con las manos limpias», lo cual, traducido del ruso, quiere decir que socavarán la estructura de nuestra sociedad atacando el sagrado ritual de los bizcochos digestivos británicos.

—No te guasees. Hoy no estoy para bromas. ¿Hay algo que beber?

—Puedes elegir. Vino tinto de la casa o vino blanco de la casa.

—Asaltemos la despensa particular del Coronel.

—No lo dirás en serio. Sabes lo furioso que se pone.

—Escucha —lo interrumpió Hillsden, cansado de ese diálogo y cambiando bruscamente de tema—. Aparte del crimen de Bush House, que en todo caso fue perpetrado con la contera envenenada de un paraguas, el empleo de una aguja hipodérmica es muy raro, al menos en este país. Esto debería darnos un punto de partida. ¿Nos dirá algo el ordenador?

—He sido más rápido que tú. He estado allí. La caja mágica me dio un solo nombre: Mozhayev. Se le atribuyeron un par de casos, pero le pillamos en Belgrado el año pasado.

—¡Mierda! ¿Has leído el informe de Hogg?

—Sí.

—¿Y bien?

—Muy completo.

—¡Oh, al diablo contigo, Waddington! ¿Es que nunca puedes dar tu propia opinión? A nadie le importa que te equivoques. Lo único que pedimos es que te aventures.

—Hoy estás muy susceptible.

—Sí, de acuerdo, tengo motivos sobrados para ello. —Hillsden se levantó de un salto y se dirigió a una caja de botellas de vino que había en un rincón de la oficina—. ¿Dónde está el sacacorchos?

—¿Dónde tiene que estar? Archivado en la letra S, segundo cajón hacia abajo.

Hillsden arrancó furioso el tapón; después vertió el poso de una taza de café en un cubo de basura y la llenó de vino.

—Nada tiene sentido. Nada en absoluto. ¿Por qué la pobre Caroline? ¿Y por qué precisamente ahora? ¿Por qué os molestasteis en canjearla y enviarla a casa, si años más tarde, cuando estaba chiflada, teníais que matarla?

—Tal vez es esto lo que tiene sentido: el hecho de que no tenga en apariencia. La

mentalidad de la buena y vieja KGB, la inescrutable mente rusa, etcétera.

—Demasiado fácil. No me convence. ¿Pero qué más podían sacar de ello? ¿Por qué correr el riesgo de que les saliese mal? Fue un limpio trabajo de profesional, proyectado y ejecutado por alguien que conocía su oficio. Sin embargo, ellos no hacen nunca nada sin motivo. Por consiguiente —y empezó a pasear por la estancia, tomando frecuentes tragos de vino mientras iba de un lado a otro—, tenemos que buscar algo más allá de lo inmediato. ¿Algo en el pasado o algo en el futuro? Examinemos el pasado. No queda nadie del antiguo puesto en Austria. Jock está muerto, Henry se fue hace tiempo, el establo está limpio desde hace años. No queda nadie.

—Salvo tú.

Hillsden se detuvo junto a una ventana y contempló las perezosas aguas del Támesis allá abajo.

—No; yo estaba fuera cuando ella volvió. Fue cosa de Jock.

—Si tú lo dices...

—Bueno, es la verdad.

—Repito: tú lo dices, pero tal vez *ellos* no lo creen. Sabes tan bien como yo que Moscú nunca da un caso por terminado. La razón de que Caroline volviese la última vez fue porque ella y Jock estaban metidos en algo realmente gordo. Con Jock y Henry muertos y Caroline liquidada, ¿quién más queda ahora, salvo tú?

—Wadders, a veces dices las cosas más inconcebibles. Si ellos quieren pillarme, ¿por qué matar a alguien que era ya un caso perdido?

—Para obligarte a hacer algo.

—Por ejemplo, ¿qué? ¿Resucitar a los muertos?

—No seas tan engreído. Estás olvidando algo. ¿Qué me dices de la bomba de la noche pasada? Tal vez iba destinada a ti.

—¡Caray! Emplea el cerebro por una vez. A: la bomba estaba instalada en el coche de Bayldon; B: aunque tengo cierto carisma, éste no incluye el uso automático del coche, conducido por chófer, del ministro de Asuntos Exteriores; C: no fue más que una coincidencia macabra.

—Está bien, está bien, pero fuiste tú quien me pidió que diese mi opinión.

Hillsden reanudó su paseo.

—De momento, lo único que tenemos son dos cabos sueltos. Conseguí un dato de la jefa de enfermeras del sanatorio. Dijo que, después del asesinato, echó en falta una fotografía que había encima de la mesita de noche de Caroline. La fotografía de una joven desconocida. Pregunta: ¿Quién era la chica? Segunda pregunta: ¿Por qué valía la pena hurtarla? Dame las respuestas, Wadders, y haré que cuando te retires te den el título de «sir». Dime una cosa: ¿Conociste a Caroline?

—No. Era antes de mi época.

—Todo era antes de tu época. Haces que me sienta terriblemente viejo.

Pero mientras salían estas palabras de su boca, no sentía la edad, sino la culpa.

Capítulo 11

La muchacha de la fotografía voló a Heathrow al día siguiente. En esta ocasión viajaba con pasaporte británico legítimo, a nombre de Pamela Brent-Russell. Después de pasar por Inmigración, se dirigió inmediatamente al puesto de la Aduana. Allí la detuvo un joven oficial que tenía la especialidad de sospechar de las mujeres atractivas. Registró su única pieza de equipaje y, al no tener éxito, la interrogó a fondo sobre su reloj de pulsera Cartier. Ella le desilusionó de nuevo, declarando que era una imitación barata «made in Hong Kong».

—Si no se fía de mi palabra, confísquelo. Se autodestruirá aproximadamente dentro de una semana. Yo compro uno cada mes —añadió, para ponerle en su sitio.

Cuando él la hubo dejado pasar, hizo una llamada telefónica desde una de las pocas cabinas no destrozadas, marcando un número de la zona de Belgravia. Le respondió una voz masculina.

—Ya estoy de vuelta, querido —dijo ella—. ¿Me has echado en falta?

—Desde luego. ¿Has pasado unas buenas vacaciones?

—Así, así. Pero también yo te añoré. ¿Quieres que nos veamos?

—¿Hace falta que lo preguntes?

—¿Cuándo?

—Lo tengo un poco complicado hasta primeras horas de la noche. ¿Te parece a las diez y media?

—Estupendo. Hasta entonces.

El timbre de aviso empezó a sonar y ella tuvo el tiempo justo de añadir:

—No tengo más moneda inglesa —y se cortó la comunicación.

Contempló su piel tostada y perfecta en el espejo roto de encima del aparato. Una nota de la policía estaba fijada en la pared junto al espejo: AVISO CONTRA LAS BOMBAS. ESTÉN ALERTA. Notifiquen cualquier paquete sospechoso o equipaje abandonado. Sonrió a su propia imagen; después salió de la terminal y tomó el metro hacia el centro de Londres.

Su destino final era Notting Hill Gate. Dejó la calle principal y se dirigió a una hilera de casas con terraza que antaño habían sido *cottages* eduardinos de artesanos, pero habían sido comprados en años recientes por especuladores dándoles un nuevo aspecto. Las puertas y los postigos habían sido pintados con los colores de *House and Garden* de este año y destacaban con un contraste de arco iris de la monotonía circundante. Entró en una situada en la mitad de la hilera. En alguna parte sonaba incesantemente un timbre de alarma, y siguió oyendo aquel sonido cuando estuvo dentro de la casa.

—¡Gunther! —llamó—. He vuelto.

Pero nadie le respondió. Siguiendo una costumbre, se quitó los zapatos y cruzó descalza la habitación principal en dirección a la cocina. La parte de atrás de la casa

tenía forma de L, y los dos lados daban a un pequeño jardín cercado con una tapia. Había una gatera en la puerta de la cocina y esperó que el gato le diese la acostumbrada bienvenida, pero el animal no apareció. Advirtió que el cuenco de su comida estaba intacto.

—¿Daisy? —dijo— ¿Dónde estás? Vamos, sal y saludame.

No ocurrió nada, y se sintió extrañamente defraudada.

Llenó una cafetera eléctrica para hacerse una taza de café y sintió que toda la casa olía a humo rancio. El fregadero estaba lleno de cacharros sin lavar y la sartén, encima del fogón, tenía una capa de grasa coagulada y salpicada de trocitos de corteza de tocino quemada. Frunciendo con disgusto la nariz, buscó la llave especial de seguridad para abrir la ventana de la cocina. Sólo entonces advirtió que la mayoría de las plantas de las macetas habían muerto por falta de cuidado. «Perezoso bastardo —pensó—, no levanta un dedo cuando yo no estoy en casa». Pero entonces vio algo más y se quedó inmóvil. De pronto se destaparon sus oídos; percibió claramente el ruido de la ciudad y el persistente gemido del timbre de alarma. Sintió de pronto náuseas y se tambaleó. Se apartó de la ventana, pero los pies descalzos se negaron a obedecerla.

La pared que separaba su jardín del contiguo estaba rematada por un enrejado de madera. La enredada madreselva del vecino cubría la mayor parte de la reja y daba cierto grado de reserva a ambas propiedades. Las flores amarillas invertidas exhalaban una fragancia embriagadora por la noche, pero ahora, al mirar ella fijamente, sólo percibió el olor del miedo. Al principio pensó que era una alucinación, pero después sintió todo el horror de lo real: su gato pendía del enrejado de madera, abiertas las patas de delante como crucificado, y apretado fuertemente el cuello por un alambre que le sujetaba a la reja.

La impresión fue tan grande que la muchacha perdió por unos segundos el conocimiento. Cuando volvió en sí, estaba inclinada sobre el fregadero, casi tocando con la cara los platos sucios. Vomitó, después resbaló hasta el suelo y apretó la mejilla contra las frías baldosas hasta que cesaron los espasmos. Tendida allí, no oyó que se abría la puerta principal y alguien la llamaba, y solamente cuando una mano le levantó la cabeza se dio cuenta de que ya no estaba sola en la casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has desmayado? ¿Te has desmayado, Pamela?

Ella vio una cara familiar.

—¡Oh, eres tú! —dijo—. Gracias a Dios.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

—Han matado a Daisy.

—¿Qué? ¿Quién lo ha hecho?

—Mira al jardín.

Gunther la miró fijamente; después se irguió y se dirigió a la ventana.

—¿Por qué la dejaste ahí para que yo la viese? —dijo Pamela sollozando, convirtiendo su dolor en cólera—. ¿Por qué no la descolgaste, bastardo?

—¿De qué estás hablando? Yo no lo sabía. He estado un par de días fuera.

—Me prometiste que cuidarías de ella.

—¡Y lo hice, lo hice! —gritó él, irritándose también y disculpándose—. Estaba perfectamente cuando me marché. Le dejé mucha comida.

—Pero no la comió. ¿No te diste cuenta?

—Ya te he dicho que he estado fuera, que acabo de volver.

—No te preocupaste. Nunca te has preocupado por mi gata.

—¡Oh, Dios mío!

Se dispuso a ayudarla a levantarse, pero ella rechazó la mano que le ofrecía.

—Sal de aquí, ve a la otra habitación, no sigas mirando. Yo cuidaré de esto —dijo él.

Cuando ella se marchó, tomó una bolsa de plástico para la basura y unos alicates; después abrió la puerta del jardín y salió. Con la naturalidad del que está cortando rosas, cortó el alambre del cuello del animal y también los que sujetaban las patas delanteras y dejó caer el cuerpo rígido dentro de la bolsa. Después cruzó la casa, salió a la puerta principal y depositó la bolsa en el cubo de la basura.

—Ya está —dijo, arrodillándose junto al sofá donde yacía ella—. Mírame. Lo siento, realmente lo siento.

La besó, pero ella mantuvo la boca cerrada.

—¿Quién puede haber hecho una cosa así?

—Probablemente alguien que odia a los gatos.

—Llama a la policía.

—Todavía estás impresionada. Estás temblando. Sabes tan bien como yo que no podemos decirlo a la policía.

—La crucificaron. Es la cosa más horrible que he visto en mi vida. Quiero que descubras quién lo hizo.

—Mira, sé sensata. Ya te he dicho que lo siento; quisiera que no hubiese ocurrido, pero es cosa hecha y no voy a llamar la atención sobre nosotros haciendo investigaciones. —Trató de nuevo de besarla, pero ella permaneció rígida como el animal muerto—. Conoces este barrio. Hay robos todos los días. Escucha ahora mismo ese timbre de alarma. Probablemente algún maldito ladronzuelo trató de robarnos, no encontró nada y se lo hizo pagar al pobre animal.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir?

—No me eches en cara todo lo que digo. Te aseguro que es la explicación más probable. ¿Por qué no vamos arriba y nos echamos un rato? Te prepararé una bebida caliente.

—No quiero beber; quiero salir de esta casa, vivir en cualquier otra parte. Era mi gata. La quería.

Escrutó la cara de él, buscando algún reflejo de su propia angustia, pero él permaneció impasible.

—Te compraré otra —fue todo lo que dijo.

—No quiero otra. Nunca querré otro animal en mi vida. Y quiero marcharme de aquí.

—Muy bien. De todas maneras, íbamos a trasladarnos.

—¿Por qué? ¿Qué más ha ocurrido durante mi ausencia?

—Nada. Pero es el momento de trasladarnos. Lo sabes muy bien. Y ahora, ¿podemos hablar de otras cosas? ¿Hizo Miller la entrega?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Yo misma destruí la fotografía.

—Entonces alégrate; no todo son malas noticias.

—A veces me das asco —dijo ella.

—De acuerdo. Como no soy inglés, carezco de tu sensibilidad, como me has dicho a menudo. Pero recuerda una cosa: gracias a mí estás todavía en condiciones de sentir dolor.

Ella se levantó, pasó por su lado y subió la escalera para ir al cuarto de baño. Abrió el grifo del agua caliente y empezó a quitarse la ropa, arrojándola a un lado. Después de una pausa, Gunther apareció en el umbral. Ahora ella estaba desnuda y él avanzó para abrazarla.

—No. No estoy de humor.

—Merezco que me des las gracias, ¿no?

Ella se desprendió de su abrazo y se metió en la bañera parcialmente llena. Él se sentó sobre la tapa cerrada del wáter y contempló su cuerpo.

—¿No? —repitió.

—Sí, pero ahora estoy cansada. Lo único que quiero es tumbarme en la cama y dormir unas cuantas horas. Seré buena contigo más tarde.

—Solamente los británicos podéis llamar «bueno» al sexo. —Imitó su delicado acento—. Oh, querido, que bueno es esto. Pon tu buena cosita en mi buena cosita, pero no la muevas demasiado, porque mamá me dijo que esto sólo lo hacen los extranjeros.

Nada de lo que decía él tenía el menor significado para ella: casi podía creer que estaba todavía a treinta mil pies de altura en alguna parte de la estratosfera, sumiéndose y saliendo de un sueño inquieto que en nada se parecía a lo que decían los anuncios de las líneas aéreas. Sólo el tono familiar de una súplica sexual en la voz de Gunther y su mano alargándose debajo del agua hacia el sedoso pubis la volvieron a la realidad.

—Es inútil. Tiéndeme una toalla.

Él tomó una de la percha caliente, pero la sostuvo fuera del alcance de ella, de modo que ella tuvo que salir del baño y cruzar el cuarto dejando un rastro de agua sobre la alfombra.

—No siempre has de salirte con la tuya —dijo. Ya en el dormitorio, tomó una bata estampada con flores de detrás de la puerta—. Y para tu mejor información, te

diré que más tarde tengo que salir, por lo que tendrás que esperar todavía más para satisfacer tus deseos. *Él* quiere verme y, como me has dicho a menudo, la causa es lo primero.

Se llevó las manos detrás de la cabeza y recogió los mojados cabellos, torciéndolos hacia arriba para colocarlos como era debido. *Él* se quedó en la puerta observándola, y algo en su semblante hizo que ella se ablandase. Se acercó a él y lo besó.

—No es que te rechace, te lo digo de veras. Es por todo..., aquella pesadilla de la pobre Daisy, el retraso del avión..., todo. No querrías hacer el amor con un cadáver.

El empleo de esta palabra trajo de nuevo a su mente la horrorosa imagen de la gata muerta, y el propio horror que volvía a sentir hizo que su beso fuese más apremiante. *Él* interpretó mal su angustia y trató de prolongar el beso, sintiendo sus cálidos senos a través de la bata, pero de nuevo ella se escabulló.

—Aunque te burles de mí, seré «buena» contigo —dijo ella, parodiándose a su vez—, especialmente «buena». Cuando vuelva, haré todo lo que quieras, todas las cosas que me has enseñado. Pero tengo que descansar un poco antes de ir a verle. Están ansiosos de saber si *él* ha conservado su valor.

—Te tomo la palabra. ¿Qué impresión te causó Miller?

—Diferente —dijo ella, metiéndose en la cama.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Tal vez debido a su reputación, había esperado una especie de Frankenstein. Pero más bien parecía un empleado de banco.

Se arrebujó en la manta.

—¿Intentó conquistarte?

—¿Estás de broma? Claro que no.

—Tú eres su tipo. Le gustan jóvenes.

—Oh, querido, creo que estás celoso. —Hizo esta declaración como si, por primera vez, pudiese creer que *él* era humano a fin de cuentas—. Deberías saber que *él* no es mi tipo. A mí sólo me gustan los alemanes como tú. Especialmente los alemanes que son como tú.

Él aceptó el cumplido sin sonreír.

—¿A qué hora tienes que encontrarte con *él*?

—Dijo que tarde, a las diez y media; por consiguiente, despiértame a eso de las nueve, por favor.

—Descubre lo más que puedas. Pero sé sutil. Tienes una buena excusa: has estado fuera del país y te has perdido todas las noticias. Sondéale.

—Siento haberme mostrado tan brusca hace un momento. Y es que a veces me pregunto si se acabará nuestra suerte. Por eso me espantó tanto la muerte de Daisy.

—Yo no tengo suerte. La suerte es para los aficionados —dijo *él*, pero ella había cerrado ya los ojos y no oyó la última frase.

Durmió a rachas, y poco después de las nueve volvió Gunther para despertarla.

Después de peinarse y pintarse discretamente los labios, se puso un vestido elegante pero conservador, en vivo contraste con el que había llevado durante el viaje.

—A él le gustas así, ¿verdad? —dijo Gunther, y ella captó de nuevo el sarcasmo en su voz.

—La respuesta escueta es «sí». Y mientras estoy fuera, podrías limpiar la cocina; parece un estercolero.

—Yo no hago hogares; los destruyo.

Ella salió de la casa y tuvo la suerte de encontrar un taxi sin grandes dificultades. Todavía había luz sobre la ciudad, pero con el resplandor anaranjado propio de aquella época del año.

—A Royal Court Theatre, Sloane Square, por favor.

Al llegar entró en el teatro y estudió los carteles hasta que estuvo segura de que el taxi se había alejado. Entonces dio la vuelta a la esquina en dirección a Eaton Square. Tenía la impresión de que estaba en un país diferente, consciente de la riqueza que se ocultaba detrás de las limpias fachadas, y de la muelle y cómoda existencia de sus moradores. Cuando llegó a Eccleston Street, cruzó la plaza y se dirigió a una de las callejuelas que empezaban en Belgrave Place. Aparte de un chiquillo que rodaba sobre un monopatín, la calle estaba desierta. Manteniendo baja la cabeza, se dirigió a una de las elegantes casas.

La puerta se abrió en cuanto pulsó el timbre.

—Bueno, ¿he llegado puntual? —preguntó ella.

—No merezco una persona tan perfecta —respondió *sir* Charles Belfrage.

La hizo entrar en la casa en el momento en que pasaba patinando el chico.

Capítulo 12

La incineración había sido decidida por Control.

—Es mucho mejor así —dijo—, a falta de un deseo expresado por escrito. Mucho más limpio y de acuerdo con la manera de pensar moderna. No contamina el ambiente. Mi madre fue una de las fundadoras de la Sociedad de Cremación; en aquella época, se consideraba indecoroso.

—¿Irá usted? —preguntó Hillsden.

—Creo que no. Parece que siempre pillo unos resfriados tremendos cuando asisto a los entierros. No; bien mirado, creo que su presencia será suficiente para hacer los honores en nombre de la empresa.

—La jefa de enfermeras del sanatorio expresó su deseo de asistir.

Control reflexionó sobre esto.

—No, creo que no iré. Bastará su *discreta* presencia, aunque tal vez sería buena idea que lo acompañase su esposa. Así parecería normal.

La sugerencia tomó por sorpresa a Hillsden.

—No se me había ocurrido.

—A mí sí —dijo Control, haciendo crujir los nudillos; después, cambiando de tema, añadió—: Aceite de Prímula de la Tarde.

—¿Perdón?

—Hace maravillas en las articulaciones crujientes que afligen a nuestra carne mortal. Yo lo tomo todos los días. También retrasa el envejecimiento, o al menos así lo leí en una de esas columnas de belleza.

La idea de Control estudiando los últimos adelantos cosméticos en revistas femeninas parecía otra de sus muchas excentricidades.

—Por consiguiente, prepárese, Alec; el día menos pensado entrará aquí y encontrará a Dorian Gray sentado detrás de esta mesa. Imagínese el efecto que produciría esto en tesorería. Pondrían los pies por alto si tuviesen que pagar una pensión a un adolescente. Bueno, estamos de acuerdo, ¿eh? —dijo, volviendo al tema original con desconcertante brusquedad—. La ceremonia fúnebre se fijó para el lunes, en el Crematorio de Tunbridge Wells. Bastante apartado del camino trillado y un lugar muy agradable, según me han dicho, en comparación con otros. Y pensé que era adecuado que Kent, el jardín de Inglaterra, fuese el último lugar de descanso para una heroína. La ceremonia será laica. No queremos llamar la atención a los lugareños.

—Pensaré en lo de mi esposa.

—Me parece que será una decoración conveniente. No planteará ningún problema, ¿verdad? Bueno, ninguno que usted no pueda resolver, estoy seguro de ello. Fin de un capítulo. Bueno, fin de todo un libro en lo que a usted concierne, creo yo. —Hizo chascar de nuevo los nudillos y dirigió a Hillsden su inocente e interrogadora mirada, pero Hillsden no cayó en la trampa—. ¿Alguna otra pista?

—No. Salvo que sabemos que alguien la estaba vigilando. Tal vez hubiésemos

debido hacer lo mismo.

—Sí. Es fácil ser prudente después del suceso. Pero ¿no han avanzado nada en la identificación de la fotografía sustraída?

—No.

—Eso significa algo, Alec, y para encontrarlo nos pagan a los humildes servidores de la Corona.

«Algunos más humildes que otros», pensó Hillsden al salir.

Cuando volvió a casa aquella misma tarde, encontró a su esposa todavía durmiendo, respirando como si suspirase. Sobre la mesita de noche había una caja abierta de bombones Quality Street, con la mitad de su contenido consumida y los envoltorios tirados en el suelo. Se inclinó y recogió un libro en rústica en medio de aquéllos. Era un estudio clínico de la sexualidad femenina, el último de una larga serie de *bestsellers* sobre el tema, siguiendo la pauta conocida de relatos anónimos de casos. Margot había doblado la punta de la página: «Llevo casada dieciocho años con el mismo hombre, pero mi vida sexual es nula y lo ha sido desde sabe Dios cuándo. Continúo con mi marido porque no tengo dónde ir y no puedo resignarme a buscar una relación extramarital. No soy una veleta. Me considero simplemente un objeto. Ojalá tuviese el valor de ser lesbiana».

Volvió a dejar el libro donde lo había encontrado; después salió de puntillas de la habitación y bajó la escalera. Por costumbre, para tener compañía, encendió el aparato portátil de televisión que su mujer solía llevar de un lado a otro, reduciendo el volumen al mínimo, lo justo para captar las palabras del locutor. Fuesen buenas o malas, todas las noticias eran comentadas en el mismo tono, dando la impresión de que cada locutor había sido reproducido de un prototipo. Mientras esperaba a que hirviese el agua de la tetera, extrañas imágenes de muerte se sucedían en la pantalla, como naipes cayendo de unas manos temblorosas: niños con cráneos piriformes, vientres abultados y piernas como palos de cerillas, muertos en brazos de sus atribuladas madres; los restos de un soldado británico yaciendo en una zanja de Irlanda del Norte; un automóvil de carreras estallando en llamas y expulsando una antorcha humana..., esta última imagen repetida en movimiento retardado. Pensó: «Es como si la única información que vale la pena transmitir es la que sobresalta y da náuseas. Tal vez al ser agua pasada la visión de la Iglesia del *Paraíso Perdido*, es necesario dar al público un recordatorio diario de la infinita misericordia de Dios».

La tetera silbó y él se levantó de un salto para hacerla callar, en el momento en que la cara untuosa de Bayldon sustituía en la pantalla al conductor en llamas. Educado en la academia política de la hipocresía, Bayldon miró fijamente a la cámara con su expresión más ministerial, aunque, al contestar a un par de preguntas embarazosas, pudo verse en sus ojos el reflejo de la Brigada de Bomberos. Adoptó una mirada lejana, mientras buscaba nuevas maneras de ocultar viejas mentiras. Era un sedante verbal dedicado a las masas, como las frases tranquilizadoras que se pronuncian al despegar o aterrizar los aviones, que son los momentos de máximo

peligro.

Hillsden sumergió una bolsita de té en dos tazas. Nunca había podido comprender cómo no se desintegraban las bolsitas en el agua hirviente; era uno de los grandes misterios de la existencia doméstica. Al volver al dormitorio con las dos tazas de té, Margot se despertó.

—He oído voces —dijo ésta.

—Tenía la televisión encendida abajo.

—¿Qué hora es?

—No es tarde. Solamente las seis. ¿Has echado una siesta?

—Sí; tenía jaqueca.

—Te he traído una taza de té.

—No suelo quedarme dormida a media tarde.

—A veces sienta bien. ¡Maldita sea! He olvidado tu azúcar.

—Ya no lo tomo; sigo una nueva dieta.

Miró de reojo la caja de bombones, pero él fingió no advertirlo.

—Debería imitarte. Estoy engordando visiblemente. Con todas esas comidas de negocios.

—¿Qué día has tenido hoy? ¿Mucho trabajo?

—Regular. Recibí unos cuantos pedidos. A propósito, te he traído una botella del nuevo vino espumoso que promocionamos este mes. No de solera, pero muy agradable. Pasa bien. —Sorbió su té. Como Bayldon, tenía mucha labia—. ¿Has tomado algo para el dolor de cabeza?

—Sí, tomé un par de aspirinas.

—El tiempo no ayuda; ha hecho un día muy pesado. Te diré una cosa. ¿Por qué no salimos esta noche y vamos a cenar a alguna parte? Será un buen cambio, sobre todo si no te sientes del todo bien. Te ahorrarás el calor de la cocina.

—Bueno, tengo tan mal aspecto...

—No para mí. —Era como si hablase a una niña temerosa de suspender un examen—. Vamos, te prepararé el baño.

—Pero no vayamos a un sitio elegante.

—¿Qué te parece un restaurante chino? ¿Aquel pequeño, de King's Road? La comida china no engorda; por consiguiente, no estropearemos tu dieta.

Entró en el cuarto de baño y abrió los grifos, alegrándose de que ella no pudiese verle la cara cuando le dio gritando la noticia.

—Si me lo preguntas, te diré que no salimos bastante. La culpa es mía. Trabajo demasiadas horas. Pero no podemos quejarnos; hoy en día es una suerte tener un trabajo fijo, y cuanto más empeora la situación, más aficionada parece la gente a la bebida. Pero es duro para ti, querida. Todo el mundo necesita un descanso de vez en cuando; a fin de cuentas, sólo se vive una vez. Hoy me he dado cuenta de ello. Hemos tenido un disgusto en la oficina.

—¿Qué dices que te han dado?

—Nada. He dicho que hemos tenido un disgusto.

—¿Qué ha sido?

Él se sentó en el borde de la bañera, pues la razón que se ocultaba detrás de la mentira le estaba quitando fuerzas.

—¿Te he hablado alguna vez de la señora Nicolson?

—La señora ¿qué?

—Nicolson. Trabajaba en Stores.

—Creo que no. ¿Qué le ha pasado?

—Hoy ha muerto de repente. Estaba en el restaurante, durante el descanso de la mañana, y se derrumbó sin previo aviso. Así. Llamamos a una ambulancia y la llevamos al hospital, pero ingresó cadáver. Sólo tenía cincuenta años.

—¡Oh!

Él arrancó una hoja de papel higiénico y se enjugó los ojos.

—No era vieja. Imagínate la impresión que nos causó a todos.

—Puedo imaginarlo —respondió su esposa desde el dormitorio—. Pero debió ser peor para su marido.

—Era viuda. Vivía sola.

Comprobó la temperatura del agua; después se arregló y volvió al dormitorio. Los bombones y las envolturas que había en el suelo habían desaparecido.

—Tu baño está a punto, querida. —Se quitó la camisa y se puso el albornoz—. ¿No querrás ir conmigo? Es deprimente ir solo a esos sitios.

—Ir... ¿adónde?

—A su entierro. Será el lunes.

—¿Por qué tienes que ir tú?

—Bueno, tiene que ir alguien de la oficina. Lo echamos a suertes y me tocó a mí.

—¿No podías dar alguna excusa?

—En realidad, no.

—Pero yo no la conocía.

—Ya lo sé, pero pensé que podrías venir y hacerme compañía. Podríamos aprovechar el día, ir después en el coche hasta la costa. Me han dado todo el día libre.

—Entonces, ¿dónde se celebrará?

—En Kent, en Tunbridge Wells.

—Los entierros me deprimen.

—No has estado en muchos.

Ella se había estado quitando la ropa y el maquillaje durante esta conversación, y ahora salió medio desnuda del dormitorio.

—En los bastantes para darme cuenta de que no me gustan.

—Pero si yo lo convirtiese en algo agradable...

—Observo que me halagas mucho de repente. Té en la cama, vino, cena en un restaurante esta noche, una excursión a la orilla del mar... Cualquiera diría que te remuerde la conciencia.

—Sólo trataba de mostrarme amable. —Tomó la taza de té de ella y la siguió, pero cuando llegó al cuarto de baño, ella había cerrado la puerta—. ¿No quieres esto?

—¿Qué?

—Tu té. No lo has tomado.

—He tomado el que quería.

—¿Por qué has cerrado la puerta?

—Porque sí.

—Pensé que podríamos bañarnos juntos. Como en los viejos tiempos. —No hubo respuesta—. ¿No me has oído, querida?

—Sí.

—¿Y bien? —Esperó—. Bueno, sólo había sido una idea. Voy a telefonar para reservar la mesa. Más tarde podremos hablar del lunes. Tal vez te sentirás mejor después de una buena cena.

Empezaba a bajar, llevando las tazas de té, cuando ella le gritó:

—¡Alec! No elijas ningún sitio elegante, pues no tengo qué ponerme. Ya nada me sienta bien.

En la cocina, llamó al restaurante y se quedó sentado, esperando en la habitación cada vez más oscura y temiendo el próximo banquete.

Capítulo 13

—Empieza por el principio —dijo Waddington—. Trátame como a un imbécil que acaba de salir de la escuela de policía. Tal vez podría recoger algunas lascas de tu marmórea memoria.

—¡Qué dominio del lenguaje tienes, Wadders! Erraste la vocación. Hubieses debido ser crítico de arte.

Waddington lo tomó como un cumplido.

—En el colegio, gané el concurso de ensayos tres años seguidos. Supongo que es un don.

Él y Hillsden estaban sentados en un restaurante barato cerca de Covent Garden, frecuentado sobre todo por estudiantes y tipos raros, y elegido por Waddington porque era de autoservicio. «Aquí no nos interrumpirán los camareros», había dicho.

A Hillsden no le importaba. Hoy era indiferente a la comida y al ambiente. La cena de la noche anterior con Margot había distado mucho de ser un éxito culinario o familiar. Lejos de disfrutarlo, ella había considerado el acontecimiento como un soborno que no estaba dispuesta a aceptar de buen grado. «No haces esto por bondad de corazón, y no pretendas lo contrario. Quieres algo a cambio», había sido su reiterativo tema, y él había dejado en el aire la cuestión de que ella lo acompañase a las exequias. Mientras picoteaban ambos la comida china, que confirmó la antigua máxima de que el Lejano Oriente es inescrutable, pensó él que la intuición de su mujer daba siempre en el blanco. No había moratoria para la infidelidad; ésta se arrastraba de un año a otro, como una partida impaga en el balance humano. Ella podía no establecer una relación directa entre la ficticia señora Nicolson y Caroline, pero hacía años que habían surgido las sospechas.

—Siempre he creído que hay que partir de la base —siguió diciendo Waddington—. ¿No crees que es buena idea? Por ejemplo, recuérdame ante todo cómo fue reclutada Caroline. Empieza por el día en que ingresó en la empresa.

—No; tenemos que empezar más atrás. —Miró la carne pulverizada entre las dos mitades de un bollo pastoso y, entonces, se atrevió a dar un bocado. El hecho de decidir si lo engulliría o no hizo que sus palabras fuesen aún más deliberadas—. Los antecedentes, sus antecedentes; esto es lo importante.

—Está bien. Infórmame.

—Era hija única, nacida en Finlandia en 1938.

—¿En Finlandia? ¿No era inglesa?

—Oh, sí. Su padre era agregado naval en la embajada en Helsinki. Se da el caso de que nació en la embajada.

—Nació con una placa de CD en la boca.

—¿Vas a escucharme o sólo a hacer observaciones chistosas?

—Discúlpame.

—Cuando estalló la guerra, sus padres la enviaron a casa con una niñera. Así

pues, probablemente fue criada con la acreditada Farex —añadió, para ver si Waddington, como Rotherby, había captado la referencia en el dictamen de Hogg. Waddington permaneció inexpresivo, y Hillsden prosiguió—: Entonces, cuando los rusos invadieron Finlandia en 1939, su padre fue enviado como oficial de enlace británico con las fuerzas finlandesas que luchaban en el frente. No sé cómo andas de historia, Wadders, pero, después de la guerra, se reveló que se había pergeñado algo así como un plan, según el cual iría un ejército anglofrancés en ayuda de los bravos finlandeses. Creo que el proyecto era enviar cuatro divisiones que invadiesen Noruega antes de que lo hicieran los alemanes, y se midiesen con el ejército ruso en Escandinavia.

—Parece bastante enrevesado.

—Bueno, no olvides que durante el primer y engañoso año de guerra, todavía estábamos jugando a ella, arrojando folletos en vez de bombas y cantando canciones cómicas sobre la Línea Sigfrido. Sea como fuere, mientras París y Londres estaban todavía discutiendo, cambió toda la situación. Los finlandeses alcanzaron grandes éxitos al principio. Estaban mejor instruidos y equipados. Aquel invierno fue terrible y ambos ejércitos se estaban atizando a temperaturas muy por debajo de cero grados.

Pero la cuestión fue que los rusos se reagruparon y, en febrero del año siguiente, lanzaron una nueva ofensiva masiva en el istmo de Carelia. Cuando Whitehall y los franchutes habían convenido un plan definitivo, terminó el juego de tiros. Los finlandeses capitularon en marzo de 1940. El padre de Caroline fue hecho prisionero, juzgado como espía y ejecutado, aunque esto no se supo hasta mucho después de la guerra. Hasta entonces fue simplemente considerado como desaparecido e, incluso cuando se supo la verdad, ésta se ocultó: nadie quería zarandear la barca en lo concerniente a nuestros gloriosos aliados rusos.

—¿Y qué fue de la madre?

—Aguantó, tratando de descubrir lo que le había pasado a su marido; consiguió un empleo de secretaria o algo parecido. Y cuando al fin se convenció de que estaba muerto, se suicidó.

Hillsden se interrumpió al pasar un grupo de punks junto a la mesa. Con sus cabellos teñidos de vivos colores, sus trajes de los años treinta y sus botas descomunales, parecían personajes de una pantomima, pero su hostilidad latente era inconfundible. Uno de ellos tropezó deliberadamente con la silla de Waddington, pero tanto éste como Hillsden hicieron caso omiso de la provocación.

—Supongo que si ingiriese esta comida todos los días, también yo sería agresivo —dijo Waddington, cuando los punks se alejaron. Sacó un poco de salsa de tomate de un recipiente con la forma de esta hortaliza y con incrustaciones de salsa seca—. Hay una teoría según la cual la mala comida, consumida durante un largo período, inflama el cerebro. ¿Lo sabías?

—No, pero puedo creerlo.

—Disculpa y continúa con los finlandeses. Es fascinador; en mi colegio no nos

enseñaban estas cosas.

—No... Bueno, como te decía, después de Stalingrado estaba mal visto criticar al Ejército Rojo. El único castigo que sufrieron por haber luchado contra los finlandeses fue su expulsión de la Sociedad de las Naciones.

—¿La Sociedad de Naciones? ¿Todavía existía?

—Así es. Yo siempre pensé que era la última broma pesada. Pero por el amor de Dios, deja de interrumpirme.

—Tú fuiste el que se desvió del tema. Está bien, ¿dónde estaba Caroline durante todo este tiempo?

—A salvo en Inglaterra. La niñera era una de esas personas capaces que surgen en tales situaciones. Dura como un roble. Caroline siempre la describía como el puente del *Victory*. Era inconcebible que confiase a Caroline a nadie más. La crió ella sola, sin ayuda de nadie, y nunca dejó que Caroline olvidase lo que había ocurrido en Finlandia. Supongo que debió adoctrinar a fondo a la muchacha. Odiaba con pasión todo lo ruso. Algunas personas se negaban a tocar música alemana durante la guerra; pues bien, Caroline me dijo una vez que Nanny Anderson (era escocesa, naturalmente; las mejores niñeras vienen de Escocia) no la dejaba escuchar a Chaikovski y esto en una época en que el *Primer Concierto para Piano* era prácticamente nuestro segundo himno nacional. Era una dama eficiente en todos los aspectos. Mantuvo a Caroline, la educó y le infundió un odio eterno contra todo lo que defendían los rusos. Por consiguiente, podemos decir que todo empezó allí, que Caroline tuvo una buena base para su vida futura.

—Decidió vengarse desde la cuna, ¿eh?

—No, hombre, esto habría sido demasiado fácil. La idea le vino mucho más tarde, y no por las razones que acabo de exponer. Oh, desde luego estaba condicionada por ellas, esto era inevitable, pero no fue el factor determinante. Era inteligente, aprendió rápidamente idiomas, aprobó los exámenes y, considerándolo todo, era bastante sencilla. Cuando salió al fin del colegio, creo que, como la mayoría de los jóvenes de su generación, sólo pensaba en divertirse.

—¿De qué año estamos hablando ahora?

—De 1956 o 1957. No tenía ninguna ambición particular, siguió un curso de secretariado, se cansó de él y se empleó como guía en una agencia de viajes para ver el mundo a poco precio. Pero no le gustó; después dijo que lo único que veía era el interior de un autocar y unas caras quejumbrosas. Entonces siguió un curso de manicura y consiguió un empleo en Austin Reed's, de Regent Street.

—¿Y qué fue de la niñera?

—Murió. Caroline no tenía parientes, o al menos no los había localizado.

—¿Cómo andaba de amigos?

—Los tuvo en abundancia, según creo. No se puede juzgar por las fotos del archivo pero, cuando yo la conocí, era una real moza. No bella, porque tenía una cara extraña. Pero también tenía una boca adorable, de esas que uno quería besar en el

momento de verlas.

Apartó a un lado el plato a medio consumir; parecía un desastre.

—¿Cómo has podido terminar el tuyo?

—He comido cosas peores —dijo Waddington—. Conque se hizo manicura. ¿Qué pasó entonces?

—Fue cuando la reclutaron. Uno de sus clientes regulares era el viejo Dinnsbury.

—¿El legendario Gunga?

—El mismo. Estaba al frente de la División B cuando se conocieron. Pero entonces ella no lo sabía; lo único que sabía era que no le gustaba que le puliesen las uñas, pero que adoraba que le diesen masaje en el monte de Venus.

—¿En el... qué?

—Está aquí, en la yema del pulgar, y según me han dicho, es una zona sumamente erógena, aunque yo no lo he experimentado. En todo caso, ella pensó que no era más que un rico carca de la City que daba buenas propinas. Tal vez se encaprichó con ella, ¿quién sabe? Si fue así, nunca intentó ponerle los puntos, según decía Caroline. Creo que se limitaba a hacer manitas. Pero lo que sí hizo fue ofrecerle un empleo. Gunga no andaba remiso cuando se trataba de la posibilidad de reclutar a alguien. Parecía bastante inofensivo, pero era muy eficaz, a pesar de las apariencias. Yo diría que empezó a husmear, hizo que ella le hablase de su vida pasada, hizo algunas investigaciones y decidió que podía ser buena carne de cañón. Mira, siempre he pensado que, si hubiese dependido de Gunga, nuestros establos habrían olido mucho mejor; me imagino que no hubiese dejado que olieran a Burgess y Blunt y toda aquella abigarrada pandilla. Era un tío listo, dijese ahora lo que dijeran de él. Pero llevaba las corbatas más feas, pertenecía a los peores clubes, comía los guisantes con cuchillo, por decirlo así. Aquellos días estaba todo patas arriba, antes de la reorganización. Y, desde luego, se lo cargaron al fin.

—¿Cómo? Nunca sospecharon de él, ¿verdad?

—¡Oh, cuando la mierda dio en el ventilador nadie estuvo seguro! La teoría del «supertopo» alcanzó a todas las personas importantes. El Parlamento y los medios de difusión pedían víctimas para el sacrificio. Cundía el pánico. Temíamos haber sido profundamente penetrados.

—Como dijo la chica.

—Nunca puedes resistir el chiste de mal gusto, ¿eh?

—Discúlpame. Esta hamburguesa ha inflamado mi cerebro.

—Caroline fue alcanzada por la sombra simplemente porque era la muchacha de Gunga, contagiada por su asociación con él.

En cuanto a Gunga, le investigaron tres veces y, aunque le dieron al fin un certificado de buena conducta, había afectado a demasiadas personas. Le dieron un C. B. C. en mor de las apariencias y una jubilación prematura. Después de esto desmejoró rápidamente; murió unos dieciocho meses más tarde. Si sabía algo, se lo llevó a la tumba.

—¿Qué clase de trabajo ofreció a Caroline?

—Al principio, taquigrafía. Estaba tanteando el terreno. Nunca hacía las cosas precipitadamente. Entonces, cuando quedó satisfecho, la nombró su secretaria particular. Éste fue el verdadero comienzo. Desde el momento en que se dio cuenta de la situación, ya nada pudo detenerla. Me dijo que, cuando descubrió la verdadera naturaleza de su trabajo, sintió que estaba finalmente en su casa. Ésas fueron las palabras exactas que empleó. Animada por Gunga, aprendió el ruso. Siempre había tenido facilidad para los idiomas y, desde luego, él era el hombre que le convenía. El viejo Gunga hablaba sabe Dios cuántos idiomas: era una especie de lingüafono humano. Conocía una docena de dialectos indios, aparte de todo lo demás.

—Fue útil en la India, ¿no? Supongo que de esto le vino el apodo.

—Servía un *curry* fantástico, eso es seguro. Caroline decía que daba más calor que un volcán.

—Entonces, ¿fue todo cosa de él? ¿La animó él a ir por las suyas?

—Aprobó que lo hiciese y se convirtió en miembro correo de CPGB. Una infiltración normal. Ella les daba mucho humo y poco fuego, todo bajo la dirección de Gunga. Pero en realidad no era su objetivo, sino solamente un trampolín. No la llenaba, decía ella. Supongo que su odio se desarrolló lentamente. Había escuchado todos los relatos de horror en la falda de su niñera, pero fue Gunga quien le mostró la manera de emplearlos, la manera de desquitarse. ¿Me sigues?

—Sí, pero no me vendría mal otra taza de café —dijo Waddington—. Aunque sólo sea para quitarme el regusto de la comida.

Hillsden fue al mostrador y tomó otras dos tazas de plástico de aquel líquido que vendían como café.

—Mira —dijo al volver—, la gente que conoció a Caroline aquellos días decía que estaba impaciente por encontrarse con el verdadero enemigo en el campo. Intercambiar odios de clase con los Hermanos no era su idea de dar un golpe en pro de la democracia. Tú y yo sabemos que cualquier trabajo prolongado en este terreno es muy desmoralizador. Estar siempre alerta, cambiar de nombre y de estilo de vida, evitar los viejos amigos, cultivar nuevos hábitos, como beber cerveza en vez de ginebra, fumar cigarrillos más baratos, leer un periódico distinto, estudiar la jerga aceptada y acordarse de emplearla en el momento adecuado, cuando interiormente está uno ansioso de rechazarla. Éstas son las presiones que hay que soportar durante las veinticuatro horas del día. No es la espléndida existencia romántica que gustan de pintar los novelistas. Y a mi modo de ver, es especialmente difícil para las muchachas.

—¿Por qué especialmente?

—¿No crees que la vida en general es más difícil para ellas?

—No lo sé.

—Eso es elemental, Wadders. Aparte de otras cosas, tienen que llevar la carga mensual de siempre. Nosotros podemos disfrutar de un placer que es momentáneo en

una posición ridícula, pero ellas son las que pagan las consecuencias. ¿O voy demasiado aprisa para ti?

—No; estoy ganando en perspicacia.

—En todo caso, lo que quería decir era que ella había puesto su ilusión en un trabajo en el campo. Jock fue quien por fin hizo el milagro. Era uno de los primeros muchachos de ojos azules de Gunga, y había estado buscando nueva sangre para reforzar su operación en Viena. Esto fue lo que dijo él, aunque, conociéndole como yo le conocía, estoy absolutamente seguro de que tenía otro motivo más personal. Y me atrevería a decir que Caroline no dejó de darse cuenta de que la manera más rápida de llegar al corazón de Jock era a través de los botones de su bragueta, por decirlo crudamente. Y no es que ella sucumbiese nunca a sus múltiples encantos, porque los dos estaban a la misma altura cuando se trataba de hacer su voluntad.

—¿Estás seguro de eso?

—¿De qué?

—De que no lo hiciera.

—Estoy seguro, palabra.

—Si estamos tratando seriamente esto, el objeto del ejercicio es no aceptar la palabra de nadie, sino obtener pruebas sólidas.

—Ella no durmió con él. Si lo hubiese hecho, habrían enviado a Jock a casa en vez de enviarme a mí.

Waddington asintió con la cabeza, pero a Hillsden le quedó la duda de si le había convencido.

—Jock convenció a Gunga de que ella tendría para él un valor inestimable, empleando para ello argumentos sólidos. Naturalmente, en cuanto se olió la idea, Caroline echó su cuarto a espadas y entre los dos consiguieron que Gunga aceptase. No creo que a éste le gustase mucho, porque era anticuado en muchos aspectos, pero ella era su mejor discípula y no podía ponerle obstáculos si quería volar del nido. Según rumores, Jock remachó el clavo diciendo que, si no le daban a Caroline, presentaría la dimisión. Probablemente fue una amenaza vana, pero Gunga no podía arriesgarse. El viejo Jock era un tipo duro.

—Yo sólo lo conocí por su reputación.

—Oh, Jock era muy bueno. Dirigió el puesto de Austria con resultados espectaculares durante los días más críticos de la guerra fría. Cuando consiguió la colaboración de Caroline, la CIA nos había pedido ayuda para descubrir una operación que se fraguaba en Munich. Los yanquis se estaban poniendo cada vez más nerviosos por la cantidad de alta tecnología que iba a parar a Moscú, maquinaria comercial que podía adaptarse fácilmente para usos militares, además de armas propiamente dichas. Sabían quién lo dirigía en Munich, pero ignoraban cómo se las arreglaba para llevar los artículos a Moscú. Era muy complicado. Cuando al fin se descubrió, vimos que los materiales salían de Los Ángeles bajo facturas falsas en las que se consignaban como «frigoríficos» o «máquinas lavadoras», y eran enviados por

aire a Alemania Occidental. Desde allí eran transportados por tierra a algún país neutral, a veces Suiza y a veces Austria. Después de esto, los enviaban desde Zurich o Salzburgo a Amsterdam, y desde allí a Rusia, con amor y buenos beneficios. Para ello se valían de múltiples transacciones y de resmas de falsas licencias de importación, lo suficiente para desconcertar al aduanero corriente. Los rusos pagaban el triple del precio al detalle en moneda fuerte, al precio máximo del dólar.

»Estaba todo muy bien pensado. En aquella época, los rusos llevaban un retraso de años luz. Lo único que tenían eran dinosaurios, trituradoras de números, solían llamarlos. No olvides que estamos hablando de la génesis de la revolución del microchip, cuando Silicon Valley estaba en su infancia. Pero no era simplemente un latrocinio industrial. Ansiaban desesperadamente mejorar sus reservas nucleares y empezaron a hacerlo a su minuciosa manera acostumbrada, empleando el arma más antigua del arsenal humano: el dinero. Montañas de él, que gastaban pródigamente. Lo único que tenían que encontrar era unos pocos capitalistas codiciosos, y así eligieron a un buen demócrata alemán, un Harry Lime número dos, e hicieron que montase toda la operación para ellos. Ellos suministraban los recursos y él cursaba los pedidos a través de compañías encubridoras, de las que tenía docenas, todas ellas con nombres que sonaban a legítimos. Al otro lado de la charca, los proveedores estaban igualmente ansiosos por hacer negocio con quien fuese, sin preguntar mucho acerca del destino definitivo de la mercancía. Y nadie sospechó nada hasta que los rusos empezaron a mercantilizar sus propias versiones en ferias internacionales. Los yanquis se dieron cuenta de pronto de que estaban en competencia con ellos mismos.

—¿Y dices que fue Jock quien lo descubrió?

—Principalmente Jock, con alguna ayuda de sus amigos.

—¿Incluida Caroline?

—Sí. Jock la empleó para acercarse al tipo Harry Lime. Cosa que ella hizo con fortuna.

—Y a ti no te gusta confesarlo, ¿verdad? —le zahirió inmediatamente Waddington.

Hillsden revolvió su café con una cucharilla de plástico y partió ésta por la mitad.

—¿No me gusta?

—No. He estado observando tu cara.

—Eres muy astuto, Wadders. Es consolador saber que no has perdido tu olfato.

—¿Preferirías que lo dijese de otra manera? ¿Qué te parecería si dijese que ella sólo hacía su trabajo? ¿Te trastornaría eso tanto?

—¡Oh, vamos, puedes hacerlo mucho mejor! ¿Acaso no eres los ojos y los oídos del mundo, el reportero de chismes de la empresa? Lo has oído todo acerca de Caroline y de mí. Alec apartado a un lado. El pobre viejo Alec echó un borrón en su cuaderno de caligrafía, estropeó una carrera prometedor, fue enviado a casa por comportamiento impropio de un oficial y un caballero, por no hablar de un espía.

—Tranquilízate.

—Al diablo con lo de tranquilizarme. Ella está muerta, Wadders. Hogg la abrió y después volvió a coserla. Ella está en la nevera, como un filete de pescado más, como otro dato estadístico, como otra baja en tiempo de paz.

—¿No lo somos todos en definitiva? Pero mientras tanto tratemos de descubrir por qué terminó ella en el plato de Hogg.

—¿He de suponer que tú no cometiste nunca adulterio, Wadders? ¿Que has sido el maridito perfecto, reacio a ponerles los puntos a las mecanógrafas?

—Hay una cosa que se llama discreción.

—Y apuesto a que tú la dominas. ¡Dios mío! A veces eres demasiado presumido.

—Probablemente. Te he irritado, ¿verdad?, te he herido en lo vivo. Pero te diré una cosa. ¿Verdad que no te gustaba compartirla, aunque fuese en cumplimiento del deber?

—¿De dónde sacas esas expresiones? ¿De *True Romances*? ¡Yo estaba enamorado de ella! ¿Te satisface esta respuesta, o es demasiado sencilla?

Su voz se había hecho más fuerte durante esta conversación, y ahora se dio cuenta de que los punks lo estaban escuchando todo. Uno de ellos hizo una observación y sus compañeros celebraron su ingenio. Hillsden empujó el vaso de plástico sobre la mesa, volcó el grotesco frasco de salsa de tomate y se levantó. Waddington se puso tenso, temiendo una explosión, pero Hillsden pasó por el lado del grupo y había recorrido ya cien yardas en la calle cuando Waddington le alcanzó.

—Fue una estupidez por mi parte —dijo rotundamente Hillsden.

—Yo te pinché.

—Fui terriblemente estúpido. Tienes razón, me pinchaste en un nervio. Yo creía que era un nervio muerto, que Caroline había dejado de importarme, pero estaba equivocado.

—¿Quieres que lo dejemos?

—No, sigamos andando. ¿Sabes cuál es mi problema? Aunque ella está muerta, sigo estando celoso. Celoso del tiempo malgastado, del tiempo perdido.

—Eso es bueno. Te da ventaja.

—¿De veras? También hace que sea más descuidado.

Caminaron en silencio, hasta que Waddington creyó que era el momento adecuado para volver al tema.

—¿Dónde la viste por última vez?

—En Austria. Entonces estábamos allí los tres. Jock, Caroline y yo.

—Entonces ella volvió a Berlín, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué? Creí que decías que la red de Berlín había sido destruida entonces.

—Ella perseguía algo más, algo con lo que ella y Jock habían tropezado.

—Y ella no te dijo lo que era, ¿eh?

—No.

—¿No fue extraño, considerando vuestra relación?

—En realidad, no. A veces es más prudente no saber demasiado. Ella no dependía de mí, sino de Jock, y éste había dictado la norma de que no debíamos compartir más que lo absolutamente necesario.

—¿Cuál era su relación?

—Buena.

—Escucha, no quisiera hacerme pesado, pero cuando dices «buena», ¿quieres decir íntima?

—Ella no dormía con ninguno de los dos, si es esto lo que quieres decir. Lo que debes comprender, acerca de Caroline, es que trabajaba siguiendo las reglas. Yo sólo tenía su cuerpo de vez en cuando, pero nunca su mente.

—Después de que la pillasen, ¿por qué no siguió él?

—Es una buena pregunta. Tal vez lo hizo, o tal vez lo intentó; nunca lo sabremos. Yo había vuelto aquí cuando desapareció Caroline, y nunca volví a ver a Jock. Un mes después de que tuviésemos confirmación de que Caroline estaba en Moscú, Jock había muerto. Toda la red austríaca estaba destrozada.

—¿Se te ocurrió pensar alguna vez que Caroline podía haber traicionado a Jock y a los demás?

—Sí, se me ocurrió.

—¿Y?

—Todo el mundo es susceptible de pasarse al otro bando. Nuestra ciencia no es exacta, Wadders. Deberías saberlo.

Estaban paseando bajo la columnata de la entrada de Saint Paul's Covent Garden, tradicionalmente conocida como la iglesia de los actores. Hillsden se detuvo.

—Pígalión —murmuró.

—¿Qué?

—Es lo que le hicimos a Caroline. La empresa transforma, cambia a todos los que caen dentro de su órbita. —Miró hacia arriba, contemplando el ejército de palomas que se posaban para pasar la noche—. Siempre me ha gustado esta parte de Londres, esta plaza en particular, aunque ha sido estropeada como todo lo demás. ¿Tienes sentido de la historia, Wadders? ¿Forma esto parte de tu vida secreta? ¿Te complacen las ruinas..., exceptuándome a mí?

—Particularmente no.

—No sabes lo que te pierdes. La historia es lo único a lo que tengo apego. Saber que todo ha ocurrido antes hace que conserve la cordura.

Al acercarse a uno de los pequeños restaurantes del barrio, un grupo de personas que parecían salidas de las páginas de sociedad de *Vogue* invadieron súbitamente la acera hablando todos en tonos estridentes. Bloquearon el camino, discutiendo sobre qué disco recomendarían próximamente a su clientela, y Hillsden y Waddington se vieron obligados a pasar a la cuneta.

—Piensa una cosa: nuestros esfuerzos no son enteramente inútiles; estamos contribuyendo a hacer una democracia segura para esa pandilla.

—El alcoholismo es también un problema grave en Rusia —respondió Waddington—. No tenemos el monopolio de los parásitos.

—Crear en algo lo simplifica todo, ¿verdad? Como la manía religiosa o la fe política. Fíjate en los que cuecen los editoriales de *Pravda*. ¿No crees que hay que tener una creencia absoluta para escribir tonterías como ésas a días alternos?

—No necesariamente. Un amigo mío solía escribir artículos para el *Times*. Decía que se convertía en un truco al cabo de un tiempo. El truco consistía en plantearse una serie interminable de preguntas. Me dijo que, después de hacer esto durante un año, podía escribir en media hora mil palabras sobre cualquier tema que le indicasen.

—Con eso me das la razón. Él *no* creía.

—¿Cómo puedes estar seguro de que los escritorzuelos de *Pravda* sólo escriben lo que piensan?

Pero Hillsden había perdido su interés. Sus pensamientos iban de un lado a otro como luciérnagas.

—La única clave que tenemos es, como le dije a Control, la fotografía desaparecida de la joven desconocida. No dejo de preguntarme por qué la tenía Caroline sobre la mesita de noche y por qué desapareció. Y me culpo de no saber la respuesta. Yo la traicioné.

Esta vez, Waddington fue pillado de improviso. No pudo disimular el tono de sorpresa de su voz.

—¿La traicionaste? ¿Cómo?

—Nunca fui a verla a aquel sanatorio. ¿Y sabes por qué? Tenía un miedo atroz. Oh, yo me decía que me portaba noblemente, representando el papel de adúltero reformado, pero la verdad era que no me atrevía a ver lo que le habían hecho. ¿No llamarías tú a esto una traición?

—Pero tú has dicho al principio que te echabas la «culpa». ¿Por qué la «culpa»?

—Habría visto la fotografía.

Se detuvo en la esquina siguiente. Al otro lado de la calle, un viejo vagabundo se disponía a pasar la noche cubriéndose con cartones de cajas que, irónicamente, llevaban marcas de mantas de lana. Sin decir una palabra a Waddington, se acercó al viejo y buscó una moneda en su bolsillo. La tendió y el vagabundo la tomó con una mano sucia que parecía una garra. Llevaba costras de mugre en los pelos de una barba de varios días y parecía que se envolvía al menos en cinco capas de ropa sujetas con un cordel alrededor de la cintura. El resto de sus pertenencias estaba dentro de una bolsa de plástico. Examinó la moneda de una libra, pero no dijo nada.

—Has hecho tu buena obra del día —dijo Waddington, al volver Hillsden junto a él.

—Nada bueno ha habido en ello. Sólo dinero para tranquilizar la conciencia. La verdadera caridad es amar a alguien sin condiciones... Por consiguiente, no has perdido del todo el tiempo, Wadders. Has aprendido que tengo un talón de Aquiles. Vayamos a beber algo. Por una noche, ya he buscado debajo de bastantes piedras.

Capítulo 14

La sala de espera contigua a la pequeña capilla del crematorio no daba mucho solaz para el paso de este mundo al otro. El fuego en la mezquina estufa recordó a Hillsden las comodidades que antaño se ofrecían en las estaciones de ferrocarril. Tomó una revista atrasada de encima de una mesa y la hojeó.

—No es exactamente un lugar muy alegre, ¿verdad? —dijo a su esposa.

—Aborrezco todo lo que concierne a las exequias.

—Lo sé, querida, pero me alegro de que me acompañes.

—Si tu empresa la tenía en tan alta estima, me sorprende que no preparase algo decente. ¿No vendrá nadie más?

—Bueno, creo que no tenía ningún familiar.

—Yo llamo morbosos a esto. —Sacó un pequeño pañuelo de la manga y se enjugó la nariz. Miró a través de la ventana emplomada—. Parece que va a llover.

—No me importaría mucho. En cierto modo, sería más adecuado. Siempre pienso que hay algo macabro en el brillo del sol cuando uno se despide.

La miró para ver si su voz le había delatado, pero Margot se estaba arreglando los labios con un lápiz escarlata.

—Siento haber dejado que me metieses en esto. Estaré deprimida durante una semana.

—Será cuestión de poco tiempo —dijo él, manteniendo la voz serena—. Después podrás volver directamente a casa.

—Después de esto tendré que ir a la peluquería. Esta humedad ha estropeado mi permanente.

Estudió su cara en el espejo de la polvera como si no la hubiese visto nunca. Hillsden recordó de pronto cómo había sido ella años atrás, cuando las bocas al estilo Joan Crawford hacían furor: Margot nunca había renunciado a su pasado. El tiempo se inmovilizó para los dos en aquella deprimente y pequeña habitación, y él volvió a ver a Caroline más que a la muchacha a quien antaño había cortejado y con la que se había casado. Al oscurecerse el cielo en el exterior, pensó en el brillo que había derramado el aire en otros tiempos. «Ahora el polvo le ha cerrado los ojos...». A Caroline le encantaba la poesía y a menudo le recitaba versos después de hacer el amor, algo que a la sazón le molestaba, aunque ahora, cuando era demasiado tarde, lo recordaba con profundo dolor.

Esperaron en silencio hasta que el hombre de la funeraria entró en la habitación.

—¿Vienen ustedes por Nicolson, señor?

—Sí.

—¿Esperamos a alguien más, señor?

—No lo parece, ¿verdad?

—En tal caso, señor, tengan la bondad de entrar en la capilla.

De cerca, exhalaba un alarmante olor a naftalina.

A Hillsden le pareció que la capilla había sido construida a escala de una casa de muñecas. Había tres hileras de bancos a cada lado, pero nada que sugiriese ninguna forma de creencia religiosa. Lo único que aliviaba la desnudez del lugar era un solo jarrón de flores sobre una peana en un rincón. Se sentaron en primera fila.

—¿Qué se supone que hemos de hacer? —murmuró Margot—. ¿Quién dirige el servicio?

—No creo que haya ningún servicio propiamente dicho.

—¿Quieres decir que nadie dirá nada?

—Creo que no.

—Es horrible —susurró ella—, completamente horrible.

—Bueno, no durará mucho.

De pronto se dio cuenta de que alguien más había entrado en la capilla. Se volvió a mirar y vio a Belfrage, sentándose en el último banco y bajando inmediatamente la cabeza sobre un libro de oraciones. Cuando al fin se encontraron sus miradas, ninguno de los dos dio muestras de conocer al otro.

Después de una breve pausa, los empleados de la funeraria trajeron el sencillo ataúd y lo colocaron sobre unos rodillos metálicos que le conducirían en su último viaje. Los hombres inclinaron la cabeza ante el féretro y se retiraron.

Nada ocurrió durante dos minutos; entonces unas manos invisibles pulsaron un interruptor y el ataúd empezó a pasar lentamente por una abertura cuadrada de la pared de enfrente. El único sonido era el de los rodillos de metal. Una vez que pasó totalmente el ataúd por la abertura, se desplegó lentamente una cortina roja y lo ocultó. «Para todo el mundo esto es como una escena de Punch y Judy», pensó Hillsden. Después de esto, silencio. *¿Por qué he venido? Me despedí de ella hace años, cuando los dos estábamos vivos.* La ceremonia que acababan de presenciar no tenía ningún significado para él. Se esforzó en pensar en Caroline, pero la imagen permaneció confusa; sólo podía pensar en la caja de madera detrás de la cortina. Los convencionalismos exigían que se arrodillase y rezase, pero ya no había nada por lo que rezar.

Permanecieron sentados otro rato, sin saber qué hacer.

—¿Esto es todo? —murmuró Margot.

—Supongo que sí —dijo él, sabiendo que su voz sonaba apagada y dándose cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Entonces, salgamos. —Al levantarse, vio a Belfrage que se marchaba—. *Había alguien más.*

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿No le has visto? Un hombre muy bien vestido.

—Debió ser un amigo.

—No habría pensado que tuviese unos amigos tan elegantes.

—Échale un vistazo al salir.

Pero cuando salieron bajo la fría y fina lluvia, Belfrage ya se estaba alejando en

su coche conducido por un chófer.

—Era aquél. Y el coche es también muy elegante —dijo Margot—. Mira que marcharse de esta manera. Al menos habría podido saludarnos, considerando que hemos hecho el esfuerzo de venir.

—Probablemente encuentra, como tú, deprimentes las exequias.

—Bueno, ésta lo ha sido, ciertamente.

El jefe de los enterradores estaba haraganeando cerca del coche fúnebre. Una gota de agua pendía de la punta de su nariz.

—Confío en que todo haya ido bien, señor. Satisfactorio, ¿verdad?

—Sí. Gracias.

Hillsden se dio cuenta de lo que esperaba el hombre y hurgó en su bolsillo buscando un billete. Se lo dio disimuladamente; era como dar una propina al jefe de los camareros para conseguir la última mesa disponible.

—Es usted muy amable, señor. Espero poderle ser útil en otra ocasión.

—Esa gente me pone la piel de gallina —dijo Margot, casi antes de que el hombre no pudiese oírla.

—No pienses más en ello, querida; ya ha terminado. Lamento que haya sido una salida tan desagradable para ti, pero te agradezco mucho que me hayas hecho compañía.

—Bueno, seguro que no habría venido si hubiese sabido que iba a ser así. Ni siquiera un himno. Una ceremonia pagana. Realmente pagana.

Hillsden condujo el coche hacia una carretera secundaria. Ambos guardaron silencio hasta que llegaron a un cruce importante.

—Veamos, ¿te animarías si fuésemos a la costa como te sugerí la otra noche?

—No me parece muy adecuado en un día como éste.

Él puso el coche en punto muerto.

—Mira, no vale la pena que discutamos por esto. Haré lo que tú prefieras. También ha sido deprimente para mí, pero nosotros estamos todavía vivos y debemos aprovecharlo. ¿No puedes hacer un esfuerzo?

Ella miró fijamente al frente. A él le costaba creer que antaño hubiese ansiado su compañía, hubiese ansiado hacerle el amor. «Solíamos hacerlo a cualquier hora del día —pensó—, a veces en lugares como éste, aparcando el coche en algún claro desierto y corriendo esos riesgos que la pasión nos hace desdeñar». Ahora, acurrucada en su asiento, ella no era más que una desconocida malhumorada. Todas las excusas familiares volvieron en tropel a la mente de Hillsden: «Tal vez las cosas habrían sido distintas si nuestro hijo hubiese vivido, si hubiésemos tenido una segunda oportunidad; tal vez si yo no me hubiese comprometido en una vida de engaños, si hubiésemos compartido algo más que una lujuria gastada, como música, literatura, incluso un *hobby* más apegado a la tierra, como la jardinería; si hubiésemos sido una pareja corriente de edad mediana, desprovista de imaginación, contentos con nuestra vivienda suburbana, sustituyendo el hijo muerto por un perro mimado y

vertiendo en él el cariño perdido... Siempre el *si*, el eco perenne».

—¿Y bien? Tú eliges.

—No quiero ir a ningún sitio especial. Prefiero ir a la peluquería —respondió al fin.

Él puso el coche en marcha y tomó la dirección de Londres.

Mientras conducía en silencio, trató de distanciarse del pasado, pero su cabeza era un hervidero de viejos recuerdos y nuevas preguntas. Envidió la faz de Caroline. ¿Dónde había leído, una vez, «Nadie necesita a los muertos»? Ella había salido de todo para su bien. «Cuando lleguemos a la peluquería —pensó—, el fuego la habrá consumido». Entonces le sacudió una oleada de odio, de odio contra todos los que lo habían llevado a esta situación en la vida y contra la vida misma.

Capítulo 15

No era propio de Hillsden actuar impulsivamente, pero su fracaso en sacar alguna consecuencia de las circunstancias del asesinato de Caroline lo corroía como un cáncer. La conversación con Waddington había servido solamente para intensificar el sentimiento de pérdida que experimentarían siempre; nada más de valor había surgido. Sólo podía discernir un rayo de luz en la oscuridad total, y procedía de un reportaje periodístico de un hecho aislado. Un fabricante alemán que suministraba piezas de aviones a la OTAN había sido muerto a tiros delante de su casa por una unidad de una facción del Ejército Rojo que se hacía llamar Comando Patrick Flute, en honor de uno de los huelguistas de hambre muertos del IRA.

—Ve a Belfast —dijo a Rotherby—. Quiero saber si hay alguna relación familiar entre el muerto y la mejor amiga de la jefa de enfermeras. Flute no es un apellido corriente y podría darnos alguna clave en lo tocante al sobre encontrado debajo de la cama. Y a propósito, ¿se ha analizado eso?

—¿El sobre? Sí.

—¿Encontraron algo?

—Nada especial. La dirección había sido escrita con una Olivetti eléctrica y el matasellos de Dublín era auténtico. El único factor ligeramente anómalo es que el papel era de fabricación suiza.

—¿Suiza?

—Sí. Sólo se vende en las mejores tiendas de artículos de escritorio.

—Bueno, investiga los detalles como ése.

Mientras Rotherby salía de la habitación, recibió una llamada de Belfrage.

—Siento haber tenido que marcharme tan deprisa —dijo Belfrage—. Teníamos aquí una recepción en honor del nuevo presidente de Gambia, y no podía faltar a ella. Espero que no lo tomase a mal.

—Bueno, no era un lugar donde quisiera uno demorarse. Fue usted muy amable al asistir. Yo no esperaba verle allí.

—Creí que debía hacerlo, dadas las circunstancias. —La voz de Belfrage era tan llana como siempre—. Las medallas George no se dan así como así. Ha sido un triste final para una mujer valerosa. ¿Era su esposa la que estaba con usted?

—Sí.

—Me gustaría conocerla. Podríamos comer juntos uno de estos días.

—Ella sale poco —dijo Hillsden, pensando en otras cosas.

—¿Alguna novedad?

—Nada que valga la pena. Es decir, ningún progreso definitivo.

—Bueno, nos mantendremos en contacto.

Al colgar el teléfono, Hillsden se dio cuenta de que la cuestión importante había quedado sin respuesta. Pensó en preguntar a Control cómo se había enterado Belfrage de las exequias, pero después cambió de idea: era mejor dejar en paz la red del viejo.

De todos modos, era algo que le intrigaba, y lo archivó en su memoria para tomarlo en consideración en el futuro.

Después se puso al habla con un amigo de la Rama Especial que le debía un favor, para saber quién había sido detenido recientemente, pero no había nadie que coincidiese, ni remotamente, con la descripción dada por la joven enfermera. En todo caso, cuanto más pensaba en ello, más se inclinaba a rechazar la idea de que el asesino tuviese algo que ver con la política local. En primer lugar, nadie había reivindicado la acción, y esto era siempre una indicación segura.

—También estamos desconcertados en lo tocante a la bomba en el coche de Bayldon —dijo su amigo de la Rama Especial—. Hasta ahora no hemos sacado nada en claro. Es extraño que nadie dé un paso para recoger el premio. Pensamos que podríamos sacar algo del chófer muerto. Realizó un trabajo en Irlanda del Norte, pero solamente como ordenanza. Bayldon lleva demasiado poco tiempo en el cargo para atraer una atención de esta clase. El IRA tiene campos visuales restringidos. Buena memoria, sí, pero en general no eligen blancos sin relación entre ellos. Parece impropio y un poco prematuro elegir ministros que acaban de ser nombrados como tales.

—Hablando de coches, la acción en el sanatorio requirió evidentemente un vehículo para escapar. Por allí no pasa ninguna línea de autobús. Todos los taxistas de la parada de Farnham han sido interrogados sin resultado, pero ¿qué decir de los coches robados? Aparte de la enfermera, la única persona que vio a nuestro asesino fue un viejo chiflado llamado lord Orchover. La mayor parte de lo que dice no tiene sentido, pero saqué algo del informe del Departamento de Investigación Criminal. Orchover creía que el asesino era su abogado y, por lo visto, estaba indignado de que no hubiese venido en un Rolls. Espera un momento; tengo aquí una transcripción. —Hillsden buscó entre sus papeles—. Sí, aquí está. Pregunta: ¿Vio usted el coche en que vino él, milord? Respuesta: Había dado instrucciones para que trajesen el Rolls, ya que yo no viajaba en vehículos de otra marca, pero él trajo un maldito Ford.

—¿Quieres saber cuántos Ford se roban todos los días? ¿Qué te parece si te digo que son casi cien?

—Gracias, olvídalo. Pero estoy buscando en todas direcciones. De momento estamos en un atasco.

Tal vez fue el funeral, más que el fango removido en su sesión con Waddington, lo que le convenció poco a poco de que las respuestas estaban enterradas en el pasado. Tenía que haber cabos sueltos de los días de Austria y Berlín que habían convencido a alguien de que valía la pena arriesgarse. Y ciertamente había habido un riesgo. El hecho de que los autores reabriesen un caso considerado muerto conducía a una sola conclusión: que creían que incluso una Caroline en estado vegetativo representaba aún una amenaza y tenía que ser eliminada. Su asesinato no había sido obra de un aficionado. Felicitó de mala gana al asesino desconocido; era eficaz, no había dejado pistas evidentes; había venido y se había ido sin dejar rastro, aunque con

ese poco de suerte que todo el mundo necesita. Estas operaciones requerían un respaldo. Necesitaban una cuidadosa planificación, y sabía por experiencia que no podían llevarse a cabo sin recursos importantes: dinero, cómplices, una red de información.

Su próximo movimiento fue recordar sucesos recientes, y pasó largas horas revisando los archivos. El caso que estudió con más cuidado fue el de Glanville. Glanville, descubierto al fin como doble agente, había estado cuidadosamente oculto como Blunt antes que él, en una posición de confianza. Había cierta similitud deprimente entre los dos, por el hecho de que Glanville era también conocido como homosexual, sumamente respetado por su fama académica como autoridad en arquitectura medieval, y poseedor de la Cruz de Servicios Distinguidos, que le otorgaron por su historial de guerra en Información. Se lanzó en paracaídas sobre Yugoslavia durante el período en que los ingleses ayudaban a Mikhailovich y su ejército Chetnik. Más tarde, cuando los aliados prestaron su apoyo a Tito y sus partisanos comunistas. Glanville fue figura destacada en la reagrupada misión británica. Descubierto al fin, confesó que lo habían reclutado antes de la guerra en Cambridge, manteniéndolo a la sombra hasta 1945, en que la KGB decidió que sus credenciales eran lo bastante impecables para justificar su activación. Había terminado su servicio de guerra en Viena, pero le invitaron a integrarse en el MI-5 a su regreso a la vida civil.

Debido a su fama internacional en estudios medievales, Glanville era frecuentemente invitado a dar conferencias en universidades extranjeras. Su expediente consignaba tres giras por los Estados Unidos, así como varias visitas a Alemania del Este, Colonia e Italia. La KGB había elegido bien: su protección era perfecta, permitiéndole salir completamente indemne de los grandes escándalos de seguridad de los años sesenta. Fue sometido a investigación, con resultado favorable, en tres ocasiones diferentes, y hasta el momento de su descubrimiento, estaba considerado como un agente valioso. Constaba en particular que había suministrado una de las primeras pistas que condujeron a la destrucción de la banda Baader-Meinhof. En Inglaterra, era un personaje respetado del *establishment*, considerado por muchos como merecedor del título de *sir*, a pesar de que sus actividades homosexuales eran conocidas por las autoridades. En una ocasión, el MI-5 había cuidado de que sus gustos fuesen satisfechos mientras estaba en el extranjero trabajando ostensiblemente para ellos; se creía que era mejor saber con quién estaba que arriesgarse a una maquinación de la KGB. La manera en que fue finalmente descubierto contuvo cierto grado de ironía y, ciertamente, no redundó en favor de la eficacia de la empresa: fue detenido por miembros de la Brigada Metropolitana contra el Vicio por un acto de escándalo público en Hyde Park durante una ronda rutinaria. Pero incluso esto habría podido encubrirse de no ser por el hecho de que su pareja casual resultó ser un oficial de la KGB que viajaba con una misión comercial soviética.

Al ser detenido, el ruso insistió en que había buscado deliberadamente aquella relación con el fin de obtener asilo y desertar: se aseguró de que le fuese concedido denunciando a Glanville. Y éste, al enfrentarse con un virtual hecho consumado, se derrumbó bajo el prolongado interrogatorio y confesó toda su duplicidad.

Todo esto había ocurrido dentro del primer mes de actuación del nuevo gobierno laborista. Después de muchos esfuerzos desesperados que llegaron al nivel del Gabinete, se retiró la acusación contra Glanville, decisión justificada por la vieja y cínica consideración de que no era momento adecuado para sacar a relucir los trapos sucios y por el hecho de que se había mostrado colaborador.

Sólo al estudiar Hillsden por segunda vez el expediente, descubrió una referencia aislada a Jock. En aquellos tiempos, los agentes eran designados con números en vez de nombres en clave. Recordaba el de Jock tan bien como el suyo propio y, de pronto, lo vio en una página del legajo. Glanville había estado en Bonn el año en que desapareció Caroline y se destruyó la red de la Zona Este. Desde Bonn había ido a Salzburgo, viajando como miembro importante de una misión cultural británica.

Hillsden leyó varias veces la transcripción literal del interrogatorio hasta estar seguro de no haber pasado nada por alto. Estaba solamente aquella única referencia aislada a Jock, cosa que le pareció extraña, ya que la mayor parte de la declaración de Glanville había sido explícita y detallada. Reflexionó sobre ello y decidió que valía la pena discutirlo con Control.

Cuando entró en el sanctasanctórum, encontró a Control jugueteando con una cafetera eléctrica, uno de los últimos modelos que medía y molía los granos antes de filtrar la infusión.

—Un pequeño lujo que me permití —dijo Control—. Lo malo es que no sé hacer funcionar esta maldita cosa. Los sorprendentes japoneses son demasiado listos para mí. Por eso nunca me ofrecí a ir al Lejano Oriente. ¿Qué es lo que hago mal?

—Yo siempre tomo Nescafé.

—Las instrucciones dicen que la máquina lo hace todo salvo beber el café. Pero he estado tratando de descubrir cuál de los dos botones tengo que apretar primero. —Acarició la cafetera con una mano reumáticamente hinchada en los nudillos—. Apretar el botón adecuado en el momento adecuado es el secreto para una vida tranquila, ¿no cree? —La observación parecía dirigida a Hillsden más que a la máquina. Control se acercó a su mesa y habló por el intercomunicador—. Amanda, ¿puede venir un momento, por favor? —La máquina empezó a emitir un ruido parecido al de un timbre de alarma—. Dios mío, ¿qué ocurre ahora? Tal vez es un presagio, Alec, que nos advierte que dejemos en paz a Glanville. Porque ha venido a hablarme de Glanville, ¿verdad? He oído decir que ha pedido su expediente.

Antes de que Hillsden pudiese pensar una respuesta adecuadamente natural, apareció Amanda. Arqueó las cejas al oír el ruido de la cafetera y desenchufó el cordón.

—Magnífico —dijo Control—. ¿Cómo no se me ocurrió hacer eso? Ésa debe ser

la razón de que usted sea una secretaria importante, con una pensión a prueba de inflación, y yo, solamente un humilde jefe de departamento.

—Ya le dije que ese enchufe es defectuoso. También se lo dije a los encargados del mantenimiento, pero naturalmente no han hecho nada. Aunque empiezo por no saber por qué compró ese chisme —añadió agriamente—. Supongo que será porque mi café no es lo bastante bueno para usted.

—Hay que avanzar con los tiempos, querida Amanda.

—Antes de avanzar en algo, debería leer las instrucciones.

—Sabe lo incapaz que soy de comprender la información secreta. —Se chanceaba a la manera de un viejo matrimonio—. Prescindamos por hoy de la automatización y bebamos su valiosa infusión.

—¿Cómo lo torna usted? —preguntó a Hillsden.

—Cortado. Sin azúcar.

—Me alegro de que alguien vigile su peso —fue su última pulla antes de volver a su cubil.

—No siempre aprueba mis acciones —dijo Control, al cerrarse la puerta de comunicación—. No hay que desafiar nunca a las mujeres en la cocina ni criticarlas en la cama. Son dos reglas de oro. A propósito, ¿cómo está su esposa?

—Muy bien.

—Comprendió lo de las exequias, ¿verdad?

Recordó a Hillsden los viejos noticiarios de Stanley Baldwin, que tenía la misma sonrisa afable y ese aire de yo-sé-lo-que-más-nos-conviene-a-todos.

—Fue, pero a regañadientes.

—Sabía que la persuadiría. Estos días nos entendemos mejor, ¿eh? Creo recordar que hubo algún pequeño contratiempo doméstico en tiempos pasados.

La imagen de Baldwin persistía; Baldwin aconsejando al rey que se conformase.

—Todo eso ha sido olvidado.

—Bien. Siempre he creído que necesitamos una vida doméstica tranquila en nuestro oficio. Algo natural a lo que recurrir.

—Estoy seguro de que tiene razón.

—Yo me aseguré de ello permaneciendo soltero.

—Belfrage asistió también —dijo rápidamente Hillsden.

—¿De veras? Bueno, ¿para qué ha venido a verme? Para hablarme de Glanville, ¿no?

—No específicamente, sino de lo que nos preocupa a todos: el asesinato de Caroline.

«Dos pueden jugar tu juego», pensó Hillsden.

—Ah, sí —respondió Control sin cambiar de expresión—. Lo he dicho porque usted mencionó antes a Glanville.

—No. Lo mencionó *usted*.

—¿Sí?

—Y tenía toda la razón; he estado leyendo su expediente. Mire, no creo que lleguemos a ninguna parte en el caso de Caroline con los métodos de policía acostumbrados. Tengo la impresión de que tenemos que buscar la verdadera solución más atrás.

—Pero ¿por qué Glanville?

—Conoció a Jock y, por lo que sé, también a Caroline. Quisiera probar suerte con él.

—Era un tema espinoso. Él agitó a toda clase de bestias en nuestra jungla. Nadie se siente tranquilo con Glanville. Todavía es una psoriasis en el cuerpo político.

—De todos modos, quisiera que me otorgara usted su permiso para emprenderla con él.

Control respiró hondo y sacudió la cabeza.

—No creo que podamos vulnerar su inmunidad, después de la declaración del primer ministro en la Cámara. No es una yesca que querrían encender de nuevo; la explosión resultante podría chamuscarnos a todos. Ha leído usted su confesión. Muy completa. Fue mucho más allá que Blunt, pero no puedo recordar que mencionase nunca a Caroline.

—Exacto, pero eso podría deberse a error u omisión deliberados.

Los interrumpió Amanda, que volvía con el café.

—Lamento decir que sólo tenemos leche en polvo. Hoy no la han traído fresca. Los lecheros están en huelga. Esta semana les toca a ellos.

Hillsden advirtió que hacía oscilar la falda al retirarse.

—Debería cambiar de secretaria —dijo Control, como si adivinase los pensamientos de Hillsden—, pero nos hemos acostumbrado el uno al otro. La tolerancia de los modales del prójimo no tiene que desdeñarse cuando se llega a mi edad. ¿Ha advertido que esta materia no se disuelve? Como los huevos en polvo que nos daban durante la guerra. Eran extraordinarios, casi como armas secretas; descubrí que eran un pegamento excelente. Si hubiese sido listo, habría planteado la idea. Pero esto no viene a cuento. Siempre hay demasiados cambios, demasiados cambios. —Y entonces, sin hacer ninguna pausa—: Pero estaba usted hablando de Glanville.

—A pesar de sus recelos, creo que valdría la pena intentarlo. Discretamente, oficiosamente.

—Eso no puede ser.

—¿No se presume que somos una organización secreta?

Baldwin le miró fijamente; Baldwin, el especialista en desarrugar entrecejos fruncidos, dispuesto a verter lágrimas de cocodrilo.

—Pero dependemos de la generosidad de nuestros amos, Alec. Y nos han dicho que no nos metamos en eso.

—¿Quiénes?

—¿Necesita preguntarlo? Voces de las alturas.

—Supongo que quiere decir *nuevas* voces de las alturas.

—Todavía están tanteando su terreno, Alec, y las nuevas escobas tienen siempre que limpiar mejor que las viejas. Si les disgusta tan pronto el juego, pueden enfadarse mucho. No vacilarán en ser despiadados cuando se trate de decidir nuestro futuro. Ciertamente, aprovecharán cualquier motivo para cortarnos las alas. Como debe de haber comprendido, no tienen ahora en gran estima nuestras actividades. Son *su* ropa sucia, no lo olvide. Han heredado la *merde* tanto como el poder y la gloria.

—La referencia a Jock no volvió a salir en su interrogatorio. Quiero averiguar por qué. Ésta es una nueva situación; tenemos derecho a seguir nuevas pistas.

—Cuando uno vive de la caridad de otros, Alec, sólo tiene derecho a lo que ellos deciden. Mi función es protegernos de los vientos del cambio, tener una visión amplia de las cosas. Usted Jas ve demasiado de cerca, está demasiado interesado.

—Estaba esperando que dijese eso.

—A veces hay que decir lo que es evidente.

—No hay nada evidente en el asesinato de Caroline.

Control había estado revolviendo el café durante todo el tiempo; ahora lo sorbió e hizo una mueca.

—Tengo la firme convicción de que la despensa de Glanville está vacía. Si no lo creyese así, estaría dispuesto a arriesgarme.

—Había alguien que no la perdió de vista mientras estuvo en el sanatorio. Esto lo sabemos, y no era precisamente un asistente social.

—Supongo que no querrá decir que era Glanville que telefoneaba para interesarse por ella, ¿eh? Se ha metido bajo tierra y, contando con lo que le conviene, no se expondría de nuevo.

—Conque hay que eliminarlo definitivamente, ¿eh? Todavía no me ha dado una respuesta directa.

—¿Ah, no? Creí que lo había hecho —dijo Control, preparando su futura defensa, como hombre incapaz de hacer funcionar una cafetera eléctrica pero apto para manejar cualquier mecanismo que protegiese su retaguardia.

Capítulo 16

Austria

—Te dije que era verdad —dijo Jock—. ¿He mentido alguna vez? Este lugar es como algo soñado por Bram Stoker. Supongo que nunca ha sido conocido como la casa encantada.

—Equivocas el autor —dijo Hillsden con aire de suficiencia—. Lo dijo Edith Wharton.

—Sobresaliente, Alec. Vuelves a alardear de tus superiores conocimientos literarios. Eres muy listo. Deberías presentarte en un concurso de la televisión.

—¡Dios mío, qué par! —dijo Caroline—. Esta noche estáis los dos demasiado susceptibles. Y si uno de vosotros mencionase las moscas, me pondría a gritar.

—¿Quién es el susceptible? Yo estoy de magnífico humor. Pero es que Alec se empeña en decir siempre la última palabra. Yo trataba solamente de instruiros en historia local. He descubierto un par de pequeños pero horribles detalles sobre nuestra residencia actual.

—¿Horribles? Ya he tenido bastante por un día.

—Bueno, este lugar ha tenido muchos altibajos y una gran variedad de ocupantes, desde un obispo del siglo xv de muy mal carácter hasta barones ladrones y la distinguida orden de las SS. Probablemente, comparados con ellos, no somos nadie. Supongo que lo que realmente me fascina es que la crueldad haya pasado de generación en generación.

—¿Crees que eso es tan raro? Nos contagiamos las enfermedades; incluso en el acto amoroso podemos hacerlo. Esto me ha parecido siempre cruel por parte de ellos.

—Estás confundiendo el amor con la lujuria, Alec. Los ciudadanos moralmente justos que nunca se sientan en *waters* sucios son inmunes al contagio.

—¿Por qué reduces siempre las conversaciones al mínimo común denominador?

—¿Quieres contestarle, Alec, o tengo que hacerlo yo?

—Cambiemos de tema. ¿Qué estabas diciendo sobre este lugar?

—¡Ah, sí! Había empezado a hablaros de la «botella».

—¿De la botella?

—Sí, y una vez más estoy en deuda con mi culto amigo, *Herr* Doctor Lehmann, por instruirme. Todos conocemos las mazmorras, pero no sabíamos la existencia de una supermazmorra, la mazmorra definitiva, de la que no se podía escapar.

—¿Dónde?

—Al pie de la torre del homenaje. Cerrada ahora por razones de seguridad; pero, según parece, hay una cámara de veinte pies de profundidad que tiene forma de botella; los lados se estrechan para formar un cuello lo bastante ancho para que pase por él un hombre, o una mujer, dicho sea de paso. En aquellos tiempos no se andaban con remilgos. Es de la época del susodicho obispo; él lo diseñó, sin duda para mayor

gloria de Dios.

—¡Buenas noches! —dijo Caroline— ¿Estás seguro de que ahora está cerrada?

—Todos hemos pasado muchas veces por encima de ella sin saberlo. Según Lehmann, dice la leyenda que un pobre bastardo sobrevivió once años en ella. Salió blanco como una babosa y ciego.

Estos morbosos retazos de información fueron expuestos después de la última cena que celebraron juntos en el castillo, la noche antes de que saliese Caroline para Berlín. Tenían por costumbre cenar en el salón principal. Había sido revestido de paneles en la segunda mitad del siglo XIX, y las ventanas originalmente eran de estilo gótico. En las paredes pendían enormes retratos de pasados dignatarios teutones, esa clase de obras de arte absolutamente mediocres que suelen encontrar su último lugar de descanso en los Ayuntamientos. Durante la guerra, los oficiales de las SS lo habían utilizado para prácticas de revólver, y la mayoría de las telas mostraban cicatrices; los ojos de muchos de los retratos fueron limpiamente perforados por algún tirador de primera, por lo que ahora parecían personajes de una película de horror. Los cristales emplomados de las ventanas estaban pintados con iniciales, corazones y mensajes sentimentales. Ni siquiera la tapa del húmedo y desafinado Steinway, sobre una plataforma en el fondo del salón, se libró de la profanación.

Mientras hablaban, sus voces rebotaban en la bóveda decorada con polvorientos escudos de armas. Solían comer allí muy separados, como invitados dispersos de un banquete de boda cancelado, alrededor de una mesa de roble macizo; también ésta había sido marcada por pasados invasores. El decadente esplendor del ambiente no era igualado por la comida que allí se servía; la sección austríaca no ocupaba un lugar elevado en el orden de preferencias de la empresa, y ellos envidiaban constantemente a sus colegas de la CIA, que parecían tener recursos ilimitados.

Aquella última noche decidieron celebrar la ocasión con unas botellas de vino decente. La cocinera era una bávara simpática que se regía por una norma: la cantidad era siempre preferible a la calidad. Caroline la había apodado Scheherazade. «Si estuviésemos aquí el tiempo suficiente —solía comentar—, podríamos escribir *Las Mil y Una Noches de Ternera*». Pero aquella noche bebieron más que comieron, con Jock llevando la voz cantante.

—He estado pensando mucho sobre la mentalidad de los asesinos —observó.

—¿Podemos cambiar de nuevo de tema? —le suplicó Caroline.

—¿Por qué? Éste es fascinador. Por ejemplo, no puedo dejar de pensar en los que se sentaron a esta misma mesa en tiempos pasados. Mira a tu alrededor. Cuando los SS residieron aquí, se sentaron en estas mismas sillas, sin duda consumieron la misma comida, bebieron demasiado a causa del tedio, la soledad y demás cosas que suelen afligir a los soldados; dispararon contra la galería de arte, antes de bajar a arrancar unas cuantas uñas más. Lo que estoy tratando de decir...

—Sí, ve al grano, por amor de Dios. O si no, vete a la cama —le interrumpió Hillsden, y miró a Caroline.

—A eso voy. La cuestión es que no todos pueden haber sido monstruos.

—¿Por qué no?

—Bueno, estadísticamente, es improbable.

—Y un cuerno. No ingresaban en las SS para convertirse en filántropos.

—¿Me dejas terminar? Muy bien, reconozco que la mayoría de ellos disfrutaban, probablemente, con su trabajo; pero, al mismo tiempo, tú tienes que reconocer que eran también capaces de llevar una vida absolutamente corriente. Tenían novias, esposas, hijos.

—No tengo que reconocer nada de eso. Si quieres decir que algunos de ellos llevaban fotografías de la familia en sus carteras y lloraban al escuchar la *Canción de Cuna* de Brahms, eso no demuestra una mierda.

—Simplificas demasiado la cuestión, al igual que empleas un lenguaje grosero delante de una dama. No puedes negar que los asesinos viven en dos niveles enteramente separados. Pienso en esos espléndidos tipos arios, nuestros pasados enemigos y presentes aliados —y levantó la copa en honor de uno de los deteriorados retratos—, sentados aquí, un poco fastidiados como yo, tomando café de bellotas, y una última ronda de aguardiente antes de retirarse a sus habitaciones para escribir cartas a casa. «*Liebe Gretchen*, os echo mucho en falta, a ti y a nuestros pequeños *Kinder*». Pero a la mañana siguiente volvían de nuevo a las andadas, sujetando electrodos a los órganos genitales, moliendo riñones con porras de caucho.

—Eso no me parece una característica exclusivamente alemana. ¿Qué me dices del Gulag y de todos esos dictadores africanos liberados que hacen todo lo posible por conservar la tradición?

—Yo no he dicho que los *Krauts* tengan la exclusiva. ¿Lo he dicho, Caroline?

—No estaba escuchando. Había cortado la comunicación.

—Dios mío, no arrojemos piedras contra casas de cristal. Nosotros los británicos, corrijo, *vosotros* los británicos, nunca os habéis quedado atrás en este campo. Mirad lo que nos hicisteis a los pobres escoceses en Culloden, mirad los asesinatos de los Moors, vuestro envidiable récord como flageladores de niños.

—¿Sí? La historia siempre se repite. No hay nada nuevo en aquello. La primera vez es tragedia, como dijo Marx, la segunda vez, comedia.

—¡Cuánto has leído, Alec! Envidio la facilidad con que das una cita para cada ocasión.

—Mi único truco de sociedad.

—Sé franco conmigo, Alec; en realidad no has leído todos los libros que dices, ¿verdad? Has estado suscrito al *Reader's Digest* desde que eras pequeño.

—¿Cómo lo has adivinado? Tienes razón. Soy el tipo más imperdonable que jamás he conocido.

—Y yo me voy a la cama —anunció Caroline—. Tengo que salir temprano mañana por la mañana. Dejaré que los dos sigáis insultándoos.

Los dos hombres se pusieron de pie con exagerada cortesía y le dieron un beso

deseándole una buena noche. Cuando ella se marchó, descorcharon la última botella de vino, aunque tal vez solamente Hillsden se dio cuenta del simbolismo, y permanecieron levantados hasta terminarla. Su conversación giró alrededor de una serie de temas peligrosos, pero llevando siempre al tópico que predominaba en el pensamiento de ambos: dos cómplices de la historia masticando grasa rancia.

—El final de una era —dijo Jock—. A diferencia de este vino, hemos visto años mejores, y ahora todo ha terminado.

—No para ti. Para mí, tal vez. No me encanta la idea de volver a ser un maldito chupatintas detrás de una mesa.

—Control no te conservará allí.

—¿Qué te apuestas?

—No; pronto estarás de nuevo en el campo.

—Lo dudo. Se me considera una baja emocional. ¿No es ésa la razón de que me manden a casa?

Esperó que Jock captase la intención, pero éste se limitó a levantar su vaso contra la luz.

—Un poco de poso. Como nosotros, Alec. Somos lo último de la cosecha. ¿Por qué nos retratan los malditos novelistas como románticos que mantienen el mundo a salvo para IBM y General Motors?

—Tal vez porque su oficio es escribir obras de ficción.

—¿No saben que somos sórdidos criminales, con licencia para hacer lo inconcebible en nombre del patriotismo? Algunos se ganan la vida comerciando con mercancías futuras; nosotros nos ganamos un mendrugo traficando con futuros humanos. Hay muy poco romanticismo en esto.

—¿Es todo lo que crees?

—Más o menos.

—Antes has dicho «patriotismo». ¿No significa eso fe en nuestro sistema, como opuesto al de ellos?

—Eso es la trola que dicen los políticos. Todo depende de en qué parte hayas nacido. Todos estamos sirviendo a las mismas causas perdidas. —Jock se enjugó las gafas—. No, yo no podría volver a casa.

—¿Nunca?

—Nunca es mucho tiempo. Digamos que necesitaría un verdadero incentivo.

—¿No añoras en absoluto Inglaterra?

—¿Por qué habría de añorarla? Yo nací en Glasgow, en los queridos y viejos Gorbals, donde los polis patrullaban en parejas y te daban una paliza a la primera ocasión, y la noche del sábado te podían dar con una botella rota en la cara si hablabas cuando no te correspondía. Mira, a diferencia de ti, yo no creo en ficciones: sólo recuerdo los hechos. No, no echo en falta nada de lo de allí. Todo tan gris, aquella ignorancia alimentada por los periódicos, aquella maldita envidia; y las mujeres, que parecen que fuesen únicamente fertilizadas con bromuros. A mí me

gustan las mujeres jóvenes, llenitas, algo a lo que morder.

—Has estado demasiado tiempo aquí, Jock. El culto del vampiro se ha apoderado de ti; todo es por culpa de estos oscuros e inhóspitos bosques.

—No lo creas. Termina la botella.

—Tú la has terminado.

—¿De veras? Si es así, te pido disculpas. ¿Sabes cuál es tu mal?

—¿Cuál?

—Te dejas llevar demasiado por tus hábitos; solamente ves las cosas con los ojos del hombre casado. ¿No añoras alguna vez la libertad?

Su voz tenía un tono que aconsejó prudencia a Hillsden. Conocía la técnica de Jock, especialmente cuando éste había tomado algunas copas. Como un hábil acupunturista, siempre era capaz de insertar la aguja cuando uno menos lo esperaba.

—Ambos estamos casados. Casados con este maldito trabajo.

—Pero debes de tener sueños. Tiene que haber momentos en que ansias entrar en el bosque oscuro y perderte completamente en él.

—¿Qué te hace pensar que no lo he hecho ya?

—Pero no te quedaste allí, no fuiste hasta el centro. Estoy hablando de una sumersión total.

—Y estás achispado.

—¿Lo crees así?

—No borracho, sólo achispado. Deja que yo te pregunte algo, para variar. ¿Has estado enamorado alguna vez?

—No.

—¿No crees que te has perdido algo?

—No.

—¿Qué es lo que te hace estar tan seguro?

—Tú.

—¿Crees que no soy una buena propaganda?

—Bueno, ¿lo eres?

Ahora se estaban peleando cerca de un campo de minas. Hillsden se preguntó qué papel había representado Jock en la decisión de enviarle a casa. No había verdadera amistad en la cara que le contemplaba desde el otro lado de la mesa. Pensó: «Todos los hombres son enemigos cuando se trata del amor. ¿Por qué estoy perdiendo el poco tiempo que me queda, sentado aquí, mientras una parte de mí se está muriendo como aquellas moscas de la habitación de arriba?».

—Tal vez tienes razón —dijo él.

Se levantó, sorprendido al descubrir que se mantenía seguro sobre sus piernas y completamente sereno.

—Da un buen informe de mí cuando vuelvas al viejo país. Diles que Jock mantiene enhiesta la bandera, que sus botones resplandecen y que nunca llega tarde a los desfiles.

Era uno de aquellos momentos en que, a pesar de su sonrisa, a pesar de su humor forzado, Hillsden podía creer en el ritual de la noche del sábado de la botella rota presta a ser aplicada a la cara de cualquiera que se interpusiese en su camino.

—Hazme solamente un favor: cuida de ella; aunque desconozco el secreto, supongo que has tenido buenas razones para enviarla de nuevo a Berlín.

—La decisión no fue mía, viejo, vino de las alturas y, en cuanto Caroline salga de aquí, dependerá de Berlín, no de mí.

Más tarde, cuando el castillo estuvo en silencio, Hillsden pasó de su habitación a la de Caroline, como un adúltero cualquiera. Hicieron el amor y lo ignoraron todo, según la triste frase de Yeats. Pero, así como antes la tristeza había sido un lazo más, un estímulo añadido a su deseo, aquella noche fue algo muerto, indecible. Una vehemente premonición ponía cerco al corazón de Hillsden. Desnudo al lado de Caroline en la cama individual, envueltos ambos en una colcha reluciente como una toga hinchada, pensó en las semanas y meses venideros. La frialdad que sentía era la del país al que iría ella: él no había tenido nunca calor en Berlín. Berlín era también una mazmorra en forma de botella, cercado todo por el Muro, y algo le decía que Caroline se dirigía allí a ciegas.

Capítulo 17

Desde el final de su antigua vida y el principio de su notoriedad, Glanville se vio obligado a cambiar tres veces de domicilio, instalándose al fin en una pequeña comunidad rural de Lincolnshire situada entre Woodhall Spa y Tattershall, parte de aquella tierra llana contigua al Wash que durante la guerra estuvo salpicada de bases aéreas. Había comprado una casita con vista a los pantanos y en la dirección de la roja torre normanda del castillo de Tattershall, y se estableció allí bajo el nombre supuesto de Plimpton, disfraz que pronto fue advertido por la gente del lugar. Allí vivía una existencia solitaria; le visitaban solamente unos pocos viejos amigos y estaba privado de las fáciles aventuras sexuales del pasado. La casita de campo se hallaba aislada del pueblo más próximo, junto a una estación de bombeo ahora arruinada. La propiedad incluía un acre de suelo pantanoso cruzado por canales, circunstancia que permitió a *Private Eye* un fácil juego de palabras cuando, como era inevitable, descubrieron su escondite.

La mañana en que llegó Hillsden, una escarcha impropia de la estación salpicaba el suelo, haciendo que los oscuros campos labrados alrededor de la casa brillasen como minas de carbón al descubierto. Un pequeño puente de madera pasaba por encima del canal que separaba la finca de Glanville de la carretera. Había un rótulo tosco con las palabras PROPIEDAD PARTICULAR - PROHIBIDA LA ENTRADA pintadas con caracteres de aficionado, que Hillsden interpretó como obra del propio Glanville. Aparcó su BMW sobre la hierba, conectó el dispositivo antirrobo y cruzó el puente a pie. Una rata muerta flotaba panza arriba en la zanja, una imagen que dispersaba recuerdos infantiles de los magníficos inventos de Kenneth Grahame. Al abrir la verja de hierro, una bandada de aves marinas, empujadas tierra adentro por el tiempo, se elevó perezosamente en el aire y volvió a posarse con voces irritadas. El sol temprano incidió en la torre del castillo lejano, recordándole una vez más de cuán lejos había venido desde los días de Austria. Una fina voluta de humo se elevaba desde la única chimenea de la casa, y Hillsden observó que Glanville había empezado a preparar macizos de flores cerca de la puerta de la entrada. «La casa de campo de una vieja», pensó. Las cortinas estaban corridas; al llamar a la puerta oyó una música y, después, la voz de un locutor de radio iniciando un boletín de noticias. Las cerraduras de la puerta eran nuevas.

La mayoría de las fotografías publicadas en primera página de los periódicos en los días de caída en desgracia de Glanville le mostraban con un aire de esteta, con el aspecto de un diplomático de carrera: máscara de la superioridad ficticia, según lo había calificado Waddington, sin alejarse mucho de la verdad. Tal vez un atisbo de crueldad debajo de los ralos pero cuidadosamente peinados cabellos; el aspecto de un hombre para quien los triunfos en sociedad siempre fueron demasiado fáciles, aunque las caras de los traidores, como las de los asesinos, siempre se parecían después de la

condena.

Al abrirse parcialmente la puerta, sujeta por una cadena de seguridad, Hillsden se enfrentó con otra versión del hombre, familiar pero diferente. Ahora los cabellos ralos tenían un tono amarillento y la cara era flaca y barbuda, dando a Glanville el aspecto de un actor a quien Hillsden había visto una vez representar a Don Quijote. Las facciones habían sido reveladas del negativo original, pero durante la operación, la imagen había envejecido.

—¿No ha leído el rótulo? —preguntó Glanville. Su voz era remilgada, cultivada, ligeramente sibilante—. No recibo a nadie sin previa cita. ¿Por qué no pueden ustedes dejarme en paz?

Llevaba una bata de seda estampada y un pañuelo del mismo género que cubría en parte su delgado cuello.

—No soy de la prensa.

—No me importa quién sea; mi respuesta es la misma.

Un olor a café recién hecho, penetrante y aromático, llegaba de la única habitación de la planta baja.

—Tenemos algo en común de lo que me gustaría hablar.

—¿No me ha oído? No recibo a visitantes que no han sido invitados.

Ahora se percibía una pizca de inquietud en su voz.

—Lo comprendo, pero estoy seguro de que puede hacer una excepción. No tiene que preocuparse. No es una visita oficial.

—Todavía no tengo idea de quién es usted.

—Pero puede adivinarlo. Vengo de muy lejos en mi coche y ese café huele muy bien.

Glanville miró por la rendija de la puerta hacia el BMW aparcado en la carretera.

—He venido solo, si es eso lo que le inquieta. No hay nadie más. Una pequeña charla es todo lo que quiero. No estaré mucho tiempo.

—¿Tiene su documento de identidad?

—Vamos, no debería preguntar eso. Usted y yo somos lobos de la misma camada, *mister* Plimpton, y podemos saltarnos todas las reglas cuando nos conviene. No va a librarse de mí tan fácilmente; por consiguiente, ¿por qué no me deja entrar? Aquí hace un frío terrible.

—Si es usted lo que creo que es, ya he dicho a los suyos todo lo que tenía que decir. Y si es auténtico, sabrá también que recibí sólidas garantías de que no volverían a molestarme. He pagado mi deuda a la sociedad.

—Bueno, esto es magnífico. Con frecuencia me he preguntado qué sentiría si nada turbase mi conciencia. Es usted un hombre afortunado, Glanville. Afortunado, pero realmente irritante. Si yo estuviese en su lugar, no confiaría demasiado en esa cadena.

—Si me amenaza o emplea la fuerza, llamaré a la policía.

—Tardarían un buen rato en llegar aquí. Pero dejémonos de tonterías, ¿eh? Sea

buen chico y abra la puerta. No voy a mostrarme rudo; no es mi estilo. Lo único que quiero es que hablemos. Y pillaré una pulmonía si sigue ahí plantado en camisón.

Glanville le miró con verdadero odio.

—¿Me da su palabra?

—Claro, y mi palabra es mejor de lo que solía ser la suya.

Glanville cerró la puerta y soltó la cadena de seguridad.

—Así es mejor. Comportémonos como amigos.

Entró en la habitación caldeada y pateó sobre las baldosas. Glanville se mantuvo a distancia, poniendo una pulida mesa de pino entre los dos, delante del fuego. La mesa estaba cubierta de papeles y había en ella un cenicero lleno hasta los bordes.

—Escribiendo sus memorias, ¿eh? ¿Cómo las va a titular? ¿Un marica en el exilio?

—Esta clase de pullas de mal gusto no me impresiona.

—No era esa mi intención. A propósito, tomo el café con leche. Sin azúcar.

Glanville se arrebujó en su bata, se dirigió a la cocina Aga, levantó la cafetera, llenó dos tazas y dejó la de Hillsden sobre una punta de la mesa de pino.

—Habría podido ser una buena esposa. —El primer sorbo le quemó los labios—. Tal vez lo fue... ¿o fue a la inversa en su caso? Soy muy ignorante en estas cosas. — Se sentó a la mesa, estiró las piernas y notó que la sangre volvía a circular. Alargó una mano hacia el montón de papeles sueltos, pero Glanville se le anticipó y los sujetó—. No se ponga nervioso. Podemos divertirnos juntos, como dijo la ramera, o todo lo contrario. Elija.

—Me dieron garantía...

—¿Y qué? Me importan un comino las garantías que le hayan dado quienquiera que fuesen. Para mí es un marica vicioso como otro cualquiera. Y conste que nada tengo contra los maricas con tal de que no asusten a la gente, pero me indignan realmente los que, como usted, pueden estar en misa y repicando.

—Encuentro que es usted muy insultante.

—Y usted muy perspicaz al advertirlo. Es algo deliberado por mi parte. No tengo idea de lo que contendrán sus memorias si llegan a publicarse, pero dudo de que haya un capítulo que cuente cómo varios amigos míos fueron a la muerte como resultado de sus esfuerzos. Usted lo llamaría gajes del oficio, estoy seguro, pero yo no soy tan sofisticado como usted, ni tan comprensivo como algunos de sus amigos de las altas esferas.

Glanville se dejó caer en una silla, sin tocar su taza de café.

—Eso está bien; póngase cómodo, caliéntese el viejo trasero con la Aga, responda cortésmente y pronto habremos terminado. Como he dicho, no suelo ponerme duro, pero soy muy hábil en torcer muñecas.

—Daré cuenta de todo esto, ¿sabe? Presentaré una queja. No tiene usted derecho a amenazarme.

—Tiene toda la razón. Éste es un país libre —replicó Hillsden, pero en realidad

lamentaba haber atacado tan fuerte desde el principio. Todo lo referente a Glanville despertaba antiguos rencores, un profundo resentimiento de que, a pesar de todo, aquel hombre hubiese quedado sin castigo. Cuando prosiguió, lo hizo en un tono más conciliador—. Repito que no habrá violencia alguna. Sin embargo, si estuviese en su lugar, no presentaría ninguna queja. Usted puede creerse seguro, pensar que la confesión le ha absuelto de algunos de sus pecados, pero no costaría mucho cambiar esto. Todavía podríamos hacerle la vida muy difícil, crearle tantos conflictos que desearía escapar a su hogar espiritual. Imagínese cambiar esto por un lindo apartamento de una sola habitación en Moscú. También eso podríamos arreglarlo. ¡Quién sabe! Tal vez le darían un bello amiguito ruso para que aliviase el tedio de sus años de decadencia..., es decir, presumiendo que todavía le quede alguna potencia. Usted y yo estamos metidos en un juego muy duro. No existen reglas escritas.

Se inclinó sobre la mesa y tomó uno de los cigarrillos de Glanville.

—Bien, aunque le parezca curioso, lo único que quiero que me dé es algo que me refresque la memoria. Deme eso y dejaré todo lo demás para la historia. No volveré a molestarle. —Encendió una cerilla en la pata de la mesa—. ¿Le dice algo el apellido Nicolson?

Glanville vaciló.

—Bueno, conocí una vez a un Peter Nicolson.

—No estoy tratando de sacarle una lista de sus pasados amigos. ¿Qué me dice de una tal *señora* Nicolson?

Glanville vaciló de nuevo antes de decir:

—Nada.

—Está bien. Digamos Oates. Caroline Oates.

Observó la cara de Glanville a través del humo del cigarrillo.

—Me suena vagamente.

—Fue amiga de Dinnsbury. Estoy seguro de que recuerda a Gunga Dinnsbury. Estuvo a sus órdenes durante un tiempo.

—Sí, un viejo pedante espantoso. Siempre olía a colonia barata.

—Bueno, no todos compartimos su gusto exquisito, y él no era pagado tan bien como usted. Bueno. Ya hemos empezado. Veo que está dispuesto a colaborar. Pero sea un poco más explícito. Queremos respuestas concretas, ¿verdad? No evasivas. ¿La encontró alguna vez con Dinnsbury?

—Es posible. Aunque dudo de que me causara una impresión duradera. No era mi tipo.

Se chupó los labios, de modo que virtualmente desaparecieron.

—Está bien, dejemos eso de momento. Ahora quiero que dé un salto adelante y piense en Austria.

—¿En Austria?

—Sí, habrá oído hablar de Austria. La tierra de la Posada del Caballo Blanco, de los pantalones de cuero hasta las rodillas y de los jóvenes muslos robustos. —Le

costaba mantener la voz tranquila—. Usted estuvo allí con una misión cultural británica.

—Ah, sí, eso es correcto. Una entre muchas.

—Y conoció a un amigo mío, un buen colega que ahora está muerto. Lo conoció en Salzburgo.

—No puede esperar que recuerde a todo el mundo después de tantos años.

—Mencionó a esta persona durante su interrogatorio. Era conocido por Jock.

—Yo no conocí a nadie como Jock —dijo Glanville, con demasiada rapidez.

—No, creo que no. En aquellos tiempos usábamos números para designar a los agentes. Pero, dada su posición de confianza en aquella época, debía saber que él dirigía nuestra sección austríaca. Por eso le conoció. No haré hincapié en esto, pero es muy probable que usted fuese, en definitiva, responsable de su muerte. *Miss Oates* era una de su grupo. Y como usted le conoció, es concebible que también la conociese a ella.

Esperó, pero Glanville guardó silencio.

—Mire, lo que me interesó al leer su expediente fue una curiosa inconsistencia. Se mostró muy explícito en la mayoría de los detalles de su doble carrera, y, sin embargo, esta cuestión particular aparece turbia, no clara como el cristal, como todo lo demás. No le pido que rebusque en su conciencia, sino en su memoria.

—Me interrogaron durante ochenta y cinco horas. Si algo quedó confuso, fue culpa de ellos, no mía.

—O hay otra explicación. Podría tener usted un motivo continuado para no llenar ciertas lagunas. ¿No es una posibilidad?

—Si usted lo dice...

—Oh, sí. Soy muy suspicaz, y el objeto de nuestra pequeña charla es tratar de reparar aquellas omisiones. Por consiguiente, preguntaré de nuevo: ¿Qué mérito personal se atribuye en la destrucción de nuestra red en Berlín aquella vez? No sea modesto.

—Sabe tan bien como yo que transmití cierta información. Pero no tengo idea de cómo fue utilizada en definitiva.

—No; comprendo que un hombre de su sensibilidad se espante de los resultados de sus crímenes. Pero he dicho que no sea modesto. Yo creo que fue el principal responsable del descubrimiento de todo el pastel.

—Yo no era más que uno de los muchos eslabones de una larga cadena.

—¿Quién le dirigía a usted desde el otro lado, en aquella época?

—¿Por qué me pregunta lo que ya sabe?

—Recuérdemelo.

—Henze.

—¡Ah, sí!

Glanville encendió un segundo cigarrillo con la colilla del primero. Hillsden advirtió que sus dedos nudosos estaban manchados de nicotina.

—¿Qué método empleaba para comunicarse con él?

—Un buzón secreto. ¿Vamos a volver sobre agua pasada?

—Soy un hombre metódico. Pero volvamos a Caroline Oates, la muchacha que le causó tan poca impresión. Poco después de que tuviese usted su última reunión conocida con Jock en Salzburgo, ella fue enviada de vuelta a Berlín. Fue su último viaje. Ellos la pillaron allí, y ése fue el principio del fin. Me sigue, ¿verdad? Por consiguiente, lo que le pregunto es: ¿Le dijo Henze alguna vez en qué estaban metidos los dos?

—¿Importa eso ahora?

—Yo decidiré lo que es o no importante.

—No explícitamente. Lo único que me dijo fue que pensaba que ustedes se estaban acercando demasiado a algo gordo. Fue entonces cuando empecé a sentir que mi propia posición podía ser vulnerable.

—Concretamente, ¿por qué?

—Uno desarrolla un segundo sentido; supongo que no hace falta que se lo diga.

—Por consiguiente, tomó medidas para proteger su valioso culo, y perdone la expresión.

—Hice lo que hacen todos en iguales circunstancias, lo que usted habría hecho. Tomé ciertas precauciones necesarias.

—Dicho en otras palabras, traicionó a Henze, ¿eh? Empezó todo el ciclo de acontecimientos.

Glanville desvió la mirada.

—¿No es una traición todo este juego interminable? No fui yo solo, no fui yo el único. Había otros. Otros que tenían más que perder.

Pareció sorprenderse él mismo y se interrumpió bruscamente.

—No se puede cuantificar la muerte, Glanville. Cuando uno ha muerto, el juego ha terminado para él. Pero ha olvidado algo. En nuestro juego, le hacen cantar a uno antes de que suene el silbato señalando el final del partido. Y peor aún. A Caroline Oates la hicieron cantar. La hicieron cantar de una manera que el interrogatorio de ochenta y cinco horas a que le sometieron a usted es un juego de niños en comparación con aquello; primero en Berlín y después en el Centro de Moscú, donde las técnicas son más refinadas. Aun así, tardaron casi seis meses en sacarle todo lo que sabía. ¿Ve lo amables que fuimos nosotros en comparación con ellos? Y tampoco le sentamos a usted en una silla de ruedas.

Glanville miró a un punto por encima de la cabeza de Hillsden.

—¿Lo sabía?

—¿Si sabía qué?

—Que cuando se convino al fin el canje, la devolvieron en muy mal estado de salud.

—No, no lo sabía.

—Oh, vamos, encanto, no vuelva a las andadas. Usted sabía que había sido

canjeada.

—Oí algo de eso, pero entonces yo ya no estaba en escena.

—Pero sabía que ella había vuelto a casa.

—Sí, pero no tenía idea de las circunstancias.

—¿No le preocupó su regreso?

—¿Por qué había de preocuparme?

—Eso digo yo, ¿por qué? Porque está usted mintiendo, ¿no? No le preocupó por una buena razón: sabía que ella había vuelto en un estado que era como el de un vegetal, por lo que no ofrecía ningún peligro. Todavía se creía a salvo.

Glanville jugueteó con el pañuelo del cuello como las mujeres con un collar de perlas.

—Si es así como quiere usted interpretarlo... Como ya le he dicho, no la conocía; luego ¿por qué había de temerla?

—Pero en nuestro juego no es necesario conocer a la gente, ¿verdad? Basta con que ellos *nos* conozcan. Deje que improvise un argumento posible para usted. Todavía era un miembro respetable del *establishment*, todavía figuraba en nuestra nómina sin ninguna mancha visible en sus trajes Hawes and Curtis...

—En realidad, Kilgour and French —le interrumpió Glanville, mostrando de pronto un atisbo de agallas.

—Acepto la corrección. Tenía usted la necesaria arrogancia intelectual y moral para justificar sus acciones; estaba mejor situado que la mayoría, y su alcurnia y sus contactos sociales eran superiores. No tenía motivos para suponer que algún día podía ser arruinada una doble y fructífera carrera que tocaba a su fin, con la casi segura perspectiva de un título de *sir* y una generosa pensión. Y entonces esta mujer, a la que dice usted que nunca conoció, pero de cuya existencia estaba enterado, esta mujer, Caroline Oates, descubre que Henze ha sido descubierto, descubrimiento que podía conducirla a ella hasta usted. ¿Qué le parece?

Glanville se encogió de hombros, se levantó y echó en la Aga un poco de carbón de un antiguo cubo de metal. Sólo una vez emprendida esta tarea, ocultó la cara a la mirada de Hillsden, respondió:

—Muy ingenioso, pero ¿qué importa eso ahora? Todos estamos muertos, degradados o exiliados. Casos terminados, de una vez para siempre.

—No me ha dejado terminar. Mi argumento tiene una segunda parte, y no la he inventado. A diferencia de usted, *miss* Oates no disfrutó del lujo de un cómodo retiro, aunque ésta es la clase de casa de campo en que había soñado. Volvió convertida en un vegetal. Un vegetal —repitió, al volverse Glanville de la cocina—. Aparentemente inutilizable y sin constituir una amenaza para nadie. Advierta que he dicho «aparentemente». Sin embargo, años más tarde, en alguna parte, alguien tomó la decisión de eliminar lo que quedaba de ella. ¿A qué cree que se debió eso?

—¿Quiere decir que la mataron aquí, en Inglaterra?

La sorpresa de Glanville pareció bastante auténtica.

—Sí. No en algún rincón de un campo extranjero, sino en Farnham, para ser exacto. En un sanatorio particular.

—¿Cuándo?

—Hace poco más de tres semanas. ¿Quiere saber cómo? Le inyectaron un tóxico de acción rápida, como los que usaron los buenos hombres de las SS para reunirse con su amado Führer.

—Yo nunca intervine en trabajos de esa clase —respondió lentamente Glanville—. Mi actuación era enteramente idealista. Odiaba aquel aspecto de las operaciones.

—Nadie sugiere que *usted* lo hizo, encanto. Si yo lo creyese, le mataría ahora mismo con mis manos desnudas. Lo que pregunto es por qué. ¿Por qué? ¿Qué parte de su pobre y torturada memoria había escapado a sus más crueles esfuerzos? ¿Qué podía saber que todavía les espantase?

—No puedo imaginarlo.

—Bueno, tengo una tercera parte. No irrefutable. Hasta cierto punto circunstancial, pero vale la pena que la escuche: Estaban lo bastante preocupados a causa de esa mujer prematuramente senil, sujeta a una silla de ruedas y prácticamente olvidada del resto del mundo; estaban, digo, lo bastante preocupados para interesarse regularmente por su estado.

—¿Quiere decir que iban al sanatorio?

—No hasta el día en que la asesinaron. Pero alguien telefoneaba de vez en cuando. Entonces, y aquí es donde empieza mi conjetura, la persona que llamaba tuvo la impresión de que se recobraba milagrosamente, de que todavía podía ser capaz de destruirle con un retazo de información que todos habían pasado por alto, incluidos nosotros. Tenía que haber una buena razón para asesinar a alguien que no podía espantar una mosca de su nariz, ¿no cree?

—Para mí es inexplicable. Horrible e inexplicable.

—¿Ve la suerte que tiene en comparación con ella? Usted todavía puede franquear la entrada a desconocidos sin tener miedo de ellos. Yo no he venido con una aguja hipodérmica, sino en busca de ayuda, a registrar su memoria una vez más. ¿Qué nombre no dijo usted? ¿El nombre de alguien tan oculto que usted sabía que pisaba terreno firme? Dígame esto, por Caroline.

—No conozco a tal persona.

—Tiene miedo, Glanville. Mírese al espejo. Todo está en su cara sudorosa. Tiene miedo y sigue mintiendo. ¿Y para qué? Para nada. El mundo no ha cambiado para bien gracias a sus mezquinas y pequeñas traiciones. ¿Por qué los protege todavía? ¿Le protegieron ellos a usted? Nos lo entregaron.

—Está tratando de atraparme.

—¿Lo cree así? ¿Cómo se imagina que dimos al fin con usted? Muy sencillo. Henze trabajaba para nosotros cuando Caroline volvió a Berlín. Le pillamos con las manos en la masa y se dio vuelta tan fácilmente como una trucha en la sartén.

—No; lo está inventando. Esto es una locura. No voy a dejarme atrapar de una

manera tan vulgar. Si fuese verdad, me habrían agarrado más pronto.

—Nos era más útil si le dejábamos tranquilo. Fue mala suerte que aquella noche echara una cana al aire en el parque y se espantase después. La Brigada contra el Vicio nos hizo a todos una mala pasada. Una tragedia de buenas intenciones, querido. En vez de delatar a su amiguito voló su propia tapadera.

Glanville sacudió violentamente la cabeza.

—No creo que sea ésta una visita no oficial. Están tratando de inculparme de algo nuevo. Su maldito equipo ha dado un nuevo resbalón y están tratando de echarme la culpa.

—¿Por qué se excita tanto, si no tiene nada más que ocultar? ¿No cree en la justicia británica? No se puede juzgar dos veces a un hombre por el mismo delito. Siempre supimos que sus manos estaban sólo ligeramente sucias, que usted únicamente mataba por poderes. Henze era uno de los nuestros, se lo aseguro. Le dirigíamos y, a través de él le dirigíamos a usted. ¿Quiere que se lo demuestre? Será mejor que se siente. —Esperó, sonriendo, mientras Glanville obedecía—. Le dijimos que se asegurase de que usted lo pasara bien; por consiguiente, le hizo de alcahuete. Mi memoria es mejor que la suya; por tanto, si quiere nombres, le daré algunos. ¿Empezamos con Leif Otto Flindt? Edad, diecinueve años; profesión, camarero del Hauptbahnhof Hotel, Bonn. Le gustaba que usted le afeitase las piernas, además de hacerle otras cosas, ¿no? Después estuvo Peter Florin, que trabajaba en la oficina de correos de la embajada de Alemania Federal en París. Pero no duró mucho, ¿verdad? Sólo unas pocas noches. Le asustó al hacerle demasiadas preguntas. Debo confesar que no fue una de nuestras mejores elecciones, aunque dicen que entre sodomitas no se puede escoger. Después de aquello fue usted más precavido, hasta que se enamoró del joven Werner. Le escribió poesías. Bastante malas, pensamos. Nos divertimos mucho pasándolas de uno a otro en la empresa. Incluso compusimos las cartas de amor dirigidas a usted, lo cual era todavía más divertido. Pero, por favor, no piense que estoy juzgando su vida entre sábanas; sólo lo digo para dar más peso a mi argumento, para convencerle de que nunca creímos que Henze traicionase a Caroline y a los otros. Le teníamos bien atornillado; haber hecho aquello habría sido tanto como firmar su propia sentencia de muerte. Y ahora, y esto tal vez le sorprenda, tampoco creo que fuese usted. Sin embargo, creo que usted tiene una buena idea de quién pudo haber sido. Por consiguiente, écheme una migaja, Glanville; sólo una migaja, y le dejaré en paz para siempre.

—¿Por qué debería confiar en usted? ¿Qué garantías me da, aun presumiendo que esté en lo cierto?

—Ninguna. Es demasiado tarde para regatear, querido. Pero téngame miedo, tenga miedo de lo que podría hacer para arruinar su beneficioso retiro de Shropshire Lad. No me remordería la conciencia por ello.

—Si Henze había cambiado de casaca, como usted dice, ¿por qué no les dio las respuestas que faltaban?

—Henze está muerto. Le dispararon en la nuca cuando salía de su casa para sacar al perro de paseo. Todos han muerto salvo usted y yo, Glanville: Caroline, Jock, Henze, toda la red de Berlín del Este. Caroline fue la última. El último y más innecesario asesinato, aparentemente, pero usted y yo sabemos que estas cosas no se hacen sin un fin. Los inescrutables amos a quienes servimos por diferentes causas siempre tienen un fin.

—Sólo tengo su palabra de que ella ha muerto. Los noticiarios y los periódicos no han dicho nada.

—No debe tomarme por un aficionado, encanto. ¿Le gusta ver fotos bonitas? Le he traído una.

Hillsden sacó un sobre amarillo y se lo tendió.

—Adelante, eche un vistazo. Pero procure que yo no lo vea también.

Glanville tomó el sobre de mala gana. Poco a poco, como si temiera que estallase ante su cara, metió un dedo y sacó en parte la fotografía que había en el interior, introduciéndola de nuevo rápidamente.

—¡Qué truco más sucio!

—Estamos en un juego sucio, querido. Ésta fue antaño una linda muchacha, aunque no para sus gustos, pero ¿de qué sirve la belleza cuando se llega a la mesa de autopsias? Cuando te abren y te cosen de nuevo, no tratan de hacer una buena labor de aguja.

Tomó de nuevo el sobre y lo guardó en un bolsillo.

Glanville se encogió en su silla, hundiendo la cabeza entre las manos.

—Me encuentro mal. He pasado mucho en los últimos meses.

—Cierto, ninguno de nosotros está en las mejores condiciones. Pero, mientras su corazón siga latiendo, dígame si esta foto ha contribuido a refrescarle la memoria. No se preocupe: si se desmaya, le sostendré. No puedo prometerle una respiración boca a boca, pero le daré masaje en las muñecas y todavía estaré aquí cuando vuelva en sí, para hacerle la misma pregunta durante todo el tiempo necesario. Usted no era el último eslabón de la cadena de personas distinguidas, Glanville; estaba en algún lugar de en medio; por consiguiente, dígame cuáles fueron sus otras parejas de baile. Las que todavía subsisten. ¿Dónde están? ¿En Bonn, en Salzburgo, en Berlín? ¿Dónde?

—Más cerca de casa, pero sólo es una presunción.

—Entonces, ¡siga presumiendo!

—Usted mencionó a uno.

—¿Quién?

—Dinnsbury. Pudo haber sido uno de ellos.

—¡Tonterías! Se fue al otro mundo con un certificado de buena salud. Todavía está tratando de jugar conmigo. Caroline no fue asesinada por un muerto. Quiero saber quién está todavía por aquí.

—Le juro que no lo sé.

—Bueno, lástima que no tengamos una Biblia a mano. ¿Cómo se comunicaban

con usted aquí en Londres?

—Casi siempre por medio de buzones secretos; algunas veces por teléfono. Nunca estuve cara a cara con ninguno de ellos.

—¿Qué clase de trato hizo, Glanville?

—¿Trato?

—¿No es eso lo que ha dicho? Fueron lo bastante amables para no sentarle en el banquillo de Old Bailey y dejar que la justicia siguiese su curso. ¿Qué pagó para librarse de ello? Como yo soy del ramo, estoy ansioso por saberlo; podría necesitar también el salvoconducto algún día. El juego de los viejos camaradas, ¿no? Alguien de la misma escuela que conocía a alguien de la misma escuela fue quien tiró de los hilos necesarios, ¿eh?

—Les dije todo lo que querían saber.

—Les dio las pruebas que querían, cosa muy prudente en su caso, pero aquéllas no eran su as de triunfo, ¿verdad? Eso vino después. ¿Cuál fue el trato?

—He sido públicamente arruinado, ¿no? Fleet Street se enteró. ¿Huele eso a un trato?

—Se lo preguntaré de nuevo, porque parece no haber oído la pregunta. ¿A quién protegió?

—Por última vez, no lo sé. No hubo ningún trato, nadie me protegió a mí. Yo no era tan importante.

—Bueno, eso es una confesión.

—Puede que usted piense que lo era, y tal vez hubo un tiempo en que también yo lo pensé. Actuaba por principios, no por ganancias personales.

—Continúe, y dentro de un minuto me echaré a llorar.

—Es usted muy listo, ¿eh? muy agudo. Pero no fue lo bastante perspicaz para hacerle esta pregunta a la única persona que habría podido contestarla. Hubiese debido preguntar a su amigo mientras estaba vivo. *Él* lo sabía.

Hillsden fue pillado desprevenido por primera vez.

—¿De quién está hablando?

—Del que usted llamaba Jock.

—¿Lo sabía Jock?

—Ésa era mi impresión. Aquella vez que me encontré con él en Salzburgo, yo tenía orden de descubrir si el Presidium de Alemania del Este había sido penetrado. Naturalmente, dejé que pensara que sabía más de lo que en realidad conocía, que Londres me había enviado para poner las cosas al día. Por alguna razón, mi visita le puso muy nervioso. Se mostró inflexible al decir que, fuese cual fuere mi autoridad, no podía complacerme. Cuando insistí, recuerdo que dijo: «Es demasiado delicado. Londres debería saberlo». Le apreté y me dijo que sospechaba que Moscú obtenía información diaria de toda la operación de Alemania del Este y que todo apuntaba a que la filtración tenía lugar en Londres. «Nos estamos acercando —dijo—, sólo necesitamos poner en su sitio la última pieza del rompecabezas, si nos precipitamos,

lo estropearemos todo». Se negó a darme nombres; lo único que dijo fue: «Cuando estalle esta bomba, el asunto Philby parecerá un juego de niños. Y eso está a punto de ocurrir».

—¿Qué quiso decir con eso?

—¿Cómo podía yo saberlo?

—Entonces, ¿qué pasó?

—Informé a Henze y él insistió en que me reuniese de nuevo con el tal Jock. Resultó difícil, pero por fin pudo arreglarse que nos tropezásemos en una recepción de la Feria de Muestras Norteamericana en Viena. Yo asistí a la cita, pero él no compareció. Entonces recibí un mensaje en mi hotel, diciendo que había un cambio de plan. Más tarde, alguien me telefoneó para darme una dirección secreta a la que tenía que ir la noche siguiente.

—¿Le telefoneó Jock?

—Creo que no. Era alguien con acento extranjero. Seguí las instrucciones pero, cuando llegué, el lugar estaba lleno de policías y pasé sin detenerme. Después me enteré de que un hombre había sido muerto a tiros allí. —Glanville encendió otro cigarrillo—. Y aquí termina la historia. No más contactos, ninguna explicación, nada.

—¿Descubrió quién era el que había sido asesinado en el lugar de la cita?

Glanville sacudió la cabeza.

—Yo no corría esa clase de riesgos. Nunca era prudente preguntar demasiado. Presumí que aquel hombre era Jock.

Ahora fue Hillsden quien sacudió la cabeza.

—Jock no fue asesinado en Viena. Se ahogó en un accidente, entre comillas, de barca, en el mismo lago donde murió Ludwig de Baviera.

—Bueno, yo no puedo decirle nada más. ¿Ha quedado satisfecho?

—Yo no quedo satisfecho tan fácilmente, pero le doy un ocho de diez por su esfuerzo.

—¿Me dejará en paz ahora?

—No sé cómo define usted la paz.

Hillsden se sintió cansado de pronto, y esto quitó toda amenaza de su voz. Tenía la impresión de que era un actor que esperaba una palabra del apuntador y encontraba la concha vacía. La desesperación le había traído a este lugar y todo lo que había obtenido, pensó, era el dolor del fracaso. Solamente la fotografía que llevaba en el bolsillo, la fotografía que no podía mirar, mantenía vivo su odio.

—He pagado el precio —decía Glanville— sea lo que fuere lo que piense usted de mí. En definitiva, todo depende de cómo caiga la moneda. Como en las regatas universitarias, elegí el bando de Surrey y perdí.

En alguna parte silbó un tren, y el sonido vibró sobre los campos llanos.

—Sí —dijo Hillsden, levantándose para marcharse—. Pero hay precios y precios. ¿No tuvo usted suerte de que las regatas tuviesen lugar aquí? En Moscú no se dan alternativas.

Capítulo 18

Casi en el preciso instante en que Hillsden cerraba la puerta de la casa de Glanville, estallaron una serie de bombas en diversas partes del país.

El primer objetivo fue la recepción del Centro de Televisión de la BBC, en Wood Lane, cerca de Shepherd's Bush. Los daños fueron considerables. Hubo veintisiete muertos, incluido un grupo de pensionistas de Luton que acababa de llegar como público invitado a un concurso muy popular. Muchos de ellos quedaron tan destrozados que sólo pudieron ser identificados por objetos personales, tales como relojes de pulsera o joyas. El número total de bajas fue de cerca de setenta. Más tarde, la policía formó la opinión de que la bomba estaba oculta en un estuche de película de 35 milímetros, uno de los muchos paquetes que son rutinariamente entregados por mensajeros. Aparte de firmar recibo de las entregas, el personal de recepción prestaba poca atención a los propios mensajeros, los cuales, en todo caso, llevaban el casco de reglamento que ocultaba sus facciones. La bomba estalló menos de cinco minutos después de que el mensajero saliera tranquilamente del Centro.

Tal vez el aspecto más preocupante de los subsiguientes atentados fue la ausencia de toda pauta discernible. Estallaron aproximadamente a intervalos de media hora durante las tres horas siguientes. La segunda bomba destruyó buena parte de la fachada de Brompton Oratory y produjo un embotellamiento del tráfico que se extendió hasta el aeropuerto de Heathrow, paralizando la ciudad. Aquí, afortunadamente, las bajas fueron pocas. La tercera bomba destruyó una sinagoga en Leeds; cínicamente, durante unas exequias, y causó once muertos y el doble de heridos graves.

Estos incidentes fueron bastante horribles, pero fue la última bomba la que acaparó los titulares de la prensa. Ésta estalló en la cantina de una base de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, cuando el personal estaba agasajando a un numeroso grupo de niños inválidos. Diecisiete estadounidenses resultaron muertos, incluidas cuatro esposas de oficiales en servicio, pero fueron las víctimas infantiles las que provocaron una repulsa de ámbito mundial. Veintitrés murieron en el acto y otros nueve en el hospital. Como si no hubiesen sufrido bastante en sus cortas y tristes vidas, pues muchos de ellos padecían parálisis espasmódica. La bomba estaba cargada con clavos de tres pulgadas, que infligieron heridas espantosas. Algunas grabaciones para los noticiarios de la televisión fueron consideradas demasiado horribles para ser transmitidas pero, a la mañana siguiente, uno de los periódicos sensacionalistas llenó todas sus páginas de fotografías de aquella carnicería, y el *Times*, burlándose de la tradición, publicó en primera página su artículo de fondo, que comparaba el suceso con los crímenes de guerra perpetrados por las SS en Lidice. Desde todas partes se formularon peticiones de que se restableciese la pena de muerte.

El primer ministro estaba en Chequers pero, en cuanto se enteró de la importancia

de la campaña, volvió a Downing Street, bajo una fuerte escolta de policía, para presidir un consejo urgente del Gabinete. Se dispuso todo para que pudiese hablar en directo a la nación a través de las redes de radio y televisión de BBC e IBA. El director general de la BBC ordenó que cancelasen los programas previstos. Para no quedarse atrás, la IBA retiró los espacios de publicidad. Ambas redes emitieron continuamente boletines de noticias. El arzobispo de Canterbury, el obispo católico de Westminster y el gran rabino publicaron una declaración conjunta pidiendo un día nacional de luto y oración; las banderas de todos los medios públicos fueron colocadas a media asta, y un Libro Recordatorio fue abierto en la embajada de los Estados Unidos en Grosvenor Square; al terminar el día, había sido firmado por más de tres mil personas. Las licencias de los policías fueron canceladas en todo el país y las fuerzas armadas fueron puestas en alerta roja.

Poco después de que se publicaran los primeros informes, una ordenada multitud empezó a reunirse en Whitehall y se formaron filas de donadores voluntarios de sangre ante los hospitales de todo el país. Otra multitud, calculada en doce mil personas por la policía metropolitana, se reunió en el Mall, delante del Palacio de Buckingham. No hubo violencia y la muchedumbre cantó *Land of Hope and Glory* y otros himnos patrióticos, aunque el monarca no estaba en su residencia, sino viajando en el tren real en una gira por el norte. La reina envió un mensaje personal de condolencia al embajador americano. Se redoblaron las medidas de seguridad para toda la familia real, pero esto no impidió que el príncipe de Gales pilotase un avión RAF para ir a la destrozada base aérea norteamericana, gesto espontáneo que acrecentó su popularidad universal.

En el Consejo de Ministros se tomó la decisión de enviar contingentes del SAS a todas las ciudades importantes. En Londres, unidades móviles del Grupo de Patrulla Especial fueron colocadas en puntos estratégicos, y tiradores de la policía se apostaron en las terrazas de todos los edificios oficiales. Además, una compañía de tanques ligeros estableció una base en Hyde Park. Los centinelas de los palacios de Buckingham, Kensington y Saint James fueron provistos de municiones verdaderas. Se advirtió al público que no visitase los museos hasta que se hubieran realizado inspecciones de seguridad. Desde la huelga general de 1926, no se había visto una movilización espontánea semejante de las fuerzas de la Corona.

Ninguna organización reivindicó inmediatamente los atentados pero, inevitablemente, dados los precedentes históricos, se consideró generalmente que era obra de uno de los grupos terroristas irlandeses; como resultado de ello, fue saqueada la Oficina Irlandesa de Turismo de Bond Street. Pero ésta fue una reacción aislada, atribuida más tarde a miembros del Frente Nacional, y la mayoría de la población irlandesa de las islas británicas no se vio sometida a graves ataques, aunque pandillas lealistas de Belfast realizaron acciones de represalia en la zona católica de Bogside. El ministro irlandés del Interior voló en secreto a Londres para consultas urgentes entre los dos gobiernos y prometió la máxima colaboración. Aquella noche, la

mayoría de los *pubs*, teatros y cines estuvieron desiertos, al permanecer todo el mundo delante de sus aparatos de televisión y de radio, esperando ansiosamente el discurso del primer ministro.

En realidad, el discurso fue decepcionante, pues ni la emoción del momento pudo producir un cambio drástico en su personalidad fundamental. En el mejor de los casos, fue como un actor inquieto delante de las cámaras, y el texto que leyó fue producto de varias mentes poco inspiradas, redactado a toda prisa, corregido y salpicado generosamente de la ampulosa retórica que emplean la mayoría de los políticos en tales ocasiones.

—Que vuelva De Gaulle —dijo Hillsden, observando la televisión en casa con su mujer—. ¡Muy patético! ¿Por qué no podía, por una vez, decir algo vital y original, en vez de farfullar las jodidas vulgaridades de siempre?

—No hables mal.

—¿Qué quieres decir con eso de «no hables mal»? Escucha a ese imbécil.

—¿Cómo puedo escuchar si estás gritando?

Hillsden se levantó de un salto de su sillón y se sirvió una generosa ración de *whisky*, derramando cubitos de hielo sobre la alfombra oriental tan apreciada por su esposa. Detrás de él, el ministro vaciló, perdiendo momentáneamente el hilo del discurso que leía. «No ahorraremos nada..., quiero decir que no ahorraremos esfuerzo para llevar a los autores de estos monstruosos crímenes ante la justicia. Y podéis estar seguros de que mi gobierno no se dejará intimidar nunca por estos desenfrenados actos de terrorismo».

—Se está cagando en los calzones —dijo Hillsden, entre dos tragos de *whisky*—. Se está cagando de miedo; no hay más que mirarle a la cara.

—Quisiera que te callases. Odio ese lenguaje.

«Ya he dado instrucciones —prosiguió el primer ministro— para que las fuerzas de seguridad, bajo mi autoridad directa y con todo el apoyo de mi gabinete, sean provistas de amplios poderes de registro y detención. Después de esta emisión, iré directamente a un debate de emergencia en la Cámara para pedir que sea reforzada la vigente Ley de Represión del Terrorismo, y creo que estas medidas, que tomaré de mala gana, dada mi conocida renuncia a reducir las libertades civiles, serán bien recibidas y apoyadas por todos los partidos de la oposición. No es el momento de jugar a la política...».

—Entonces, ¿por qué mencionas el tema? —gritó Hillsden a la pantalla.

«... sino de unir a toda la nación; el momento de tomar una resolución. Sé que hablo en nombre de todos cuando digo que los terribles y trágicos sucesos de hoy han sido un triste recordatorio de que la estructura misma de nuestra sociedad civilizada se ve amenazada. Tenéis derecho a exigir de vuestro gobierno que proteja a todos los ciudadanos, de todas las razas, colores o creencias, y no os defraudaré. Os pido a todos que permanezcáis tranquilos, en la seguridad de que todo lo que puede hacerse se *está* haciendo y continuará haciéndose. Nuestros corazones y nuestras oraciones

están con aquellos que han perdido a seres amados, y en particular los padres de aquellos niños y los parientes de los soldados americanos estacionados en nuestro país, que fueron tan cruelmente asesinados mientras realizaban un acto de caridad cristiana. ¡Dios salve a la Reina!».

El primer ministro se quedó mirando a la cámara durante unos segundos hasta que su imagen fue reemplazada por una foto del exterior del N.º 10 de Downing Street, mientras un locutor anunciaba: «El primer ministro, honorable Herbert Greenwell, les ha hablado en directo desde Downing Street. Ahora continuaremos con el noticiero de las nueve».

—A esto llaman «hablar» —dijo Hillsden—. Es una exageración.

—Yo creo que lo ha hecho muy bien. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Y me lo preguntas? No puedes ser tan tonta.

Agitó los brazos, sacudiendo el líquido que quedaba en su vaso.

—Ten cuidado con mi alfombra; ya has echado en ella cubitos de hielo.

—¡Oh, al diablo con tu alfombra! Mira lo que hay en la pantalla. Esos sacos de plástico están llenos de restos de niños. ¡Distingue lo que tiene importancia de lo que no la tiene, mujer!

Vio que la cara de ella cambiaba de color y que las lágrimas asomaban a sus ojos, haciendo que el rímel se corriese sobre sus mejillas.

—Lo siento, lo siento —dijo—. No quería hacerte pagar los platos rotos. No llores, por favor. Lo siento, pero es que las cosas me han sacado de quicio últimamente. El negocio marcha mal, hablan de despedir a algunos de nosotros. Pero esto no es excusa; perdóname.

Trató de abrazarla, pero ella lo esquivó y salió corriendo de la habitación. Él echó otro trago de *whisky* antes de ir en su busca.

Ella se había encerrado en el cuarto de baño. Él se quedó delante de la puerta y le habló en su tono normal.

—¿Margot? Sal. Te he dicho que lo siento. No te quedes ahí dentro, por favor. —No hubo respuesta. Apoyó la cabeza en la puerta cerrada y probó de nuevo—. Querida, no seas tonta, no empeores las cosas. Es que no puedo soportar la vista de aquel hombre; estoy hasta las narices de él. Y pensar en esas pobres criaturas me pone furioso. Vamos, no llores más, sécate los ojos y sal. Ya se me ha pasado, te lo prometo, y te lo compensaré.

La respuesta de ella fue confusa.

—¿Qué? No te oigo.

Transcurrió otro minuto antes de que ella abriese la puerta. Se miraron fijamente, como dos extraños íntimos, maltratados por veinte años de matrimonio.

—Siempre que lloras pareces muy joven —dijo amablemente él.

Trató de abrazarla por segunda vez, pero de nuevo le esquivó ella y se metió en el dormitorio.

—Querida, dejemos esto. Sean cuales fueren las diferencias que tengamos, sea lo

que fuere lo que te he hecho en todos estos años, esta noche no debemos pelearnos. Mira, me he disculpado, y lo he hecho sinceramente..., créeme, sinceramente. Durante todo el día no hemos tenido más que recordatorios de la muerte; por consiguiente, no sigamos luchando hasta el fin.

Ella se sentó delante del tocador, tomó un poco de crema limpiadora de un bote y la aplicó a su cara manchada de rímel.

—Hasta la próxima vez —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ella se sacó la crema con un pañuelo de papel.

—¿Qué quieres decir con eso? —repitió él.

—Sólo que siempre te disculpas, pero siempre vuelve a ocurrir.

—¿Qué vuelve a ocurrir?

—Nosotros —dijo ella—. Nuestras pequeñas muertes.

Hillsden entró en la habitación. Al quitarse ella el resto de crema alrededor de los ojos, los levantó para mirar la imagen de él en el espejo del tocador.

—En todo caso, no importa.

Se levantó y empezó a quitarse la ropa. Él tuvo la impresión de que ya no le importaban los efectos que sus acciones pudiesen producirle. Podría haber sido una desconocida desnudándose en una playa durante las vacaciones.

—¿No puedes enfadarte nunca? —le preguntó— ¿Por qué no me echas la caballería encima? Al menos eso demostraría que queda algo entre nosotros. Cualquier cosa sería mejor que esto. Haz *algo*, pégame, descárgate conmigo.

La ropa de ella yacía en el suelo, donde la había dejado, y de nuevo tuvo él una imagen de muerte: las revueltas prendas tenían cierta similitud con las fotos de las víctimas en la televisión: el aspecto de algo que antes había sido humano.

—Te gustaría, ¿eh? —replicó ella, tomando el camisón que él le había comprado en su último cumpleaños—. Te sacaría de un apuro.

—Oh, querida, no digas tonterías.

—Bueno, sí, tal vez soy tonta. Tendrías que haberte casado con alguien que estuviese más a tu altura.

Con su brillante cara, limpia de todo maquillaje, él pensó que parecía muy vulnerable. Ella levantó la colcha y se metió entre las sábanas, volviendo inmediatamente la cabeza sobre la almohada. Él se sentó en el borde más próximo de la cama y tocó su hombro desnudo.

—Mírame, querida. La gente no puede ser siempre perfecta. Tenemos que hablar, pelearnos, reconciliarnos, vivir momentos buenos y momentos malos.

—Creía que eso ya lo habíamos hecho —dijo ella, todavía de cara a la pared.

—Quisiera que tuvieses más amistades.

—Pues no las tengo. Tú has cuidado de ello. Nunca he sido lo bastante buena para conocer a tus amigos; me lo has dado a entender claramente en el decurso de los años. Nunca has compartido conmigo esa parte de tu vida.

—No por ningún motivo deliberado. Podría decir que nunca he sentido que mostrases verdadero interés por lo que hago. Supongo que no tengo un trabajo muy interesante. Vender vino no fue nunca mi ambición en la vida, pero al menos sirve para pagar el alquiler, para tener un techo que nos cobije. Te prometo que me esforzaré de ahora en adelante. Saldremos más, haremos más cosas juntos, empezaremos de nuevo.

Ella se incorporó en la cama, apoyándose en la cabecera que, como ellos, había visto tiempos mejores. Lo miró fijamente. Hillsden sonrió, pensando que lo peor había pasado, pero el semblante de ella permaneció inmutable.

—He estado hablando con alguien —dijo, con voz súbitamente desafiadora.

—Bien, me alegro. ¿Con quién?

—Con nadie a quien tú conozcas. Con un hombre.

—Bueno, creo que tienes derecho a ello.

—Oh, no es lo que estás pensando. Un médico. He estado viendo a un psiquiatra.

Esta confesión le pilló por sorpresa; incluso después de toda una vida de ocultar sus verdaderas emociones fue incapaz de controlar su expresión de incredulidad.

—Pensaba que no creías en ellos.

—Y tal vez no creo aún. Pero al menos es alguien que me escucha.

—¿Y te sirve de algo? —preguntó Hillsden, recobrándose.

—Sí.

—Bueno, lo celebro. Él tiene todas las respuestas, ¿eh? Todas las respuestas que yo no puedo darte.

—No, no hay respuestas.

—Entonces, ¿de qué estás hablando?

—Eso es cosa mía. Le pago con mi dinero.

—¿Desde cuándo? ¿Tengo al menos derecho de preguntarte eso?

—Desde hace bastante tiempo. Una vez a la semana en los últimos tres meses.

—¿Y te ha servido de algo?

—Me ayuda a no sentirme sola.

—Magnífico. Con tal de que saques provecho de lo que te cuesta.

Ella se levantó de la cama y, después de colocar sobre el respaldo de una silla las prendas que se había quitado, salió del dormitorio y bajó la escalera. La televisión seguía encendida; contempló un primer plano de Bayldon entrevistado en Westminster, pontificando como de costumbre, sin decir nada nuevo; sólo rancios ecos de la voz de su amo llegaron a oídos de Hillsden al servirse otro *whisky*: «El terrorismo nunca triunfará», «Nuestra resolución es tan firme como siempre», «La situación está bajo control».

«Patético payaso —pensó Hillsden—; nada en la vida está nunca bajo control». Había violencia incluso en los dormitorios suburbanos, terror de soledad detrás de las cortinas corridas, amor y odio mezclados como explosivos volátiles, con los recuerdos como fulminante.

Cuando por fin terminó la entrevista de Bayldon, le sucedieron fotografías de algunas de las víctimas: instantáneas familiares, retratos de boda, doblemente apreciados por los parientes enlutados. La voz en *off* de un locutor pasó lista, dando detalles íntimos de tiempos mejores. Esposas, hijos e hijas, inmovilizados en vida y ahora en la muerte, llenaron la pantalla. Una joven en particular, mencionada como una «ex *Miss Blackpool*», había sido retratada en la perfección de su juventud. Llevaba un traje de baño blanco de una pieza y el contraste con la piel morena y sin mácula fue casi insoportable para Hillsden. Estaba abrumado por la nostalgia de tiempos pasados, cuando había parecido alcanzable un amor romántico y eterno no mancillado por el dolor de vivir; cuando la piel desnuda de una muchacha era la única cosa que deseaba. Su imagen fue sustituida por otra, la cara de un aviador americano, de mejillas coloradas, epítome de los jóvenes idealizados que pintó un día Norman Rockwell. El aviador había muerto al tratar de salvar a una de las criaturas mutiladas, una niña que tendría la mitad de su edad.

Hillsden cerró la tele y solamente después se dio cuenta, por primera vez desde el asesinato, de que había pasado varias horas sin pensar en Caroline.

Capítulo 19

Génesis

—En definitiva todo se reduce a la persona, ¿no? —dijo Caroline—. A una persona individual. Puedes abrirte de piernas a una causa, pero las masas no pueden hacerte el amor, no pueden hacer que *las ames*. Tienes que meter un hombre en la cama.

—Tendré que pensar en eso. Es demasiado profundo para captarlo de primera intención.

—O demasiado evidente.

Estaban compartiendo una cama individual en una pequeña *Gasthaus* anónima escondida en los pinares que flanqueaban el pequeño pueblo austríaco de Krumpendorf. Hillsden la había elegido.

—Me alojé aquí inmediatamente después de la guerra, cuando se pagaba con pastillas de jabón o con un paquete de cigarrillos. Podías vivir como un rey durante todo un mes si traías una libra de café.

—Una ilegalidad, supongo, con la que se fomentaba el mercado negro.

—Oh, sí, desde luego. Iba contra las ordenanzas del Ejército, pero todo el mundo lo hacía, desde el general para abajo. Nadie cobraba la paga: no se necesitaba. Se experimentaba un sentimiento muy extraño al estar aquí después de terminar la guerra. Era algo irreal. Casi tan irreal como esto.

Fue el principio de su aventura. Ambos se registraron bajo nombres falsos y tomaron habitaciones separadas. Los cuartos tenían ventanas dobles y paredes enjalbegadas, y se caldeaban con barrocas estufas revestidas de azulejos, alimentadas con olorosas astillas de pino. Para más precaución, ocupaban mesas separadas cuando comían en el pequeño comedor. Por lo demás, habían concebido un plan según el cual uno de los dos saldría primero del hotel y, al cabo de un rato, el otro le seguiría hasta un lugar previamente convenido del bosque. Cuando hacía buen tiempo, pasaban allí la mayor parte del día, comiendo y haciendo el amor al aire libre. Por la noche, Hillsden sólo se arriesgaba a ir a la habitación de ella cuando todo el personal se había retirado a descansar, y volvía a la suya justo antes de que el personal se levantase y volviese a rondar por la casa.

—Explícame una cosa. Cuando dices «irreal», ¿te refieres a que lo era la vida o a que lo era la situación?

—Ambas cosas. Ciertamente, a la vida. De pronto todo había terminado. Tocarón el silbato y allí estábamos nosotros, desde luego enormemente aliviados por haber sobrevivido, pero lanzados inmediatamente a representar un nuevo papel. Éramos los amos, el proverbial ejército conquistador que ocupaba suelo enemigo. Por ejemplo, cuando entrabas en un lugar como éste, la gente del pueblo se ponía de pie. Esto resultaba molesto en cierto modo; costaba un poco acostumbrarse a ello. Todos

trataban de congraciarse y de humillarse; se apresuraban a decir que nunca habían sido nazis, que nunca habían pertenecido al partido.

—¿Eso se aplicaba también a las mujeres?

—No, ellas eran un problema diferente.

—¿Por qué sonríes?

—Algún payaso había ordenado que no hubiese fraternización. *Streng verboten, meine Herren!* No fornicarás con el enemigo. El Ejército británico del Rin renunciará al sexo desde las 07:00 horas.

—Baja la voz —murmuró Caroline—. ¿Y lo hacíais?

—Ni pensarlo. Íbamos tras las mozas como gallos. Puedes imaginártelo, ¿no? Medio millón de licenciosos soldados hambrientos de sexo paseando por el campo con la prohibición de arrancar flores. Todo el estúpido edificio se derrumbó en pocas semanas.

—Pero ¿no era extraño fraternizar con mujeres a quienes poco tiempo atrás habríais matado?

—Nosotros no matábamos a las mujeres. Al menos intencionalmente.

—No hiles tan fino. Sabes lo que quiero decir.

—No. Es notable cómo vuelven esas cosas a lo normal.

—Pero ¿cuál era su actitud?

—La misma.

—Es fascinador. Cuéntame más.

—¿Por qué eres tan curiosa?

—Porque quiero saberlo todo acerca de ti. Mira, yo iba todavía al colegio cuando vosotros desflorabais a todas las doncellas del Rin. Olvidas eso.

—No, no lo olvido. —Se inclinó para besarla—. ¿Cómo podría olvidarlo? Date cuenta de que ahora mismo estamos desobedeciendo las órdenes. Rompiendo todas las reglas: las de la empresa, las de la Iglesia de Inglaterra, las mías propias, todas, simultáneamente.

—No parece sentirte muy culpable.

—Te equivocas. La culpa me cerca como cercan las aguas el nido de un cisne.

—Muy poético. ¿Se te acaba de ocurrir o lo reservabas para una ocasión como ésta?

—No seas como Jock. Siempre me está zahiriendo por mis gustos literarios. Todo es de mi cosecha.

—No quiero que te sientas culpable en lo que a mí me atañe —dijo Caroline.

—Tal vez no he sido hecho para el adulterio.

—Para eso se necesitan dos. Yo no te desanimé. Y ojalá te hubiese conocido antes... ¿Tuviste muchos amores desde que terminó la guerra?

—No muchos, y yo no los llamaría amores. Tres, para ser exacto.

—¿En este hotel?

—No.

—Me alegro. ¿Cómo eran ellas?

—¿Y si volviéramos las tornas y te hiciese yo la misma pregunta?

—Házmela.

—No, no quiero saberlo.

Ella se acercó más y entrelazó las piernas con las de él, y él sintió el calor de su cuerpo contra el suyo.

—Entonces cuéntame tú más cosas.

—¡Caray, qué obstinada eres! No fueron más que episodios en otro paisaje. Es curioso.

—¿Qué?

—Estaba pensando. Supongo que todos los engaños empezaron entonces. Éramos como los ciegos: dos personas tratando de conocerse por el tacto. Estaba el problema del lenguaje, ¿sabes? Mi alemán era entonces ínfimo, y ninguna de ellas hablaba inglés. Te digo que todo era muy extraño. Una de ellas, no recuerdo cuál, me llevó a su casa para que conociese a sus padres. Se quedaron allí plantados; era grotesco. La madre no decía nada, pero el padre no paraba de charlar atropelladamente, y de vez en cuando hacía una reverencia. Tardé un rato en comprender lo que estaba diciendo. Por último lo capté: me estaba ofreciendo a su hija, diciéndome que era un honor para ellos que me acostase con ella. Cuando me marché, dejé una libra de café sobre la mesa, y la madre salió a mi encuentro y me besó las manos. Después de aquello no volví a ver a ninguno de ellos.

—¿Por qué?

—La culpa, una vez más. O llámalo vergüenza. Pensé que era horrible desear tanto una cosa como una libra de granos de café para estar dispuesto a vender a la propia hija.

Hillsden la miró. Sus labios despintados por los besos le invitaban invariablemente a un amor que casi había olvidado. Le pasmaba la rapidez y la intensidad de lo que sentía por ella. Desde el momento de su llegada a Austria no había tenido otra elección. Ahora le parecía imposible creer que hubo un tiempo en que no la amó. Comparaba su amor a una planta que se abre paso increíblemente en un suelo de hormigón, penetrando, en su caso, la losa bajo la que estuvo tanto tiempo enterrado al fracasar su matrimonio. Desde ese momento en adelante, sería una clase de culpa diferente la que llevaría consigo: el pesar de que no se hubiesen encontrado antes.

—¿Y el odio? —preguntó Caroline, interrumpiendo sus pensamientos—. Tal vez también intervino en ello.

—¿El odio?

—Sí. ¿No es una posibilidad, teniendo en cuenta todo lo que representó la guerra?

Antes de contestar, alargó él una mano sobre el lado de la cama para llenar otras dos copas. Estaba en una posición violenta y, al tender su copa a Caroline, el vino se derramó.

—¡Maldita sea! Toma la mía.

—No, así está bien. Frota un poco detrás de mis orejas, para que me traiga suerte.

—No es más que champaña.

Después de una pausa, dijo él:

—Uno piensa que *debería* odiar; es lo que nos han enseñado durante años; pero no es tan fácil cuando se despeja el humo.

No se puede odiar el sufrimiento, sino solamente lo que lo causa.

Ahora fue Caroline quien guardó silencio durante un rato.

—El humo no se ha despejado para mí, ésa es la diferencia que hay entre nosotros —respondió al fin—. Yo tengo que mantenerlo vivo; de otra manera no podría seguir adelante. Mira, yo no tengo valor; odio es todo lo que me han dado.

Era como si el plan de represalia que le infundieron desde su infancia la hubiese acompañado durante todos aquellos años, de la misma manera que algunas personas conservan las cartas de amor, incluso de aquellos que las han traicionado.

Capítulo 20

El espíritu del país permanecía voluble, y un síntoma más de la inquietud general fue la aparición de una facción disidente y más militante del movimiento CND, que se hacía llamar Comité Contra el Suicidio Nuclear. Pareció surgir de la noche a la mañana en una sentada bien organizada ante la base principal del Comando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos, donde la nueva generación de misiles atómicos había sido puesta en condiciones de funcionar. Fue aquí donde los terroristas todavía inidentificados atacaron de nuevo con efectos devastadores. Unas doscientas veinte libras de explosivos, ocultos en un puesto móvil de hamburguesas al servicio de los manifestantes, se hicieron explotar por control remoto, produciendo un enorme cráter. Cerca de cuarenta manifestantes y siete miembros de las fuerzas de policía resultaron muertos en el acto. En la oleada de pánico, un soldado americano que montaba guardia en el perímetro abrió fuego con un arma automática cuando la histérica multitud trató de derribar la valla de seguridad para escapar. De ello resultaron otros cinco muertos, incluido un niño de dieciocho meses. Como el soldado estaba facultado para obrar como lo hizo por las nuevas normas de emergencia, fue subsiguientemente absuelto, fallo que intensificó el ya extendido sentimiento antinorteamericano.

Una vez más, el *Times*, imitado esta vez por los periódicos sensacionalistas, dedicó toda la primera página a un editorial pidiendo a la reina que disolviese el Parlamento y que se formara un gobierno de coalición. El ministro de Asuntos Exteriores voló a Washington, donde fue abroncado sin ambages por un presidente que se enfrentaba ya con un Congreso hostil y que era dudoso que sobreviviese en mitad de un año de elecciones. La opinión pública de los Estados Unidos clamaba ya por un retorno a una política exterior aislacionista y por la retirada de las fuerzas norteamericanas de Europa.

En los mercados mundiales se produjo un fuerte hostigamiento de la libra esterlina; en relación con el dólar, ésta se cotizó por debajo de la paridad por primera vez en la historia; el Banco de Inglaterra tuvo que intervenir a gran escala para estabilizar la situación. Los tipos de interés llegaron a una altura sin precedentes, y el gobierno se apresuró a imponer de nuevo el control de cambios.

La violencia no se limitó a las islas británicas; los actos de terrorismo, colocación de bombas, secuestros y asesinatos, proliferaron en toda Europa occidental, saltando las fronteras con la ferocidad de un incendio forestal. Se habló mucho de una nueva red de terror, de que la vieja guardia del terrorismo había sido suplantada por una generación más joven de renegados; los hasta ahora objetivos limitados y locales habían sido descartados y, en su lugar, las fuerzas de seguridad detectaron una estrategia total dirigida contra la OTAN y otros objetivos relacionados con la defensa. Lo más inquietante eran las pruebas de un acuerdo entre los tres grupos principales de la *non sancta* alianza, por lo visto dirigidos desde alguna fuente del Bloque del Este.

Al extenderse el reguero de violencia por Europa (primero Inglaterra, después Bélgica, ahora Italia, y después de nuevo Alemania y de ésta a Francia), las fuerzas antiterroristas, intercambiando información, encontraron muchos factores comunes, pero sus éxitos fueron pocos.

Volviendo a Inglaterra, la mayoría de los sospechosos conocidos del IRA y otros simpatizantes fueron cercados en las primeras cuarenta y ocho horas que siguieron a los ataques iniciales pero, aparte de alguna captura de armas cortas y municiones, estas operaciones dieron poco resultado. Flotaba en el ambiente político un temor orwelliano que, al transmitirse al público en general, produjo el sentimiento de que el viejo orden estaba a punto de desaparecer para siempre. Apabullado por la situación económica e incapaz de dar una solución a largo plazo contra el terrorismo, el novato gobierno laborista se encontraba entre la espada y la pared. En dos ocasiones el presidente de la Cámara suspendió la sesión después de escenas turbulentas en los escaños. Usando sus poderes de emergencia, el gobierno había prohibido todas las reuniones, manifestaciones, marchas y mítines de más de cincuenta personas; eso aumentó la impresión de una sociedad bajo asedio y enfureció a los diversos grupos en pro de las libertades civiles. Hubo algunos intentos de desafiar esta prohibición y una manifestación de varios miles de estudiantes terminó en batalla campal contra la policía.

Dada la situación, no es de extrañar que la muerte de Glanville mereciese solamente un párrafo o dos en las páginas interiores de los periódicos, con titulares tan concisos como MUERTE SOLITARIA DE UN TRAIADOR y ÚLTIMAS HORAS DE UN ESPÍA. Lo encontró un amigo, aparentemente muerto de un ataque al corazón. La declaración oficial dijo que no había sospechas de muerte violenta y que el entierro se celebraría en privado; pero, como tantas declaraciones oficiales de la época, era mentira.

Como Caroline antes que él, el cuerpo de Glanville fue disecado con el borde cortante de la mente analítica de Hogg, tanto como por su bisturí.

—Un gas que ataca los nervios, según el ilustre Hogg —dijo Control.

—¿No su corazón?

—No, Alec, aunque su corazón nunca estuvo en el sitio debido, ¿verdad?

Hillsden se sintió obligado a reír la broma; uno no podía estar nunca seguro del sentido del humor de Control.

—Para ser absolutamente exacto, el corazón se detuvo, como suele hacer cuando llega su hora. La hora de Glanville llegó cuando alguien le echó un bote de aerosol en la cara. Sencillo y eficaz, como un pulverizador para la halitosis, aunque en este caso el alivio fue más duradero. ¿Percibe una pauta, Alec?

El empleo de su nombre de pila por segunda vez en pocos minutos desconcertó a Hillsden. La familiaridad, tratándose de Control, tenía generalmente un precio.

—¿Qué clase de pauta?

—Usted es más joven que yo, desde luego, y no lo digo en tono peyorativo; simplemente significa que tengo más cosas que recordar. Y mi memoria es excelente,

sospecho que sobre todo para trivialidades. La memoria de una mente capaz de resolver los crucigramas del *Times* casi todos los días, pero incapaz de comprender el método para reparar un fusible. Sin embargo, en ocasiones, algo enjundioso e importante asoma en la superficie. Por ejemplo: «Lo que importa al lanzarse a una guerra no es la justicia, sino la victoria. Cerrad vuestros corazones a la piedad. Portaos brutalmente». ¿Sabe quién dijo eso?

—¿Napoleón?

—Caliente. No, fue nuestro viejo amigo Adolfo, pocos días antes de invadir Polonia. Estaba hablando del pretexto propagandístico de entablar una guerra. Se desdeñaba de la credibilidad, como algo sin importancia, sobre la base de que nunca se pregunta al vencedor si dijo o no la verdad. Y tenía razón, en su valoración de la naturaleza humana.

Hillsden le escuchaba cortésmente; no tenía la menor idea de adónde quería ir a parar Control. La velada referencia a la abusiva senilidad no le engañó. «¿Para qué me hizo venir?», pensó.

—Pero las cosas son así. En los últimos días he pensado mucho, como supongo que lo habrá hecho usted, en lo que hay detrás de esta ola actual de terrorismo. Creo que podemos presumir que está financiada, si no inspirada, por Moscú. Su objetivo fue siempre desarmar a todo el mundo, salvo a ellos mismos. Entonces, ¿qué ha cambiado? Nada ha cambiado. Es como si Stalin, Beria, el Gulag, el indestructible Gromiko, no hubiesen existido nunca. No hemos aprendido nada, ninguna lección; no sabemos nada de los libros de texto.

Se acercó a la ventana y se puso de perfil.

—Divide y vencerás, Alec. Los métodos son distintos, diferentes grupos los ponen en práctica, pero siguen trabajando sobre las mismas pautas originales. No hagas tú lo que otros pueden hacer por ti, pero prepárate para intervenir después y recoger los despojos. Como de costumbre, su elección del tiempo es impecable. Estamos maduros, Alec, maduros para la cosecha, aunque, desde luego, los de Whitehall se muestran reacios. ¿O diría mejor incapaces de darse cuenta de ello?

Era el discurso más largo que jamás le había oído pronunciar, y se preguntó por qué había sido elegido para escucharlo. Control se volvió de cara a él y sonrió.

—Naturalmente, yo siempre negaría que hemos tenido esta conversación.

—Yo ni siquiera estaba aquí.

—Estos sombríos pensamientos me vinieron a la mente porque esta mañana fui convocado a presencia de alguien. Nada menos que una cita con el honorable señor Bayldon. Después de besar el anillo, tuve que bajarme los pantalones y recibir seis buenos azotes, seguidos de un desagradable rapapolvo sobre los fracasos de la empresa. Pero no me gustó en absoluto, en absoluto. No me habían hablado así desde que estudiaba en la escuela preparatoria. Nuestro nuevo ministro del Interior no es erudito en historia. No distingue ninguna pauta clara, y no quiere que le eduquen sobre la materia. Cuando pude decir unas palabras, traté de hacerle observar que lo

que ocurre ahora fue planeado hace mucho tiempo, que las semillas fueron sembradas en un terreno fértil para que floreciesen a intervalos regulares. Todas las variedades: unas cuantas compañeras de viaje, algunas híbridas y, en el mismo centro, las flores perennes que nunca se marchitan en el tallo.

Control pareció satisfecho de la metáfora, como si hubiese descubierto un talento oculto para el lenguaje.

—Desde luego, con los años, hemos conseguido desarraigar algunas. Una escarda modesta, nada espectacular, pero suficiente para trastornar todo el plan. Y tal vez, sin saberlo, nos hemos acercado, nos estamos acercando, un poco demasiado al núcleo. Y si llegamos a esto, si nos *hemos* acercado demasiado sin saberlo, esto sería suficiente. En realidad, no hemos resuelto el enigma, pero Moscú cree que lo hemos hecho. De aquí que aprieten el paso, porque pueden decidir en minutos lo que nosotros, gracias al laborioso proceso democrático, tardamos años.

Hizo una pausa, mirando una fotografía de una pareja anciana que Hillsden presumió que eran sus padres.

—Explicablemente, estamos desorientados en lo tocante a la muerte de Caroline. Hasta hoy, es así. Pero ahora tenemos una segunda muerte en nuestras manos: la de Glanville. Dos personas quemadas, y sin visible relación entre ellas, son liquidadas de repente. Aunque los verdaderos estudiantes de la historia, como usted y yo, sabemos que siempre existe una relación. Continuando con mi hipótesis, tal vez Moscú piensa que estamos a punto de establecer aquella relación.

—Sí —dijo Hillsden, asintiendo con la cabeza.

—Si me ha seguido hasta aquí, verá que el círculo se cierra con usted y su relación con ellos dos.

—Difícilmente con Glanville.

Control sonrió por segunda vez durante la conversación.

—Permita que lo contradiga. Según parece, Alec, usted fue la última persona que le vio con vida.

—¿Qué le ha dado esta idea?

—Un aparato al que llamamos micrófono oculto. Su voz aparece en la grabación, Alec. Se descuidó usted. Incluso profirió amenazas.

La sonrisa se extinguió en su semblante.

—No sería tan estúpido como para matar a Glanville.

—Bueno, esto *yo* lo sé, pero otros podrían no fiarse de su palabra, dadas las circunstancias. A fin de cuentas, fue lo bastante estúpido para desobedecer mis órdenes; no lo olvide.

—¿Por qué se preocuparía alguien de atribuirme esto? Un viejo marica, un traidor confeso, casi indigno de ser colgado.

—La política, Alec, la política. El arte de encontrar cabezas de turco. Glanville no murió mientras dormía: fue asesinado. Hogg lo ha demostrado. Aisló e identificó el gas que había sido empleado. Era de origen británico, de un tipo que es suministrado

a la empresa. Se harán preguntas, que habrá que contestar. Existe lo que llaman justicia, la defensa de la ley. Esto es lo que nos distingue de sociedades menos civilizadas.

—¿Fue por esto que le echó Bayldon el rapapolvo?

—No; se refería a asuntos de más enjundia. El tema de Glanville fue mencionado, pero sólo de pasada, y como no me pidieron detalles, no los di. Pero podemos estar seguros de que el perro dormido se despertará en un futuro próximo.

—Entonces, ¿qué está tratando de decirme? ¿Que cuando se sepan los hechos, yo seré ofrecido como víctima propiciatoria?

—Bueno, me conoce demasiado para creer eso.

—No le conozco en absoluto —dijo furiosamente Hillsden—. Y no me gustan los acertijos. Disfruté con la lección de historia, ha sido muy ilustradora; pero pongamos ahora las cartas boca arriba y dígame lo que tenga que decirme.

—Es complicado, Alec. Como una novela de Iris Murdoch. ¿Ha leído a Murdoch?

—Algunas cosas.

—A mí me apasiona. Sobre todo *The Severed Head*. Es una de las mejores; el juego entre los personajes es como un baile intrincado, con la coreografía de un maestro. Naturalmente, yo no me pondría nunca a su nivel, pero tengo cierta... aptitud, dejémoslo en esto, para sobrevivir en un laberinto. Llevamos unas vidas tan complicadas... ¿Somos los cazadores o los cazados? ¿Para quién trabajamos realmente? ¿Para nosotros, para ellos, para los otros? ¿O solamente por un sentimiento de cólera contra todo ese follón? ¿Se ha hecho alguna vez estas preguntas?

—Muchas veces. En realidad, me las estaba haciendo hace un momento.

—¿Y qué respuestas ha encontrado?

—Ninguna que tenga mucho sentido.

—Sí —dijo Control, acercándose de nuevo a la ventana y pasando ahora un dedo por el alféizar para eliminar el residuo diario de la mugre de Londres.

—Pero, en su caso, yo diría que hay una respuesta clara. Ira. Siempre me ha dado la impresión de ser un hombre colérico. Lo disimula bien, pero frecuentemente lo he percibido debajo de la superficie, presto a saltar. Ahora está irritado, desde luego, irritado por mi circunspección... Bueno, ya dije que era complicado.

—Glanville estaba vivo y mintiendo cuando lo dejé. Eso debió quedar probado por la grabación.

—Estaba usted investigando el complot de otra persona, Alec.

—¿Qué diablos significa esto? ¿Me ha hecho venir solamente para que escuche indirectas?

Control se volvió, frotándose un lado de la nariz.

—No malgaste su cólera conmigo, Alec. Yo soy su amigo, tal vez uno de los pocos que tiene en este momento. Y va a necesitar su cólera. La necesitará toda, real

o fingida, porque va a volver.

—Volver, ¿adónde?

—Donde empezó todo, Alec. Donde empezó todo.

Parte II

Capítulo 21

Belfrage no era el más satisfactorio ni, ciertamente, el más consumado de los amantes, aunque se habría sentido ofendido si alguien le hubiese dicho que su técnica era defectuosa. También era propenso a sentirse culpable después del coito, y Pamela era lo bastante astuta para darse cuenta de que aquel sentimiento de culpabilidad proporcionaba el estímulo inicial, tanto como la melancolía resultante. Ella sentía cada vez más que el sacrificio que le exigía Gunther era un precio demasiado elevado, e inventó una especie de «pelmanismo» para hacer frente a su fastidio mientras *sir* Charles jadeaba en busca de una conclusión no compartida que ella se veía obligada a fingir.

Cuando Pamela pensaba en las diferentes fases de su educación sexual, se decía que la mayoría de los hombres, a excepción de Gunther, la habían aburrido en la cama. Sus años experimentales de adolescente estuvieron plagados de correctos alumnos de colegios públicos, más ansiosos de causar buena impresión a papá y a mamá que de darle lo que ella anhelaba. Tendida debajo de *sir* Charles y esperando el momento en que éste pusiese fin a sus ejercicios, recordaba las voces ahogadas y las erecciones permanentes pero malgastadas de aquéllos, la manera en que la besaban con labios agrietados y cómo le apretaban los pechos con las manos, buscando un rápido y egoísta alivio. *Sir* Charles no era más que una versión más vieja de aquellos remotos galanes. Un primo había sido el beneficiario de sus primeros favores totales: ambos cojeando después de jugar al tenis, él con la cara hinchada por la fiebre del heno, dos novatos en una glorieta, presumiendo de un conocimiento que pronto resultó menos que amplio. Pero, desde el punto de vista de ella, fue un necesario momento decisivo; el inicial y agradable sabor del engaño, preparación de traiciones más gordas en el futuro. Porque, desde luego, había sido enseñada a preservarse, a cruzar el bosque de la juventud sin mancillarse hasta el momento supremo en que, del brazo de papá, con acompañamiento de Mendelssohn, marchase hacia la vieja estafa del amor, el honor y la obediencia. Viendo cómo otras seguían el manido y el antiguo camino, había resuelto no dejarse atrapar en el mismo callejón sin salida.

El mayor error de sus padres, ya maduros, fue permitir que terminase su educación en UC. Sin embargo, había sido siempre la niña mimada de papá, que le daba todo lo que quería. Allí, en el extenso campus de Berkeley, que abarcaba una zona tan grande como el pueblo en el que se había criado, terminó su búsqueda del nirvana. No era solamente otro mundo, donde los morenos nativos hablaban su idioma con acento extranjero, sino un mundo en el que adquirió la mayoría de edad, intelectual, política y sexualmente. Las chaquetas de *cricket* habían sido sustituidas por camisetas de manga corta con *slogans* de rebeldía estampados, y la glorieta, cambiada por los asientos de atrás de Chevrolets y Thunderbirds. Manos más confiadas habían soltado sus sujetadores, mentes más ágiles le habían dado a conocer lo que andaba mal en la sociedad que la había engendrado. Toda la experiencia fue

una revelación. Descubrió que ya no era una especie en peligro de un país agotado y maltrecho por dos guerras mundiales, sino parte de un movimiento en marcha que iba a limpiar la pizarra y empezar de nuevo, un movimiento que dictaba las normas mientras avanzaba y las rompía con la misma facilidad cuando resultaban ineficaces. Se encontró con que era aceptada en una sociedad virtualmente sin clases, y que rechazaba y se burlaba de todas las actitudes que, hasta ahora, ella nunca puso en tela de juicio. Criada en la creencia de que siempre habría un *statu quo*, se asombró cuando le dijeron que no existía. Empezó a respirar el embriagador desprecio americano de la autoridad y lo encontró estimulante. La perspectiva de ser incluida en una posible violencia, combinada con la política de destrucción, era consumación digna de ser deseada.

Naturalmente, nada de esto se realizó de la noche a la mañana. Al principio, su acento, su manera de vestir y la cantidad de dinero que tenía para sus gastos, la mantuvieron apartada.

Cuando comprendió que la aceptación no podía comprarse, se esforzó de firme en deshacerse de su antigua personalidad, pues deseaba desesperadamente que la aceptasen. Previamente, nunca había tenido conocimiento de la política. Se había dado por sabido que, cuando pudiese votar, lo haría igual que papá, es decir, a los conservadores. En su casa siempre se habló de Ellos y Nosotros, y en Ellos se comprendían todos los matices que tirasen a rojo, por poco que fuese. Toda su intervención en problemas sociales había sido firmar una petición en pro de la preservación del zorro: desde los dieciséis años había tenido un abrigo de piel. Ahora, al perder su formación inglesa bajo el sol de California, cada día más obsesionada por la necesidad de despojarse de todo lo que antaño había tenido por sagrado, se unió a toda la protesta y firmó toda petición encaminada a provocar disturbios. Como la mayoría de los conversos, abrazó la nueva fe más resueltamente que los que nacieron en ella. Se apartó de su camino para cultivar la amistad y el respeto de los gurús estudiantiles, sentándose a sus pies (o en sus caras, si era ésta la obligada cuota de entrada) e iniciándose en sus filosofías nihilistas. Lo que predicaban en la triste secuela de Vietnam parecía ser la única manera de salvar a su generación. No tenía que haber más guerras, salvo las que ellos decidiesen.

Fue durante esta segunda fase de su desarrollo que conoció a Gunther, seducida primero por su inteligencia y después por su excitante y natural sexualidad. Fue Gunther quien puso romanticismo en un contexto político; fue Gunther quien demostró que el marxismo ofrecía el premio mayor: la salvación a través de la violencia. Tendida debajo de él, despertó al señuelo del caos. Parecía una idea perfecta, lógica, pasmosamente original, fomentar una revolución en medio de tanta opulencia, proyectar un estado de oro dentro del Estado de Oro. Especialmente tal como lo describía Gunther. Gunther explicaba cómo él y otros habían traído una nueva forma de revolución desde Europa al Nuevo Mundo, y la manera en que, una vez que germinase, proliferaría la planta. «Esto no es más que el principio. Todavía

no nos hemos puesto en marcha».

El futuro que describía para ella era una droga más poderosa que la refinada porquería que fumaban juntos y, lo mismo que su mente, pervertía sus gustos sexuales, haciendo que cada vez dependiese más de él. Le enseñó los méritos de la paciencia, la necesidad de trabajar en la sombra. «Hazlo todo mal. No muestres nunca tu verdadero juego. Juega siempre las cartas que ellos quieran que juegues. Sé una estudiante ejemplar. No firmes peticiones. No ingreses en ningún cuerpo u organización estudiantil. Confúndete con su ambiente, haz que se sientan seguros contigo. Sé lo que ellos esperan que seas, y habrás avanzado mucho». Ella creía todo lo que él le decía, seguía sus instrucciones al pie de la letra e invertía el proceso que había empezado.

Estaba como atontada por él. No solamente era un maestro convincente, sino que hacía lo que predicaba. Mientras él supo en muy poco tiempo todo lo que tenía que saber acerca de ella, ella pudo averiguar muy poco de su historial. Era alemán, de Hamburgo, hijo de padres acomodados de la clase media a los que despreciaba y de los que se había apartado. Tenía poco sentido del humor, según advirtió ella rápidamente; era serio en todo. Cuando estaban solos los dos, permanecía a veces horas en silencio, negándose a entablar una relación. Su intensidad la fascinaba y en ocasiones la asustaba; gradualmente empezó a asumir las mismas cualidades que admiraba en él, pensando que, si le emulaba, él la encontraría más atractiva. Por la manera en que usaba y educaba su cuerpo comprendía Pamela que había habido muchas otras antes que ella, pero no podía incitarle a comentar sus aventuras pasadas. Tampoco había nada tierno en él; no podía estar más lejos del amante ideal en que había soñado ella en su adolescencia, pero, cuanto mayor era la indiferencia con que él la trataba, más lo deseaba. La perspectiva de perderle era inconcebible; no había nada que no fuese capaz de hacer para conservarle.

Durante el segundo verano que pasaron juntos, él anunció que se tomarían unas vacaciones en el extranjero. Naturalmente, no se había molestado en consultarla, ni se le ocurrió a ella discutir su decisión. Todo estaba preparado; irían al Brasil; Gunther sabía qué era lo mejor; todo era maravilloso.

Durante aquellas vacaciones descubriría ella con qué eficacia había destruido él sus anteriores convicciones. Al principio le pareció más tranquilo de lo que nunca lo había visto, pero su humor podía cambiar rápidamente, y no se sorprendió cuando, al empezar la segunda semana, volvió a encerrarse dentro de su concha y se volvió nervioso e irritable con ella. «Nos marchamos de aquí; este lugar me aburre», dijo de pronto. Había tomado su resolución: no tenía por qué consultarla a ella.

Hicieron las maletas y salieron del hotel en una hora. Viajaron cuatro o cinco horas en un coche alquilado hasta que llegaron a un pueblo remoto. En ningún momento él había indicado su eventual destino. Llegaron al anochecer y obtuvieron una pequeña habitación en el único hotel. Ella estaba cansada y sudorosa después del viaje, pero sólo un chorrillo de agua orinienta brotaba de la ducha. Esto y la negativa

de él a comunicarle la razón del súbito traslado acabaron por irritarla en extremo.

—¿Por qué tanto secreto? —gritó—. Íbamos a tomarnos unas vacaciones. A mí me gustaba aquel otro lugar. Y ahora, sin decirme por qué, hemos tenido que viajar muchas horas para llegar a ninguna parte. ¿Por qué? Dame una razón.

—He cambiado de plan. Tengo que encontrarme aquí con alguien.

—¿Con quién?

—Lo conocerás esta noche.

—¿Y si no quiero?

—Lo conocerás esta noche —repitió él—. Harás lo que yo te diga y no me harás más preguntas.

Ella permaneció enfurruñada hasta una hora más tarde, en que él le anunció que iban a salir.

—No voy a meterme de nuevo en ese maldito coche. Tengo hambre, quiero comer algo.

—Ya comerás. Ahora sube y no discutas.

Esta vez el viaje fue corto, sólo de cuatro o cinco millas montaña arriba. Llegaron a una villa aislada, invisible desde la carretera, que parecía deshabitada. No había luces en las ventanas y el jardín estaba muy descuidado. Gunther aparcó el coche detrás de la villa. Al parar el motor, ella oyó un perro que ladraba. No era un ladrido amistoso. Se dirigieron a la entrada posterior; la puerta se abrió de pronto y apareció un joven que ella presumió que tendría aproximadamente la misma edad de Gunther. Estaba gordo, casi rayando en la obesidad por su estatura, y su cara era redonda e infantil. Sujetaba a una perra doberman con una correa de las usadas por los guardias de prisión y por la policía, de esas que pueden soltarse rápidamente. El animal tiró de la cadena, mostrando los dientes.

—No le pasa nada —dijo el joven. Su acento era sibilante y difícil de situar—. Es que no sabe distinguir entre los amigos y los enemigos.

Dio una orden y la perra se calmó inmediatamente.

Ya en el interior, el joven les condujo a una habitación cuyos postigos de madera estaban cerrados. La luz permitió a Pamela observarle mejor. Tenía la piel olivácea, por lo que pensó que su origen debía ser mediterráneo o sudamericano. La facción más desconcertante eran los labios, que parecían no concordar con el resto de la cara; hinchados como por picaduras de abeja, fue lo primero que acudió a la mente de ella. A pesar de su volumen, se movía ágilmente sobre los pies, como un boxeador bien entrenado. Tenía algo repulsivamente atractivo, especialmente cuando sonreía, como hizo ahora.

—Supongo que estaréis hambrientos. He preparado algo.

Señaló una comida fría y una botella de vino sobre la mesa.

—Como Gunther no va a presentarnos, yo soy Pamela.

—Oh, ya sé quién eres. Por favor, sentaos.

Tendió un plato a Pamela y ésta se sirvió mientras él escanciaba el vino para

todos. Ella esperó que Gunther diese alguna explicación, pero no dijo nada. Cuando él y el joven comieron algo y bebieron un poco de vino, salieron bruscamente de la habitación, cerrando la puerta detrás de ellos. El doberman se quedó con Pamela. Ésta le arrojó un trozo de carne, pero la perra no lo tomó.

Aunque el hambre obligaba a Pamela a comer, la comida no hizo más que aumentar su inquietud. No podía dejar de pensar, en lo más recóndito de su mente, que había visto a aquel joven en alguna parte; había en él algo vagamente familiar. Oía sus voces pero no podía entender nada, y tenía miedo de moverse al no perderla de vista el doberman. Cuando terminó, apartó a un lado el plato y el vaso vacíos. El miedo y la irritación del día la habían agotado y, al cabo de un rato, se durmió.

Cuando Gunther la sacudió para despertarla, estaba soñando con sus padres.

—¿Nos vamos ahora? —preguntó, de nuevo temerosa.

—No; nos quedaremos aquí a pasar la noche.

—¿Por qué? ¿Qué es este lugar? ¿Por qué hemos venido? ¿Qué sucede?

Hizo todas estas preguntas sin respirar. El joven no se veía en ninguna parte.

—¿Y quién es él?

Gunther la agarró del antebrazo con fuerza suficiente para interrumpir la circulación de la sangre.

—Haz lo que te digo y no hagas preguntas que no son de tu incumbencia. Nos quedamos, y eso es todo. Ahora vete a la cama.

Pamela se dio cuenta de que, mientras dormía, habían traído su equipaje. Todavía asiéndola del brazo, él la empujó hacia la puerta, tomando su maleta al pasar. Después la condujo al vestíbulo, le hizo subir una escalera y le mostró una habitación.

Como el resto de la casa, estaba pobremente amueblada y ofrecía pocas comodidades.

—¿Vienes a la cama?

El miedo de enojarle más hizo que suavizase la voz.

—Más tarde.

—Estoy asustada —dijo ella—. No entiendo nada de esto.

—No tienes nada que temer. Te lo explicaré todo más tarde. Confía en mí.

Pero cuando él se marchó, estaba muy lejos de sentirse confiada. Antes de desnudarse examinó la habitación. El armario y la cómoda estaban vacíos, y lo único que encontró fue una novela en rústica encima de la mesita de noche. Estaba escrita en español y su espeluznante cubierta indicaba que se trataba de una novela de miedo barata. Oyó que el doberman rondaba por el rellano al meterse ella en la cama; después, un largo silencio. Una vez más se sumió en un sueño inquieto. La despertó el ruido de una puerta al cerrarse de golpe, que fue seguido del sonido de un coche alejándose. Se sentó en la cama y gritó llamando a Gunther. Oyó pisadas en la escalera y, un momento después, Gunther apareció en el umbral de la puerta:

—¿Estás loca? ¿Por qué has gritado?

—Porque tenía miedo. He tenido miedo desde que llegamos aquí. No comprendo lo que sucede. Creí que eras tú el que se marchaba, dejándome sola con ese tipo y su odioso perro.

—Bueno, ya ves que no me he marchado. Estoy aquí.

—¿Volverá él? —Gunther sacudió la cabeza y se sentó en el borde de la cama—. Pero ¿no es ésta su casa?

Él le acarició los cabellos.

—Es un lugar que usa.

—Por favor, dime qué significa todo esto.

—Ten paciencia.

—¿Por qué hemos venido aquí? Estábamos de vacaciones.

—Tenía que venir. Me lo ordenaron.

—¿Te lo ordenaron? ¿Quién?

—Él.

Ella le miró fijamente.

—¿Ese gordinflón? ¿Por qué tiene él que darte órdenes?

—Menos mal que no está aquí y no ha podido oírte. Es muy susceptible en lo tocante a su aspecto.

—Pero ¿qué es él? ¿Estás metido en algún lío? Tiene que ver con la droga, ¿no?

Él sonrió.

—Todavía tienes mucho que aprender, pequeña. No, no tiene nada que ver con las drogas.

—Entonces, ¿qué es él para ti? Tiene que ser alguien muy especial para traerte a este vertedero de basura en medio de ninguna parte.

—Oh, sí, es muy especial. Y tú, muy privilegiada. Has conocido a alguien por cuya captura daría cualquier cosa la policía de tres continentes, alguien que ha hecho cosas de las que tú y yo sólo hemos hablado. —Esperó su reacción, pero al permanecer inexpresivo su semblante, no pudo contenerse. Dijo, con sigiloso y malicioso orgullo—: Has conocido a Raoul, al que los periódicos llaman la Salamandra.

—¿Era él?

—Debió alegrarse de que no le reconocieses. ¿Comprendes ahora?

—No; todavía no tiene sentido... A menos que me hayas estado mintiendo todo el tiempo.

—No mintiendo; sólo esperando a estar seguro de que estabas preparada para el próximo movimiento. Mira, pequeña... Toma esto, porque necesitas tranquilizarte. —Encendió un porro y dejó que ella lo chupase primero. Ella lo hizo, agradecida—. Ahora puedo decirte que él tuvo serias dudas en dejar que vinieses conmigo, pero le convencí de que eras digna de confianza. Le hablé muy bien de ti. Si no lo hubiese hecho, si él hubiese podido alimentar la menor duda, ahora no estarías viva. No habría podido salvarte. Él no asume riesgos; por eso ha sobrevivido cuando la

mayoría de sus imitadores han muerto. Pero tiene que reclutar sangre nueva, mantener vivo el impulso.

Incluso cuando la droga empezó a mitigar su miedo, siguió todavía sin comprender del todo lo que él le estaba diciendo. Sólo mucho más tarde, después de haber hecho el amor, se enteró de la importancia del compromiso de Gunther. Éste le explicó su papel en la red del gordinflón; le explicó que también ella, a través de él, estaba comprometida, que sus credenciales estaban en un pasaporte que nunca sería mostrado, que, desde este momento en adelante, su verdadera identidad quedaría enterrada para siempre. Le recordó alguno de los éxitos pasados de aquel muchacho gordo: la bomba en la estación de ferrocarril de Turín, el asesinato del embajador israelí en Perú, el secuestro y en definitiva la destrucción del 747 de British Airways en Kuwait.

—Éstas son solamente las acciones que se le atribuyen, no la lista completa. A veces se limita a dar una idea, se asegura de que se han tomado todas las medidas necesarias, pero no representa un papel activo. Puede estar a miles de millas de distancia cuando estalla la bomba. Es una mente brillante para producir el caos; casi podría decirse que nació para eso. Y hasta ahora, ha tenido una suerte estupenda; a pesar de lo que hayas podido leer en los periódicos, nunca se han acercado a él. Hace dos años que no han tenido el menor indicio fiable de su paradero. Uno no establece nunca contacto con él; es él quien lo establece con uno. No tiene nada de su propiedad, nada.

—¿Y la perra?

—Tienes razón. Tiene a su perra. Quiere mucho a los animales, pero no tanto como para dejar de pegarle un tiro si representase una amenaza. Esta noche has tenido un buen ejemplo de su manera de operar. Nunca había usado esta casa, y nunca volverá a usarla. Sencillamente, ha sido puesta a su disposición por los que le pagan.

Por la manera en que lo decía Gunther, habría podido describir a un santo más que a un asesino a sueldo.

—Sólo hay una cosa que puede destruirle. Tú diste en ello sin saberlo. Su talón de Aquiles es que le gusta demasiado la comida. Se ha hecho operar la cara varias veces y probablemente cuando vuelvas a verle, si es que vuelves a verle alguna vez, te parecerá un hombre diferente. Lo único que no puede cambiar en él es su apetito. Distes en el blanco. Es un gordinflón.

—¿Y qué hay de lo otro?

—¿Lo otro?

—¿Qué hace para relajarse?

—¡Ah, te refieres a eso! Supongo que es un eunuco; lo único que le satisface es su trabajo.

—Parece extraño —dijo ella— que lo llames trabajo. Se mata de nueve a seis. ¿Quién le paga?

—No creo que le importe mucho quién firma el cheque. No hay escasez de

demanda. Los talentos como él se cotizan muy altos.

—Y a nosotros, ¿qué nos pedirá que hagamos?

—¡Quién sabe! Cuando esté dispuesto, cuando lo haya decidido, nos lo dirá. Puede ser la semana próxima, o dentro de meses, o tal vez nunca. Mientras tanto, estaremos a la espera. Pero él sabrá siempre dónde estamos.

Terminadas las vacaciones, volvieron a UC y, el año siguiente, se graduaron en sus respectivas materias, siendo considerados como estudiantes ideales, más preocupados por seguir la corriente americana del triunfo que por mezclarse en política. Marcharon separadamente a Europa, Pamela a Inglaterra y Gunther a su Alemania natal. Él la proveyó de dinero abundante, diciéndole lo que tenía que hacer y lo que había de esperar a cambio. Sólo entonces, por primera vez desde que había empezado su aventura, se enteró de a quiénes tenía que servir. Lo tomó con una mezcla de miedo y excitación; en aquella época, aquello todavía parecía un juego maravilloso en el que se les permitía participar, sin más peligro que el de las drogas que habitualmente consumían.

Gunther le había dicho que, en su ausencia, recibiría instrucciones a través de los anuncios personales colocados en el escaparate de una pequeña tienda de tabacos situada junto a Wardour Street. El primer mensaje le sería transmitido en una fecha determinada y la avisaría para que acudiese a una cita con su control en un lugar previamente fijado. Recibiría órdenes de un agente de la KGB encubierto en la embajada rusa y que emplearía el nombre en clave de Albert.

Pamela fue recibida con los brazos abiertos por su familia y soportó la sofocante atmósfera de la vida hogareña en el campo, por mor de las apariencias, pero sin la menor intención de seguir las antiguas costumbres. Una vez observados los convencionalismos, dijo a sus padres que estaba resuelta a llevar una vida propia, decisión que ellos aceptaron, secretamente de buen grado, pues habían visto que su estancia en California la había cambiado. Se trasladó a Londres, se instaló en un pisito que Gunther había adquirido para ella y empezó su vida secreta. El día convenido, se dirigió a la tienda de tabacos. Allí, entre tarjetas postales dando cuenta de animalitos perdidos, coches de segunda mano, equipos fotográficos y servicios de prostitutas disfrazadas de maestras y masajistas francesas, descubrió el mensaje que iba dirigido a ella:

Querida, te ruego que me esperes en el lugar acostumbrado el jueves por la mañana, siempre te quiere,
Albert.

El lugar previamente convenido para la cita era la Pajarera Snowdon, en el zoológico de Regent's Park. Ansiosa de asegurarse de que todo iría bien, fue de las primeras en entrar cuando el zoo abrió sus puertas y se dirigió inmediatamente a la pajarera. Después de casi dos horas, no había establecido ningún contacto y tuvo que

salir para ir al lavabo, pero volvió a toda prisa para continuar su espera. Tampoco ahora se acercó nadie a ella.

Y aumentaron sus temores; se convenció de que la culpa era suya, de que había interpretado mal las instrucciones y había fallado en su primera prueba. Permaneció allí hasta la hora del almuerzo, y entonces salió pitando, tan atolondrada que creía percibir una amenaza en cada cara nueva que veía.

Durante la semana siguiente, visitó la tienda cada día, pero hasta el sábado no apareció el segundo mensaje:

«Querida, lamento no haber podido asistir la vez pasada, pero lo repararé el lunes, no creas que soy una serpiente oculta entre la hierba».

Sufrió terriblemente buscando el significado oculto de aquella frase y, por fin, decidió que debían querer decir que volviese al zoo, pero esta vez a la casa de los reptiles. De nuevo acudió a la hora de abrir el zoológico y se dispuso a soportar el horror que siempre le habían producido las serpientes. Mientras daba vueltas por allí, contemplando los ejemplares inmóviles en sus jaulas de cristal, pensó en lo lejos que había llegado en tan poco tiempo y se preguntó si volvería a conocer la paz.

—Creo que se le ha caído esto —dijo una voz.

Se volvió y vio a un hombre de pie a su lado. Él le tendió una bolsa de cacahuets, de esas que se venden en diversos puntos para los aficionados a alimentar a los animales. Ella la tomó. Era un hombre de mediana estatura, probablemente de unos treinta y cinco años, vestido con un traje de bastante buena confección; alguien que habría pasado inadvertido en una muchedumbre.

—Gracias —dijo, no sabiendo de qué otro modo reaccionar.

—Las serpientes son mucho menos siniestras de lo que uno se imagina, ¿verdad? —dijo el hombre, y salió del edificio antes de que ella pudiese pensar una respuesta.

Con la bolsa de cacahuets en la mano, Pamela siguió observando las serpientes, no atreviéndose a seguirle antes de que hubiese pasado un intervalo razonable. Cuando salió, no le vio en ninguna parte y tomó un taxi para volver a su casa.

Hasta que estuvo a salvo en su interior no se atrevió a examinar la bolsa de cacahuets.

En el fondo de ésta había un trocito de papel doblado, en el que aparecía escrito a máquina: «Pronto recibirá una invitación para un fin de semana en el campo. Acéptela».

Después de leerlo varias veces, pensó que era algo que no debía conservar. Parecía demasiado melodramático y absurdo imitar las escenas de las películas de espionaje en que la heroína se traga la clave secreta; por consiguiente, lo arrojó al cubo de la basura junto a los restos de su desayuno y lo machacó todo. Lamentó que Gunther no estuviese con ella.

Transcurrieron dos semanas de tensión e incertidumbre sin que ocurriese nada.

No teniendo más que hacer, hizo visitas irregulares a la tienda de tabacos, pero no había ningún mensaje para ella. Entonces recibió un sobre corriente que contenía una reserva en primera clase para un tren particular que saldría el próximo viernes con destino a una ciudad comercial del corazón de Inglaterra. Sujeta al billete, había una nota a máquina: «Irán a buscarla y la conducirán a Brampton Abbots. Que lo pase bien». En realidad, el nombre del lugar de destino no significaba nada para ella.

De lo único que estaba segura era de la clase de ropa que tenía que ponerse; por algo era una joven educada. El día señalado tomó el tren que le correspondía. El vagón de primera clase no iba lleno, y pronto vio que la estaba mirando un joven de aproximadamente su edad y que tenía todo el aspecto de un agente de cambio y bolsa. Antes de que el tren hubiese dejado atrás las afueras de Londres, se comportó de la manera acostumbrada e inició una conversación. Después de unos cuantos cumplidos y precisamente cuando ella se disponía a pararle los pies, dijo de pronto:

—Bueno, se me acaba de ocurrir una cosa. Disculpe la pregunta, pero ¿no irá usted por casualidad a Brampton Abbots?

—Sí. En realidad, así es.

—Estupendo. Yo también voy allí. Me llamo Jeremy Ross.

—Pamela —dijo ella.

—¿Ha estado allí alguna vez?

—No, nunca.

—Oh, lo va a pasar en grande. El viejo Marty no hace las cosas a medias. Tiene una casa sorprendente, con pistas de *squash*, piscina de reglamento, Jacuzzi, de todo. Conocerá a las personas más extraordinarias, y todo es magnífico. El viejo Marty no escatima nada. Me atrevería a decir que nadie le supera en gastos, pagados por su revista un tanto atrevida, aunque es mejor que no lo pregone. ¿Ha leído algún número?

—La hojeo algunas veces —mintió ella.

—Esté alerta de que no intente hacerla salir en una de sus páginas. Siempre está buscando caras nuevas, y no siempre las caras.

Por un proceso de deducción, se formó ella una idea de la personalidad de su desconocido anfitrión: las burlonas observaciones de Jeremy sobre la revista le habían dado la primera clave. Un tal Martin Gattey publicaba con gran éxito una especie de *Playboy*, y no había perdonado esfuerzo para convertirse en personaje. Aunque la propia revista era poco más que una pálida imitación del original de Hefner, Gattey pagaba bien a sus colaboradores, y sus fotos de desnudos iban todo lo lejos que permitía la ley. Aparecía constantemente en las columnas de sociedad y en sus famosas fiestas de fin de semana figuraba siempre una extraña mezcla de personalidades del espectáculo, políticos descarriados y ases del mundo del deporte. Los orígenes de la indudable riqueza de Gattey eran un tanto oscuros; generalmente se creía que, habiendo venido a Inglaterra como refugiado justo después de la guerra, hizo su primera fortuna negociando con inmuebles, antes de volver su atención a

Fleet Street. Al fracasar en su empeño de adquirir un periódico nacional, lanzó *Bachelor*, que, para sorpresa de sus competidores, tuvo un éxito inmediato.

—¿Tiene alguna idea de quién más va a estar allí este fin de semana? —preguntó Jeremy.

—No.

—Yo tampoco. Pero ¿qué importa? Ambos estamos aquí y, como digo siempre, la sorpresa es la sal de la vida. ¿A qué se dedica usted? Apuesto a que es modelo, ¿no?

—Se equivoca.

—Lástima. Ciertamente, es lo bastante bonita para serlo. —Su enfoque era tan torpe que ella sintió ganas de gritar—. Hagamos otra conjetura. Es usted una de esas terriblemente valiosas personas que se dedican a obras de caridad.

—No soy más que una secretaria. Poquita cosa.

—Bueno, si alguna vez quiere cambiar de ambiente, hágamelo saber. A nuestra oficina le convendría una joven despierta como usted. Y ahora, ¿qué dice de mí? ¿Qué es lo que hago?

«¿Aparte de incordiar a la gente?», pensó ella.

—Oh, eso es fácil. O tiene un alto cargo en un banco, probablemente de propiedad de papá, o es agente de cambio y bolsa.

Él puso cara larga.

—No creía que se me viese tanto.

Ella sólo le escuchó a medias durante el resto del viaje, mientras él seguía insinuándose sin parar. Cuando llegaron a su destino fueron recibidos por un chófer de uniforme que conducía un Bentley último modelo.

—No se lo he dicho —observó Jeremy, después de saludar familiarmente al chófer—. Hay que reconocer que Marty sabe hacer las cosas.

Después de un trayecto de veinte minutos a gran velocidad, llegaron a la casa. Si Gattey hacía gala del mal gusto en su revista, no podía decirse lo mismo de su estilo de vida. La mansión, al final de una avenida flanqueada de árboles, era de auténtico estilo Reina Ana y había sido magníficamente restaurada, sin reparar en gastos. Gattey le agregó un ala adicional en concordancia con la estructura principal, para albergar una piscina cubierta de dimensiones olímpicas y un complejo de juegos. Cuando, como nueva invitada, le fue mostrada la casa, Pamela vio que Jeremy no exageraba: era algo extraordinario.

En cuanto al propio Gattey, se mostró cortés e ingenioso. Ella había esperado vulgaridad combinada con un intento inmediato de conquista, pero quedó agradablemente sorprendida y rápidamente desarmada por su simpatía natural. Parecía haber criados en todas partes; cuando la llevaron a su habitación, la encontró amueblada con un gusto impecable. Al saludarla, Gattey había insistido en que prescindiese de toda ceremonia. «Sólo tenemos dos reglas, Pamela. No asustar a los pavos reales y no jugar por dinero. Aparte de eso, está aquí para pasarlo bien. Vista como quiera, nade en la piscina de agua caliente, juegue un poco al tenis o al *squash*,

tome un baño de sol, o mándelo todo al diablo y no haga nácia. Quiero que se sienta cómoda. Me alegro de que haya venido».

Todo aquello parecía diferente de cualquier escenario en que hubiesen podido soñar Gunther o el gordinflón, y se preguntó cuándo le sería revelado el verdadero objetivo de la invitación.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Cuando bajó para reunirse con una treintena de invitados para el almuerzo, la primera persona con quien se tropezó fue el hombre que le dio la bolsa de cacahuets en el zoológico. Gattey se lo presentó como Andrei Shmarinov, director de una compañía polaca de papel de periódico con la que tenía tratos comerciales. El hombre a quien conocía ella como Albert le besó la mano con exagerada cortesía, pero no mostró mayor interés y fue Jeremy quien la acompañó para el almuerzo.

En el momento en que entró en el comedor vio claramente que, fuese lo que fuere lo que les estuviese reservando el fin de semana, nadie se iría a la cama con hambre. La comida fue servida con esa prodigalidad natural que sólo los muy ricos pueden permitirse, en vivo contraste con algunas de las fiestas caseras a las que se había visto obligada a asistir en su adolescencia. Tal vez el único fallo era que los invitados masculinos se veían superados a razón de uno a dos por las hembras; Gattey había reunido un grupo numeroso de muchachas atractivas, la mayoría de las cuales parecían estar en su ambiente. Reconoció a algunos de los hombres: un as del tenis, dos conocidos personajes de la televisión y un político laborista en auge que daba la impresión de que, si no podía hacer la pelotilla a los ricos, no tenía reparo en reunirse con ellos.

Durante el almuerzo salió el sol y el anfitrión ordenó que se sirviera el café en la terraza. Después de un cortés intervalo, se formaron parejas para el tenis y ella subió a cambiarse de ropa. Al reunirse de nuevo con los otros, advirtió que «Albert» estaba tomando fotos de algunas de las chicas. Jugó dos sets de dobles antes de ir sola a explorar el magnífico terreno. Aunque no se hacía ilusiones sobre el verdadero objeto de la reunión, los hombres parecían atractivos, a excepción de Jeremy, y hacía rato que no pensaba en Gunther.

No le sorprendió que «Albert» apareciese en un lugar aislado del jardín, donde no podían verles desde la casa. Breve y elocuentemente, le dijo lo que tenía que hacer:

—Necesitamos tomar algunas medidas de seguridad para el futuro —dijo—. Presumo que no tendrá inconveniente en seducir a uno de los invitados.

—No, siempre que sea un hombre. Otra cosa me sería imposible.

—Es un hombre.

—¿Cuál?

Le dio el nombre.

—Bien —dijo Pamela—. No tendré que violentarme, es muy guapo. ¿Espera que haga yo el primer movimiento?

—Espera tener suerte con alguien; ésa es la razón principal de su presencia aquí.

En cuanto al procedimiento, es cosa suya. Sólo agárrele bien; eso es todo. Quiero que emplee esto. —Le dio un magnetófono en miniatura, del tamaño de un paquete de cigarrillos—. ¿Conoce estos aparatos?

—En realidad, no.

—Todo está preparado. Nada más que apretar este botón. Tiene cuerda para tres horas. Es importante que le llame por su nombre; debemos tener una identificación positiva en la cinta. Mañana quiero fotografías de los dos juntos.

—¿Quiere fotografías de los dos en la cama?

—No. Aunque eso podría ser necesario más adelante, en otra ocasión. ¿Está todo claro?

Pamela asintió con la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer con la cinta?

—Me la dará antes de que nos marchemos. Ahora no me siga y prescinda de mí lo más posible —dijo él, y se alejó bruscamente.

Ella continuó paseando por el jardín hasta que decidió cuál sería la mejor manera de abordar a aquel hombre. Al volver a la casa, escondió primero el magnetófono en su habitación y después se reunió con el grupo que estaba en la piscina. Quiso la suerte que no tuviese que tomar la iniciativa, al sugerir una de las muchachas su sesión en el *jacuzzi*, sugerencia aceptada de buen grado por los hombres. Pamela dio el ejemplo, siendo la primera en desnudarse. Una vez en el *jacuzzi* se acercó casualmente al hombre que «Albert» había elegido como su presunto amante y, cuando se tocaron sus cuerpos desnudos debajo del agua agitada, el inequívoco mensaje fue inmediatamente recibido y contestado.

La cena fue todavía más suntuosa que el almuerzo. Ella se sentó delante de su presa y aprovechó todas las oportunidades para establecer un sutil contacto visual. Ahora estuvo segura de que él había mordido el anzuelo. Cuando acabaron de comer y la mayoría de los invitados se retiraron al cine privado, para contemplar uno de los últimos estrenos, ella se sentó a su lado. En la oscuridad, sintió Pamela que la situación evocaba el recordado erotismo de su adolescencia; hacía mucho tiempo que no había experimentado una curiosidad sexual semejante. No se dijeron nada; todo había quedado sobreentendido entre ellos.

Cuando él fue al fin a su habitación, resultó ser un amante inepto en comparación con Gunther, aunque ella le inició en variaciones que él confesó que nunca había probado; al poco rato, fue como arcilla en sus manos sensuales. El hecho de que el magnetófono oculto estuviese funcionando aumentaba su propia sexualidad, y le costó poco obtener las perjudiciales indiscreciones que le habían sido pedidas. Confiaba en que «Albert» se sentiría más que satisfecho de los resultados de su primer trabajo.

Todo esto había ocurrido al principio de su vida secreta. La invitación a Brampton

Abbots no se repitió, y recibió instrucciones de que no tenía que haber más contactos entre ella y aquel hombre. En cambio, se le ordenó que aceptase un puesto lucrativo y de responsabilidad que le prepararon como intérprete de la CEE en Bruselas. Allí se reunió con Gunther, pero ninguno de sus colegas estaba enterado de su relación y, generalmente, se presumía que era una joven soltera dedicada solamente a su trabajo. Gunther llevaba su propia vida, yendo y viniendo a intervalos regulares, y Pamela se daba cuenta de que estaba mucho más comprometido que ella misma. De vez en cuando leía noticias sobre el gordinflón (siempre pensaba en él bajo este nombre); se decía que había sido visto en El Cairo y, después, se le atribuyó uno de los atentados con bombas en Francia.

Pamela se sentía feliz con su nuevo empleo y recogía informaciones útiles que transmitía lealmente a Gunther. Su vida social nada tenía de aburrida. La Comisión era un semillero de cabilderos y políticos marginales, todos ellos sacando generosos estipendios y viviendo lejos de casa; raras veces tenía dificultades para sacarles información secreta, ahora que se había aficionado al engaño, aunque Gunther le había imbuido la necesidad de estar constantemente en guardia; dada la transitoriedad y el cosmopolitismo de los miembros de la Comisión, siempre existía el peligro de hacerle el juego a alguien del otro bando.

Cuando interrogó a Gunther sobre el futuro, él se mostró deliberadamente evasivo.

—Ellos nunca tienen prisa. Sé que están muy contentos contigo hasta ahora; por consiguiente, ya llegará tu ocasión. Sólo mantente alerta hasta que elijan tu próximo objetivo. Parecen pensar que tienes cualidades especiales.

El objetivo fue por fin identificado como *sir* Charles Belfrage, al que conoció en una recepción de la OPEP; un encuentro que pareció casual pero que había sido cuidadosamente preparado por Gunther. Acudió a la recepción acompañada de un amigo árabe, pues se trataba de una escaramuza preliminar y tenía órdenes de no precipitar las cosas.

Encontró que Belfrage era un diplomático a la antigua usanza, de aspecto parecido al de Eden, pero con facciones más duras y con más humor en los ojos del que jamás había poseído Eden. También había algo en sus modales que le sugirió que no siempre se movía en los círculos adecuados, y cuando le sonsacó más tarde descubrió que procedía de la clase media, como ella. En su primer encuentro, él se mostró gravemente cortés, como hombre que había aprendido a escuchar y a reservarse sus pensamientos privados. Al mismo tiempo, Pamela tuvo la impresión de que le había causado un efecto positivo.

Con la complicidad de Gunther, ella y Belfrage se encontraron de nuevo en una representación de gala de *La Flauta Mágica* en ayuda de la Campaña Contra el Hambre en África. Esta vez tuvo buen cuidado en ir sola y se tropezaron en el bar durante el primer intervalo. Belfrage la invitó a una copa de champaña, y charlaron hasta que sonó el timbre. Continuaron la conversación durante el segundo entreacto.

Fue entonces cuando, después de comentar una mutua afición a la ópera, Belfrage le ofreció dejarle sus localidades especiales cuando él regresase a Londres.

—Necesitaré saber dónde tengo que enviarlas —dijo con naturalidad.

Admirando su estilo, ella le dio su dirección y su número de teléfono. Confío en que él haría el próximo movimiento. Un mes más tarde, al regresar Belfrage a Bruselas como parte de sus funciones oficiales, la telefoneó tal como ella esperaba. Gunther había decidido ya que no se mostrase demasiado fácil, pero ella le hizo saber lo mucho que apreciaba su amabilidad al cederle las localidades.

—Si hubiese sabido de su llegada, habría cuidado de tener libre esta noche —dijo—. Desgraciadamente, no puedo cancelar tan de repente un compromiso anterior.

—Claro que no; no soñaría en pedírselo. ¿Tal vez otro día?

—Me encantaría verle de nuevo. Es un alivio tratar con alguien que no habla siempre de política.

—Bueno, me alegro de que no se haya olvidado de mí —dijo él—. Es posible que tenga que permanecer aquí más tiempo del que había proyectado. Los franceses se muestran tan pesados como siempre en lo que a nosotros concierne.

—Bueno, si es así, llámeme otra vez. Esta semana no tengo proyectado nada más.

Naturalmente, él prolongó su estancia; había mordido bien el anzuelo. Cenaron juntos en uno de los restaurantes que estaban menos de moda, elegido por Belfrage por lo que llamó «su tranquilo ambiente y su excelente lista de vinos». Para cualquier observador interesado, podía pasar muy bien por un padre que llevaba a su hija a cenar para celebrar algo. Su conversación cortés, referente sobre todo a las artes, no contenía ninguna insinuación por parte de él, aunque Pamela estuvo segura de que trataba hábilmente de hacerla hablar de su pasado. Él la acompañó en taxi a su apartamento, donde la dejó sin intentar prolongar la velada. Cuando se despidieron, la besó en la mejilla.

Al día siguiente Pamela recibió un ramo de flores. La tarjeta decía «Debemos tratar de ver *La Bohème* la próxima vez», y no llevaba firma. Desde luego, ella no le escribió para darle las gracias por las flores.

Después sólo fue cuestión de tiempo; en la próxima visita de él, sin que nada hubiesen concertado de antemano, ella le recibió al fin en su apartamento y en su cama. Estaba bien atrapado.

—Querida mía, no puedo seguir haciendo visitas tan frecuentes —dijo él—. No sólo es demasiado arriesgado, sino que pasan demasiadas cosas en mi país.

—Lo comprendo.

—Por otra parte, tengo que verte de nuevo. Me has causado un efecto devastador, te lo confieso. No tengo ningún derecho, y no quiero engañarte sobre mi situación doméstica. Esto es intocable, y si no puedes soportarlo... y no hay razón para que tengas que hacerlo..., tendré que irme con la música a otra parte. No puedo pretender que será fácil, después de lo ocurrido; pero éste es mi problema.

—Quiero verte de nuevo. Esto es muy importante para mí. ¡Eres tan diferente de

todos! Encuentro que la mayoría de jóvenes de mi edad son muy fastidiosos. No saben hablar de nada, salvo de lo evidente.

—Entonces tendremos que encontrar una solución. Hay una, desde luego. Es egoísta por mi parte, pero te la diré.

—¿Cuál es?

—Con tus méritos, no creo que te cueste mucho encontrar un trabajo parecido en Londres. Yo podría ayudarte, indicándote lo más conveniente. Con frecuencia me entero de oportunidades.

Ella se cuidó muy bien de no mostrarse entusiasmada.

—Tengo que ganarme la vida. Supongo que aquí me he acostumbrado mal. Y existe la cuestión de encontrar algún lugar donde vivir.

—Bueno, naturalmente, te ayudaría en eso. Podría alquilar un pisito para ti.

—No sirvo para entretenida —dijo Pamela—. No es mi estilo y creo que tampoco sería bueno para ti.

Sabía que ésta era la respuesta que él esperaba oír.

—Eres demasiado buena para mí. Bien, te comprendo. ¿Pondrías algún reparo a que yo buscara un *pied-à-terre*, algún lugar discreto al que pudiésemos acudir para vernos? Sin ataduras, desde luego.

De nuevo fingió ella resistencia, empleando argumentos que sonaban dulces en sus oídos. Le explicó que, aunque adoraba su compañía y se encontraba bien en la cama con él, no podía permitir que pusiese en peligro su matrimonio y su carrera.

—Comprendo tu posición, puedes creerme. Sé que en modo alguno puedes pedir el divorcio. Por otra parte, no quiero perderte; pero preferiría que rompiésemos ahora antes de crearte ningún problema.

Él replicó diciendo que estaba loco por ella, que su encuentro era lo mejor que le había ocurrido en la vida y que no estaba dispuesto a perderla. Después de un segundo y emocional acto amoroso, ella le prometió pensarlo.

—Lo has hecho a la perfección —le dijo Gunther—. Manténle en suspenso durante un poco más de tiempo y, después, cede. Vuelve allí y deja que empiece él a apretarse el dogal. Yo cuidaré de hacer todos los arreglos necesarios. Hay una casa segura que tú y yo podremos utilizar, y me reuniré allí contigo. A propósito, creo que sería bueno que le hicieses saber que tienes un amigo; esto le mantendrá en vilo. Y hazle pagar; apriétale el cuello hasta dejarle seco.

Así empezó la cosa. Belfrage no podía creer en su buena suerte. Aparte de la inesperada satisfacción de creer que había seducido a una muchacha que habría podido ser su hija, existía la ventaja de que ella procedía de su propia clase y no tenía motivos ulteriores discernibles. Esto le inducía a correr riesgos que en cualquier otro contexto habría rechazado como absurdos. Entró en una segunda infancia sexual con ella. Bajo su guía, conoció el hachís («Abstengámonos de drogas fuertes —había dicho Gunther—, mantengámoslas en reserva»), que Belfrage consideró el acto más atrevido que había realizado en su vida. Por primera vez en un decenio, volvió a

hacer ejercicio, súbitamente consciente del contraste entre su cuerpo y el de Pamela. Había una nueva prestancia en su andadura, y sus subordinados encontraron que su sarcasmo, desde hacía tiempo comidilla en el departamento, era más suave.

Inventó con Pamela una serie de frases en clave, algunas como advertencias durante las llamadas telefónicas desde su despacho, otras para intercambiar conceptos cariñosos, y cuando estaban a solas, él la llamaba su Ardilla. Decía «Mi querida y sexy Ardilla» o «Mi pequeña Ardilla de rabo peludo», como si todas sus ideas sublimadas hubiesen sido entresacadas en una versión obscena de Beatrix Potter. Pamela aguantaba estas y otras expresiones infantiles de su pasión. Sus confesiones de almohada revelaron que había apetecido, pero nunca realizado, ciertas fantasías sexuales; ella hizo que las convirtiese en realidad, esclavizándolo con ello todavía más. (Por lo visto, la señora Belfrage nunca había estado dispuesta a adoptar una posición que no fuese la normal). Entre los brazos complacientes de Pamela, sintió renacer ideas largo tiempo dormidas; dejó a un lado los hábitos de toda una vida, quitándose su máscara del Servicio Civil en el momento en que entraba en su dormitorio. Al hacerse más profunda su relación y cobrar ella entera confianza, fue capaz, asumiendo sutilmente una ingenuidad que él encontraba especialmente atractiva, de acercarse más a su verdadero objetivo.

Aprovechó la ocasión cuando a él se le escapó decir que la señora Belfrage se preocupaba poco de los intrincamientos de su carrera.

—A Penélope le interesan los fines, naturalmente, pero no los medios. No quiero ser desleal con ella, pero nunca ha puesto realmente nada de su parte; no sabe preparar una buena mesa, cosa que tal vez me habría permitido ascender rápidamente a una posición más elevada. No es que me queje. Las cosas habrían podido irme mejor o peor. Lo importante es que ahora, con mi pequeña y sexy Ardilla compartiéndola conmigo, considero mi vida plenamente realizada. Poder besar esta linda y pequeña Selva Negra y decir que es mía... Porque es mía, ¿verdad?

—Desde luego —dijo ella, disimulando el tedio de su voz—. Cuéntame algo más de lo que ocurre en tu maravillosa y excitante vida. Me encanta oírte hablar de ella; suena todo tan romántico...

Belfrage tomaba los halagos de esta clase como lame un gato mantequilla de sus patas.

—No realmente, Ardilla. Romántico no es la palabra que me parece adecuada. Mi trabajo es muy monótono la mayoría de las veces. Todo lo que se habla sobre caminar por los pasillos del poder parece bueno, pero ya no lo parece tanto cuando eres tú el que camina por ellos. Tiene algunas ventajas, desde luego; abre algunas puertas, pero todo lo demás no son más que habladurías de los periódicos sensacionalistas. Ya sabes cómo somos los británicos: adoramos a nuestros místicos.

Al principio, todo lo que ella logró sonsacarle fue bastante inocuo, aunque en ocasiones ligeramente escandaloso. «No te dejes nada —insistía Gunther cuando ella le informaba—, nosotros decidiremos lo que es importante y lo que no lo es». Él era

el único que estaba en contacto con «Albert»; Pamela era considerada demasiado vulnerable.

A veces renacían los viejos temores de Belfrage y éste hablaba de poner fin a su aventura. Era entonces cuando necesitaba ella emplear toda su habilidad. Había aprendido que, si lloraba, le producía un defecto devastador; no podía resistir las lágrimas. «Tú eres el único hombre que hizo que me ocurriese esto», era su mejor truco, ya que halagaba directamente su vanidad fundamental de amante. El súbito y abyecto cambio de actitud que seguía inevitablemente a estos episodios le esclavizaba todavía más a ella.

Al continuar su relación, ella clavó más hondo, empezando en el pasado y avanzando poco a poco hacia el presente, aunque él se mostraba siempre circunspecto.

—Cuéntame lo de Cliveden —decía ella—. ¿Es verdad lo que dijeron sobre ese ministro? ¿No se presumió que le habían utilizado como doncella y hecho servir la mesa?

—Creo recordar que hace años se dijo algo en ese sentido. En aquella época había muchos extraños tejemanejes. Lo malo de los políticos es que nunca están satisfechos. No es una idea original, pero el poder corrompe. Algunos se alejan tanto de sus orígenes que empiezan a creer que son seres aparte, que no tienen que responder ante nadie, y menos ante sus electores.

Ella empleaba todo su ingenio en hacerle hablar de asuntos de seguridad, abordando casualmente el tema una noche en que estaban observando un programa de actualidad en la televisión: un miembro de la oposición había suscitado una vez más la cuestión de la falibilidad del MI-6. El nombre de Dinnsbury fue mencionado varias veces durante la entrevista.

—¿Ha trabajado alguna vez alguien así para ti?

—¿Alguien como qué, Ardilla?

—Espías y gente parecida.

—No, amor mío. Gracias a Dios no tengo relación directa con la brigada de capa y espada. Todo eso corresponde a un departamento completamente distinto, aunque debo confesar que tropecé un par de veces con aquel horrible artista de Maclean.

—¿De veras?

—Sí. Recuerdo que le conocí en Washington. Era un mal bicho. No me imagino cómo pudo salirse con la suya durante tanto tiempo. Estoy seguro de que yo les habría descubierto, a él y a sus compinches, si el caso hubiese estado bajo mi competencia. Generalmente puedo detectar todo lo que huele a invertido.

—¿Invertido?

—He empleado la palabra clásica. ¿Cómo les llamáis ahora? *Gays*, ¿verdad? Nunca me ha gustado este nombre. Diferencias propias de las generaciones, supongo, como tantas otras cosas. Pero no entre tú y yo, ¿eh?

Besó la parte predilecta de su cuerpo.

—Estoy segura de que habrías sido brillante —le arrulló ella—. ¿Crees que todavía hay personas como ellos?

—¿Como quiénes?

—Maclean y los suyos.

—¿Por qué estás tan interesada?

—No lo sé. Tal vez porque nunca he conocido a nadie, salvo a ti, que realmente sepa lo que pasa.

—¿Sabes que eres una pequeña ardilla divina? Divina. Pero yo no soy tan importante como deseas pensar. No, las cosas están hoy más controladas. No mucho más, supongo, pero al menos uno tiene la impresión de que alguien cuida de la tienda. Todos tenemos que ser investigados.

—¿Esto no tendrá nada que ver con los veterinarios, verdad^[1]?

—No, amor mío. Es como un chequeo médico, salvo que te examinan la vieja caja de los sesos en vez de la próstata.

Rió de su propia broma.

—¿Has sido tú también investigado?

—Oh, sí. Estuvieron buscando esqueletos en mi armario, pero estaba casi vacío.

—¿Qué pasaría si descubriesen lo nuestro?

—Por Dios, no me hables de eso. Toca madera.

Alargó una mano para tocar la mesita de noche.

—Entonces, dime qué esqueletos encontraron. ¿Has sido siempre infiel?

—No, puedo decir sinceramente que no lo he sido. Alguna cana al aire ocasional, como todo el mundo, pero nada serio. Quiero decir nada como lo nuestro. Lo que más les preocupa es cualquier relación, por remota que sea, con los rojos. Como la mayoría de los de mi generación (no olvides que estamos hablando de los años treinta), pertencí a algún grupo de izquierda, me inscribí en el Left Book Club, etcétera: nada importante. Pero ahora tú eres lo único oculto en mi armario, y no sólo huesos, querida, sino que estás bellamente revestida. Mira tus lindas tetas y tu linda barriguita y ese bosquecillo que volveré a besar ahora mismo.

Mientras realizaba lo que creía que hacía a la perfección, ella miró su calva incipiente y simuló que respondía, sabiendo que para él era importante creerse un tigre. A fin de cuentas, era cuando era más vulnerable; los momentos en que ella podía sonsacarle más cosas.

Después de hacer el amor y mientras estaban tomando un baño juntos, dejó caer él una observación sobre la muerte del chófer de Bayldon, y ella aprovechó la ocasión.

—¡Querido! Hubieses podido ir tú en aquel coche.

—Sí, supongo que sí. Son gajes del oficio. Cualquiera puede ser un objetivo.

—¿No tuviste miedo?

—Yo no estaba cerca de allí cuando ocurrió, Ardilla. Me afligió más lo de aquel pobre hombre.

—Tendrían que darte protección.

Él le enjabonó la espalda y el pecho.

—La única persona de quien debo protegerme eres tú.

—No lo tomas en serio, pero estoy preocupada por ti.

—Querida, yo llevo paraguas, no pistola. Y ellos no van a la caza de tipos como yo; esos bastardos prefieren matar a mujeres y niños. Tienes que tener cuidado. Si vas de compras y hay una alarma de bomba, no te arriesgues. Es espantoso lo que son capaces de hacer.

—¿Qué crees que pasará si esto no se acaba?

—Buena pregunta. Ahora frótame la espalda, corazón. Estás viviendo tiempos difíciles: fuerzas muy siniestras han puesto manos a la obra. Y algo más grave podría estar cociéndose. No me preguntes qué, pues no debo decírtelo y podría, indirectamente, comprometerte.

—¿No estarás en dificultades?

—No, claro que no. Sólo se da el caso de que tengo algún contacto con la persona que lleva el asunto. Todo depende de las filtraciones que haya.

Todo eso lo refirió ella fielmente a Gunther.

—Apriétale; haz que te dé más detalles.

—No es tan fácil. Él no es estúpido, ¿sabes?

—Entonces inventa algún nuevo juego de cama para ablandarle el cerebro.

—No te importa lo que yo tenga que aguantar, ¿eh?

—No demasiado. Lo que realmente te molesta es que no soy celoso, ¿verdad?

—¿Qué me importa que seas o no celoso? —dijo ella; pero no había convicción en su voz, y la sonrisa de él la irritó todavía más—. Odio tu cara dura.

—Bien. Me gusta tu odio. Hace que me desees más.

Sus manos, a diferencia de las de Belfrage, tenían todavía el poder de excitarla. Cuando las pasaba sobre su cuerpo, era como si ella estuviese programada para responderle, fuesen cuales fueren sus más íntimos sentimientos.

—Ahora no. ¿Ni siquiera te importa que venga directamente de su cama?

—No. ¿Qué tiene eso que ver?

—A veces me das asco.

—¿O hago que me desees más? Recuerda que no puedes ocultarme nada.

Tal era el caos de su vida: estaba alienada del pasado, incierta del futuro. Cuando, por deber, visitaba ocasionalmente a sus padres, era como si entrase en un país extranjero. Llevaba su vida secreta como un hijo no deseado. Curiosamente, había llegado a sentir cierto afecto por Belfrage; a pesar de sus deficiencias como amante, era amable y considerado, romántico a su antigua manera, y había veces en que ella se despreciaba por engañarle.

Tenía más éxito con él cuando no le apretaba tan fuerte, cuando permitía que una chispa de compasión entrase en sus relaciones. A menudo, la preocupación y la piedad que expresaba eran auténticas, aunque se esforzaba en ocultarlo a Gunther.

Las exigencias de éste se hicieron más apremiantes.

—No te esfuerzas lo bastante —la acusaba—. ¿No te das cuenta de que estamos trabajando contra reloj? Necesitamos tener resultados.

Cuando volvía a la casita de aquella callejuela, donde florecía la traición entre besos, con frecuencia sentía que presionaba demasiado a Belfrage; éste podía ser un tonto en el amor, pero estaba demasiado adiestrado en discreción para que pudiese ella zarandearle.

—Me preocupa que estés en peligro —le dijo un día—. Que pueda perderte y termine todo esto.

—Si termina, no será por mi culpa, Ardilla. Las cosas son así, no creas que lo ignoro.

—No quería decir eso. Todos los días leo acerca de personas como tú que son asesinadas. Ayer mismo mataron a aquel diplomático delante de su esposa y de sus hijos.

—Ya te he dicho que no estoy en primera línea, sino sólo en la trastienda. Podría salir de aquí y ser atropellado por un autobús, pero ésa es otra cuestión.

—Me has dicho que buena parte de tu trabajo es secreto. Así lo dijiste.

—Sí. Hasta cierto punto. Pero la mayoría de los trabajos para el gobierno lo son, querida. Un gobierno franco es algo que no existe. Eso estropearía toda la diversión. No podemos dejar que los electores sepan lo que nos proponemos. —Rió de su propio cinismo, pero ella se negó a compartir la broma—. Eres una tonta, mi pequeña Ardilla, y eres muy buena al preocuparte por mí. Te prometo que tendré cuidado.

Su continua falta de éxito provocó escenas más violentas con Gunther.

—Mira, sabemos que tiene ciertas actividades ocultas, ¿no puedes meterte esto en la cabeza? Tiene relación con el MI-5. Me han dicho que fue consultado cuando los nuestros liquidaron a aquella mujer, Oates, por las razones que conoces.

—Él sostiene siempre que no es más que un funcionario civil.

—¡Jesús! ¿Cómo puedes ser tan ingenua? *Todos* son funcionarios civiles, ¡imbécil! Esto no es más que una cortina de humo. Te digo que tu geriátrico amante está metido en el ajo; por consiguiente, ¡no discutas conmigo!

—No es tan geriátrico —dijo ella, en un débil intento de desquitarse.

—Todavía no sé si puedo confiar en ti. Voy a poner un micrófono oculto.

Empleando la llave de ella cuando no había nadie en la casa, instaló el aparato.

—Tanto para vigilarte a ti como a él. Sólo recuerda que, en este juego, nadie es indispensable.

Capítulo 22

Diversos rumores, cada vez más chocantes, circularon por la empresa cuando Hillsden desapareció de pronto de la circulación. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era «una cosa rara» y, aunque la empresa había sobrevivido a los desertores, a los escándalos y a las extravagancias de los gobiernos en el pasado, nadie podía recordar nada tan extraño e inesperado. «*Tres misteriosos*», observó Fenton más de una vez con su acostumbrada pedantería, pero era Waddington el más perplejo. Los acontecimientos que no tenían explicación lógica le impresionaban más que las catástrofes. Podía hacer frente a los terremotos y otros fenómenos parecidos. Como solía decir, era el inexplicado cierre de golpe de una puerta lo que le hacía reflexionar dos veces. Lo sentía como una traición personal.

Una teoría, puesta en circulación por la señorita Glazer, de Recepción, era que *Mr. Hillsden* padecía una enfermedad incurable. Se fundaba en el hecho de que había observado que el color de su tez cambió en el curso de las semanas anteriores a su desaparición.

—Siempre puedo ver la muerte en la cara de la gente —dijo, con morbosa satisfacción—. Mi peluquero murió de sida, y la última vez que me atendió le dije: «Tiene usted mal aspecto». Porque podía ver el cambio que se había producido en él. Y fijaos, a las tres semanas se había muerto. Yo lo había olfateado. Y sólo tenía treinta y dos años. Esto da que pensar, ¿no?

—Lo que a mí me da que pensar es que esto no podía tener ninguna relación con Alec —replicó Waddington.

Rotherby, que siempre había considerado a Hillsden como socialmente inferior a él, ofreció la poca caritativa explicación de que en realidad no había ningún misterio.

—Si me lo preguntáis, diré que probablemente le pusieron de patitas en la calle. Por la sencilla razón de que ya no estaba en condiciones. Después de volver del frío, pareció haber perdido facultades.

—No se habría marchado sin decir nada —dijo Waddington.

—¿Crees que no? Yo diría que habría sido muy propio de su carácter. Probablemente quiso evitar unas copas de despedida.

—Ésta es una de tus típicamente mezquinas observaciones. No eres muy famoso por dar una fiesta cada día de la semana.

Las especulaciones continuaron durante un mes pero, cuando no llegó ninguna explicación oficial de Control, Waddington pidió una entrevista personal. Sabía perfectamente que desde su creación, la empresa se había regido por las normas del viejo y que, en su estructura, estaba su renuncia a compartir algo con sus subordinados. Murmullos y vagas insinuaciones estaban a la orden del día, todo para evitar respuestas positivas. Por consiguiente, se lanzó de cabeza:

—Alec y yo trabajamos en íntima conexión. Si hay algo siniestro, tengo derecho a saberlo a base de bien.

—«A base de bien» es una de esas espantosas expresiones modernas, ¿no es cierto? —dijo Control, haciendo chascar los nudillos—. Siempre he pensado que deberíamos tener más respeto a nuestra lengua nativa. Pero, ya que me ha hecho la pregunta, le diré que la partida de Hillsden no va a dejar otra herida sin cicatrizar en la mente del público.

—Esto ya es demasiado abstruso para mí. ¿Qué significa?

—Aquí no ponemos las cartas boca arriba, Waddington, ni desempeñamos una profesión particularmente honrosa o humanitaria. Practicamos una clase extraña de virtud, que nos vale pocas alabanzas cuando triunfamos y un alud de reproches cuando fracasamos. En conjunto, es mejor que mantengamos cerrados nuestros armarios.

—Entonces, ¿hay algo que ocultar?

—Mi querido Waddington, el día que no tengamos nada que ocultar habrá llegado el momento de marcharnos todos.

—Está bien, deje que lo pregunte de otra manera. ¿Podría ser éste el principio de una purga? Me gustaría saberlo, porque estoy retrasado en el pago de las primas de mi seguro.

—Alec no se marchó por ninguna sospecha particularmente grave, pero tampoco dejando una magnífica aureola. No por primera vez pisó el pie de alguien y se creyó que lo más beneficioso para todos sería trasladarle.

—Dicho en otras palabras, le dieron la patada, ¿eh?

—Lo dice usted, yo no.

—Y usted lo aprobó.

—Yo vi las ventajas para todos los interesados. Usted no está casado, ¿verdad, Waddington?

—Ya sabe que no.

—Claro que lo sé. El matrimonio y nuestro oficio no son nunca una feliz combinación. Alec está casado. Creo que ése fue un factor más.

—Todavía no comprendo por qué desapareció sin decir una palabra a ninguno de nosotros, especialmente a mí.

—Posiblemente por vergüenza, ¿no? —dijo Control, dando por terminada la entrevista.

Haciendo caso omiso de la implícita advertencia, Waddington se dirigió sin previo aviso a Wembley (sus llamadas telefónicas no fueron contestadas) y se encontró con un rótulo de EN VENTA en la fachada de la casa de Hillsden. El vendedor de periódicos local le informó que había cancelado las suscripciones hacía dos semanas y que los Hillsden habían hecho los bártulos y se habían marchado sin dejar señas. Después fue a ver al agente de la propiedad inmobiliaria encargado de la venta de la casa, pero éste le dijo que todas las preguntas debía hacerlas a los abogados de la señora Hillsden; la casa estaba legalmente a su nombre.

Antes de que Waddington pudiese hacer más investigaciones, fue llamado al

despacho de Control. Esta vez el diálogo se convirtió en monólogo.

—Evidentemente, es usted duro de oído —dijo Control—, por lo que esta vez hablaré fuerte para que me oiga. Hillsden nos dejó para siempre. Por lo que a nosotros concierne, no existió nunca. No hay ninguna pista que seguir; la pista termina aquí. Sabe usted todo lo que tiene que saber.

Había un fondo de verdad en la cautelosa explicación de Control, aunque la coincidencia de la partida de Hillsden con la ruptura definitiva de su matrimonio fue pura coincidencia.

Después de aceptar el plan urdido por Control, pensó Hillsden que era el mejor momento para poner punto final a una relación que desde hacía tiempo había dejado de ser satisfactoria.

De todos modos, se sintió aliviado cuando Margot ofreció solamente una resistencia simbólica. A pesar de adoptar ella las actitudes propias de la esposa agraviada, él sospechó que no era más que una comedia por mor de los convencionalismos; en los libros que Margot tomaba prestados de la biblioteca y en los periódicos sensacionalistas que leía tan ávidamente, las mujeres eran siempre explotadas; todas las emociones de Margot eran de segunda mano. El hecho de que él no pidiera nada y de que no hubiera división de los despojos secó rápidamente sus lágrimas. La venta de la casa produciría una suma importante, ciertamente lo bastante para que pudiese disponer de más capital del que nunca había soñado en su vida. Podía prever una perspectiva halagüeña: tomarse unas vacaciones que siempre había deseado, permitirse lujos que ambicionaba desde hacía mucho tiempo. Por primera vez en muchos años sintió algo parecido al afecto por un marido que se había convertido en un extraño para ella. Era como si, al dejarla, le hubiese hecho un favor.

Una vez acordadas las condiciones, incluida la aceptación por el marido de cualquier forma de divorcio que sugiriese el abogado de la esposa, sus últimos días juntos fueron tranquilos. Al atar los últimos cabos sueltos, pareció que estaban proyectando el principio perfecto de una vida en vez del final de algo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella— ¿Dónde vivirás cuando te marches de aquí?

—No lo he decidido. Tal vez en el extranjero. No tengo ningún plan definitivo.

—Ciertamente, has hecho tabla rasa con todo, renunciando incluso a tu empleo. ¿De qué vas a vivir?

—Oh, ya encontraré algo.

—No es un buen momento para buscar trabajo.

Sus papeles habían sutilmente cambiado; ahora le tocaba a ella mostrar preocupación por él.

—Probablemente continuaré en el mismo ramo —dijo él, diciendo en el fondo la verdad—. Entiendo un poco de vinos y la gente siempre quiere echar un trago,

dondequiera que esté. Quién sabe, tal vez me echaré a la carretera como corredor de comercio.

—Sí, eso te gustaría; siempre has dicho que te encantaba viajar —convino ella, sin tener la menor idea de su vida pasada y sólo un fugaz interés por lo que podía ser ésta de ahora en adelante. Sus pensamientos se concentraban hacia dentro aunque la noche antes de partir él para siempre, hizo el esfuerzo de preparar una cena decente. Durmieron en la misma cama por última vez y, cuando se marchó él a la mañana siguiente, ella le besó como podría haber besado a un hijo al salir éste para la escuela. Sólo al cabo de una hora, más o menos, después de telefonar al agente de la propiedad inmobiliaria y a su abogado, tuvo un pleno concepto de lo que era su libertad. Solamente entonces vertió lágrimas auténticas.

La libertad de Hillsden estaba más circunscrita. Salió de Londres y tomó el tren para Leeds. Allí se registró en un hotel comercial anónimo, eligiendo el más barato que pudo encontrar. Llevó el equipaje mínimo; solamente la ropa que llevaba puesta y media docena de camisas limpias. El hotel no tenía restaurante, por lo que comía siempre en tascas. Todos los días seguía la misma rutina: después de salir del hotel temprano por la mañana, se dirigía a la biblioteca pública y se sentaba en la escalinata con una serie de otros trabajadores parados. Cuando se abría aquélla, iba directamente al salón de lectura y estudiaba los periódicos del día siguiendo las columnas de ofertas de empleo. Disuadía acerbamente a los compañeros que trataban de acercársele. Al salir de la biblioteca, rondaba por las calles hasta la hora del almuerzo; después solía ir al cine, del que sólo salía cuando abrían los *pubs*. Pasaba las tardes bebiendo a solas, y cualquier observador atento habría advertido que escogía invariablemente los *pubs* entre cuya clientela regular preponderaban los homosexuales. Su actitud hacía que no fuese recibido con los brazos abiertos en tales establecimientos, ya que todas las subculturas tienen su propio ritual y los advenedizos son siempre considerados con recelo.

La crisis se produjo una noche en que un marica particularmente extravagante decidió que había que expulsar a Hillsden.

—¿Está usted esperando a alguien? —preguntó.

Hillsden se volvió despacio.

—¿Qué?

—No hace más que mirar a mi amigo; por consiguiente, pensé que tal vez estaba esperando a alguien, eso es todo.

—No.

—Me preguntaba si buscaba diversión para esta noche.

—No le estaba buscando a usted, eso es seguro.

El marica se picó.

—Oh, es usted muy distinguido, ¿verdad, Doris? Entonces debe estar solamente

de pasada; pero, si es así, se está entreteniendo mucho. Y estropeando la fiesta. ¡No queremos contemplar su cara doliente todas las noches! Mírese al espejo de la pared y verá que no es el más guapo de todos.

A pesar de su habla afectada, el marica era de complejión robusta y vestía un traje ceñido con complicados adornos de cuero e insignias paramilitares. Había hablado lo bastante fuerte para que le oyesen otros de su grupo, y ahora se hizo un silencio expectante al volverse una docena de caras a observar la escena.

—Lárguese de una vez, ¿quiere? —dijo Hillsden—. Vaya a conquistar a otro.

El conocimiento de que tenía un público espoleó al marica.

—¡Escuchad a la Madre Teresa, niñas! No se halague; no voy a cargar con un viejo pensionista como usted, querido. Oh, disculpe, no he querido pisarle adrede.

—Está abusando de su suerte, amigo.

—Oh, ¿vamos a ser amigos? Estupendo. ¿Lo habéis oído, chicas? Lo he pisado y ha sido como un flechazo.

Volvió a pisarlo con su pesada bota y Hillsden reaccionó con espantosa rapidez y fuerza, golpeándole tres veces en rápida sucesión; la primera con el canto de la mano en el puente de la nariz y rompiéndole ésta. Los otros golpes los recibió el marica en la nuca al doblarse y bajar la cabeza. Varios de sus amigos se lanzaron sobre Hillsden y se armó el follón en la taberna. Hillsden repelió al primero que se acercó, pero eran demasiados. Le patearon y golpearon furiosamente y ya no se enteró de nada más hasta que volvió en sí en una celda de la policía. Aquel mismo día, más tarde, fue llevado ante un juez y acusado de lesiones graves. Él dijo ser un vendedor actualmente sin empleo y se declaró inocente. Le denegaron la libertad bajo fianza y permaneció detenido durante siete días, mientras el juez esperaba un dictamen médico. Al terminar la semana su causa fue enviada al Tribunal del Condado. Allí, un mes más tarde, fue declarado culpable, fundándose la sentencia en las declaraciones del amo del *pub* y de otros cinco testigos. Aun teniendo en cuenta su anterior buena conducta y el hecho de que había sido provocado, el juez no se mostró benévolo. Echó un largo sermón a Hillsden desde el estrado, sobre la necesidad de tolerancia con las minorías y le condenó a doce meses de prisión, con remisión condicional de seis de ellos, siempre que acudiese a consultar a un psiquiatra al ser puesto en libertad. El caso fue ampliamente comentado en los periódicos locales y subsiguientemente en *Gay News*, periódico que circulaba por toda la nación.

En la cárcel, Hillsden compartió una celda con un estafador que le dio algunas instrucciones útiles sobre el uso de tarjetas de crédito robadas. La naturaleza de su delito fue pronto tan conocida por los otros presos de su bloque que los residentes homosexuales urdieron su propia venganza. Destinado a la lavandería de la prisión, sufrió una fractura múltiple de los huesos del pie izquierdo cuando uno de ellos dejó caer una pesada plancha de vapor, aparentemente por accidente, al cruzarse con él. Pasó el resto de la condena en el hospital de la cárcel, pero su pie no estaba todavía completamente curado cuando le soltaron.

Al ser puesto en libertad, volvió al mismo hotel, pero se encontró con que ya no era bien recibido como cliente. La dirección le devolvió sus pocos bienes y Hillsden pasó la primera noche durmiendo con otros vagabundos y bebedores empedernidos en un edificio en construcción abandonado. El día siguiente se incorporó a la lenta cola que esperaba que abriese sus puertas la Misión del Ejército de Salvación, y consiguió una cama temporal en uno de los dormitorios. Su pie todavía requería cuidados, y pasó muchos de los días siguientes asistiendo al dispensario de transeúntes de un hospital de la Sanidad Nacional. Variando esta rutina, consiguió un empleo temporal en la cocina de un restaurante asiático. Ocultaba siempre su vieja personalidad y prestaba cada vez menos atención a su aspecto, de modo que pronto no se distinguió del resto de la numerosa población flotante que vivía a salto de mata en la ciudad. Cansado de la vida de *plongeur*, fue de un lado a otro, desempeñando cualquier trabajo que le ofreciesen sin hacer cuestiones y pagándole en efectivo, al borde de la ley pero sin quebrantarla, trabajando sólo lo suficiente para pagar unas pocas noches en una cama limpia y un par de parcas comidas, y bebiéndose el resto. Estas borracheras fueron causa de que pasara otra noche en una celda, y cuando el tribunal descubrió a la mañana siguiente que no tenía un medio regular de vida, fue puesto de nuevo en custodia, en espera de un informe del oficial de libertad vigilada.

—¿Por qué dejó su empleo permanente? —le preguntó éste—. Veo que estuvo en una empresa de comerciantes de vino durante varios años.

El oficial destinado a su caso resultó tener menos de treinta años; llevaba gafas, era cargado de espaldas y parecía desnutrido. Le ofreció un cigarrillo, el último de un arrugado paquete. Hillsden lo tomó sin comentarios.

—Fui despedido.

—¿Por qué razón?

—Por ninguna. Estaba de sobra.

—Ya es una razón.

—Depende de cómo se mire.

—Entonces, debió recibir una indemnización. ¿Qué fue de ella?

—Ella se la quedó.

—¿Quién?

—Mi esposa.

—¿Dónde está su esposa ahora?

—No tengo la menor idea.

—¿No se han mantenido en contacto?

—No. Aquello terminó. Lo último que supe de ella fue que había pedido el divorcio.

—¿Tienen hijos?

Hillsden sacudió la cabeza.

—¿Y parientes?

—¿Qué parientes?

—¿No tiene ningún familiar al que acudir?

—No; todos han muerto.

—Mire, Hillsden, salta a la vista que es usted un hombre educado. Tiene que ver que la vida que lleva ahora sólo puede tener un final. O va a matarse con la bebida o se encontrará de nuevo en la cárcel. ¿Es eso lo que quiere?

Hillsden no respondió y miró al techo.

—Si sigue así, saltando de un empleo a otro, terminará mal. Yo no puedo ayudarle, si se niega usted a que le ayuden.

—Cuando a uno se le acaba la suerte, se acabó. A algunos todo les va bien..., como a esos malditos maricas. Parece que a ellos todo les va bien..., prostituyéndose y chuleando como si fuesen los dueños del cotarro.

—Sí, bueno, ya conocemos sus opiniones a ese respecto. Fueron ellos los que le llevaron entre rejas por primera vez. No conviene alimentar esta clase de resentimientos; eso no le llevará a ninguna parte. La cuestión es: ¿Quiere recibir ayuda?

—Depende.

—Hay lugares y organizaciones que tienen por objeto ayudar a personas como usted. Pero tengo que advertirle que no son campamentos de vacaciones. Veo, por su historial, que le ordenaron visitar a un psiquiatra. ¿Lo hizo?

—No.

—¿Por qué?

—Los psiquiatras le confunden todavía más a uno.

—Bueno, lo que puedo hacer, si usted colabora, es hospedarle en un albergue donde sé que admiten a personas como usted. Es una organización de caridad; por consiguiente, no espere el Ritz, pero tendrá un techo bajo el que cobijarse y algún dinero para sus gastos. Si quiere usted levantarse de la baja situación en que se encuentra, ahora es su última oportunidad.

—¿Dónde está ese albergue?

—En las afueras de Plymouth. Lo dirigen los Hermanos de la Caridad.

—No me levantaré si estoy todo el día de rodillas, ¿verdad? ¿Es una institución muy religiosa?

—Se espera que asista al culto, pero no le fuerzan a ello. Bueno, ¿qué decide?

—¿Cuánto tiempo tendré que estar allí?

—Sólo el necesario para que recobre el respeto a sí mismo. Pero si no se esfuerza en ello, le echarán. Hay mucho más espacio en el lugar de donde viene. Le estoy haciendo un favor, Hillsden. Si acepta, le daré un billete de ferrocarril y unas pocas perras para ir tirando. ¿Tiene su tarjeta de la Seguridad Nacional?

—Me la quitaron.

—¿Recuerda el número?

—Ni idea.

—Lo encontraré en los archivos. Bueno, ¿qué va a hacer?

—Muy bien, lo intentaré —dijo Hillsden, después de una pausa—. No es mi idea del cielo, pero es probablemente mejor que el infierno.

Capítulo 23

Todo lo que sabía acerca del juego advertía a Calder que le estaban utilizando demasiado pronto después del último encargo. Abandonó de mala gana la pulcritud de su apartamento en Suiza y cruzó en su coche la frontera italiana hacia Milán, antes de tomar la sinuosa carretera de la costa, con su interminable sucesión de túneles, y entrar en Francia, cruzando la frontera sobre Mónaco. Tenía instrucciones de registrarse en el Hyatt de Niza, donde pasaría inadvertido entre los numerosos turistas. El contacto se establecería allí.

Al atardecer llegó por fin a Niza. Era la hora punta en la Promenade des Anglais, donde los Fiat y los Citroën circulaban en caravana hasta donde podía ver él a través del parabrisas salpicado de insectos. Al acercarse al hotel, un reactor de Air Algeria hizo un alarmante giro y descendió muy bajo sobre el agua. Volaba paralelamente a la carretera, sus alas oscilaban bajo las ráfagas del mistral, antes de equilibrarse para el aterrizaje. Distráido por esto, pensó que había dejado atrás su lugar de destino, pero entonces se dio cuenta de que el Hyatt había cambiado de dueño y de nombre desde su última visita. «Ellos debían saberlo», pensó. ¿Por qué no se lo habían dicho? El descuido de estos detalles le irritaba.

Una prostituta bien vestida estaba tomando posiciones en la entrada del aparcamiento subterráneo del hotel al bajar la rampa en su Mercedes. (Siempre aparcaba él mismo el coche, para saber exactamente dónde estaba en caso de necesidad). Después de mirar a su alrededor, dio marcha atrás y ocupó la plaza más próxima al ascensor del hotel, tocando ligeramente la pared del garaje con el parachoques de atrás. Antes de salir, observó los coches de las plazas contiguas, tomando nota de las matrículas de los que estaban a ambos lados de su vehículo.

Como esperaba, encontró en recepción que una habitación doble con balcón que daba al mar le estaba reservada bajo el nombre de Müller, que era el de uno de sus muchos pasaportes falsos. Cuando llenó la *carte d'identité* de la policía, consignó una dirección en Hamburgo como su residencia permanente. Un mensaje le esperaba en su casilla y no lo leyó hasta estar a salvo en su habitación. Solamente decía: «La Ribote. 20:00». Arrojó la nota al wáter. La habitación era más funcional que lujosa, adaptada al gusto unisex universal, con grandes ventanas de doble cristal que amortiguaban eficazmente el constante ruido del tráfico siete pisos más abajo.

Mientras se preparaba para tomar una ducha oyó chiquillos que corrían arriba y abajo por el pasillo y, después, gritos en árabe. Desnudo, examinó el contenido del pequeño bar, eligió una botella en miniatura de Chivas Regal y vertió el licor en uno de los vasos del lavabo. Una nota encima del televisor anunciaba que podía elegir entre una serie de grandes películas transmitidas a su habitación mediante un modesto precio. Dos de ellas figuraban con la advertencia de «sólo para adultos»; eligió una de éstas, la encargó a la telefonista del hotel y después tomó la ducha.

La película había empezado en el momento en que salió del cuarto de baño, y se

tumbó en la cama, para gozar de su *whisky* y observar una comedia simuladamente licenciosa. La heroína y su amante, empapados por la lluvia del estudio, se revolcaban en una pista de tenis. ¡Precisamente en una pista de tenis! «No elegiría yo ese lugar para un revolcón», pensó Calder. La pornografía tenía siempre que llegar a extremos ridículos para justificar su existencia. Los dos actores se arrancaban mutuamente la ropa, enredándose como peces recién capturados en la red, mientras continuaban copulando sobre el barro rojo de la pista. Entonces el director tomó un primer plano al acercarse el simulado clímax; era como estar en un quirófano observando cómo eran cortados dos cuerpos. De pronto, las imágenes le asquearon, había querido divertirse un poco antes de acudir a la cita, pero las frenéticas escenas de la pantalla le deprimían más que estimulaban. Apagó el televisor y abrió la ventana corrediza. Un aire caliente mezclado con los vapores del tráfico lo envolvió mientras contemplaba, todavía desnudo, el lejano rayo del faro de Cap Ferrat. Abajo, en la desierta playa de guijarros, un perro corría como loco entre la espuma.

Con su acostumbrada meticulosidad, Calder había traído un traje ligero y clásico de origen alemán. Cuando se lo puso, tomó un número de *Stern* de su maleta, así como un paquete de cigarrillos de Alemania Federal y unos estuches de cerillas de un restaurante de Hamburgo. Bajó al vestíbulo y cambió algunos marcos por francos antes de emplear la guía que había en las cabinas telefónicas para buscar la dirección de La Ribote. Nunca se le habría ocurrido pedir direcciones al conserje.

Fuera, la misma prostituta seguía al acecho, pero ahora llevaba un conjunto diferente, indicio seguro de que había pescado ya al primer cliente de la noche. Calder pasó junto a ella sin corresponder a su sonrisa y caminó varias manzanas antes de detener un taxi.

La Ribote resultó ser un modesto bistrot que no figuraba en las listas para los turistas y era principalmente frecuentado por gente del lugar. No había menú propiamente dicho, sino simplemente una pizarra con media docena de platos del día escritos con tiza. Calder eligió una mesa en el fondo del salón desde donde podía ver la puerta sin estorbos, después que confirmó que la otra única salida era por la cocina. Abriendo su número de *Stern*, pidió una botella de vino tinto de la casa mientras esperaba, expresándose en un francés gutural. Había sólo una camarera, una mujer jovial y metida en carnes, que descorchó la botella con una habilidad que él siempre había envidiado. Tuvo buen cuidado en darle las gracias en alemán, antes de disculparse y repetirlo en francés. Encendió uno de sus cigarrillos y dejó el paquete sobre la mesa. Mientras sorbía su vino, examinó cuidadosamente a los comensales y a todos los que llegaban. No tenía idea de con quién había de encontrarse; solamente sabía los saludos en clave que tenían que intercambiar.

Entonces entró Gunther, encaminándose directamente a la mesa de Calder y dirigiéndose a él en alemán familiar.

—Siento haberme retrasado, pero tenía que visitar a mi madre en el hospital.

Calder le respondió también en alemán, lenguaje que emplearían durante toda la

comida.

—Espero que se haya recobrado de la operación.

—Sí, gracias, está mejor, pero todavía falta mucho para que vuelva a ser lo que era antes.

Aceptó el vaso de vino que le sirvió Calder.

—A la salud de su madre.

Estudiaron el menú y ambos pidieron el mismo plato: bistec con una variedad particularmente succulenta de setas del país. Mientras comían, la conversación se ciñó a temas triviales, y solamente cuando llegaron al café y el coñac y mermó la concurrencia, mencionó Gunther finalmente la razón de su encuentro, abordando el tema con una prudencia que Calder comprendió y admiró.

—Las cosas marchan muy bien en Inglaterra.

—Lo celebro.

—¿Ha estado al corriente de los últimos sucesos?

—Estoy al tanto.

—Hemos tenido unos cuantos éxitos y ellos están haciendo cábalas. La situación con los irlandeses nos ha sido muy útil. Siempre son los primeros a quienes atribuyen estos actos.

Calder asintió con la cabeza. Deseó que el alemán fuese al grano; la reunión se estaba prolongando ya demasiado para su gusto.

—Es extraordinaria la suerte que hemos tenido en el campo político. El cambio de gobierno no podía haberse producido en un momento más oportuno. No saben de dónde vienen los golpes y, desde luego, todo lo que se ven obligados a hacer redundante en su perjuicio.

—¿De qué quería exactamente hablarme? —preguntó Calder, mientras un coche de la policía pasaba por la calle tocando la sirena.

—Va a producirse algo en el futuro y su experiencia podría sernos necesaria.

—Espero que no sea en Inglaterra. No podría volver allá tan pronto. Sería una locura.

—No, no. En su propio terreno.

—Yo no opero allí, debería saberlo.

—No es lo que se imagina. No es su clase habitual de trabajo.

—Entonces, ¿qué?

Empezaba a irritarse; el alemán lo trataba como a un inferior.

—Si tenemos éxito, nos gustaría que interrogase a alguien.

—¿A quién?

—Es mejor que no lo sepa hasta que se cierre la trampa. Pretendemos hacer cantar a alguien. Si tenemos éxito, su ayuda será inestimable. No habrá ningún peligro en lo que a usted concierne. Cuando tenga que intervenir, todo peligro habrá desaparecido.

—Yo no tengo trabajo a oscuras. O me cuenta toda la historia o no seguiré

adelante. Nunca trabajo a ciegas.

Gunther lo tomó con calma y se sirvió otro coñac.

—¿Por qué cree que la cita se convino aquí? —Miró a Calder por encima de la copa—. Habría sido más fácil cenar en Zurich y ahorrarnos ambos el viaje. Si nuestros superiores no se enteran esta noche de que todo quedó convenido, temo mucho que no tendrá una casa a la que volver. Mientras estuvo fuera, se han tomado ciertas medidas para asegurar su plena colaboración.

Sonrió y sorbió el coñac.

Calder tuvo buen cuidado en no mostrar ninguna reacción a la amenaza.

—¿Tiene algo que ver con la chica?

—¿Qué chica? —y de nuevo aquella sonrisa inexpresiva.

—Su chica. Es suya, ¿no? —dijo Calder, para hacerle saber que no todos los ases estaban en su mano—. Es decir, cuando no está alquilada.

—No va a pillarme por ese camino. Yo no soy celoso. Y no perdamos tiempo con escaramuzas. Será pagado como de costumbre.

—Está bien, no puede hablarme claro, pero al menos ilústreme un poco. El objetivo de la operación, ¿es darle la vuelta a él o a ella?

—Tal vez «darle la vuelta» no es la expresión adecuada. Creemos que, con su ayuda, tenemos una buena ocasión de descubrir unas pocas piezas que faltan en el rompecabezas que hemos de resolver. Él o ella no encajan en un dibujo convencional.

—¿Cuándo ocurrirá?

—Cuando nosotros hagamos que ocurra. —Gunther apuró su copa—. Tengo que volver al hospital —dijo en voz más alta—. Me alegró mucho volver a verle. ¿Quiere que le diga algo de su parte a mi madre? ¿Irá a visitarla?

Se levantó de la mesa e hizo un ademán para pedir la cuenta.

—Sí —dijo Calder—. Dígale que no me satisface el tratamiento, pero que estaré de acuerdo en todo lo que ella quiera.

—Estará encantada. —Examinó la cuenta y después la tendió a Calder—. Muy razonable. Gracias por invitarme; lo he pasado muy bien.

Y salió del restaurante.

Capítulo 24

Los Hermanos de la Caridad eran una hermandad amable, aunque se había dicho, con muy poca candad, que varios de ellos habrían podido definirse más exactamente como hermanas.

El hogar donde Hillsden y una veintena de otros inadaptados sociales encontraban refugio, tres comidas al día, sesiones de oración regulares pero no obligatorias y algún ligero lavado de cerebro por un psiquiatra visitante, era una de esas grandes casas de campo inglesas que nadie, salvo instituciones o grandes empresas, pueden mantener en nuestros días. Los Hermanos debían su existencia a la largueza de un tratante en carne congelada de Chicago muerto hacía tiempo y cuya viuda se preocupaba más del alma humana que de las panzas de cerdo. De estilo Tudor en su origen, el edificio principal había sido «mejorado» por una serie de arquitectos victorianos pero, con el paso de los años y con el gusto superior de un jardinero que ocultó la mayoría de los horrores con enredadera de Virginia, se había adaptado al paisaje de Devon y parecía estar en armonía.

Las habitaciones eran frescas y de techo alto. Algunas conservaban todavía los papeles de pared William Morris y unas pocas estaban adornadas con pinturas aceptables del siglo XIX, la mayoría de perros atacando a venados, de obispos y sus acólitos jugando, y otros ejemplos de aficiones de tiempos pasados. La habitación de Hillsden estaba en el piso alto y evidentemente había sido destinado a uso exclusivo de la servidumbre en días menos igualitarios. Como estaba bajo tejado, hacía en ella un calor sofocante cuando brillaba el sol, pero tenía la compensación de una vista espléndida sobre un valle salpicado de pinos retorcidos por el viento y a través de los cuales podía verse el mar.

Los internados comían en un refectorio común que antaño fue sala de baile. La comida era buena, aunque sencilla; todas las verduras se cultivaban en el huerto, cercado con una tapia, y a base de principios estrictamente orgánicos. Para ayudar al proceso digestivo de todo este forraje, uno de los Hermanos leía pasajes de la Biblia durante las comidas. Para pasar el tiempo, disfrutaban de una gran sala de billar con una mesa de tamaño profesional, pero cuyo paño estaba apolillado a trechos, de manera que las bolas seguían a menudo sorprendentes trayectorias. También tenía un bien cuidado invernadero y, en el jardín, una de esas falsas grutas tan apreciadas por los Victorianos, así como una construcción medio en ruinas y un cementerio animal festoneado de lápidas en miniatura. Como era un establecimiento privado, las reglas eran tranquilizadamente pocas y nada debían a los dictados del Ministerio de Seguridad Social. Los residentes constituían un grupo extraño, como era de esperar, pero a Hillsden le pareció que habían sido seleccionados con bastante cuidado y considerados capaces de ser devueltos a la sociedad en perfectas condiciones. Había unos pocos drogadictos, pero la mayoría eran alcohólicos y marginados. Hillsden se

mantenía deliberadamente distanciado de ellos, aunque tenía buen cuidado en no llevar demasiado lejos su reserva: el silencio podía ser por sí solo sospechoso. La atmósfera serena y los bienintencionados esfuerzos de los Hermanos en pro de la salvación social y espiritual habrían podido fácilmente inducirle a la negligencia; en circunstancias diferentes, habría aceptado de buen grado el cambio de ritmo.

Se obligó sobre todo a asistir fielmente a las sesiones terapéuticas, como un sincero suplicante ansioso de enmendarse. El psiquiatra de la casa era un individuo exageradamente serio, con un ligero defecto en el habla, de manera que cada vez que evocaba el nombre de Freud (al que debía su existencia) sonaba como «Floyd». Para no defraudarle, Hillsden inventó complicadas historias sobre una infancia desgraciada dominada por un padre borracho, recreándose en los detalles como en un largo serial. Durante el resto del tiempo, podía hacer lo que quisiera, aunque se esperaba que participase en las tareas domésticas y ayudase en el jardín. Los Hermanos dirigían el hogar sobre la base de una confianza mutua; los residentes prometían «por su honor» no fugarse ni descaminarse en los pueblos próximos y caer así en desgracia. Como la mayoría de ellos siempre lo habían pasado peor, el sistema funcionaba razonablemente bien.

Hillsden pasaba sus ratos libres paseando a lo largo del acantilado. Muchas de las playas formaban parte de fincas particulares y, aunque técnicamente abiertas al público en general, eran en su mayoría inaccesibles salvo yendo a ellas en barca. En el buen tiempo de aquel verano parecían tan invitadoras como cualquier isla del Caribe, aunque las aguas del Canal seguían siendo muy frías incluso en los días más cálidos.

Sentado entre las aulagas y los helechos en lo alto de los acantilados, masticando briznas de hierba para gustar el zumo del verano, tenía tiempo sobrado para reflexionar sobre el largo camino que había recorrido. Abajo, las mareas subían y bajaban, lavando la arena como los Hermanos esperaban lavar su alma, aunque él dudaba de que toda una vida de engaño pudiese limpiarse completamente.

Ahora era cuestión de esperar. Se había puesto el cebo en la trampa; sólo había que ver si atraería a un animal de la misma raza que él. Control había confiado en el éxito, pero, con el paso de las semanas, Hillsden se volvía más y más escéptico. Cuando le explicaron el plan, dudó un poco en aceptarlo. La muerte de Caroline había decidido el curso restante de su vida; hasta entonces, no se creyó capaz de sentir esta clase de odio. Lo único que le impulsó fue una vaga y tácita fidelidad a un sistema, más que un sentido de «mi país, tenga o no razón». Con frecuencia pensó en lo reconfortante que debía ser tener las firmes convicciones de un Philby; tomar una decisión temprana y nunca renunciar a ella, preferir el exilio al hogar. Pero cuando llegó el momento, no padeció al romper los viejos lazos; dejar a su esposa fue como despedirse de alguien a quien se ha conocido en unas vacaciones aburridas.

Éstos eran sus pensamientos periódicos, mientras llegaban y pasaban los días de espera. No tenía idea de cómo ni cuándo se establecería el contacto, y mientras tanto

se contentaba con recobrar su energía física. Su pie lesionado estaba al fin recuperándose y la plácida rutina de los Hermanos, combinada con una desacostumbrada vida de ocio al aire libre, le reponía y preparaba para cuanto le esperase en el futuro.

Advirtió que, ocasionalmente, algunos excursionistas se arriesgaban a bajar hasta la playa por el peligroso sendero, llevando consigo las indescriptibles chucherías de plástico del siglo xx que los peces no pueden comer y que el mar no puede absorber.

Una mañana estaba reposando en su lugar acostumbrado cuando una muchacha llegó a la playa. Colocó una toalla de vivos colores sobre unas rocas, cerca de la línea de la marea. Como creía que nadie la observaba, procedió a desnudarse. Desde lejos parecía una náyade cuando, desnuda, corrió hacia las suaves olas. Se adentró en el mar hasta la cintura, levantando los brazos al poner el frío del agua a prueba su resolución. Esta acción hizo que se elevaran sus senos; después se volvió, expuso su cuerpo a la mirada de Hillsden, antes de sumergirse de espaldas, y se alejó con los graciosos movimientos de una nadadora consumada.

Hillsden se hundió más entre las altas hierbas quemadas por el sol para no ser visto, mientras miraba el ejercicio de la joven en las deslumbrantes aguas. No podía evitar su papel de *voyeur* y la observaba con la concentración obsesiva de un adolescente. Cuando por fin salió del mar y se tendió, allá abajo, sobre la toalla de colorines, Hillsden sintió el dolor de su belleza como una cuchillada. Con su piel mojada brillando antes de que el sol la secase, sus senos y el triángulo perfecto del vello del pubis, parecía un ser irreal, conjurado desde lo más profundo de un sueño. La observó durante más de quince minutos antes de apartarse del posible campo visual de ella y volver a su habitación. Allí descubrió que no podía sublimar las emociones que ella había despertado: la imagen de su cuerpo quedó grabada al fuego en su conciencia.

Al día siguiente volvió al mismo lugar, llegó más pronto que de costumbre y, esta vez, descendió a la playa, situándose al otro lado de las rocas que había utilizado ella. Pensó que, probablemente, la muchacha estaba de vacaciones y, al encontrar un lugar tan perfecto volvería a él. Su presunción resultó correcta. Ella llegó a la misma hora que el día anterior e inmediatamente se dio cuenta de que ahora su soledad era compartida. Hillsden se comportó como el trágico personaje de Mann en *Muerte en Venecia*, observándola casualmente mientras leía un periódico, pero evitaba deliberadamente todo contacto visual mientras ella colocaba su toalla y su bolsa sobre las rocas. Se desnudó donde él no podía verla, pero esta vez salió llevando un minúsculo biquini. El mar hoy estaba más alborotado, y no prolongó su ejercicio natatorio. Sólo cuando salió del agua reconoció cada uno la presencia del otro.

—¿Cómo estaba?

—Helada —dijo la joven—. ¿Se ha bañado usted?

Tenía el acento de una debutante, la clase de voz que Hillsden había oído a menudo en el otro extremo de la línea telefónica al llamar a un miembro conservador

del Parlamento.

—No, no soy tan valiente.

Ella no mostró deseos de continuar la conversación y se dirigió a su lugar entre las rocas.

Hillsden ocupó la misma posición al día siguiente, pero ella no compareció; contrariado, presumió que sus vacaciones habrían terminado. Después de otros dos días, aceptó resignadamente el hecho de que había sido una agradable distracción que había permitido el resurgimiento de una libido olvidada; ahora, de vuelta a la aburrida rutina de la espera. Entonces, al cuarto día, volvió ella.

Al bajar Hillsden las últimas yardas hasta la playa, ella se volvió y le saludó con una sonrisa.

—Siento haberme mostrado brusca la otra mañana —dijo.

—¿Brusca? A mí no me lo pareció.

—Sólo más tarde me di cuenta de que nos conocíamos.

—¿De veras?

—Sí, ¿no estuvo usted en la última fiesta de Timmy?

—¿Qué Timmy?

—¡Oh, Dios mío! Si dice usted «¿Qué Timmy?», evidentemente me he equivocado. ¿No conoce a Timmy Clark?

—Lo siento, pero no.

—¡Caramba! Siempre te pasa lo mismo, Wendy —se dijo Pamela.

—Se llama Wendy, ¿eh? Bueno, yo me llamo James, y me disculpo, Wendy, por no conocer a su amigo, el señor Clark. ¿Estuvo bien la fiesta?

—En realidad, sí.

—Es una lástima que me la perdiese.

Había algo en este gambito de apertura que le irritó ligeramente: era demasiado fácil. Y no es que se quejara; se alegraba de que se hubiese roto el hielo y de que la equivocación de ella le diera una ligera ventaja. Después de intercambiar los inevitables comentarios sobre el tiempo, ella se tendió sobre la toalla y abrió el libro que había traído.

—He estado tratando de mejorar mi mente. Mi amigo cree que no leo los libros adecuados.

—¿Cuál es éste?

Ella lo alargó para que lo viese.

—Ivy Compton-Burnett. ¿Ha leído algo de ella?

—Un par de cosas, hace años.

Hillsden estudió la fotografía de la autora en la cubierta posterior: había más de una generación de diferencia entre la cara severa de *miss* Compton-Burnett, con su redecilla eduardiana, y las generosas curvas de Wendy que podía tocar con sólo bajar la mano.

—Sí, parece pesada al principio, pero cuando se la conoce mejor creo que es

maravillosa. Hay un fragmento que estuve leyendo la noche pasada. ¿Quiere oírlo? —Se incorporó y se acercó más a él; la pieza superior del biquini no ocultaba nada. Después de buscar el punto, leyó en voz alta—. «Oh, ¿debemos ser tan sinceros con nosotros mismos, querido?». «No sabemos cómo evitarlo», dijo Terence. «Por eso hay horror en cada corazón, y la resolución de no ser nunca sincero con los demás». ¿No cree que es asombroso?

—Todavía no he acabado de comprenderlo. Ciertamente, suena muy profundo. ¿Hay horror en su corazón?

—A veces, creo que sí.

—¿Y qué me dice del otro concepto? «No ser nunca sincero con los demás». Sí. Bueno, la sinceridad es siempre relativa, ¿no? Depende de con quiénes estés y de lo que quieras de ellos.

—Sí. ¿Fue tan evidente?

—¿De qué está hablando ahora?

—Del cuento que le endilgué sobre Timmy Clark. No conozco a ningún Timmy Clark. Lo inventé.

—Sólo lo dijo para hablar conmigo, ¿eh?

—Algo así, señor Hillsden —dijo ella lentamente.

Él se dio cuenta de que al fin ellos lo encontraron; se esforzó en disimular su sorpresa. Un sistema tan original se merecía un sobresaliente.

—Y también podemos presumir que su nombre no es Wendy, ¿verdad?

—Ha acertado.

Hillsden se puso en pie.

—Bien, la felicito. Logró engañarme. Me imaginé que me encontraba irresistible.

—No va a marcharse, ¿eh? Todavía tenemos mucho de qué hablar.

—¿Quiere decir que va a contarme todos los horrores de su corazón?

—No; creí que podríamos discutir un cambio de ambiente para usted. Estoy segura de que los Hermanos de la Caridad no son precisamente de su agrado.

—Ya que sabe usted tanto de mí, debe saber también que me fui de todo aquello, estoy en otro mundo.

—Pero seguramente podría salir también de él si el precio fuese adecuado.

Hillsden se levantó y la miró de arriba abajo.

—Diga a quienquiera que la haya enviado que me deje en paz. No estoy en venta. Empezó a alejarse.

—¿No le gustaría saber lo que le sucedió a su Caroline? —dijo Pamela.

Eso lo detuvo en seco. Se volvió para mirarla de nuevo.

—¿Y a Jock y a todos los demás? ¿No le tentaría eso?

—¿Quién la envía?

—Actúo en nombre de un posible comprador.

—Escuche, Wendy o comoquiera que se llame, no abuse de su suerte. Es muy bonita, pero no crea que le bastará con sonreír y mostrarme las tetas para que me

hinue de rodillas. Aquí no podría pedir ayuda y yo conozco todavía un truco o dos, aunque esté retirado. No me costaría mucho ahogarla. En este lugar las corrientes son muy traidoras; incluso los mejores nadadores encuentran dificultades.

—Sí, ya hemos pensado en eso. Mire hacia atrás.

Hillsden giró en redondo y observó la cima del acantilado. Una figura estaba de pie entre los helechos, y vio el brillo de un cañón de rifle.

—También ha estado escuchando todo lo que hemos dicho hasta ahora. —Sacó de la bolsa un aparato de radio emisor y receptor—. Por consiguiente, cálmese, señor Hillsden; no está tratando con aficionados.

El hombre de la cima del acantilado se perdió de vista para reaparecer momentos más tarde en el sendero que conducía a la playa. El arma ya no era visible, llevaba una bolsa de lona de tenis y vestía pantalón corto y camisa de manga corta, como si acabase de jugar un partido. Al acercarse más, Hillsden consideró que debía tener aproximadamente la misma edad que la chica, pero, a diferencia de ella, no daba la impresión de ser un sano deportista inglés.

Mientras esperaba la próxima maniobra, trató de calcular los riesgos. Si lo habían preparado tan bien, debían confiar bastante en convencerle. Desde su punto de vista, estaba, a fin de cuentas, maduro para caer en sus manos: de patitas en la calle, con antecedentes penales, sin medios conocidos de sustento, haciendo penitencia con los Hermanos. A pesar de su sorpresa inicial (tenía que confesar que la chica había hecho un buen trabajo) recobró su buen criterio. Necesitaba cambiar de táctica; sería prudente prescindir de su jactancia y representar el papel que ellos esperaban de él. No tenían todas las ventajas de su parte. Era extraño que jugaran tan pronto el as de triunfo de Caroline. Sabía por experiencia que también ellos debían de estar nerviosos.

Permaneció en su sitio mientras el joven descendía los últimos metros hasta la arena y se reunía con la muchacha; dejó la bolsa de tenis al lado de la toalla y corrió la cremallera para que él viese que el rifle estaba al alcance de la mano. Hillsden reconoció que era del tipo corriente en la OTAN, pero reformado de manera que pudiera adaptarse un silenciador.

—Sentémonos todos, ¿eh? —dijo el joven—. Pongámonos cómodos. Tenemos mucho de qué hablar. —Hillsden pensó que detectaba un ligero deje alemán en el correcto inglés—. Podemos tener la fiesta en paz o jugar fuerte, como sugirió usted a Wendy. Las corrientes marinas son también peligrosas para usted, señor Hillsden.

—Ya ha oído lo que tenía que decir. No estoy en el mercado.

—No, eso es verdad. Está aquí en la playa.

«Tenía razón —pensó Hillsden—. Un hombre con ese denso sentido del humor tiene que ser alemán».

—Hablemos de lo que ambos conocemos y de lo que comprendemos a la perfección. Los dos sabemos que sus anteriores patronos, como aquellos para quienes yo trabajo, no nos sueltan con facilidad. Tienen los brazos muy largos y ninguna

gratitud por los servicios prestados. En cuanto dejamos de serles útiles, prescinden simplemente de nosotros. Una buena jubilación no se prevé nunca en el contrato. Ahora bien, estoy autorizado para discutir una manera de aliviar su inquietud sobre el futuro. Un nuevo estilo de vida, podríamos decir. Algo mejor que la caridad de la que vive ahora. Estoy seguro de que sus recursos, o falta de ellos, han sido objeto de sus cábalas. ¿O pretende pasar el resto de su vida mirando por encima del hombro, sin saber cuándo decidirán sus viejos amigos que es un estorbo del que pueden prescindir?

Como Hillsden guardó silencio, el alemán acarició el cañón del rifle y prosiguió:

—Seguramente sería sensato considerar una alternativa, ¿no le parece?

—¿Qué es lo que tengo que considerar?

—Viajar un poco, un nuevo hogar, un futuro más seguro.

—¿A cambio de qué?

—Oh, vamos, señor Hillsden, no es usted tan ingenuo. La palabra es colaboración.

—O traición.

—¿Acaso no le traicionaron ellos? Usted cumplió con su deber, ¿y cómo se lo pagaron? Creo que encontrará a los míos muchos más generosos. ¿Hasta qué punto? Bueno, para empezar, veinticinco mil libras ingresadas en una cuenta numerada suiza, sólo como muestra de buena voluntad. Después, si colabora bien, otras asignaciones igualmente generosas.

Tratando de ganar tiempo, Hillsden miró a sus pies y empezó a trazar dibujos sobre la arena con un pedazo de madera. Era vital que no les diese la impresión de que les había estado esperando. Lo que sucediese ahora podía ser crucial.

—No estoy seguro de que tenga algo que vender. Llevo mucho tiempo alejado del campo.

—Ése es un riesgo que nuestra gente está dispuesta a correr, está dispuesta a pagar.

Hillsden de nuevo se tomó tiempo antes de replicar:

—¿Tengo alguna alternativa? Ahora que me han encontrado, ¿su gente no tendría los brazos lo bastante largos para encontrarme si me negase a colaborar?

El joven sonrió.

—Es el mismo zorro viejo, aunque en lugares distintos. En cuanto a nosotros, sólo estaremos seguros cuando hayamos muerto.

—¿Cómo puedo saber que ellos cumplirán el trato?

—Saldrían perjudicados si no lo hiciesen. Usted mismo puede verlo. Y no menosprecie su valor. No nos habrían enviado aquí si no creyesen que puede darles algo.

—¿Y después?

—¿Qué quiere decir?

—Cuando hayan obtenido lo que buscan, ¿qué sucederá?

—Dependerá de usted. Tendrá el dinero y podrá ir adonde quiera.

—Necesitaría protección.

—Eso podría discutirse.

—Protección en ambos sentidos. Si acepto, tendré que desaparecer.

—Desde luego.

—¿Cómo podré estar seguro de recibir el dinero?

—Veo que empezamos a entendernos. Hace usted preguntas prácticas. Y eso me gusta; yo haría lo mismo en su posición. ¿Cómo? La primera entrega está ya en una cuenta numerada. Recibirá el número junto con su nuevo pasaporte y su nueva identidad. Creo que encontrará que nuestros procedimientos son perfectos.

—¿Cuándo quiere que le dé una respuesta?

—¿Por qué no ahora? Tiene que darse cuenta de nuestra posición. Si su respuesta fuese negativa, nos plantearía ciertos problemas. Podría cambiar de opinión y vender a otros la información sobre nuestra oferta. Estoy seguro de que me entiende. Por otra parte, si he logrado convencerle, ningún momento más oportuno que el presente. Todo está dispuesto.

Hillsden vaciló por última vez. Ciertamente, eran precavidos: no le daban la menor oportunidad de ponerse en contacto con alguien, y el arma en la bolsa de tenis era un recordatorio de que ellos tenían la sartén por el mango.

—Si quiere decir que hemos de empezar ahora, no tengo ropa decente ni equipaje —replicó, mostrándose vacilante hasta el fin.

—Repito que hemos pensado en todo. Tenemos ropa disponible para usted. Viajará como padre de Wendy, una buena idea, ¿no le parece?

De nuevo aquella sonrisa sin calor. Una fría brisa sopló de pronto desde el mar.

—Hoy por la mañana ha venido aquí como de costumbre, y esta vez ha tomado un baño. Como dijo usted, las corrientes aquí son muy traidoras. Y tratándose de un hombre como usted, deprimido, en malas condiciones, ¿quién sabe lo que puede pasar por su mente? Su vieja ropa, arrojada por las olas a algún sitio de la costa, será buena prueba de la tragedia. ¿Cómo le suena esto?

—Como si no hubiese dudado nunca de cuál sería mi respuesta —dijo Hillsden.

—Tengo su ropa nueva en el coche. Viajará como *mister* Coburn, que ha enviudado hace poco. Corbata negra, pensamos, y un brazal negro, para mostrar el debido respeto a la difunta.

Capítulo 25

Matar a alguien nunca le había quitado el sueño al Gordinflón. Llevaba sus odios como moneda suelta, dispuesto a gastarlo por el solo placer de la acción. La cirugía plástica le quitó un poco de grasa a sus mejillas y cambió la forma de su nariz, pero su entusiasmo permanecía intacto.

Hacía algunos meses que estaba dormitando en Libia, inmóvil pero alerta, esperando el día en que volviesen a llamarle. Durante su retiro temporal se prepararon pistas falsas e indicios simulados sobre su paradero. Aun así, le divertía leer que aún le atribuían algunos atentados. Era satisfactorio; necesitaba saber que, incluso cuando estaba ausente del escenario, se sentía su existencia.

Las fases iniciales del plan inglés se habían desarrollado bien, con una racha de suerte que a él mismo le sorprendió, aunque lamentaba no haber intervenido en ello. Trípoli era una base segura, pero no le sabía mal marcharse. El fanatismo local le molestaba; se encontraba más a gusto con los rusos, cuyo pulso emocional latía al mismo ritmo lento del suyo; con ellos, nada se hacía bajo el impulso del momento. Le empleaban como quería él ser empleado: para las tareas difíciles y más arriesgadas.

Ahora estaba sentado con su control de la KGB en la terraza del Quaddan Hotel, escuchando, con un respeto que ofrecía a muy pocos, los detalles que le brindaba sobre su nueva misión. Debajo de la balaustrada de la terraza rondaba una tribu de gatos hambrientos. Cuando residían allí los británicos, los gatos habían prosperado; según la leyenda, una solterona rica había otorgado testamento a su favor, y su número se multiplicó en proporciones de verdadera plaga. Ahora, los supervivientes, despreciados y descuidados, habían vuelto al estado salvaje. El Gordinflón sentía cierta afinidad con ellos; vivían, como él, gracias a su ingenio.

—El blanco elegido ha dejado de ser útil; tenemos que asegurarnos de que no queden cabos sueltos cuando pasemos a la fase siguiente. Desgraciadamente, se nos escapó una vez, pero estoy seguro de que no cometerá usted el mismo error.

Proyectaron el asesinato con la misma tranquilidad con que otros habrían discutido la necesidad de una pequeña prótesis dental. El Gordinflón trabajaría solo, como prefería, y sólo sería necesario un contacto. El otro le dijo quién sería.

Él reflexionó un momento.

—Nos encontramos brevemente, hace mucho tiempo.

—¿Le satisface la elección? Tiene ciertas ventajas especiales.

—Podré soportarlo, siempre que yo dirija el espectáculo.

—Desde luego. También comprenderá que nada debe conducir hacia nosotros. Cuando la cosa haya terminado, Londres procurará implicar a nuestros anfitriones de aquí. —El Gordinflón apreció el humor de estas palabras; era la clase de cinismo que le gustaba más—. Moscú es cada vez más de la opinión de que esta gente crea demasiados problemas por lo que vale. No tienen ningún sistema, ningún objetivo a largo plazo que podamos compartir; no son más que una pandilla de aficionados

históricos, incapaces de ver más allá de su patética revolución islámica. Como si ésta fuese importante. Y observe sus procedimientos.

Recordó al Gordinflón el suceso de St. James Square, cuando una joven policía británica fue acibillada a balazos por un miembro de la Legación Libia. Un elocuente ejemplo de lo poco dignos de confianza que son. ¿Cree que nosotros podríamos cometer un error semejante? Aunque, naturalmente, si hubiese ocurrido en Moscú, no habría salido vivo de Rusia. Los británicos se han ablandado últimamente; tienen bien merecido todo lo que les pasa.

Cuanto más hablaban, más le gustaba el plan al Gordinflón; las ideas empezaron a tomar forma. Expuso la mejor manera de realizar la cosa, los pasos que había que dar para que saliese bien, el tipo de arma que sería más adecuada para el trabajo y, tal vez lo más importante, la necesidad de tomar medidas de seguridad cuando todo terminara. Todos esos detalles, después de una larga asociación, eran dejados en sus manos. La razón de que hubiese sobrevivido durante tanto tiempo era que siempre estudiaba su propio índice Dow Jones de miedo y jugaba con futuros. Su valor primordial para la KGB estaba en el hecho de que no se había probado nunca ninguna conexión. Para las fuerzas de seguridad de Occidente, era un francotirador, alguien que operaba sin ninguna pauta consistente, ocultando así sus motivos reales o los de las personas que le dirigían. Era un arreglo que convenía a ambas partes; él trabajaba mejor solo; lo único que necesitaba era que se le mostrase la dirección acertada.

Terminada la instrucción, salió de Trípoli al día siguiente, iniciando un complicado viaje para cubrir todos los rastros y que en definitiva le llevaría al lugar donde alguien había sido elegido para morir.

Hillsden tenía también ideas asesinas. Mientras viajaba a Francia por mar, comparaba su situación a la del doctor Crippen y la joven Ethel Le Neve: también ellos habían emprendido de la misma manera un viaje a lo desconocido. La muchacha a la que conocía solamente como Wendy permaneció cerca de él durante todo el trayecto. Pasearon juntos por cubierta, viendo desaparecer Inglaterra. Él se preguntó si volvería a ver su costa. El alemán no les había acompañado, sino que había tomado un avión en Heathrow con destino a París. Desde allí se dirigiría a Cherburgo, su puerto de llegada.

—¿Se puede dejar de una vez para siempre? —preguntó Hillsden.

—Yo lo hice ya en lo concerniente a lealtad.

—Fue fácil, ¿verdad?

—No fue difícil. Inglaterra está acabada. Sólo es cuestión de tiempo que nos apoderemos completamente de ella.

Antes de haberse adentrado una milla en el Canal, el mar se volvió más agitado y la muchacha resultó ser una mala marinera.

—Bajemos al camarote —dijo—. Creo que me echaré un rato.

—Le sentará mejor el aire libre.

—Así lo dicen, pero tengo que echarme.

Él la acompañó. En el camarote contiguo al suyo, un grupo de hinchas de fútbol que jugaban ruidosamente al póquer hicieron chuscas observaciones al pasar Hillsden y la joven por delante de su puerta abierta.

—No se puede sentir pesar por dejar atrás a esa gentuza —dijo ella cuando estuvieron solos.

Se dirigió al lavabo y se mojó la cara con agua fría.

—Parece que vienen con nosotros.

—Ya sabe lo que quiero decir. —Se tumbó en una de las literas y frunció la nariz con repugnancia—. ¡Huy! ¡Cómo huelen estas mantas!

—No le gusta acercarse a la gente, ¿eh?

Ella no respondió y, al cerrar los ojos, su semblante pareció menos duro. Hillsden mojó una toalla y se la puso en la frente. La inesperada frialdad la hizo sobresaltarse.

—Pensé que le vendría bien.

—Gracias.

Ella cerró de nuevo los ojos, sujetando la toalla fría en su sitio con una mano de uñas pintadas. Hillsden se sentó en la litera opuesta, observándola. Recordó la imagen de su cuerpo en la playa y se preguntó quién habría sido el primero en corromperla con las viejas mentiras olvidadas. Dormida parecía extrañamente vulnerable; se necesitaba un esfuerzo de voluntad para creer que había alguna amenaza en su asociación. Él había aprendido que nada salía nunca tal como se imaginaba. Mientras la observaba, volvió a pensar en Caroline durmiendo en sus brazos, y de pronto le espantaron las ideas que asaltaron su mente. Como leyendo lo que él pensaba, la muchacha abrió los ojos y le miró fijamente.

—Ya ha pasado —dijo—. Tumbarme en la cama me ha sentado bien. —Ella escrutó su semblante—. ¿Sabe que es diferente de lo que me había imaginado?

—¿No le dijeron cómo era?

—No se puede saber cómo es una persona por las descripciones que otros dan de ella.

—¿Qué halla diferente en mí?

—Se siente atraído por mí. Y yo nunca le he dado motivos.

—¿Por qué está tan segura?

—Lo vi en su cara cuando me desperté.

—¿Y le parece extraño? Debe saber que es muy atractiva.

Se contemplaron mutuamente a través del estrecho camarote y él se preguntó: ¿A qué se debe esta reacción entre nosotros? ¿No es más que el viejo truco físico que nos atrapa a todos, o es el hecho de que ninguno de nosotros es ajeno a la traición? Había advertido un cambio en ella, un matiz de excitación en su voz.

—Presumiendo que tenga razón —dijo— no puedo esperar gran cosa, ¿verdad? Sin duda iría en contra de sus instrucciones. Generalmente no se permite a los

prisioneros hacer el amor con sus guardianes. A menos, naturalmente, que sea usted un agente libre en esta clase de asuntos.

Se dio cuenta de que el diálogo la intrigaba; a fin de cuentas, había una rendija en su armadura profesional, y le divertía investigarla.

—¿Se considera así? ¿Como un prisionero?

—¿Acaso no lo soy?

—¿No confía en nosotros?

—Oh, querida —dijo, y la diferencia de edad entre ellos se reflejó en el tono de su voz—, confianza es una palabra que no se encuentra en el diccionario que ambos utilizamos.

Se arrodilló en el espacio entre las dos literas y atrajo la cabeza de ella hacia la suya. Ella no ofreció resistencia. Desde tan cerca parecía más joven que nunca, y él comprendió que, al menos por estos momentos, la iniciativa había pasado a él. No era que tuviese verdadera intención de llevar las cosas más adelante, pero la novedad de la situación le intrigaba. Entonces se le ocurrió pensar que tal vez el mareo había sido fingido y que ella había proyectado todo el episodio. A modo de prueba, dejó que sus manos se deslizaran sobre el pecho de ella, y de nuevo aceptó Wendy aquella intimidad.

Un súbito griterío de los jugadores de cartas del otro camarote rompió el hechizo.

—Cierra la puerta —dijo ella.

Él vaciló antes de ponerse de pie y corrió el débil pestillo; cuando se volvió, ella ya se estaba quitando la ropa. Recordó su desnudez en la playa, pero aquí, en el limitado espacio del camarote, su belleza parecía irreal; no podía defenderse contra ella. Después de besarse por primera vez, él se disculpó por su torpeza.

—Tendrás que perdonarme; hace tiempo que no practico.

Ésta fue la única traición que no había elaborado de antemano.

Ella no dijo nada, pero lo ayudó a despojarse de la ropa, haciendo una pausa para tocar suavemente la pálida cicatriz que tenía en el hombro. Lo último que había esperado él de ella era ternura; era como si en los momentos antes de que cambiase todo para siempre se hubiesen vuelto súbitamente humanos el uno para el otro. Ella abrió la cama y juntos se acomodaron debajo de las mantas, y él recordó los oscuros juegos de la infancia; a fin de cuentas, la vida no había cambiado mucho desde la primera vez en que había practicado el engaño en el armario de debajo de la escalera. Tuvo que recordarse que no era amor lo que sentía; se presumía que el amor no iba acompañado de una sensación de vergüenza o de culpa. «Una vez juré que nunca traicionaría la memoria de Caroline», pensó, pero no pudo evitar que su cuerpo respondiese a los movimientos de la joven debajo de él, y ambos se entregaron al amor, mientras él olvidaba su promesa.

Después permanecieron entrelazados sobre el rígido colchón, escuchando las estúpidas palabrotas que puntuaban la partida de póquer. Ella tocó de nuevo la cicatriz, siguiéndola con dedos fríos. La mano de él siguió apoyada en los húmedos

senos y, al acariciarlos, sintió la lenta pulsación del corazón de ella. El sentimiento de culpa volvió a los umbrales de su conciencia como un perro servil.

—¡Qué pareja tan extraña somos! —dijo.

—¿Por qué extraña?

—Por las circunstancias. ¿O tal vez has querido satisfacer el último deseo del condenado a muerte?

—No. Te deseaba, ¿no es eso bastante?

—¿Sabes cómo describirían esto en los informes oficiales? Dirían que «hubo intimidad». Es curioso que la palabra que expresa la forma más íntima de amistad se haya corrompido para indicar una relación sexual ilícita, aunque supongo que, en nuestro caso, se adapta perfectamente a nuestra situación. Intimar sin amistad.

—¿Siempre analizas cuando haces el amor?

—No lo he hecho en mucho tiempo. —Se le había dormido el brazo que tenía debajo de ella y lo sacó, casi cayéndose de la litera al hacerlo—. Estas camas no se hicieron para la pasión, ¿verdad? Lástima que no lo hiciésemos en la playa cuando te vi la primera vez, cuando te mostraste desnuda. Sabías que yo estaba allí, ¿no?

—Desde luego.

—¿Quién te da las órdenes? —dijo él de pronto, esperando pillarla desprevenida, pero ella no se dejó sorprender.

—No esperarás que te lo diga.

—No, pero no puedes censurarme por intentarlo.

—¿Cuánto tiempo falta para que desembarquemos? —preguntó ella.

Él volvió la cabeza para mirar su reloj de pulsera.

—Un poco más de dos horas, si he calculado bien.

—Yo no iré siempre contigo. Él me sustituirá cuando desembarquemos.

—¿Dónde terminará tu viaje?

—A mí sólo me dicen lo mínimo que necesito saber. —Se soltó de él. Oyeron que se rompía una botella y, después, más roncadas carcajadas—. Escucha a esos imbéciles —dijo—. Apenas vale la pena de que les traicionen.

Él casi podía creer que estaba de nuevo en el Ejército: el camarote le recordaba una habitación del cuartel; el clamor al otro lado de la puerta sonaba como una pelea cuartelera. Pero, en aquellos remotos tiempos, la lealtad había sido una cadena irrompible.

—¿Es él tu amigo regular?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Simple curiosidad.

—Vivo con él —dijo ella—, siempre que él me da la oportunidad.

—Es alemán, ¿no? De la nueva raza democrática.

—Si tú lo dices...

—¡Oh, vamos, Wendy! No estás en *Peter Pan*. No estamos jugando un juego de niños, no hay ningún señor Darling en nuestros futuros. No hace falta que seas tímida

conmigo. Hace poco te sentías bastante feliz de tenerme contigo. Aunque no significase un amor eterno existe una especie de lazo entre nosotros, ¿no? Somos de la misma clase; la única diferencia entre nosotros es que tú tienes tu País de Ensueño en el futuro. Yo estuve allí una vez y ahora estoy volviendo a él.

—Si les dices lo que ellos quieren oír, no tendrás problemas.

—¿Y tú? ¿Qué harás cuando te den a elegir?

—Eso no ocurrirá nunca. He elegido ya el bando ganador.

—Debe de ser maravilloso no tener dudas —dijo Hillsden, sin el menor sarcasmo.

El previo arranque de cólera le excitó de nuevo; había algo en la arrogancia juvenil de ella que la hacía infinitamente deseable. La empujó sobre el colchón y la poseyó de nuevo, y esta vez fue él quien dominó. Mientras la poseía, se le ocurrió pensar que solamente el olvido que trae consigo el sexo tenía poder para mitigar fugazmente todos los temores, y, por una vez, pudo comprender el frenesí del violador. Quería forzar una confesión por parte de ella; no las palabras que emplean los verdaderos amantes, eso habría sido pedir demasiado, sino solamente algo que expresase cierto afecto y que pudiese recordar en los meses venideros. La muchacha se retorció y gimió debajo de él, pero sabía que aquello no era exclusivamente para él, y cuando terminaron se sintió más solo que nunca.

Ninguno de los dos habló durante cinco minutos; después dijo ella:

—¿Crees que volveremos a vernos?

—Si lo supiese, lo sabría todo.

—Sí, supongo que sí. Ha sido una pregunta tonta. —Salió de debajo de él y saltó de la litera—. Me vendría bien un trago. ¿Subimos de nuevo a la cubierta?

—Lo que tú quieras.

Hillsden observó el suave movimiento de sus senos jóvenes al recoger ella su ropa. Había una especie de angustia en su belleza, y él pensó en todos los años malgastados, los que habían pasado y los que estaban todavía por venir.

Cuando ambos se hubieron vestido y arreglado mutuamente, ella le permitió que la besara brevemente antes de salir del camarote.

—Ha sido una clase de amistad, una clase de intimidad, ¿no? Para mí es importante creer al menos eso.

—Sí —dijo ella.

Varias botellas de cerveza vacías rodaron por el pasillo con la oscilación del barco. Al alargar Hillsden un brazo para que la muchacha no perdiese el equilibrio, uno de los jugadores de póquer gritó:

—Le has dado un buen revolcón, ¿eh, papaíto?

Y las risas les siguieron mientras subían a cubierta.

—¿Cuál es tu veneno preferido? —preguntó Hillsden cuando entraron en el ruidoso bar.

—Tomaré un vodka doble. A palo seco.

—Estamos favoreciendo la industria de nuestro país, ¿eh?

Pero ella no pareció apreciar la broma. Todas las mesas estaban ocupadas y, cuando él consiguió al fin que les sirviesen, salieron con los vasos al exterior.

—¿Por qué brindamos?

—Por decir adiós a todo esto, si tienes un poco de sentido común. —Miró por encima de él a los viajeros que estaban en el bar—. ¡Mírales! Están engullendo su cerveza libre de impuestos y sus patatas fritas con aroma de cebolla. No me dirás que es una gran pérdida volver la espalda a esa gente.

—Ojalá fuese tan sencillo —dijo él.

Guardaron silencio junto a la barandilla, observando cómo surgía lentamente del mar la costa francesa, como en una transformación teatral, mientras en lo alto gritaban las gaviotas una soledad compartida.

Una hora más tarde, cuando desembarcaron, las autoridades francesas no mostraron el menor interés por la llegada de *mister* Coburn y su hija. Después de pasar por la Aduana y por Inmigración, se dirigieron al aparcamiento del muelle. El alemán, que esperaba junto a un Citroën negro, besó a Pamela y abrazó a Hillsden a la manera continental, una comedia representada con convicción por si alguien les estaba mirando.

Tomaron la *autoroute* de París, viajando a velocidad excesiva, siempre que el alemán consideraba que la carretera estaba libre de policías de tráfico. Mecido por la suave suspensión, Hillsden se adormiló en el asiento de atrás. Ocasionalmente, los dos de delante intercambiaban unas pocas frases; creyó oír dos veces la palabra «Londres». El alemán sacó el Citroën de la *autoroute* en la salida del aeropuerto Charles de Gaulle y depositó a la joven delante de las dependencias de partida. Ella lo besó a través de la ventanilla abierta y después entró en el edificio, sin dirigir una mirada a Hillsden. Antes de que desapareciese, ellos habían arrancado ya y descendían por las transitadas rampas de nuevo hacia la autopista. Dando un rodeo a París hacia el sur, tomaron la carretera de Troyes. El alemán mantuvo apretado a fondo el acelerador durante todo el camino; solamente se detuvieron una vez para llenar el depósito de gasolina y tomar un tentempié.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Hillsden mientras comían, y al no obtener respuesta, repitió la pregunta en alemán.

—Ya lo sabrá cuando lleguemos.

—Escuche, deje de tratarme como si bajase de las nubes. Por lo que a mí concierne, usted y su amiga no son más que unos mensajeros. Por consiguiente, actúe como tal, haga de chófer y dígame adónde vamos.

El alemán rebañó el plato con un pedazo de pan.

—Cuando hago un negocio, trato con los que están a mi nivel, no con los chicos de oficina —prosiguió Hillsden—. Y ante todo quiero ver el dinero. Ése fue el trato.

Antes de responder, el alemán tomó un poco de café y se enjuagó la boca con él.

—¿Qué le hace pensar que está en condiciones de negociar? Viaja con pasaporte falso por un país que no es el suyo y sin dinero. No es una manera segura de viajar.

Termine su café y pongámonos en marcha.

Rodaron otras tres horas a través del Haute-Marne y, por fin, se detuvieron al anochecer delante de un mediocre hotel comercial de la pequeña población de Tettingen, a pocas millas de la frontera suiza.

—Antes de que nos registremos, digamos adiós a *mister* Coburn. Deme su pasaporte.

Hillsden se lo entregó y recibió a cambio un pasaporte de Alemania Federal a nombre de Ernst Sauckel, vendedor de joyas y nacido en Coburg.

—De ahora en adelante, practique su alemán —le dijo el otro—, pero será mejor que me deje hablar a mí. Pasaremos aquí la noche y saldremos temprano por la mañana. Quiero cruzar la frontera cuando lo hacen la mayoría de los camiones pesados; así llamaremos menos la atención. A propósito, dormiremos en la misma habitación.

—Muy íntimo. Pero espero que no en la misma cama. A diferencia de su amiga, no me gusta dormir con cualquiera.

Si esperaba apuntarse un tanto, quedó decepcionado.

—Si se ha acostado con ella, me ha hecho un favor. No es una buena pareja. Como el resto de su maldita raza, se limita a tumbarse boca arriba.

El alemán pagó el hotel por anticipado, y les fue servida una cena sencilla pero bien preparada antes de retirarse a descansar. La habitación con dos camas estaba escasamente amueblada y escrupulosamente limpia, con una ducha y un wáter aislados en un rincón.

—No hay televisión. Tendremos que buscar un tema sobre el que hablar. ¿Qué suelen cobrar los chóferes en estos días? —dijo Hillsden, pero el otro no hizo caso del sarcasmo.

El alemán eligió la cama más próxima a la puerta y se tumbó vestido en ella.

—¡Oh, querido! ¿No vamos a lavarnos los dientes? —dijo Hillsden—. Yo voy a tomar una ducha; por consiguiente, vuélvase de espaldas si cree que podría excitarse demasiado.

Se desnudó y se enjabonó, para quitarse el olor de la muchacha, pero nada podía impedir que volviese a tener aquella sensación de culpa. Cuando terminó, apagó la luz.

—Déjela encendida.

—Lo siento. ¿Le da miedo la oscuridad? Le contaré algunos cuentos de hadas alemanes hasta que se duerma. Por ejemplo, la toma de Stalingrado.

—No se pase de listo y ahorre su energía. Va a necesitarla en los días venideros.

Hillsden observó las mariposas que volaban alrededor de la bombilla del techo. Dada su experiencia en interrogatorios, no se hacía ilusiones sobre lo que le esperaba. Se preguntó si, mirándolo bien, sería de ayuda tener alguna clase de fe. No por primera vez en su vida, lamentó no tenerla. Trató de recordar oraciones de su infancia, una prueba de memoria más que de creencias, y fueron los recuerdos de

aquellos años perdidos los que le acompañaron al dormirse.

Salieron justo antes del amanecer y cruzaron la frontera con el estómago vacío. Como en Cherburgo, las formalidades en la frontera suiza se realizaron sin incidentes. Después de una hora de viaje, se detuvieron a desayunar en uno de esos pulcros restaurantes suizos de carretera donde las camareras sirven a los clientes con la precisión de un Rolex. Cuando reanudaron el viaje, Hillsden no sabía que seguían la misma carretera que había tomado Calder al volver de matar a Caroline. Como Calder, trató de grabar en su memoria los puntos de referencia más sobresalientes mientras subían entre las montañas. En Suiza había una limpieza regulada que encontraba tan irritante como impresionante; las vacas moteadas en los verdes pastizales eran como aquellas de madera con que había jugado de pequeño. El coche no tenía aire acondicionado. Cuando salió el sol, tuvo que esforzarse en mantenerse alerta. El alemán conducía con habilidad y con atención. Saltaba a la vista que el terreno le era familiar. Sólo cuando descendieron al último valle el alemán aflojó su presa sobre el volante y retiró el pie del acelerador, acercándose en punto muerto a la entrada de una finca. Mientras Hillsden observaba, dos jóvenes rubios salieron de la casa del guarda e inspeccionaron el Citroën antes de abrir la verja.

Cuando el coche pasó, volvieron a acercarse los dos para una inspección más a fondo.

—¿Alguna dificultad? —preguntó uno de ellos.

Se asomó a la ventanilla abierta y Hillsden percibió un olor a colonia muy femenina.

—¿He tenido alguna vez dificultades? —replicó el alemán.

—Porque no eres lo bastante bonito —dijo el rubio, e hizo señal de que el coche siguiese adelante.

En la casa, Hillsden fue recibido por un hombre de alrededor de sesenta años, elegantemente vestido con un traje de franela gris de corte impecable, que parecía salido de la cubierta de *Forbes*. Extendió una mano.

—Bienvenido, *mister* Hillsden. Por fin ha llegado a casa. Me llamo Hansel.

—Como en *Hansel y Gretel*, sin duda —dijo Hillsden, justo antes de recibir un golpe desde atrás y desintegrarse su mundo en la oscuridad.

El lugar de salida estaba en Alemania Occidental. El Gordinflón pasó una semana en Hamburgo perfeccionando su plan. Después se inscribió en una excursión en autocar a Londres y sus alrededores, adquiriendo el billete en una agencia de viajes elegida al azar. Se equipó como el clásico turista, vistiéndose de la cabeza a los pies con la clase de prendas que sabía que le harían indistinguible de sus compañeros de viaje. Se anunciaba que éste duraría diez días y que los participantes podían optar entre seguir con el grupo o apañarse por su cuenta a la llegada. Calculó, pues, que tendría siete días para realizar su misión.

El viaje desde Hamburgo hasta Dover fue bastante agradable. Sus compañeros turistas eran la mezcla corriente de jóvenes y viejos, dispuestos todos ellos a pasarlo bien y aprovechar el valor de su dinero; el tema principal de conversación en el autocar fue el tipo de cotización de las monedas. Dondequiera que se detuviesen para comer el Gordinflón tomaba fotos instantáneas pero, a diferencia de los otros, no había ninguna película en su cámara; consideraba de alto riesgo los famosos productos Kodak. Hacía tres años que no pisaba Inglaterra, pero confiaba en su cambiado aspecto y no llevaba nada sospechoso. Ni fumaba ni bebía, y despreciaba el uso de las drogas. Aparte del asesinato y los buenos ágapes, no tenía ningún vicio.

El grupo llegó a su hotel en Londres casi exactamente a la hora prevista. El Gordinflón ocupó la habitación individual que le destinaron, dejó su equipaje y después salió y compró todos los periódicos que pudo encontrar. Siempre era importante saber lo que pasaba en una capital; los planes más cuidadosamente preparados podían frustrarse por un incidente que nada tenía que ver con ellos. Observó que se había convocado una manifestación de parados para uno de los días de su estancia y que se anunciaba la visita oficial del presidente de Nigeria; ambos acontecimientos significarían grandes atascos de tráfico y requerirían mucha atención, factores vitales que había que tener en cuenta cuando llegase el momento de escapar.

No queriendo aparecer como sospechosamente aislado, la primera noche cenó con el resto del grupo y aprovechó la oportunidad para dejar caer falsas insinuaciones sobre sus movimientos durante la semana próxima. Después de observar el boletín de noticias de ITN y un episodio de un espantoso serial, durmió profundamente durante ocho horas. Entonces, después de arrostrar un erróneamente llamado «desayuno continental», salió con su Leica, sus guías y el auténtico aspecto de un inocente turista.

Primero fue al National History Museum de Brompton Road y, después de pasar una hora allí, visitó el museo contiguo de Victoria y Alberto, dando en ambos lugares la impresión de un sincero anglófilo. Después tomó un café en un bar próximo y se dirigió andando a Harrods. Allí, como prueba necesaria, preguntó a un guardia cuál era el mejor camino para ir a la Torre de Londres; atendido cortésmente por el guardia, bajó a la estación del metro de Knightsbridge, pero en vez de comprar un billete empleó una de las cabinas telefónicas públicas. Marcando el número de la central y fingiendo un acento irlandés, dijo que había sido colocada una bomba en la sucursal de Marks and Spencer's de Oxford Street. Estas diversiones le producían algo parecido a una satisfacción sexual, y fue con paso más ligero que salió de nuevo a la luz del día y echó a andar por Sloane Street. A pesar de la monotonía general de los británicos, no pudo dejar de observar que muchas de las jóvenes tenían una belleza insolente; los ricos eran iguales en todo el mundo y él ansiaba humillar su arrogancia. Su ruta lo llevó a la estación del metro de Sloane Square, en el lado del Royal Court Theatre; desde allí midió cuidadosamente el tiempo que tardaba en

recorrer a paso normal la Eaton Square. Nunca se fiaba, en sus planes, de los coches para huir; los artefactos mecánicos eran demasiado falibles y generalmente requerían una cómplice; dos peligros adicionales que le repugnaban.

Pasó por delante de la entrada de las callejuelas, anotando el número de coches aparcados frente a las elegantes casas; después volvió a Sloane Square por un camino diferente, satisfecho de su paseo de la mañana. Había una reposición de *Loot* de Orton en el Royal Court y compró una localidad para la primera sesión. El burlón desprecio de Orton por las vacas sagradas era agradable y relajante, a tono con el humor del Gordinflón; le encantó ver dramatizadas sus propias creencias de una forma divertida. El hecho de que el público riese en su ignorancia no hacía más que resaltar la decadencia básica que él estaba empeñado en destruir. Cuando volvió al hotel para cenar en compañía de los otros miembros de la expedición, se sentía sumamente confiado, y al día siguiente participó en la visita proyectada a Kew Gardens. Lo importante era no establecer ninguna pauta rígida.

El tercer día salió temprano del hotel y fue directamente a la estación de Liverpool Street. Tomó un tren hacia Stratford-ate-Bow, donde se hallaba el famoso Cockney Bow Bells, en el East End de Londres. Era un lugar que nunca había visitado, pero se dirigió sin vacilación a la calle que le marcaron: tenía una memoria fotográfica para los planos y había hecho un buen estudio en casa. A pesar de que habían pasado cincuenta años desde el suceso, veíanse todavía algunas huellas del Blitz nazi; viejas casas bombardeadas mostraban sus ruinas en los callejones. Incluso los altos edificios de la posguerra parecían estar a punto de derrumbarse; con sus paredes melladas y llenas de inscripciones, sus ventanas rotas y su pintura desconchada, formaban parte de una ciudad bajo constante ataque. El Gordinflón tuvo la impresión de que, en unas pocas millas, había cruzado una frontera indefinida con un territorio extranjero; las caras con las que se cruzaba no tenían características marcadas, sino que pertenecían a una serie de razas diferentes, como si se juntaran por casualidad. Se movió entre ellos con más cuidado que nunca, consciente de que su presencia sería aquí más notada, por lo que tenía que andar con más precaución. No era que dudase de la fiabilidad de sus instrucciones, pues tenía confianza en la organización que le respaldaba, pero su propio instinto innato de supervivencia le exigía un mayor cuidado. Recorrió varias callejuelas y llegó al fin a la dirección que le dieron. La tienda estaba embutida entre dos almacenes que vendían ropa barata. Presumía de joyería, pero sólo exhibía en su escaparate unas pocas radios de transistores y relojes de dudoso origen. También tenía fijados en el cristal rótulos anunciando una liquidación por cierre con asombrosas rebajas, cosa que hacía tiempo que había dejado de impresionar a los del barrio; en aquel distrito, todo iba encaminado a timar a los incautos.

Después de observar la tienda desde lejos antes de cruzar la calle, el Gordinflón entró en ella. Al abrir la puerta, sonó una campanilla y, al cabo de unos momentos, un paquistaní salió arrastrando los pies de la trastienda. El Gordinflón sacó un gemelo de

oro del bolsillo.

—Me han dicho que usted podría arreglarme esto.

El hombre aplicó un monóculo de relojero a uno de sus ojos y examinó el gemelo con aire profesional.

—Es posible —declaró—. Pero caro.

—No esperaba que lo hiciese gratis.

—Al contado.

—¿Cuánto?

—Tratándose de algo especial como esto, quinientas.

—¿Es ése el precio corriente?

—Por el riesgo que corro, ése es el precio.

Los modales del Gordinflón cambiaron bruscamente.

—Escuche, maldito imbécil, el riesgo está en hacerme esperar. Cierre la tienda y deme lo que he venido a buscar.

El hombre se apresuró a obedecer, cerrando la puerta de la calle e invirtiendo el letrero de ABIERTO; después llevó a su visitante a la trastienda, que, evidentemente, le servía también de dormitorio. Había una cocina de gas junto a un fregadero lleno de platos sucios, restos de comida sobre una mesa y una litera de campaña en un rincón. Un perro pequeño de raza indeterminada yacía en una caja de cartón y se encogió al entrar los dos hombres, mostrando los dientes en una patética imitación de un gruñido. El hombre se agachó y echó al perro a un lado; éste gimió y se encogió debajo del fregadero, mientras aquél buscaba debajo de una capa de periódicos viejos que cubría el fondo de la caja y sacaba una pistola de reglamento de la policía alemana, envuelta en papel impermeable. Le tembló la mano al dársela al Gordinflón, quien arrancó el papel protector y, con dedos expertos, soltó el cargador. Dejó caer la primera cápsula en la palma de la mano, la examinó, volvió a colocarla en su sitio y cerró de golpe el cargador. Después de comprobar que los números de serie habían sido limados, arrojó un abultado sobre encima de la mesa.

—No me haga perder tiempo contándolo. Muéstreme la otra salida. Y recuerde que, si algo anda mal, lamentará haber nacido. Salga primero y dígame si hay alguien por ahí.

El hombre abrió la puerta de atrás y miró al exterior.

—No hay nadie.

El Gordinflón se metió el arma en un bolsillo y salió a un callejón de servicio. Volvió a la calle principal y tomó un autobús hasta St. Paul's. Allí tomó el metro hasta Bond Street. Fue a pie de Bond Street a Oxford Circus y allí tomó otro autobús hasta Hyde Park Corner. Sólo cuando estuvo convencido de que nadie le había seguido, volvió a su hotel. De nuevo a salvo en su habitación, comprobó más minuciosamente el arma y, después, sacó la Leica de su estuche y la sustituyó por la pistola. Llevó el estuche con él al bajar al comedor. Después de cenar observó la transmisión en directo de un partido de fútbol en el bar, antes de retirarse.

Los dos días siguientes se unió a los otros para las visitas programadas. Fueron llevados a la Tate Gallery, a Hampton Court y al Castillo de Windsor. La tarde del día antes del señalado para la partida, se excusó diciendo que le dolía el estómago y que descansaría en su habitación. Le preguntaron si quería que le visitase un médico, pero él rehusó diciendo al guía que sufría ataques de bilis desde la infancia y que siempre llevaba consigo lo que había demostrado ser un remedio eficaz. El hombre expresó su pesar de que se perdiese el acto culminante del viaje, una visita al National Theatre.

Una hora después de marcharse el grupo para su última visita, marcó un número de teléfono local desde su habitación. Le respondió una muchacha.

—¿Se mantiene la cita para esta noche? —preguntó.

—Sí, tal como habíamos proyectado.

—¿Qué hora tiene?

—Exactamente las seis y treinta y dos.

Él comprobó su reloj.

—Estaré allí a las nueve —dijo, y colgó.

Entonces tomó una ducha y se puso un pijama antes de llamar al servicio de habitaciones y pedir una tostada y una botella de agua mineral. Cuando llegó el camarero, estaba yaciendo en la cama y dijo que se sentía indispuesto. El camarero le expresó su pesar y recibió una buena propina por su interés.

El Gordinflón comió un trozo de tostada, bebió un vaso de agua y pasó el tiempo hasta las ocho. Entonces se vistió y salió de su habitación. Prescindió del ascensor y utilizó la escalera. El vestíbulo estaba lleno de un grupo de estudiantes escandinavos que acababan de llegar; pasó entre ellos y salió a la calle sin que nadie se fijara en él. Lo único que llevaba era el estuche de la cámara.

A las 8:45 estaba en Sloane Square y llegó a la entrada del callejón exactamente a las 8:59, justo a tiempo de ver a Pamela alejándose de la casa. Había dejado la llave en la cerradura. Él la hizo girar con una mano enguantada, entró rápidamente y subió los alfombrados escalones de dos en dos.

Belfrage tenía encendida la televisión y escuchaba un programa sinfónico. Estaban tocando el *Concierto para Piano* de Grieg. Antes de llegar a la cima de la escalera, el Gordinflón sacó la pistola. Al entrar en la habitación, Belfrage estaba de espaldas a él, sirviéndose una copa. Cuando se volvió, el Gordinflón le disparó dos tiros. El vaso de *whisky* dio en el lado del televisor al escaparse de la mano de Belfrage, pero no se rompió. El Gordinflón se acercó a Belfrage, que yacía sobre la gruesa alfombra, y le volvió a disparar, esta vez a quemarropa y entre los ojos. Después aumentó el volumen del televisor y salió de la casa, tirando la llave en el interior antes de cerrar la puerta. Desde el principio hasta el fin, toda la operación había tardado menos de un minuto.

Volvió con aire casual a Sloane Square y tomó el metro hasta Putney. Allí cruzó el Putney Bridge, deteniéndose a medio camino para observar el tráfico del río. Apoyando los brazos en el pretil, dejó caer la pistola en el Támesis. Después continuó

su paseo y tomó un autobús para volver al centro de Londres. A las 10:30 estaba en la habitación del hotel. Cuando, una hora más tarde, volvió el guía para interesarse por él, lo recibió en la cama y hablaron de la comedia que, lamentablemente, él se había perdido.

El autocar emprendió el regreso a Hamburgo la mañana siguiente. Todos convinieron en que el viaje había sido excelente por el dinero que había costado.

Capítulo 26

—Fuentes próximas al primer ministro pueden, afortunadamente, ocultar muchos pecados si se emplean con discreción —observó Bayldon, en el tono casi de disculpa que empleaba cuando se hallaba en presencia del líder.

—Sí —dijo el primer ministro—, lástima que no puedan ocultar todo el maldito follón.

Miró por la ventana del Salón Largo de Chequers. La lluvia hacía confusos los campos de más allá del cuidado jardín, pero todavía pudo distinguir media docena de figuras que se movían a lo lejos.

—De poco sirve tener un servicio de alta seguridad si todavía permiten que estemos al alcance de un francotirador. Cualquier buen tirador con mira telescópica podría tumbarnos a su gusto. Pero Inglaterra es así. A veces me pregunto si no estamos todos locos de remate.

—Probablemente esto se remonta al Libro del Apocalipsis —murmuró otro miembro del gabinete—. Conservación de las antiguas libertades civiles y todo lo demás.

—Lo del Apocalipsis está bien —replicó el primer ministro recalcando la palabra—. Y parece que estemos escribiendo una segunda edición. —Siguió al grupo con la mirada para ver cuántos apreciaban su triste humor. Repletos después de un almuerzo servido por miembros de las W. A. A. F., la mayoría de sus ministros estaban fumando cigarros jamaicanos libres de impuestos que siempre se repartían en los actos oficiales, y sus copas de *brandy* estaban llenas—. Está bien, volvamos al asunto. —Se volvió a Bayldon—. ¿Quiere decir, Toby, que se está cocinando otro escándalo de seguridad? ¿Es eso lo que insinúa?

—No exactamente, George.

El empleo de los nombres de pila estaba permitido en las sesiones privadas, aunque era mal visto en los contactos con los medios de comunicación.

—Entonces, ¿qué? Dígalo.

—Se estableció que Glanville fue probablemente asesinado.

—Si se estableció, no puede ser probable, ¿verdad? Lo he dicho antes, lo repito ahora, y esto se aplica a todos ustedes. O hacen declaraciones exactas o no hacen ninguna, especialmente en la Cámara. Los *tories* están que muerden y se echarán contra cualquier cosa que parezca un barquillo. Por consiguiente, hablemos claro, Toby. ¿Fue asesinado, o no?

—Bueno, digamos que los forenses han dictaminado que murió a consecuencia de un gas que paraliza los nervios. Ahora bien, también es posible que se lo administrase él mismo, aunque muy dudoso. Me han dicho que tenía tendencias suicidas. Pero lo que me preocupa es que aquel gas era de los nuestros.

—¿Lo fabricamos todavía?

—No, corresponde a uno de los tiempos primitivos, experimentales.

—¿Autorizado cuando gobernaban los *tories*? —preguntó esperanzado el primer ministro.

—Es difícil fijar una fecha exacta. Ya sabe lo reservados que son en Porton. — Bayldon carraspeó—. La otra cuestión engorrosa es que la información parece que se filtró a la oposición. Mi oficina me dice que van a plantear el asunto en la hora de ruegos y preguntas.

El primer ministro estalló al oír eso:

—¡Ya no creo en nuestra suerte!

—Para ser justos con Toby —terció el ministro de Asuntos Exteriores—, hay que decir que cuando nosotros estábamos sentados en el otro lado nos alegrábamos mucho de recibir un chivatazo.

—Esto no desvirtúa lo evidente, Sam. Algunos de ustedes parecen no darse cuenta de que estamos sentados sobre un barril de pólvora. Fíjense en las últimas encuestas de opinión. No es la campaña terrorista la que nos derribará; seremos nosotros mismos, meando en nuestra puerta, si no tenemos cuidado. Lo que quiero saber, y de prisa, es si Glanville es la punta de otro iceberg. ¿Quién tenía mejores motivos para matarle? ¿Nosotros o los rusos?

—Bien mirado, si hemos de ser lógicos, supongo que los rusos —dijo el ministro de Asuntos Exteriores—. Por otra parte, la última persona que sepamos que lo vio fue alguien del MI-6.

—¿Cómo lo sabemos?

—En el escondrijo de Glanville había un micrófono oculto.

—¿Quién lo autorizó?

—Yo.

—¿Por qué?

—Es una práctica normal, George. En situaciones como la de Glanville, se mantiene la vigilancia. No vi ninguna razón para apartarnos de la tradición en su caso. El hombre era un traidor confeso.

El primer ministro gruñó:

—¿Están los yanquis enterados de esto?

—Generalmente nos siguen de cerca.

—Ya no me dejan en paz ni de noche ni de día. Una alarma más y se retirarán.

—Hay muchos en el partido, en realidad en el conjunto del país, que recibirían este movimiento de buen grado, George.

Este comentario fue formulado por el ministro de Servicios Sociales, el honorable Graham Lewisham. Como Bayldon, había sido elevado al rango de ministro para que el primer ministro pudiese tenerlo bajo su control. En la acostumbrada lucha encarnizada que se producía siempre que había que elegir al próximo líder del Partido Laborista, Lewisham había estado a punto de conseguir la mayoría necesaria en la primera votación; solamente las torcidas intrigas y cabildeos entre bastidores habían asegurado el triunfo claro del primer ministro en la segunda. Lewisham era el niño

mimado de la extrema izquierda. Uno de los francotiradores natos, brillante en hacer su propia propaganda, poseía gran atractivo para los miembros rurales del Partido. Aunque uno de sus caballos de batalla predilectos era la prensa corrompida controlada por los conservadores, se mostró como un maestro en manipular los medios de comunicación para sus propios fines y nunca desdeñaba la oportunidad de aparecer en la televisión. Los medios habían caído de cabeza en la trampa y le presentaban fielmente como el coco de la izquierda; a fin de cuentas, era un «buen elemento» y le daban más espacio en la prensa y en el aire de lo que merecía su intelecto. Operaba según el método comprobado preferido por todos los demagogos: lo importante no es la calidad de las medias verdades, sino el número de veces que se repiten. Su dominio de las estadísticas sin fundamento era imponente y sus discursos estaban salpicados de referencias al «proceso democrático»; era campeón del gobierno abierto y de la participación de los trabajadores en las decisiones de la empresa. Sobre todo era peligroso cuando parecía ser más racional, y tenía una ambición ilimitada.

—Si se refiere al «conjunto del país», Graham, debe recordar también que sólo nos dieron el treinta y ocho por ciento de los votos, por lo que no creo que debamos sentirnos demasiado optimistas.

—Fue parte de nuestro manifiesto que pondríamos fin a nuestra dependencia de las armas nucleares norteamericanas.

—No necesito que me recuerden lo que se decía en el manifiesto: yo mismo escribí la mayor parte del maldito documento. Desgraciadamente, los acontecimientos nos han sorprendido. No es el momento de balancear la barca. El país está sumamente nervioso, y no por la presencia de los misiles yanquis entre nosotros, sino a causa de los ataques terroristas. Una vez que tengamos esta situación bajo control, podremos dedicar nuestra atención a los problemas menos urgentes. ¿De acuerdo?

Miró alrededor del salón y recibió la aprobación general. Sin embargo, Lewisham no había terminado.

—Espero que no alcancemos ese admirable objetivo, George, a través del establecimiento de un Estado policíaco. Ya hemos asumido los poderes de emergencia más grandes que jamás se hubiese visto en tiempo de paz.

—Precisamente lo que yo digo es que *no* estamos en paz. ¿Cómo usted puede decir que lo estamos cuando, prácticamente, todos los días se cometen actos de guerra contra la población civil?

—Cierta información que ha llegado hasta mí, y que estoy comprobando, apunta hacia una intervención de la CIA. —La teoría de la conspiración de la CIA era una de las predilectas de Lewisham; siempre le aseguraba un lleno cuando hablaba en las universidades—. Pero, sea de ello lo que fuere, lo que quiero decir es que creo firmemente que nuestra estrategia está siendo deliberada y cínicamente manipulada. Con nuestras actuales acciones estamos traicionando a nuestra propia clase

trabajadora.

—Está bien, tomo nota —dijo el primer ministro—. Pero le diré una cosa: si puede traerme pruebas irrefutables de que los yanquis, en un año de elecciones, se han dedicado a matar docenas de sus propios servidores y de sus esposas, destinados en este país, yo mismo supervisaré la remoción de todas sus cabezas nucleares. Pero hasta entonces, tenemos el derecho y el deber de restablecer la ley y el orden. Y tal vez le interese saber que, desde que asumimos estos poderes de emergencia, nuestra popularidad ha subido un par de puntos.

Pero Lewisham no estaba dispuesto a callarse.

—Una milicia de trabajadores habría sido todavía más popular.

—Trate de decirle esto al hombre de la calle. Creo que descubriría que prefiere poner su confianza en el SAS. Y ahora sigamos adelante. ¿Dónde estábamos, Toby?

—No quiero usurpar nada de lo que tal vez fuera a decir Sam —empezó Bayldon, con una inclinación de cabeza dedicada al ministro de Asuntos Exteriores—, pero en los últimos días la policía ha hecho considerables progresos. La Rama Especial dio ayer al amanecer amplias batidas en Norwich, Southampton y Liverpool. Como resultado se practicaron más de treinta detenciones y se descubrieron grandes depósitos de armas y explosivos. Mi última información parece indicar que hemos hecho grandes progresos.

—¿Qué clase de progresos?

—Uno de los sospechosos detenidos ha sido reclamado por los israelíes en relación con los asesinatos de Munich. La policía ha opinado siempre que, aunque podría haber alguna coordinación con el IRA, la actual ola de ataques es obra de las mucho más numerosas y reagrupadas Brigadas Rojas, casi con toda seguridad financiadas por Rusia. ¿Quiere añadir algo a esto, Sam?

El ministro de Asuntos Exteriores se puso de pie.

—Sí, creo que, en términos generales, ésta es también la opinión del MI-5 y MI-6. Me entrevisté con ambos directores justo antes de venir aquí y, según la información que están recibiendo de nuestra gente en el Bloque del Este, la KGB estuvo enviando importantes fondos recientemente. Parece que hace seis meses hubo una lucha por el poder dentro de la KGB y que el resultado de ello fue que un nuevo halcón adquirió el control e instigó inmediatamente una línea más dura. Nuestro problema ha sido siempre mantenernos por delante de los yanquis, y creo que por eso se sienten profundamente agraviados. Con esto no quiero pretender que nuestra propia seguridad haya sido hermética. A veces ha sido como un colador.

—Sí, bueno, ya volveremos a eso, pero estoy ligeramente confuso —dijo el primer ministro—. Toby mencionó a Israel y ahora me habla usted de la KGB. No veo la relación.

—Todo apunta hacia una campaña cuidadosamente orquestada, encaminada a forzarnos la mano. A los rusos no les importa valerse de quien sea. Están encantados de que otros les hagan el trabajo. Su ofensiva de paz fracasó lamentablemente (a fin

de cuentas, los misiles siguen instalados). Por tanto, cambiaron de táctica, y en esto han tenido éxito. Como usted sabe muy bien, nosotros no somos los únicos que hemos sufrido; todos los países de la OTAN han tenido su parte. Esto nos lleva a la esperanza de Graham. Lo que ellos pretenden es crear un clima que impulse a los yanquis a retirarse, debido a nuestra inestabilidad.

—Eso es una deformación total de lo que yo he dicho —le interrumpió Lewisham.

—Textualmente.

—No. Todo lo contrario.

—No sigamos discutiendo —dijo bruscamente el primer ministro, que no estaba dispuesto a aguantar otra conferencia de Lewisham—. Al menos se hizo algún progreso, y sabe Dios que necesitamos algunos golpes de suerte. Y ahora, ¿qué hay de nuestro servicio de información? ¿Hay más Glanvilles en ciernes?

—No tentemos al destino —dijo Bayldon.

—Bueno, él es el quinto hombre —replicó el ministro de Asuntos Exteriores—. Y los cinco eran de la misma generación; por consiguiente sólo podemos cruzar los dedos y esperar que no sigan otros a los cinco.

En ese momento, entró el secretario del Gabinete y entregó una nota al primer ministro. Cuando terminó de leerla, su expresión evidenció que el cruzamiento de dedos no había sido eficaz. Se volvió al ministro de Asuntos Exteriores.

—Antes dijo usted algo acerca de Glanville, algo referente a que la última persona que le vio vivo fue un hombre del MI-6. ¿Recuerda cuál era su nombre?

—Hill... y algo más, creo.

—¿Hillsden?

—Sí, ése era el nombre.

—Bueno, habló usted demasiado pronto. Esto es de la Rama Especial. Tienen motivos sobrados para sospechar que Hillsden ha desertado.

Capítulo 27

El sueño era confuso, casi una pesadilla, pero nunca acababa de resbalar sobre el borde del demasiado familiar abismo insondable. A veces estaba en un campo, parecido a aquel donde los oscuros helechos rodeaban el último lugar de descanso de Glanville, y él cavaba con las manos, cavaba por su vida pero sin hacer progresos visibles. Después, como al volver las hojas de un álbum de fotos, el paisaje cambiaba y él se encontraba de pie junto a una tumba abierta. En todas partes estaba todo tan silencioso como en aquellos largos momentos del Día del Armisticio, antes de que los cañones señalasen el final de los dos minutos de silencio, con las multitudes convertidas en estatuas de piedra en Whitehall. Podía ver el interior de la tumba, pero no había en ella ningún ataúd y, mientras miraba, el hoyo se llenó de agua. Vio lo que al principio tomó por su propio reflejo, pero al arrodillarse sobre la tierra removida del borde de la tumba, la superficie del agua fue agitada por un viento repentino y la imagen se rompió en pedazos.

Al calmarse de nuevo el agua, pudo discernir el casco volcado de una barca, allá en lo hondo. Entonces, como movido por corrientes ocultas, el casco giró lentamente, liberando a un cuerpo atrapado debajo de él. Pero en vez de subir el cuerpo hacia él, fue él quien se vio arrastrado a las profundidades vertiginosas del agua de color verde botella, con burbujas que ascendían por su lado como balas trazadoras, hasta que al alargar las manos tocó y volvió boca arriba el cadáver. En aquel momentáneo contacto, trozos de carne blanquecina se separaron de los huesos y fue como si las facciones se desprendiesen como una máscara, alejándose de él. Se volvió para echar una última mirada a la cara del ahogado Jock antes de que se perdiese en las aguas más oscuras del fondo. Entonces se encontró de nuevo en tierra firme, subiendo en espiral y con sus pies resbalando en escalones de piedra. Había luz arriba, y una figura le llamaba desde lo alto de la escalera. Subía sin avanzar, gritando el nombre de Caroline, pero en definitiva no era Caroline quien le estaba esperando, sino Belfrage.

—¿Se siente mejor, *mister* Hillsden? —preguntó Belfrage, pero no era la voz de Belfrage.

Abrió los ojos a la luz y vio al hombre llamado Hansel inclinado sobre él.

—Debo disculparme por lo que ocurrió. Algo imperdonable, y el responsable de ello ha sido castigado. Espero que no sufriese daños importantes. Fue una desgraciada bienvenida.

Al desvanecerse los últimos jirones del sueño, Hillsden centró gradualmente la mirada en lo que lo rodeaba. Yacía en una cama, en una habitación desconocida. Parecía ser de noche, pues las cortinas estaban corridas y encendidas las luces. Al tratar de incorporarse, sintió un dolor que parecía llenar toda su cabeza.

—Lo malo es que hoy tenemos que tratar con una nueva raza. Carecen del sentido de moderación. Como todo es tan violento, parecen creer que la fuerza bruta resuelve

todos los problemas, mientras que usted y yo sabemos que con ella se consigue poco o nada.

Hillsden se esforzaba en comprender lo que el otro estaba diciendo, pero las palabras le llegaban como a través de una niebla.

—He hecho que le preparen un poco de comida —siguió diciendo Hansel—, pero si no le gusta, hágamelo saber. Me afligiría que pensara que mi hospitalidad falla en todo. Le dejaré para que disfrute de ella. Cuando se recobre del todo, volveremos a hablar. —Se detuvo en la puerta—. Oh, le he traído también los periódicos ingleses.

Al quedar solo, Hillsden se examinó con cuidado. Aparte del dolor en la base del cráneo, parecía estar de una pieza, aunque siguió moviéndose con precaución. La idea de comer le daba náuseas, pero sorbió el vaso de vino que acompañaba la comida sobre la bandeja colocada en la mesita de noche. Pasó algún tiempo antes de que desapareciese el mareo inicial y fuera capaz de hacerse perfecto cargo de la situación. «Nos están eliminando uno a uno», había dicho Control y esto parecía estar ahora más cerca de la verdad. No es que imaginase que pretendieran matarle tan pronto. Pero tampoco encontraba demasiado consuelo en la explicación de Hansel. Era práctica corriente presentar las dos caras de la misma moneda: «Todos conocemos esta técnica», pensó. Hay uno que te golpea y otro que te levanta y te sacude el polvo; esto acelera el proceso de desorientación. Ahora, al despabilarse de nuevo, empezó a pensar en sus alternativas, estudiándolas en serie desde el momento en que Control le había expuesto su plan.

—Tal como yo lo veo —había dicho Control—, tiene cierta progresión lógica. Por eso creo que ellos morderán el anzuelo. Pero, si es así, cuando vayan en su busca, no les haga fácil el camino. Regatee con fuerza, toda la que le permita la situación. Muéstreles que está furioso, hágales creer que lo hace por dinero, para desquitarse del trato que ha recibido. ¿No cree que es un motivo más plausible que el idealismo? A fin de cuentas es la manera en que operan tradicionalmente los capitalistas: en beneficio personal. Lo que ellos quieren saber es lo cerca que estamos de encontrar la última pieza del rompecabezas que empezó con Philby, y aquí tendrá que actuar con gran astucia, ya que no estamos más cerca de lo que estuvimos antes. Sé que usted aborrece los tópicos periodísticos, pero tenemos que aguantarlos, y la palabra «supertopo» es de uso común. Llámeme como quiera, pero todavía está incólume, todavía marca la pauta. Usted y yo no nos hacemos ilusiones en esto. ¿Cómo habría podido, de esta manera, escapar Glanville durante tanto tiempo a su justo merecido? Alguien lo consideró neutralizado hasta que usted dio en el blanco.

—Pero fue usted quien primero me advirtió.

—Yo actuaba en su interés. Nunca creí que Glanville fuese el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Protegía a quien le protegiese. Un laberinto dentro de otro laberinto, Alec. Pero usted prefirió no hacer caso de mi buen consejo. Fue por su carácter impulsivo; el mismo que le ha retenido en segundo término, que le ha privado de los ascensos que merece su talento. A nuestros amos y señores les inquieta el

individualismo. Les gusta el *statu quo*, el calor reconfortante de lo que ha sido y siempre será, por los siglos de los siglos, amén. A veces creo que quieren que tropecemos y caigamos; es algo que les da más poder sobre nosotros. Nunca pueden aceptar del todo que seamos una organización secreta. Les gusta tener todos los secretos en sus manos. Ésa es la esencia de la mentalidad política: no gobernar al pueblo, sino contra el pueblo. «Confía en el pueblo», decía el padre de Churchill, pero no era la manera de conseguir votos y acabó con él. Murió de sífilis —añadió Control, como si hubiese, pensó Hillsden, una relación entre la filosofía de lord Randolph y su comportamiento social.

—¿Está tratando de decirme que alguien de nuestro bando hizo matar a Glanville?

—Creo que es más que posible, ¿no?

—No; esto es demasiado para que lo acepte de buenas a primeras.

—¿De veras? ¿A pesar de la historia de su generación de compañeros de viaje y del hecho de que muchos de ellos se unieron de un modo incestuoso? La novela de aquellos años entre las dos guerras, la seducción de abrazar una causa que les daba una afinidad con las clases trabajadoras. Se aprovechaban de sus privilegios, pero al mismo tiempo se avergonzaban de ellos; necesitaban, como dijo una vez el viejo Somerset Maugham, bajar a la cloaca y revolcarse en el fango común. Pero en definitiva, si hay que elegir, son los privilegios lo que hay que proteger, no la causa.

—Está bien, pero ¿por qué esperar hasta ahora? —insistió Hillsden— ¿Por qué amnistiarle primero? No se convirtió de pronto en más peligroso. Lo que sabía, lo sabía desde el principio; entonces, ¿por qué no liquidarle antes?

—Tal vez fue el asesinato de Caroline lo que volvió a encender la mecha, y esta vez el fuego llegó demasiado cerca de la fuente. Diría que tiene usted razón. *Él* no se hizo de pronto más peligroso, pero tal vez *usted* sí.

—¿Qué me dijo él? Nada que tuviese valor. Sólo una referencia a Jock, a algo que Jock le había dicho, y no podemos sacar a Jock de la tumba para declarar.

—Pero cuando usted llamó a su puerta, estaba asustado. De nuevo la clase, Alec. Usted no era de su clase, y eso presagiaba automáticamente una amenaza. En su mundo, Glanville sólo se sentía seguro cuando trataba con los de su ralea. Tiene que recordar que todo el horrible paquete ha estado siempre atado con una vieja corbata de Eton. A quienquiera que lo hiciese matar no le gustaba la idea de un erudito llamando a la última puerta. Era alguien con un profundo conocimiento, alguien que había marcado la tarjeta de usted. Por eso he propuesto este plan. Usted tiene una razón particular para querer conjurar al fantasma de Caroline.

—No a su fantasma —dijo Hillsden—. Yo no creo en fantasmas. Pero una oportunidad de descubrir a su asesino, sí... volvería atrás por esto.

—Desde luego, nadie le obliga; la idea puede terminar aquí —dijo Control, casi en tono de disculpa, última manifestación de Stanley Baldwin. Hizo crujir los nudillos.

—Tendría que ser un disfraz perfecto.

—Sí, naturalmente. Pero no creo que no podamos inventar un escenario convincente. Empezará con la reputación de un disidente.

—¿Y qué llevaré conmigo?

Control le miró fijamente, como si se enfrentase de pronto con un desconocido.

—Oh, dejaré que se lleve algunas tajadas sabrosas de la despensa, huesos con mucha carne a su alrededor. Verdaderos huesos con verdadera carne, pero que hayan dejado de sernos útiles. No podría enviarle con las manos vacías.

—Supongo que trabajaré solo, ¿no?

—Eso dependerá de dónde termine su viaje.

—¿Y cuando ya no les sirva a ellos?

—Haremos un trato..., después de un intervalo adecuado, naturalmente. Las cosas irán despacio. Y yo cuidaré de que pueda quedarse con todo lo que ellos le pagarán. Estoy seguro de que será más generoso que nuestra pensión.

Salvo que nada era nunca generoso en su profesión. Todas las etiquetas con los precios habían sido fijadas mucho tiempo atrás y no había ventas de fin de temporada ni tratos posibles para los timoratos.

El esfuerzo de memoria había hecho que el dolor se localizase más atrás en su cabeza. Bajó de la cama y probó las piernas, dirigiéndose a la ventana para retirar la cortina. La habitación daba a una amplia terraza, iluminada con focos a intervalos hasta el lago. Pudo oír el ruido continuo de un motor fuera de borda, aunque amortiguado por el doble cristal de las ventanas. Después de examinar el resto de la habitación, volvió a la cama y tomó uno de los periódicos ingleses que le había traído Hansel. Era del día. Los titulares se referían principalmente a la atmósfera de inquietud y a la incapacidad del gobierno para hacer frente a la situación. En ese momento, un artículo encajado al pie de la primera página le llamó la atención e interrumpió su sueño. Bajo el título que decía «Diplomático asesinado», estaba una fotografía de Belfrage. Leyó dos veces la noticia pero, como había llegado justo para la primera edición, los detalles eran pocos. Lo único que le pareció extraño fue el lugar donde se había perpetrado el asesinato, descrito como un *pied-à-terre* en Belgravia. Por lo que sabía, Belfrage tenía un piso pequeño en Westminster, cerca de su oficina, y una casa de campo en las afueras de Oxford. Recordó la noche en que ambos habían esperado el dictamen de Hogg sobre Caroline, la misma noche que volaron el automóvil de Bayldon; tal vez, a fin de cuentas, el atentado había sido contra Belfrage, y ahora alguien se había asegurado no fallar por segunda vez. Pero ¿quién podía querer matar a Belfrage? «Primero Caroline, después Glanville y ahora Belfrage —pensó—, y de todos ellos hay una pista que conduce hacia mí».

Se sentó y esperó a que volviese Hansel, tratando de discernir la grieta en aquel mosaico de engaños. El instinto le decía que nunca nada era tan sencillo, que tenía que haber algo detrás de lo visible. Retrocedió en el camino que había recorrido hasta ahora. Todas las avenidas conducían, inexorablemente, a una conclusión; una

conclusión tan monstruosa que no podía aceptarla. Pero se negaba a desaparecer.

—¿Asegurará el primer ministro a esta Cámara que no hay motivo sustancial para suponer que la reciente y trágica muerte de un eminente funcionario civil no se debe en modo alguno a un fallo en la seguridad nacional?

La ansiosamente esperada pregunta fue formulada en la atestada Cámara de los Comunes, y el primer ministro la contestó lo mejor que pudo dadas las circunstancias, con la acostumbrada y vaga negativa que exigía la costumbre y permitía su escasa información. Dos preguntas adicionales de miembros de su propio partido fueron igualmente esquivadas.

En cuanto terminó el período de ruegos y preguntas, el primer ministro volvió a Downing Street, a presidir un consejo de su gabinete íntimo, al que también asistieron Control, el comisario de la Policía Metropolitana y aquel singular triunvirato conocido como los Tres Consejeros y que tenía la última responsabilidad del sistema de Investigación Positiva. El primer ministro no estaba de humor para que le tendiesen cortinas de humo. Control fue el primero en recibir lo más recio de su primer ataque.

—Antes de que sigamos adelante, quiero una respuesta clara a una pregunta clara. A pesar de la declaración que acabo de hacer ante la Cámara, creo que hay una relación directa entre el difunto *sir* Charles Belfrage y un oficial de su departamento que desapareció recientemente y que puede muy bien haberse pasado al otro lado. ¿Es verdad, o no lo es?

—Yo no lo llamaría una relación directa, primer ministro. Sostenían contactos normales cuando lo exigía la ocasión.

—¿Contactos normales?

—Sí, señor.

—Eso puede significar cualquier cosa, desde comer juntos una hamburguesa en McDonald's hasta mear en el mismo orinal. Yo no llamaría *normal* a nada de lo de su esfera; por consiguiente, deje la jerga a un lado y deme hechos.

—Creo que el ministro del Interior recordará que consultó a los dos después de la muerte, en circunstancias un tanto confusas, de uno de nuestros ex operarios.

—¿Podemos llamarles lo que son, agentes secretos?

—Como usted quiera. Es un término que tratamos de evitar oficialmente, primer ministro.

Bayldon deslizó una nota sobre su carpeta; el primer ministro la miró y después volvió a su ataque contra Control.

—Puedo recordar un tiempo en que, *oficialmente*, su posición no existía. Y hasta hoy hemos sostenido, *oficialmente*, que su departamento sólo es fruto de la imaginación popular. Comparando sus escasos éxitos con sus numerosos fracasos, pudiera ser muy bien que, en un futuro próximo, la ficción resulte un hecho. Sin

embargo, de momento, y para volver a lo que nos interesa, creo que estamos hablando de una mujer llamada Oates, ¿no?

—Sí, primer ministro.

—Y en su caso, *hay* una clara conexión con este presunto desertor...

—Hillsden —murmuró Bayldon.

—... el hombre llamado Hillsden, ¿no?

—Históricamente, sirvieron juntos en el campo, pero en los últimos años no había tenido contacto con ella.

—Éste es el eslabón número dos. Pero también sabemos que la red se extiende más allá, abarcando al viejo marica traidor Glanville. Eslabón número tres. Igualmente, no es ningún secreto que Belfrage y Glanville estuvieron juntos en Cambridge y que, durante cierto período, Belfrage fue miembro del Partido Comunista. —Se volvió a los Tres Consejeros y tamborileó sobre su carpeta—. Quisiera pensar que su información es tan exacta como la mía.

El miembro de más edad del trío, un ex almirante que no se dejaba intimidar fácilmente por los políticos, de cualquier grado que fuesen, le miró directamente a los ojos.

—Sí, él no lo ocultó nunca.

—Y usted le acreditó, no una vez, sino en tres ocasiones diferentes, ¿eh?

—Cuando se hacen esas confesiones libremente, solemos perdonar las indiscreciones de la juventud, siempre que no haya otros indicios adversos. Sin duda sabe usted, primer ministro, que al menos dos miembros de su propia administración siguieron el mismo camino en sus tiempos de estudiantes y, desde luego, su integridad es indiscutible. Hay que recordar la temperatura de las aguas políticas en los momentos en que se afiliaron a aquel partido. En los años treinta teníamos el caso de España, y durante la última guerra, la epopeya de Stalingrado; aquello era muy comprensible en vista de esto contextos.

Era el dictamen de un sobreviviente maduro, y el primer ministro sabía que era mejor no apretarlo más. En vez de esto, vertió su veneno en términos más generales.

—Caballeros, permitan que les instruya a todos. Una clase gobernante, cuando está lanzada, es capaz de todo. Algunos de ustedes parecen no comprender que el mundo ha cambiado. Nosotros manejamos ahora el timón y, si algunos restos del antiguo orden creen que todavía pueden marcar el compás, tienen que ser desengañados. Por consiguiente, dejen que ponga algunas cosas claras como el cristal. Este gobierno no tiene intención de permitir que su autoridad sea socavada por la incompetencia de los encargados de velar por la seguridad del reino en todos sus aspectos. Completamente aparte de la presente crisis, nos enfrentamos con una ola de terrorismo sin precedentes. Quiero que terminen las excusas, que termine la ocultación deliberada de información vital y que se empiecen a obtener resultados positivos. Mi propia oficina particular me brinda más información que la que hasta ahora he recibido de ustedes, caballeros, y no estoy dispuesto a tolerar que esta

situación se prolongue un momento más. Dicho esto, recapitulemos. Tenemos la muerte de *miss Oates*, el asesinato de *Glanville* y ahora el asesinato del infortunado *sir Charles*. El eslabón común parece ser ese hombre llamado *Hillsden*; la pregunta a la que hay que responder es: «¿Por qué?». —Se volvió al comisario—. Supongo que sería esperar demasiado que la Rama Especial descubriera algo.

—Como no hay indicios de robo, parece que *sir Charles* fue víctima de un asesinato deliberado, perpetrado por un profesional. El otro factor que ha salido a la luz es que, según todas las probabilidades, llevaba una doble vida.

—¿Quiere decir que era un agente doble?

—No, señor. Quiero decir que tenía una aventura amorosa. Por lo visto, su esposa ignoraba que tuviese una residencia secundaria, aunque, desde luego, no hay que conectar necesariamente sus actividades extramaritales con los problemas de seguridad.

—En mi opinión, estas dos cosas van frecuentemente juntas. El hombre que es infiel a su esposa demuestra que es tortuoso y poco digno de confianza. Trataba con material secreto, ¿no?

—Sí, casi exclusivamente.

—¡Dios mío, menudo follón! ¿Sabemos quién es la otra mujer?

—No, parece que se mostró extremadamente discreto. De momento, la asistenta de *sir Charles* es nuestra principal fuente de información. Sostiene que vio algunas prendas de vestir que, en su opinión, no eran de la esposa; además, y tal vez esto es aún peor, dice que tenía fotografías pornográficas en el piso. Todo esto según ella, porque no se ha encontrado nada.

—¿Cree que fue objeto de un chantaje? —interpuso *Bayldon*.

—Es una posibilidad. Estamos comprobando sus cuentas bancarias.

—Bueno, dejen que ponga mi dentadura postiza sobre la mesa —dijo el primer ministro, con un dejo de su original acento norteno—. No quiero que nadie se haga ilusiones en lo tocante a mi gobierno. Me importan un bledo los líos del viejo. Si hay que limpiar el establo, hagámoslo de una vez, y al diablo con quien se queme los dedos —rugió, confundiendo sus metáforas—. He presenciado bastantes encubrimientos *tories* en mis tiempos, y no pretendo que esta administración sea drogada por un puñado de desolladores y compañeros de viaje. Si alguien va a sacar los trapos sucios, es mejor que seamos nosotros y no *Fleet Street*. Dicho en otras palabras, no dejar que se aprovechen ellos de la mierda.

Fue un grito de guerra apasionado, aunque un tanto deshilvanado, y mientras consultaba los papeles de su bandeja amarilla, los tres consejeros intercambiaron miradas de simpatía con el comisario.

—Ahora, quiero que me pongan al día en lo referente a la campaña terrorista. Pronto tendremos una reunión en la cumbre en *Washington*, y los yanquis se muestran muy descontentos en lo que a nosotros concierne. Denme alguna buena noticia, para cambiar. *Maurice* —se refería al ministro de Estado de Irlanda del Norte

— no ha podido asistir a esta reunión, pero tengo su último informe. En lo tocante al IRA, se acabó la política de guante blanco. El Ejército tiene ahora facultades para tirar a matar. Esto no es oficial, pero los hechos hablarán pronto por sí solos. Forzosamente recibiremos algún palo, pero la opinión pública se ha endurecido en el mes pasado y estoy dispuesto a capear cualquier temporal.

—¿Lo sabe Dublín? —preguntó alguien.

—Sí —respondió el ministro de Asuntos Exteriores—, y están dispuestos a seguir nuestro juego.

—Pero necesitamos resultados en casa —prosiguió el primer ministro—. Tenemos que restablecer la confianza del público. Necesitamos demostrar que estamos dominando la situación, que no somos blandos.

—Ya hemos asumido poderes muy amplios —dijo Bayldon—. Creo que, políticamente, tenemos que andarnos con cuidado. Nuestros propios partidarios de las filas de atrás se muestran ya muy susceptibles.

—Se mostrarán mucho más si perdemos las próximas elecciones. Mi mayor preocupación es nuestro propio servicio de información. Por lo que puedo deducir, todos los malditos departamentos tienen más agujeros que un colador. —Una vez más se dirigió a los Tres Consejeros—: A su sistema le convendría ser más riguroso. Todos sabemos lo que ocurrió en el pasado. ¡Dios Todopoderoso, basta con mirar la lista! Miembros del personal particular de la reina, altos funcionarios de la metrópoli y una pandilla de sinvergüenzas en el Foreign Office.

—Siempre es difícil trazar una línea en una democracia, primer ministro —dijo uno de los tres.

—Estoy de acuerdo —dijo Bayldon.

—Usted puede estar de acuerdo, Toby, pero al paso que vamos pronto no tendremos democracia en la que trazar una línea.

—Es también una cuestión de capacidad numérica, primer ministro —dijo el comisario—. Mis fuerzas están muy extendidas en este instante. En cualquier momento dado tengo que destinar un tercio a servicios de patrulla. Y tengo que advertirle, señor, que la próxima estadística va a mostrar un espantoso aumento de los delitos. Necesito poner más gente en la calle.

La discusión prosiguió sin que se llegase a ninguna conclusión. Sin embargo, antes de que se levantase la sesión, el primer ministro recibió un pequeño consuelo. Le fue entregado un mensaje de la policía de Cornish: prendas de vestir identificadas como pertenecientes a Hillsden fueron devueltas por el mar en la costa cerca de Falmouth, y se estaba preparando una búsqueda intensiva en la zona.

—Bueno, ya es algo —dijo el primer ministro—. Con un poco de suerte, ese bastardo se habrá suicidado y nos ahorrará el coste de un juicio.

Pero advirtió que Control no celebraba la broma.

Capítulo 28

Los otros convinieron en que pocas veces habían visto a Waddington tan irritado.

—No me lo trago —dijo con vehemencia—. Ellos pueden decir lo que quieran, pero nadie va a convencerme de que Alec fuese propenso al suicidio.

—Oh, no sé —replicó Rotherby, sólo para contrariarle; incordiar a Waddington era uno de sus placeres predilectos—. Una progresión natural. Llegó, pasó y ahora se ha ido. Además, no creo que tuviese mucho por lo que vivir.

—Tú te vas siempre de la lengua.

—Bueno, fracasó en la empresa y fracasó en el viejo juego matrimonial. Y eso no es poco, en mi opinión. Sencillamente, ya tenía bastante.

—¿Y qué me dices de la teoría de Glazer? —terció Fenton, tratando de mitigar la tensión—. No parece muy apartada de la verdad.

—¿La teoría de Glazer?

—Sí, recordadlo. Ella insistía en que tenía clarividencia y decía que podía ver la muerte en su cara. Que estaba en las últimas. Si tenía razón, esto podría explicarlo todo.

—Ambos presumís que la prueba es concluyente. El mero hecho de que su ropa fuese arrojada por el mar a una playa no demuestra nada.

—Vivo o muerto, ¿qué importa? No volverá a beber con nosotros.

Waddington no se dejó convencer. A través de un contacto en la Rama Especial, siguió el curso de la decadencia y caída de Hillsden. Aparte del incidente en su primer encierro, cuando sufrió una lesión en el pie, no había nada siniestro en su historial. Por lo que sabía Waddington, nadie de la cárcel descubrió la relación de Hillsden con el servicio de seguridad. Eso fue confirmado cuando localizó al oficial de libertad vigilada que gestionó la estancia de Hillsden con los Hermanos de la Caridad. Waddington viajó a Plymouth y, con el pretexto de que era un pariente, pudo entrevistarse con varios de los Hermanos. Lo que le dijeron sobre el estado mental y el comportamiento general de Hillsden mientras estuvo a su cuidado lo convenció todavía más de que cualquier presunción de suicidio era muy dudosa. Obtuvo permiso para hablar con algunos de los otros residentes, pero lo único que pudo sacar de estas conversaciones fue que Hillsden no había contraído ninguna amistad verdadera; se había limitado a observar las reglas.

Antes de volver a Londres, Waddington hizo otras investigaciones en el lugar y, más tarde, se dirigió a la zona de Falmouth donde había sido encontrada la ropa de Hillsden. A pesar de su prolongada búsqueda, las unidades de la Guardia Costera y del Auxilio Aéreo en el Mar nada pudieron decirle. Se marchó de allí todavía más convencido de que su instinto no lo engañaba.

Waddington no supo nunca cómo habían llegado estas actividades a oídos de Control, pero a las pocas horas de su regreso fue llamado a su presencia.

—No le comprendo, Waddington —dijo Control—. No puedo dejar de pensar que

sería una lástima si este exceso de celo por su parte, un celo mal orientado, en mi opinión, arruinase la que, hasta aquí, ha sido una carrera prometedoras. Pero la arruinará, ciertamente, si continúa desobedeciendo órdenes explícitas.

—Era un amigo, y no creo en esa historia de su suicidio.

—¿Tiene alguna importancia lo que usted crea?

—Tiene importancia para mí.

—Deje que le explique la situación, Waddington. Trataré de que sea sencilla, ya que parece necesitar una sencilla orientación sobre la manera de comportarse. Aunque le parezca sorprendente, no es usted el único a quien han dejado perplejo los recientes sucesos. Pero tal vez no haya advertido que nuestra propia existencia se ve actualmente amenazada. Nuestras actividades, nuestros escasos éxitos, son objeto de un minucioso escrutinio. Nos miran con malos ojos. Todos los movimientos que hacemos son sospechosos. En Whitehall hay una creciente impresión de que nos dieron demasiada cuerda en el pasado, de que abusamos de nuestros poderes y debemos ser puestos a raya. Nos acusan de egolatría y de graves errores de juicio en los niveles superiores, y recalco la palabra *superiores*. Puedo revelarles que el primer ministro ha constituido una comisión de investigación, con órdenes de prestar atención particular a nuestros métodos de reclutamiento. De ello deduzco que se cree, y en vista de los pasados sucesos no podemos discutirlo, que hemos atraído a gente inadecuada.

Waddington le escuchaba con creciente irritación.

—¿Qué tiene que ver todo eso con la desaparición de Alec?

—Tenga la bondad de dejarme terminar. Somos un mal necesario, solamente tolerado en el mejor de los tiempos si mantenemos hundida la cabeza y no producimos ondas. La dura realidad es que, a excepción de la industria cinematográfica, a la que proporcionamos lucrativos argumentos, nadie nos aprecia. Mire, nunca se ha establecido claramente quién es nuestro verdadero enemigo; eso varía según el partido que esté en el poder. Los conservadores nunca nos han perdonado que traicionásemos a su propia clase. Los gobiernos laboristas desconfían de nosotros porque vemos a los rojos debajo de su cama. En ninguno de los casos podemos salir ganando. Oficialmente somos siempre neutrales, al servicio de cualquier gobierno democráticamente elegido.

—Sí, conozco nuestro papel histórico.

—Pero ¿sabe que, si hacemos debidamente nuestro trabajo, no podemos ser neutrales? Son términos contradictorios. —Control arregló cuidadosamente la carpeta sobre su ya limpia mesa—. Es un momento peligroso para pasarse de la raya, Waddington. Hillsden cometió el error de hacerlo.

—Usted lo sabe, ¿verdad? —preguntó Waddington.

—¿Si sé qué?

—Lo que le ocurrió a él después de salir de aquí.

—Sé algo de ello, lo mismo que usted; sé que desoyó mi consejo.

—Alec no era un hombre capaz de marcharse simplemente.

—La gente lo hace, ¿sabe? tanto los santos como los pecadores. No hay reglas fijas. Pero estoy seguro de que tiene usted una teoría propia.

—Bueno, para empezar, no creo en lo del suicidio. Si ha muerto, no fue por su propia mano. Creo que tropezó con algo, algún eco del pasado que salió a la luz después de la muerte de Caroline. Yo estaba más cerca de él que nadie, no lo olvide. ¿Qué otra cosa podía hacer que se comportase de una manera tan impropia de su carácter? No me diga que le pillaron falsificando su cuenta de gastos o hurtando calderilla. No violó de improviso a ninguna secretaria. Nada de esto concuerda con él. ¡Y tampoco concuerda con él que sostuviera una pelea con un viejo marica en un bar gay!

—Se equivoca. Eso quedó demostrado. Cumplió una condena de prisión por ello.

—Entonces tenía un motivo. Alec *siempre* tenía un motivo. Se atenía estrictamente a las normas. Y estaba intrigando, terriblemente *intrigado*. Caroline no era sólo un nombre en un fichero. La amaba. Yo lo sé y usted lo sabe.

—A veces —dijo Control, con su voz más zalamera—, el amor es el peor de todos los traidores. Por eso los tribunales de divorcios tienen que hacer horas extraordinarias.

—Es usted muy listo, ¿eh? ¿Acaso no le importa nada esto?

—No va usted a dejar esto en paz, ¿verdad, Waddington?

—Cierto que no.

—Entonces, tal vez debería saber algo más, aunque dudo de que le haga ningún bien. No puedo decirle cuál es el final de la historia, porque no lo sé. Ni creo necesariamente que se haya llegado a él. La diferencia entre usted y yo es que a mí nunca me ha sorprendido que un hombre cambie de súbito y completamente el rumbo de su vida, y menos en nuestro mundo. Nosotros no vivimos vidas naturales. Nos piden que realicemos actos deshonorosos por lo que creemos que son causas honrosas. Pero, a menudo, la línea divisoria es confusa.

Había una nota de cansancio, de resignación, en la voz de Control, como si también él se sintiese agotado por la carga de toda una vida al servicio del engaño.

—Puedo decirle esto, porque probablemente se hará público dentro de poco. Se me ha dado a entender que se presentarán pruebas suficientes para acusar a Hillsden, vivo o muerto, del asesinato de *sir* Charles Belfrage. Por consiguiente, en beneficio de él, esperemos que esté muerto.

Capítulo 29

En su fuero interno, Hillsden apodaba Fortnum y Mason a los dos matones rubios. Eso no tenía mucha gracia, pero era una ayuda. Presumía que uno de ellos había sido responsable de la violencia a su llegada, y no le cabía duda de que su única función era la de forzudo, mantenido en reserva para cuando fuese necesario. Hansel se había tomado el trabajo de disculpar su comportamiento, pero consideró que esto era parte de la antigua técnica del gato y el ratón. Sus trajes eran casi idénticos, y ambos se movían contoneándose insolentemente, como si hubiesen aprendido sus papeles en películas de gangsters. Él los clasificó como *gays* muy violentos, y por ende más peligrosos. Le traían la comida y lo acompañaban durante los períodos de ejercicio al aire libre. Por la noche, lo encerraban en su habitación pero, por lo demás, gozaba de libertad en la villa, aunque siempre estaba presente uno de los dos rubios. No había intentado establecer conversación con ellos. El acompañante que había sustituido a la muchacha en Cherburgo, y cuyo nombre ignoraba, ya no se veía en parte alguna.

Hansel no intentaba iniciar el interrogatorio preliminar, y Hillsden trató de encontrar la razón de ello. No se hacía ilusiones sobre lo que en definitiva le esperaba. No era una cura de reposo lo que ofrecían; querían obtener todo el valor de su tiempo y su dinero, y él trataba de imaginarse los motivos de la dilación. Cuanto más repasaba los acontecimientos, tanto más se convencía de que habían tenido de antemano noticias de su intención de desertar. Fundaba esto en la rapidez con que se movieron. Desde el momento en que la muchacha estableció contacto con él en la playa, no perdieron tiempo en sacarle del país. Teniendo esto en cuenta, le pareció más extraña la calma con que lo tomaban ahora. Su antiguo conocimiento de los métodos del Centro de Moscú le indicaba que habría una razón para esta pausa. En alguna parte tenía que haber un indicio al que prestar atención, y pasaba largas horas tratando de decidir lo que podía ser, sin llegar a una respuesta satisfactoria. Volvía una y otra vez sobre el episodio con la joven en el barco. ¿Por qué? Ella era un enigma, una pieza ajena al rompecabezas, algo que no concordaba con la imagen total. ¿Por qué se había entregado de aquel modo? No podía concebir la idea de que hubiese sido simplemente un mutuo deseo físico, una rápida aventura propia de unos adolescentes, vista y olvidada, de manera que a menudo no quedaba siquiera el recuerdo de la cara de la pareja.

¿Qué había dicho ella? «Eres diferente de lo que me había imaginado». ¿No significaba esto un conocimiento previo? «Te atraigo». Y eso era verdad. Como todo lo demás, necesitaba explicarse esto; el misterio de sus propios motivos lo atosigaba pero, al mismo tiempo, se daba cuenta del peligro de tratar de ser un psicólogo aficionado. No había pautas normales de comportamiento en el mundo que habitaba; uno tenía siempre que guardarse de aplicar patrones ordinarios. Y de nuevo, ¿por qué angustiarse por eso? Tal vez no había nada que descubrir, ningún significado oculto

más allá de los apetitos y los afanes del cuerpo. ¿No había quienes podían comer un succulento desayuno sólo minutos antes de morir en la silla eléctrica?

Otras consideraciones le inquietaban también. Hasta ahora, la comedia de Control había sido representada por la mitad de los actores, tal como estaba previsto, pero él no había podido representar su papel.

Cuando no reflexionaba sobre estos imponderables, pasaba el tiempo ensayando el interrogatorio al que, inevitablemente, se vería sometido. Había momentos en que se convencía de que la pausa era simplemente parte de la técnica KGB de Hansel. Decidió que querían hacerle sudar. Primero la violencia, seguida de un período de incertidumbre, y la constante presencia de Fortnum y Mason, para mantenerle haciendo cábalas sobre el próximo movimiento. La empresa raras veces recurría a la fuerza física, o al menos él no sabía de primera mano que lo hiciese, aunque abundaban los rumores de que la Rama Especial podía ser menos que amable. La fórmula acostumbrada era apretar de firme el primer día, cuando el sujeto estaba todavía emocionalmente trastornado por la enormidad del paso que había dado: sesiones de veinticuatro horas por un equipo de hábiles inquisidores, sin descanso, sin dormir, alternando los estilos, ora amistosos, ora agresivos, a veces compasivos, a veces rudos, con el objeto de mantener desequilibrado al individuo. Desde luego, había excepciones. Waddington había admirado siempre la energía de Philby, la manera en que había jugado a la defensiva contra el mejor equipo de la empresa; para algunos, aquel hombre era todavía un héroe popular, admirado a regañadientes por sus colegas, por haberle dado un palo al sistema.

Pensando en todo esto, hacía todo lo posible por mantenerse alerta, aunque se esforzaba en simular nerviosismo: quería que sus anfitriones creyesen que se estaban anotando puntos.

Nada ocurrió hasta la tarde del tercer día. Estaba encerrado en su habitación, terminando de almorzar, cuando oyó el ruido de una lancha rápida en el lago. Se acercó a la ventana y vio el brillante casco de una Riva acercándose al amarradero, al pie de la terraza escalonada. Había dos personas en la lancha y, al extinguirse el ruido del potente motor, Fortnum y Mason bajaron hasta la orilla y ayudaron a desembarcar al pasajero varón. Era barbudo, enormemente alto, y llevaba una trinchera de cuero castaño. La luz del sol se reflejó en sus gafas al venir el trío hacia la casa. El recién llegado parecía tener unos cincuenta años, aunque la barba hacía difícil saberlo con certeza. Como muchos hombres altos, caminaba con los hombros encorvados, y tenía algo vagamente familiar en su aspecto.

Transcurrieron unos veinte minutos antes de que se abriese la puerta de la habitación e introdujese Hansel al desconocido.

—Me llamo Walters —dijo, presentándose. Su apretón de manos fue frío y firme—. Disculpe que le haya tenido todo este tiempo en suspenso. Teníamos buenas razones, se lo aseguro.

Hablaba sin el menor acento, pero sus frases eran afectadas, como si hubiese

aprendido el inglés en un libro de texto. Ahora que estaban frente a frente, Hillsden se dio de pronto cuenta de a quien le había recordado. La comparación era chocante, dadas las circunstancias, pero aquella cara lobuna y barbuda, aquellos ojos casi ocultos del todo por las gruesas gafas, le hicieron pensar en aquel extraño decano de Bloomsbury, Lytton Strachey. Al ocurrírsele esta idea, se imaginó lo mordaz que se habría mostrado Jock ante una comparación tan literaria, y tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la cara seria.

Walters se volvió a Hansel.

—No hace falta que se quede. Ya le avisaré cuando hayamos terminado.

Hansel asintió con la cabeza y se retiró. El visitante se quitó la pesada trinchera y la dobló antes de colocarla sobre el respaldo de una silla. Llevaba un traje de *tweed* de lana de muy buen corte.

—Antes de discutir otras cosas, deje que le diga que el trato ha sido cumplido por nuestra parte. Según lo convenido, ha sido depositada una suma equivalente a veinticinco mil libras esterlinas en una cuenta numerada del Kreditanstalt, Ginebra. Le daremos el número cuando terminemos nuestra tarea. Comprobará que puede fiarse de nosotros.

—¿Puedo confiar también en que me darán una salida segura cuando termine esto? Ésa es la otra mitad del trato. Se me prometió que sería por una sola vez. Cuando les haya dicho lo que quieren saber, quedaré marcado para siempre. Mi gente no es muy benévola con los desertores. Y piense lo que piense de su capacidad en general, tienen los brazos muy largos. Un retiro en las pistas de esquí sería demasiado cerca para mi tranquilidad.

—Sí, lo comprendo. Desgraciadamente, *mister* Hillsden, el plan original ya no es viable. Han ocurrido ciertos sucesos que obligan a cambiarlo. Tenemos que trasladarle a un lugar más seguro. Lo que acaba de decir es la pura verdad.

Hillsden le miró fijamente, pero sólo pudo ver su propia imagen en las gafas del otro.

—¿Qué sucesos?

—Ya le están buscando, aunque no por la razón que cabía esperar. Su ausencia ha sido atribuida a otro delito.

—Está mintiendo.

Walters sacudió la cabeza y sus gafas reflejaron la luz.

—No, no tenemos tiempo para mentiras, *mister* Hillsden. —Tomó su trinchera y sacó un periódico doblado de uno de los bolsillos—. Como verá, es usted noticia de primera página.

Tendió el periódico a Hillsden y éste lo tomó. En la primera página del *Standard* del mismo día aparecía una borrosa fotografía suya en uniforme militar. Había sido tomada hacía años, pero el parecido era todavía convincente. Ocupando un espacio igual, había un retrato de estudio de Belfrage. El titular decía:

UN HOMBRE DEL MI-6 RELACIONADO CON EL ASESINATO DE UN DIPLOMÁTICO. Y debajo,

empezaba así el relato.

«Scotland Yard ha ordenado hoy la busca y captura de Alec Hillsden, del que fuentes fidedignas dicen que fue agente del MI-6 y abandonó el servicio el año pasado en sospechosas circunstancias, y a quien se acusa del reciente asesinato de sir Charles Belfrage. Sir Charles, distinguido y antiguo funcionario de la Sección Rusa del Foreign Office, fue cruelmente asesinado en su piso de Belgravia. Fuentes bien informadas declaran que su muerte tenía todas las características de un asesinato político con implicaciones de seguridad.

»Después de ser despedido del MI-6, Hillsden cumplió una pena de prisión, al ser juzgado y declarado culpable de un delito de lesiones graves. Se dice que, al salir de la cárcel, se convirtió en un vagabundo, realizando a intervalos diversos trabajos manuales. Después fue detenido por segunda vez y sometido a un examen psiquiátrico. Tenemos entendido que recibió tratamiento en una institución mental de West Country, de donde desapareció en misteriosas circunstancias poco después del asesinato de sir Charles.

»Desde entonces se desconoce su paradero pero, según un portavoz de Scotland Yard, se cree que Hillsden escapó al extranjero, después de haber simulado un suicidio en el mar. La Interpol fue puesta sobre aviso».

—¿Ha leído bastante?

Como Hillsden no dijo nada, Walters tomó el periódico y lo dobló de nuevo.

—Dadas las circunstancias, creo que convendrá conmigo en que es necesario un cambio de plan. Debemos marcharnos rápidamente. Todo está preparado.

—¿Cómo sé que no es una artimaña? Usted pudo hacer imprimir esto.

Pero, mientras lo decía, sabía cuál era la verdadera respuesta. El pasado y el presente se confundieron, y comprendió que la trampa se había cerrado definitivamente sobre él: Control había montado todo esto. Sólo podía haber sido Control, y se maldijo por no haberlo sospechado. El cebo había sido demasiado atractivo, demasiado generoso, y él había mordido el anzuelo.

—Se halaga usted. ¿Por qué teníamos que llegar a tan ridículo extremo? Le tenemos en nuestro poder.

—Pero ¿cómo podía yo matar a Belfrage? Sólo tiene que fijarse en las fechas. Nada concuerda.

—Si lo hizo o no lo hizo, a nosotros nos importa poco. Lo único que importa es que Londres *dice* que lo hizo usted. Ahora, nosotros somos su única posibilidad de salvación.

—¿Y si me niego?

—Comprendo que esto haya sido un duro golpe para usted —dijo Walters—, pero no tiene alternativa. Desde ahora, no es más que un hombre perseguido. Sin nosotros, está perdido. En este momento le están buscando todas las fuerzas de policía de sus democracias occidentales. —Alargó la palabra «democracias». En cambio, nosotros todavía podemos mantener la promesa de un futuro para usted.

—Ésa es su idea de un lugar más seguro, ¿eh?

Forzó la mente para encontrar una alternativa, pero estaba atrapado. Control había cuidado de esto. Ahora se daba cuenta de por qué no habían tenido prisa; estaban esperando que Control hiciese efectiva la última parte del plan.

—Sugiero que no perdamos más tiempo discutiendo sobre el asunto, *mister Hillsden*. Todo está preparado para su viaje. En cuanto anochezca, podremos ponernos en marcha. Mírelo de esta manera: es, a fin de cuentas, una especie de viaje a casa.

Había algo definitivo en la ligera sonrisa de Walters; la sonrisa del carcelero que, a pesar de ser también un recluso, sabe que, al terminar la jornada, estará en libertad de cruzar la puerta de la cárcel.

Capítulo 30

Resultó ser otra agria reunión del Gabinete, la tercera en cuarenta y ocho horas, con un despliegue de cámaras de televisión registrando las llegadas de los ministros al N.º 10. El hedor del pánico era muy fuerte.

La última crisis había venido de ninguna parte, como ese huracán que nunca aparece en las imágenes por satélite y que se descarga sin previo aviso. Como otros ejemplos de la que ha sido llamada «enfermedad británica», el conflicto empezó bastante casualmente con lo que al principio pareció un incidente baladí, en una fábrica de Wolverhampton bajo contrata del Ministerio de Defensa para fabricar componentes vitales del último cañón de campaña atómico táctico, proyecto envuelto en el mayor secreto. La historia que al fin salió a la luz fue que un soldador indio occidental, empleado en el taller de maquinaria, acusó a uno de sus colegas blancos de hacer una observación racista. En la riña que siguió, el trabajador blanco cayó en un pozo de inspección; algunos testigos oculares sostuvieron que había resbalado; otros dijeron que había sido empujado por su atacante.

Los hechos no se establecieron nunca de modo concluyente, pero el hombre fue llevado de allí en una ambulancia, conmocionado. Poco después de su ingreso en el hospital, sufrió una fuerte hemorragia cerebral y murió en la mesa de operaciones sin recobrar el conocimiento. Cuando se mencionó el incidente en el noticiario de las seis, la reacción fue rápida y terrible. Aquella misma noche, la casa del indio occidental en Wolverhampton fue incendiada. Él, su esposa y sus dos hijos pequeños perecieron en el incendio, y pronto se confirmó que había sido provocado por un coctel molotov arrojado desde un coche en marcha.

A las pocas horas de publicarse este suceso con grandes titulares, se produjeron espontáneas y violentas manifestaciones en diferentes partes de Londres, Bristol, Birmingham y Wolverhampton. A pesar de los refuerzos enviados por la policía a aquellas zonas, el vandalismo no pudo contenerse y continuó durante toda la noche. Los policías fueron atacados por alborotadores blancos y negros, y después de urgentes peticiones de los comisarios afectados, el ministro del Interior autorizó el empleo de gases lacrimógenos y de balas de goma para poner a las turbas bajo control. Cuando al fin se restableció relativamente el orden, el total de muertos era de veintitrés, la mayoría de ellos negros. Sólo en el distrito de Brixton, en Londres, se calculó que los daños ascendían a varios millones de libras, quedó toda una calle reducida a cascotes. Mientras practicaba centenares de detenciones, la policía había sufrido también numerosas bajas, y un inspector jefe murió a consecuencia de sus lesiones. Los primeros informes de los hospitales y de los servicios de urgencia indicaron que el empleo de balas de goma había causado la muerte a tres civiles.

Como era de prever, el público reaccionó de maneras diversas, aunque la mayoría de la población se sintió horrorizada e inquieta: lo inconcebible estaba cada vez más cerca. Todos los periódicos nacionales, a excepción del *Guardian* y del comunista

Daily Star, exigieron medidas inmediatas y draconianas por parte del gobierno, y los más furibundos pidieron que se proclamase la ley marcial y que se enviasen unidades del Ejército a las zonas afectadas, para evitar que continuaran los saqueos. A esto se opuso el jefe de policía, que insistió en que disponía de hombres suficientes y de los poderes adecuados para dominar la situación. Todos los permisos de los agentes de policía fueron nuevamente cancelados; unidades del Grupo de Patrulla Especial y tiradores de la sección D11 fueron apostados en lugares estratégicos durante las veinticuatro horas del día.

El Consejo General de los Sindicatos se reunió en sesión de emergencia y aprobó una resolución condenando lo que calificaba de «brutalidad sin precedentes de la policía contra la comunidad negra» y pidiendo al gobierno que prohibiese inmediatamente el empleo de balas de goma. Una segunda resolución pedía a todos los sindicatos miembros que convocasen una huelga general de un día, con manifestaciones de protesta en todas las ciudades importantes.

Fue en esta cargada atmósfera que presidió el primer ministro la reunión del Gabinete. Se había dispuesto lo necesario para que se dirigiese a la nación por todos los canales de televisión y de radio. Estaba sobre ascuas y en modo alguno dispuesto a transigir.

—No quiero perder el tiempo discutiendo los métodos empleados por la policía —empezó diciendo—. La orden era necesaria, y fue dada por el ministro del Interior con mi plena aprobación.

—Discúlpeme, primer ministro —dijo Lewisham, con su cortesía habitual—, pero debo insistir en que lo que discutimos y ponemos, desde luego, en tela de juicio es esta decisión. —Juntó sus papeles como una mujer preparando mantequilla, y se dirigió a los que estaban alrededor de la mesa—. Este Gabinete fue constituido bajo el claro entendimiento de que todas las decisiones políticas importantes serían tomadas colectivamente. Si me avine a aceptar el cargo, fue solamente bajo esta condición. Es una cuestión de principios, y la defiendo.

—¿Qué principios habría utilizado la noche pasada, cuando se provocaron los incendios?

—Con el debido respeto, esa observación carece de importancia.

—¡Yo le diré la importancia que tiene! Existía un verdadero peligro de que la policía fuese arrollada. Cuando recibí la petición, dos jefes declararon que, si no era atendida, tendrían que retirar a sus hombres y dejar las calles en manos de las turbas. En un lugar de Brixton, les superaban en una proporción de cincuenta a uno.

—Sin embargo, el Gabinete hubiese debido votar sobre ello.

—Está usted viviendo en las nubes, Graham, ¿qué quiere decir con eso de «votar sobre ello»? ¿Cree que podíamos pedir un alto el fuego mientras usted reflexionaba sobre la decisión? Estaba muriendo gente en la calle.

Lewisham le miró sin cambiar de expresión.

—Hay claros indicios de que la policía se sirvió de los trágicos sucesos de la

noche pasada como pretexto para continuar sus conocidas acciones contra las comunidades negras, a una de las cuales tengo el honor de representar. El empleo de gases lacrimógenos y balas de goma fue una reacción excesiva y monstruosa que exige una inmediata condena. Jamás pensé que llegaría un día en que un gobierno laborista aprobaría el uso de armas contra la clase trabajadora.

Los que estaban alrededor de la mesa bajaron la cabeza y revolvieron sus papeles.

—Es típico de usted hacer una acusación semejante —replicó el primer ministro—. Sabe tan bien como yo que no teníamos alternativa. Y no fue una declaración de guerra contra la clase trabajadora. Fue la respuesta adecuada, la *única* respuesta posible, un paso necesario y estudiado para sofocar la violencia de las turbas.

—Es la palabra «necesario» la que pongo en tela de juicio. Esto tiene aún que demostrarse, y pido que conste en acta mi profundo desacuerdo. También pido un compromiso de que no se tomarán ulteriores decisiones de esta naturaleza sin previo acuerdo de todo el Gabinete.

—¿Pretende ser esto un ultimátum? —preguntó el primer ministro, en su tono más glacial—. Porque si es así, estoy dispuesto a aceptar su dimisión.

Puestas las cartas boca arriba, Lewisham tomó su cartera y empezó a recoger sus papeles. Se puso en pie.

—Muy bien. Redactaré mi carta expresando las razones de mi dimisión en cuanto llegue a mi despacho.

Se hizo un silencio al salir él del salón. El primer ministro no dio señales de preocupación y consultó su agenda.

—Punto primero. Poderes de emergencia. Pediré al ministro del Interior que hable acerca de esto y, después, todos dirán brevemente su opinión. Tenemos que resolver muchas cosas.

Aquel mismo día, más tarde, el primer ministro celebró una reunión secreta en su apartamento con su oficial de Prensa, uno de sus más antiguos e íntimos asociados. Habían estado juntos desde que se presentaron por primera vez en las elecciones, en los años cuarenta, y cada uno de ellos conocía los puntos fuertes y débiles del otro.

—Estamos en un follón de mil demonios, Charlie. Ante todo, ¿cómo trataremos la dimisión de Lewisham? Has leído su carta, ¿no?

—Sí. Es un maldito y pequeño hipócrita. Esto no le hará ningún bien.

—Tal vez no, a largo plazo, pero no deberíamos menospreciarle ahora. Es capaz de armar mucho revuelo. Puedes apostar la vida a que ya ha conseguido algunos espacios en la televisión. Será mejor que me redactes una respuesta. Prefiero que lo hagas tú a cualquiera de los otros. Y no des las gracias a ese bastardo por los servicios prestados, porque no prestó ninguno.

—Bien. Así lo haré.

—¿Has oído algún rumor?

—Me he dado prisa, he telefoneado a lugares de todo el país y, aunque hay un fuerte sentimiento de inquietud, no quiero emplear términos más fuertes, la mayoría de la gente aprueba la decisión que se ha tomado. Presumiblemente, será un gran día para la industria de relaciones entre razas.

—Sí, tendremos que soportar eso. ¿Qué piensan los portavoces de los partidos?

—He estado husmeando y he hablado con la mayoría de ellos. Si existe una división de opiniones en el debate, los conservadores se abstendrán.

—¿Y los nuestros? Eso es lo que me preocupa más.

—Se calcula que siete votarán por Lewisham, pero podrás salirte con la tuya con la ayuda de los no comprometidos.

—¿Qué ambiente hay en Fleet Street?

—Bueno, ya has visto lo que han dicho esta mañana. Con dos excepciones, la mayoría de los articulistas creen que tendrás el camino libre. Pero tal vez tenga yo que chalanear un poco.

—¿En qué sentido?

—Bueno, todos están intrigados por el caso Belfrage. Se huelen un nuevo escándalo importante de espionaje. Estaba pensando que una inspirada filtración podría ser conveniente. Si les diésemos este hueso podríamos distraer parte de su atención de la presente crisis. Ya sabes cómo se les cae la baba con esta clase de cosas.

El primer ministro sacudió la cabeza.

—Mala idea. No me gusta. Es peligrosa. Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza. Si se descubre que la cosa procede de ti, nos veríamos en un buen lío. Además, daría más municiones a Lewisham.

—Está bien, no fue más que una idea. Pero debo decirte que ha habido una novedad en este caso.

—¿Cuál?

—Alguien ha dicho que había visto a Hillsden en el *ferry* del Canal; un hincha del fútbol. Está seguro de que vio a Hillsden en compañía de una joven. La policía lo está comprobando, pero, si es verdad, confirma que desertó.

—Concéntrate en Lewisham. Ojalá desertara éste. Ahora tengo que pensar en mi discurso. Dentro de una hora me esperan en Palacio.

Llamó a su secretaria particular para que le trajese el borrador de su discurso. Mientras decidía sobre su forma definitiva, recibió las últimas noticias de la situación. Otros dos heridos graves habían muerto en el hospital, pero no hubo más incidentes y la situación era calificada de «estable». De nuevo discutió con el jefe de policía la cuestión de hacer intervenir al Ejército, pero quedaron en que el jefe se limitaría de momento a estar en contacto con el comando sur del GOC y que el Ejército sólo sería empleado como último recurso. El jefe de policía informó al primer ministro de que cerraría Whitehall, Parliament y Trafalgar Square una hora antes de la radiación del discurso, y que la manifestación organizada por el TUC sería

desviada a Hyde Park.

Nada de esto tranquilizó al primer ministro y, con un sentimiento de inquietud, emprendió la marcha para la audiencia con el monarca. Fue en coche desde Downing Street hasta el palacio de Buckingham, con una fuerte escolta de policía, y advirtió que se agolpaba mucha gente a lo largo del trayecto. La mayor parte de su cólera era contra el Judas que vivía entre ellos. Siempre había sabido que Lewisham era un gran oportunista político, y no había contado con su lealtad; pero aun así, su ruptura en público se había producido más pronto de lo que esperaba. Entregarle un puesto en el Gabinete le había parecido la mejor manera de neutralizarle, y era una terrible ironía que acontecimientos externos hubiesen dado a aquel hombre un motivo perfecto para dimitir. Los piadosos golpes de pecho de Lewisham en favor de las clases trabajadoras eran visiblemente ficticios, pero muy eficaces como propaganda. El primer ministro tenía que confesar que con ello engañó a mucha gente y ganó admiración en muchos sectores, especialmente el de la izquierda militante. Como todos los anteriores líderes laboristas, siempre supo que los verdaderos desafíos a su autoridad vendrían de dentro del partido. En cierto sentido, era un alivio que la lucha se desarrollase ahora a la luz del día, pero habría preferido ser él y no Lewisham quien eligiese el momento adecuado. El problema racial era siempre una bandera emotiva que enarbolar, y no dudaba de que Lewisham la desplegaría, atrayendo a una importante mezcla de compañeros de viaje. Éste era un aspecto de los conservadores que envidiaba: su habilidad en cerrar filas y emascular a sus propios descontentos. Pensó que, por una vez, el viejo Harold había tenido razón al decir que una semana era un tiempo muy largo en política. Y no sólo una semana, sino veinticuatro horas, pensó, mientras su coche cruzaba las puertas del Palacio, saludado por la ansiosa muchedumbre.

Capítulo 31

Lejos del propio Kremlin, en otra parte de Moscú, hay una zona sumamente reservada, cerca del viejo aeródromo de Khodinka. Dentro de un racimo de edificios rodeado de cercas de alambre espinoso electrificado, y vigilado noche y día por perros fieros, se lleva a cabo la labor cotidiana del GRU. A diferencia de la KGB, su organización hermana y rival, el GRU o, para darle su inocuo título oficial, Primer Directorio de Información del Estado Mayor, nunca ha sido partidario de anunciar su existencia o sus actividades.

Las paredes externas de su sede no tienen ventanas y los ocupantes son como seres sin rostro para todo el mundo, salvo para aquellos que caen entre sus garras. No se permite la entrada de vehículos a sus recintos interiores, norma que se aplica sin excepción, fuesen cuales fueren el rango y la posición de sus dueños. Todos los visitantes son registrados por el más avanzado equipo electrónico, e incluso los más pequeños objetos metálicos, como una lima para las uñas o un encendedor, son inmediatamente confiscados. Las medidas de seguridad han sido elevadas a alturas paranoicas.

Aquella mañana particular, el primer delegado de la Sección de Ilegales, coronel general Lemzenko, convocó a tres miembros clave de su personal, incluido su propio delegado, Lavrov, para discutir sobre la inminente llegada de Hillsden. El Primer Departamento (de Pasaportes) había cuidado de proporcionar a la red de Hansel una serie completa de documentos falsos. Hillsden había sido llevado de noche en la Riva al otro lado del lago a un lugar convenido donde Walters lo había entregado a un colega. Nunca volvería a ver a Walters. La siguiente etapa de su viaje la realizó en una limusina con placas del CD, que siguió una complicada ruta hasta Ginebra. Allí le ocultaron en la residencia de la misión comercial soviética, donde se dieron los últimos toques a sus documentos. Antes de ser fotografiado para el pasaporte, habían alterado sutilmente su aspecto, cortándole y tiñéndole los cabellos, cambiando su ropa por otra de origen ruso, poniéndole unos zapatos de suela más gruesa para que pareciese más alto, y fijando fundas temporales a sus dientes de delante. Asumió la identidad de Valentín Savin, nacido en Letonia, vecino de Petrogrado, experto en contaminación del medio ambiente y con destino en el Ministerio de Agricultura, con categoría de diplomático. En cuanto se completó la transformación, le sacaron de Suiza sin tropiezos en un avión de Aeroflot con destino a Moscú, acompañado de dos oficiales del GRU que trabajaban ostensiblemente en la misión comercial. Bajo vigilancia de noche y de día, no tenía oportunidad de establecer contacto con el mundo exterior.

Como Lemzenko estaba ansioso de encargarse del asunto Hillsden, al llegar a Moscú, lo llevaron directamente al cuartel general del GRU. Allí, después de permitir que se quitase las fundas falsas de los dientes, le sirvieron una comida a base de caviar y de pollo frío, nada apetitoso, junto con una jarra de vino que su paladar le

dijo que era importado de Francia. Mientras estaba comiendo, fue visitado por Lavrov, el cual se comportó con rígida cortesía.

—Esperemos que nuestra colaboración sea fructífera. —Lavrov hablaba bien el inglés, aunque con acento—. ¿Necesita algo?

—Quisiera cambiarme la camisa, pasta para los dientes y algo para afeitarme.

—Todo eso le será proporcionado. ¿Fuma?

—Lo había dejado, pero dadas las circunstancias estoy dispuesto a empezar de nuevo.

—¿Qué marca?

—¿Benson and Hedges?

—Ah, sí. Yo también fumé esos cigarrillos en Londres. Son flojos, pero si los prefiere... No ha comido el pollo. ¿Hay algo que no le gusta?

—Sí. Parece haber sido cocinado con aceite lubricante. ¿Es que actualmente no reciben una cantidad suficiente de nuestra mantequilla barata de la CEE?

Lavrov asió un tenedor y probó un pedazo del despreciado pollo.

—A mí me parece muy aceptable. Ha sido usted malcriado, señor Hillsden.

—No por mucho tiempo y no irrevocablemente, supongo. ¿Por qué me han traído aquí? ¿Por qué no al Centro?

—Tenemos nuestras razones. Debería sentirse halagado.

—Oh, sí, pero sigo sintiendo curiosidad.

—Es para su propia protección; una medida que demuestra el valor que le otorgamos.

—El trato fue que cantarí mi canción, cobraría y podría desaparecer.

—Ya ha sido pagado. En cumplimiento de esta condición, el dinero ha sido depositado en un banco suizo. Le doy mi palabra de honor.

Hillsden devolvió la fría sonrisa.

—Muy reconfortante. Salvo que no estoy en libertad para gastarlo.

—Al cambiar su situación, tuvimos que tomar otras medidas para su propia seguridad. En cuanto a su canción, como usted lo llama, bueno, todavía tenemos que oírla. Disfrute de su excelente pollo ruso, señor Hillsden. Cuando termine, le llevarán a su dormitorio. Espero que descanse mucho. Queremos que esté en plenas facultades por la mañana.

Sonrió y salió de la estancia. Al abrirse y cerrarse la puerta, Hillsden vio dos guardias plantados en el pasillo. Poco tiempo después apareció otro oficial que le acompañó a un bloque contiguo. Allí le llevaron a una celda amueblada con una sencilla litera, una silla y una mesita. En un rincón había un lavabo y un inodoro. Un paquete entero de cigarrillos Benson and Hedges estaba sobre la cama, además de una toalla, una pastilla de jabón, pasta dentífrica y un cepillo de los dientes. Al romper la envoltura de celofán de la cajetilla, advirtió con triste ironía que, junto con la advertencia oficial sobre el peligro para la salud, estaban las palabras «*Duty Free*».

—¿Y cerillas?

El oficial buscó en su bolsillo y sacó una caja de cerillas.

—Me prometieron una navaja.

—Se la traerán mañana.

Cuando le encerraron, Hillsden empezó a examinar con más detalle el lugar donde se hallaba. Acercó la silla a la ventana enrejada, emplazada a gran altura en la pared, y trató de ver lo que había más allá. Descubrió que su celda daba a un patio interior. El colchón de la litera parecía ser de los normalmente usados por el Ejército: la única manta olía a sudor rancio. El lavabo tenía un solo grifo de agua fría. Se lavó la cara y se cepilló los dientes, pero no pudo quitarse el regusto del pollo. Después de fumar un cigarrillo y de doblar la manta a modo de almohada, se tendió vestido en la cama. No había interruptor de la luz y se cubrió los ojos para resguardarlos del brillo de una bombilla sin pantalla. Miró a un pequeño respiradero en el techo, y estuvo seguro de que había en él un micrófono oculto.

No podía conciliar el sueño mientras reflexionaba sobre todas las implicaciones de la duplicidad de Control. Le desesperaba su propia estupidez. Todas las claves habían estado allí, delante de sus narices. Ahora podía verlas y maldecía su anterior ceguera. ¿Por qué no había sospechado más cuando le dijo que se apartase de Glanville? Esto debió ponerle sobre aviso, así como la visible facilidad con que el alemán y la muchacha a la que sólo conocía como Wendy le habían seguido la pista hasta los Hermanos de la Caridad. En su obsesión por descubrir al asesino de Caroline, descuidó las precauciones normales y bajó la guardia. Al mismo tiempo se daba cuenta de que Control no podía trabajar solo; tenía que haber otro. ¿Qué había dicho Glanville? Aquella observación sobre el pobre Jock: algo acerca de «cerrar la propia puerta» o palabras parecidas. Qué cínica parecía ahora la observación de Control: «Nos están eliminando uno a uno». Todo coincidía y, desde luego, Control siempre se le había adelantado.

También había que considerar el caso de Belfrage. ¿Hasta qué punto estuvo implicado? Si lo hubiese pensado bien, incluso la manera en que había organizado Control las exequias de Caroline fue sospechosa. Hillsden reconocía ahora que siempre había sido superado en estrategia, confiando constantemente la suya precisamente al hombre que era el instrumento de su destrucción. Trató de apartar de su mente un sentido de algo pasado e indecible, hasta que la fatiga le cerró al fin los ojos. En una ocasión, durante la noche, le despertó un grito muy cercano, pero no tenía manera de saber si lo había lanzado él mismo u otro animal humano.

El mismo oficial le despertó, trayéndole una taza de café y una maquinilla de afeitar, un anticuado instrumento con hoja de doble filo que Hillsden no había visto desde hacía muchos años. Le recordó a su padre durante la guerra, cuando las hojas escaseaban; alguien consiguió una correa de afilar, y fue cuestión de orgullo afeitarse el mayor número de veces posible con una sola hoja.

El oficial permaneció en la celda mientras Hillsden se afeitaba y, después, se llevó la maquinilla. Poco más tarde, un guardia uniformado le trajo el desayuno: pan moreno y un pedazo de queso de fuerte olor, junto con una segunda taza de café.

—Me están mimando.

—¿No comen esto en Inglaterra?

—No es nuestro desayuno típico. Más bien parece el almuerzo de un labrador.

El guardia permaneció en la puerta mientras él comía.

—¿Qué sucede? ¿Tiene miedo de que pueda cortarme las venas con el queso?

El hombre no respondió.

—Me defrauda usted. Siempre había creído que el humor era la característica dominante de los rusos. ¿Dónde aprendió a hablar inglés?

—Aquí.

—He hecho un chiste inglés acerca del queso.

El hombre le miró fijamente.

—Debería tomar buena nota de esto. Podría serle útil algún día, cuando tuviese que charlar tomando un desayuno inglés: tranquiliza a la anfitriona, causa buena impresión. ¿Cómo empiezan los rusos el día?

El hombre miró hacia el techo, como si las palabras de Hillsden pudiesen ser capaces de corromperle.

—Lástima que no me haya traído *Izvestia*. A nosotros nos gusta leer los periódicos de la mañana. Habría podido hacer el crucigrama, mirar las cotizaciones de bolsa, disfrutar con los ecos de sociedad. Apuesto a que sus ecos de sociedad son más divertidos que los nuestros. Nada de monitores acusados de graves delitos, nada de escándalos reales y otros ejemplos de la decadencia occidental; sólo alegres artículos sobre los miembros de vida inmaculada del Politburó, describiendo sus operaciones de próstata.

Cuando Hillsden terminó de comer, el hombre tomó el plato y la taza del café y se retiró. Más tarde, otro guardia le trajo una camisa limpia. El cuello era de su número. Después le dejaron solo durante la mayor parte de la mañana; no fue hasta cerca del mediodía que se abrió la puerta de la celda y le llevaron bajo escolta a una habitación de otro edificio. Allí lo recibió un hombre que se presentó como coronel Abramov. Se sentaron frente a frente, con una mesa desnuda entre los dos. Abramov llevaba un uniforme de impecable corte con numerosas condecoraciones sobre el pecho, y como Lavrov, hablaba un inglés excelente. Fumaba un puro cortado en ambos extremos y, varias veces durante la sesión le cayó ceniza sobre el uniforme. Esto parecía indignarle, y cada vez se ponía de pie y se sacudía la ceniza con un pañuelo de seda.

—Lamento lo que debe usted experimentar en este momento —empezó diciendo Abramov—. Los que cambian de bando siempre se sienten aislados al principio. Perdón, ¿quiere uno de éstos?

Le ofreció un estuche de cuero.

—Yo sólo fumo cigarrillos.

—Los dos hábitos son malos. Deberíamos ser más prudentes. Pero uno no puede renunciar a todos los vicios. Ni debe olvidar que ninguno de nosotros es inmortal.

—¿Vamos a hablar de filosofía?

—Vamos a hablar de muchas cosas; al menos así lo espero, Alec. ¿Puedo llamarle Alec?

—Llámeme como quiera. ¿Tiene usted un nombre de pila? Deberíamos empezar en igualdad de condiciones.

—Mi nombre de pila es difícil de pronunciar en inglés, y no hay un verdadero equivalente. ¿Por qué no me llama Víctor?

—El *victor*, el vencedor, se lleva el botín.

—Ah, sí, el guardia me ha dicho que los recientes acontecimientos no han destruido su sentido del humor. Pero dicen que encontrar humor en la adversidad es una de las características de sus paisanos. ¿Es verdad? Me interesa saberlo.

—Sí, hubo mucha risa en Dunquerque. Creo que no hubo tanta en Yalta.

—Mire, Alec, comprenda que aquí no hay presiones ni límites de tiempo, y quiero que sepa que me hago cargo de su posición presente. Con frecuencia he tratado de imaginarme a mí mismo en sus circunstancias. En cómo me sentiría si cortase el cordón umbilical. Tengo la impresión de que debe ser como perder a toda la familia en un solo accidente. ¿Cree que me equivoco?

—Yo no tengo familia desde hace mucho tiempo; por consiguiente, no puedo saberlo. Pero si le preocupa tanto mi bienestar, Víctor, ¿por qué no me da una habitación decente con vistas al Kremlin? Yo creía que era su invitado, no un prisionero.

—Desgraciadamente, este edificio no está equipado con comodidades de hotel. Pero cuando le hayamos hecho las preguntas indispensables, creo que puedo prometerle un alojamiento mejor. —Se levantó y se sacudió la ceniza de la guerrera —. Nos esperan muchísimas conversaciones interesantes, discusiones de las que ambos vamos a gozar. Poco a poco, pieza a pieza, vamos a rehacerle, Alec. Pero primero tengo que eliminar las dudas que le quedan.

Hillsden observó cómo encendía otro cigarro. Había algo extraño y siniestro en estas primeras maniobras, y sabía que debía esforzarse para no dejarse sorprender por aquella aparente amabilidad.

—¿Qué le hace pensar que todavía tengo dudas?

—He estudiado a los conversos. Usted no es religioso, ¿verdad?

—Creo en un Dios vengador.

—Lo que quería decirle es que sé por experiencia que siempre hay un momento en que el converso vacila. Ha hecho una elección irrevocable y, entonces, antiguas lealtades tiran de él. Es algo parecido al principio de una aventura amorosa. Nos sentimos atraídos, tal vez ansiamos desesperadamente poseer a la otra persona, pero hay todavía una vocecilla que nos aconseja precaución. Hemos estado allí antes, y tal vez hemos sido defraudados o incluso traicionados. Entre usted y yo, no deben existir

tales vacilaciones.

Hillsden pensó: «En un momento de mi vida, debí haber deseado algo mejor. ¿Es así cómo termina todo, siempre de noche al mediodía? Koestler sabía de esto y, al final, lo llevó a la única conclusión lógica. ¿Pero cuántos dioses tuvieron que fallarle en el camino? A mí no me ha fallado ninguno, porque en ninguno he creído. Nunca tuve lo que Koestler debió tener: aquel momento en el tiempo en que todo está asegurado, en que la fe elimina la duda. Yo he vivido con el engaño de la misma manera que un borracho vive con el alcohol y, al cabo de un tiempo, no le encuentra sabor, no encuentra placer en él, sino sólo una triste necesidad. No puedes firmar el compromiso, volverte abstemio, porque esta opción no se te ofrece nunca. Si te quitan la bebida, es por un fin, una preparación para algo peor. Nunca iba a ser tan sencillo como prometía Abramov; nada era sencillo con los rusos. Sus mentes no trabajan así; saben esperar y dejan que la química humana haga por ellos su trabajo».

—¿Por dónde quiere que empecemos?

—Por donde usted desee.

—¿No tiene graduación?

—Ninguna que siga usando.

—Pero estuvo en el Ejército británico. Empecemos por eso.

«Ahora empieza —pensó Hillsden— el largo viaje hacia Xanadú».

—Fui reclutado en 1943 —empezó a decir, pero Abramov le interrumpió inmediatamente.

—¿No se presentó voluntario?

—No, no era tan entusiasta; esperé a que llegase la orden de reclutamiento. Primero tuve que presentarme para la instrucción inicial en los Cuarteles de Warley, con el Regimiento de Essex. Pero debo decir que la instrucción de Infantería no me gustaba. La naturaleza no me había preparado para atizar porrazos. Al cabo de seis semanas nos sacaron de allí, y me eligieron como posible candidato a oficial, pero me negué a ir al CIO.

—¿Qué significa eso?

—Curso de Instrucción de Oficiales.

—¿Por qué no quiso?

—No me gustaba la responsabilidad. Era un soldado a la fuerza; sólo quería sobrevivir. Entonces me destinaron al Cuerpo de Información, en la isla de Anglesey, Sección de Seguridad.

—¿Por qué al Cuerpo de Información?

—La elección era sencilla. Todos los hombres raros iban a parar al CI o a los Pioneros. Yo hablaba el alemán y el francés aceptables que había aprendido en el colegio, además del inglés, cosa que descubrí que era bastante rara. Mis compañeros reclutas formaban el acostumbrado grupo heterogéneo: abogados, maestros excedentes, en su mayoría jóvenes inadaptados que el Ejército no podía situar en otra parte. Cuando terminamos la instrucción, me dieron un puesto en Londres, en

Grosvenor Square.

—Un lugar muy elegante.

—El Ejército había requisado varias casas abandonadas durante los bombardeos aéreos. Incluso entonces nuestros servicios buscaban una sede en Mayfair, si podían conseguirla. Una vez allí, me enviaron a seguir un breve curso de perfeccionamiento de idiomas en Saint Paul's School. En aquella época me habían marcado para ser lanzado en la Francia ocupada. Pero entonces, por motivos que ellos sabían mejor que yo, decidieron que servía para algo más y, al terminar el curso, me enviaron a Weybridge, donde el MI-6 tenía uno de sus divertidos colegios superiores para agentes.

—¿Divertidos?

—No en el sentido de mover a risa, sino en el de curiosamente peculiares. Un toque de Kafka, mezclado con una comedia de Ealing.

—No comprendo.

—¿Puede imaginarse una obra de Gogol corregida y adaptada por P. G. Wodehouse?

Abramov sacudió la cabeza.

—Era una casa estupenda para los excéntricos.

—¿Era eso una práctica corriente?

—Sin ella, no habríamos ganado la guerra.

Abramov siguió pareciendo confuso.

—¿Quién la dirigía?

—Ahora está muerto. Felix Warren, naturalmente conocido como «Bunny».
Warren.

—¿Por qué dice «naturalmente»?

—Los ingleses tenemos la costumbre de poner apodos. Así, uno que se llame White (blanco) será conocido por Chalky (de tiza), y el que se llama Miller (molinero) será Dusty (polvoriento), etcétera. Piense en Warren (conejera) y le pondrá Bunny (conejito). ¿Lo comprende? —Sonrió, pero Abramov seguía visiblemente perplejo—. Pero ahora yo había alcanzado la alta graduación de W02, Warrent Officer, equivalente a sargento mayor en Infantería. Entonces, después de marcarme para Francia, se comportaron como era debido y me enviaron a El Cairo. Volé hasta allí en un bombardero Stirling transformado. Fue un vuelo muy curioso. Al aterrizar, tuvimos que orinar todos en el mecanismo hidráulico para descongelar el tren de aterrizaje.

—¿Por qué El Cairo?

—¡Y que lo pregunte! Yo nunca lo supe. Estuve tres meses de plantón allí, la mayor parte del tiempo fijando banderitas en planos para mostrar la situación de los burdeles autorizados. Hubo un momento en que se habló de enviarme a Yugoslavia, pero no lo hicieron. Entonces me embarcaron de regreso a casa en el *Empire Kent*, un maldito barco construido para transportar a trescientas personas, pero que llenaron

con más de cuatro veces este número. Desembarcamos en Liverpool.

—¿Qué año era entonces?

—Principios del cuarenta y cuatro. Al llegar recibí la orden de presentarme en la Sección Quinta, en Saint Albans. Era el antiguo coto de Philby.

—¿Quién mandaba allí?

—Felix Cowgill.

—¿Otro Felix?

—Mera coincidencia.

—¿Cuáles eran allí sus funciones?

—Inventar y preparar material engañoso, supervisar las operaciones de agentes en el campo, establecer enlaces con los diversos gobiernos aliados en el exilio. Estuve allí hasta septiembre del 44 y entonces pasé a Francia, destinado al 30.º Cuerpo. Estuve con ellos hasta que nos trasladaron a Alemania, y terminé en Flensburg.

—¿Haciendo qué?

—Sobre todo andar de un lado a otro tratando de descubrir ex miembros de la SS. Según la población local, nadie había sido nunca nazi, todos eran inocentes, y toda la SS se componía de un solo pelotón. Desde Flensburg fui a Hamelin, la ciudad del Flautista, tratando todavía de descubrir criminales de guerra. Era un trabajo policíaco más que de información, pero entonces, terminada la guerra, todo estaba hecho un lío. Todo el mundo quería escabullirse. El lugar era un hervidero de prófugos que ahora desempeñaban el gobierno civil. Florecía el mercado negro, todos estaban metidos en él hasta el cuello, y los yanquis se llevaban la pasta a camiones. La moneda corriente eran los cigarrillos y el café; nadie empleaba dinero. Yo tenía un número alto de desmovilización y, por eso, no salí hasta enero de 1947.

—¿Dónde pasó el resto de su servicio?

—En Austria. En Villach y Viena. Cada vez más aburrido y desilusionado. Cuando al fin volví a vestirme de persona...

—¿De persona?

—De paisano. Le daban a uno un traje no más horrible que el que llevo ahora, una camisa, unos calcetines, unos zapatos y un sombrero de fieltro. En cuanto regresé a Londres, lo vendí todo a una tienda de segunda mano. Me habían dado una gratificación, aproximadamente doscientas libras, y esto era cuanto tenía. No estaba preparado para nada; me había perdido el ir a la universidad. Durante un tiempo trabajé de camarero en Soho. Todavía teníamos racionamiento, y el lugar donde trabajaba tenía todavía carne de caballo en el menú. Aquello no tenía porvenir. Realicé varios trabajos, limpieza de ventanas, venta de libros de una editorial, incluso hice de portero en un hotel durante una temporada; todo lo que usted quiera. Entonces vi en el *Times* un anuncio de una persona que dirigía un *cramming College* en Brompton Road.

—¿Qué es un «*cramming College*»?

—Una institución muy dudosa para los padres desesperados de que sus hijos

idiotas aprueben los exámenes de ingreso en las escuelas públicas. Había que atiborrarles el cerebro de conocimientos suficientes para obtener la mínima calificación necesaria. Aquel colegio particular estaba dirigido por un ex coronel del Ejército, un viejo estafalario llamado Pryce-Sampson. Enseñé alemán elemental a una serie de fenómenos abúlicos, cosa que me deprimía tanto como a ellos, y permanecí allí durante unos dos años. Fue aproximadamente en aquella época que conocí a mi mujer, y al menos el trabajo era mejor pagado que el de portero de un hotel. El colegio fue cerrado cuando Pryce-Sampson introdujo algo más que conocimientos a uno de sus alumnos.

Una vez más le miró Abramov sin comprender.

—Abusos deshonestos de un menor. No; se lo diré de otra manera, ya que esta expresión podría plantearle problemas. Violó a uno de sus alumnos.

Abramov se encogió de hombros.

—Fue entonces cuando, por pura casualidad, tropecé de nuevo con Bunny Warren en la calle. Se mostró simpático y me preguntó qué estaba haciendo. Debí contarle algún cuento triste convincente, porque a las pocas semanas recibí una carta del Departamento pidiendo que fuese a visitarles. Resultado de ello fue que me preguntaron si me gustaría volver al redil. Entonces habían cerrado ya ustedes los postigos de hierro y el MI-6 estaba reclutando gente.

—Nos halagó bastante la expresión de Churchill. ¿Quién dirigía entonces el MI-6?

—Dinnsbury. Uno de la vieja escuela. Un cerebro privilegiado. Les daba la vuelta a la mayoría de ellos y, durante un tiempo, a ustedes.

Abramov asintió con la cabeza.

—Conocíamos muy bien a Dinnsbury. Prosiga.

—Desde luego, todo aquello era nuevo para mí; me refiero a la guerra fría. A diferente enemigo, táctica diferente. Tuve que volver a otra especie de escuela intensiva. Me tuvieron detrás de una mesa durante un año, aprendiendo las lecciones. Principalmente, subversión interior, infiltración en el Partido Comunista local y en los sindicatos. El único sector al que se dejó tranquilo fue el Foreign Office, con resultados, en definitiva, desastrosos.

Abramov sonrió por primera vez.

—Lo cual no nos disgustó. ¿En qué sección estaba usted?

—Satélites Siete. Fue el período de los espías atómicos, como estoy seguro que recordará. Al cabo de un año, Dinnsbury decidió trasladarme a Contraespionaje. Tengo la garganta seca. ¿Podría beber algo?

—¿Por qué no interrumpimos aquí nuestra conversación? Ha hecho usted un buen comienzo.

—No le he dicho nada que usted no supiese ya.

—Un buen relato vale siempre la pena de hacerse dos veces —dijo seriamente Abramov. Sacó el pañuelo y sacudió la ceniza de su guerrera—. Una sucia

costumbre, eso de fumar.

—Estamos metidos en un asunto sucio, Víctor —dijo Hillsden cuando fue sacado de la habitación.

Capítulo 32

Después de las algaradas raciales, el primer ministro había constituido un Gabinete reducido para hacer frente a la nueva emergencia. Inmediatamente había sido apodado Gabinete de Guerra por su creciente número de críticos. Lejos de haber podido derogar las aborrecidas leyes de registro en caso de sospecha, tal como había prometido en su manifiesto electoral, se había visto obligado a dar a la policía poderes aún más amplios, incurriendo así en las iras del Consejo Nacional de Libertades Civiles, así como los del ala izquierda de su propio partido. Para aumentar deliberadamente su desconcierto, los conservadores habían votado en bloque con él la nueva Ley de Defensa del Reino; eso aseguró su aprobación en la Cámara, cuando cuarenta miembros de su propio partido, acaudillados por Lewisham, le habían desafiado. Pensando que cualquier empleo ulterior de balas de goma sería probablemente un suicidio político, por muy justificado que estuviese, el primer ministro pidió en el más absoluto secreto a los alemanes occidentales cierto número de cañones de agua, y convino con el jefe de policía que podían emplearse como alternativa aceptable si empezaban de nuevo las algaradas. Esta decisión sólo fue comunicada al Gabinete reducido y, hasta ahora, se había mantenido en secreto.

Pero ni aun así habían cesado sus preocupaciones.

—Nunca he tenido tan buena prensa —dijo—. Según Fleet Street, estoy haciendo todo lo debido. Normalmente, esto debería ser bastante para despertar mi recelo. No están dispuestos a hacerme favores. Pero detesto una auténtica simpatía subyacente. No creo que sea cínica; creo que el país en su conjunto se halla en un estado de ánimo muy raro. La única vez que recuerdo haber tenido la misma impresión fue inmediatamente después de Munich. Alivio, pero, en el fondo, la convicción de que estamos viviendo de prestado, de que el futuro será peor. No puedo describirlo de otra manera, es algo que siento en las entrañas.

—Lo que yo siento es un fuerte olor a CIA Número 5 —observó el ministro de Asuntos Exteriores—. Creo que los yanquis ya no confían en nosotros, y si hablamos de operaciones encubiertas, nunca ha habido mucho que elegir entre ellos y los rusos. La llamada relación especial siempre parece roída por las polillas cuando estamos nosotros en el poder. No advertí nada particularmente «especial» acerca de ella en Washington la semana pasada; el secretario de Estado me echó un rapapolvo de director de colegio. Me dijo que estaban pensando seriamente en retirar de aquí sus misiles a menos que estabilizásemos la situación. Esto me escoció mucho, porque es un bastardo arrogante, en el mejor de los casos, y tortuoso como hay pocos, pero es indudable que, en un año de elecciones, la política aislacionista sirve para captar votos.

—Yo solía pensar que los viejos tiempos eran bastante malos —dijo el primer ministro—, cuando sólo teníamos que preocuparnos de los malditos conservadores y del TUC pero, si sugiere usted que nos enfrentamos con un complot secreto de los

rojos financiado por la CIA, ¡que Dios nos ampare! Lo siento, pero esto no puedo tragármelo.

—¿Se ha tragado alguna vez la teoría de la conspiración contra Kennedy? —preguntó Bayldon— ¿Y qué me dice de Watergate?

—No estoy diciendo que los yanquis no se mearían en su propia puerta, y sé que han metido los dedos en muchos pasteles extranjeros. Por ejemplo, recuerdo lo de Suez.

—Usted votó contra aquello.

—Sí, y me equivoqué. Los acontecimientos lo han demostrado, lamento decirlo. Pero vuelvo a aquella impresión de que les hablaba antes. Lo que más me inquieta es que no hay una pauta clara. Es como si todo un ejército de alborotadores provocase cien incendios diferentes y no limitados a una industria o a una clase particular. Los presentes disturbios rompen todas las antiguas barreras de clase. Asesinatos no explicados, ataques contra bases de los Estados Unidos, sinagogas, iglesias de todas las confesiones, minorías étnicas; todo combinado con una bien orquestada campaña encaminada a denigrar el papel de la policía. No puedo creer que todo sea una serie de coincidencias. Es como si todo el país estuviese sobre un barril de pólvora y sólo hubiese que arrojar una cerilla más para que todo volase por los aires.

—Bueno, no quiero ser yo el que arroje la cerilla —dijo Bayldon—, pero algo más ha ocurrido. Precisamente antes de esta reunión, recibí una llamada del primer corresponsal de Defensa del *Express*.

—¿Se prefiere a Charlie Weaver?

—Sí. Bueno, yo no lo describiría como nuestro más ardiente partidario, pero siempre he encontrado que es asombrosamente exacto e imparcial. Sólo acepté su llamada porque insistió en que solamente podía decírmelo a mí. Cuando le escuché, añadió que estaba dispuesto a esperar hasta las ocho de esta noche, pero que nos daba una oportunidad de considerar nuestra posición.

—Bueno, vamos, desembuche.

—Dice que el *Express* ha recibido cartas y fotografías que relacionan a Glanville con Belfrage, algunas de ellas recientes, del año pasado. Naturalmente, lo primero que le pregunté fue si podían ser falsificadas. Me juró que no. Dice que las fotografías han sido sometidas a todas las pruebas conocidas. No se mostró tan rotundo en lo tocante a las cartas, porque, evidentemente, éstas son más fáciles de falsificar; pero algunas de las de Belfrage estaban escritas con papel del Foreign Office, lo cual no es precisamente tranquilizador.

—¿Algo más?

—Desgraciadamente, sí. La bomba es que estas cartas implican a Lewisham. Si son auténticas, nuestro buen amigo, el honorable miembro del Parlamento por Forthill South, ha estado a sueldo de la KGB desde 1975. La fecha coincide porque, como señaló Weaver, que estudió el asunto a fondo, aquél fue el año en que Lewisham fue a Moscú con una misión del TUC.

La revelación produjo un pasmado asombro en toda la mesa. El primer ministro rompió el silencio.

—Las cartas tienen que ser falsas. Nuestro Graham puede ser un Judas, pero es demasiado ladino, demasiado ególatra, demasiado ambicioso, para exponerse a terminar su carrera de este modo.

—Pero ¿qué le digo a Weaver?

—Si lo publican, Lewisham le querellará por calumnia.

—Quizás estén dispuestos a correr el riesgo ante los tribunales.

—¿Dijo Weaver cómo habían conseguido el material?

—No.

—¿Podemos obligarles al amparo de la Ley de Secretos Oficiales?

—Lo dudo. El caso Glanville ha sido ya muy aireado y, en lo que concierne a Lewisham, aquella ley no es aplicable. Si quiere saber mi opinión...

—Desde luego, si es pertinente.

—Lewisham es un animal peligroso para andar suelto —dijo sucintamente Bayldon—, sobre todo en un tiempo como éste. La suciedad se pega, y la suciedad falsa se pega a menudo más firmemente que la auténtica. Él le hizo una buena pasada al dimitir. Podríamos devolverle el favor dando luz verde a Weaver. Si Lewisham estuviese todavía en el gobierno sería diferente, pero si se da un batacazo como individuo no ensuciará necesariamente nuestro nido. Antes al contrario, nos lo quitaríamos de encima durante un tiempo, aquello le daría algo más en que pensar.

El primer ministro tardó un rato en responder. La idea era ciertamente atractiva en muchos aspectos, pero vacilaba en aprobarla. Había una industria casera de memorias ministeriales y una larga lista de Brutos en el Partido Laborista; los ex camaradas se sentían impulsados a disculparse a expensas de los antiguos colegas. Sospechaba que Bayldon iba todas las noches a escribir su diario en casa, con la intención de publicarlo en cuanto cesara en su cargo. No tenía ganas de dar a nadie más municiones.

—No —dijo al fin—, no me gusta. Por otra parte, cualquier intento de hacer callar a la prensa sin una buena causa sería igualmente peligroso. —Miró fijamente a Bayldon—. Dígame una cosa. Cuando sostuvo esa conversación con Weaver, ¿le dijo que hablaría de ello en Consejo de Ministros?

—No con tantas palabras, George.

—Bueno, ¿qué palabras *empleó*?

—Que yo recuerde, él daba más o menos por descontado que yo se lo diría a usted.

—Todos ellos son unos bastardos astutos. Muéstreme un periodista recto y yo le mostraré una serpiente de cascabel. —Juntó las manos delante de la cara, en actitud de oración, y de nuevo guardó silencio—. Le diré lo que va a hacer —dijo después de una pausa—. Responda a su farol. Vaya y dígame a Weaver que ha informado del asunto, pero que este gobierno no entorpecerá nunca la marcha de la justicia; que

tomen la decisión que crean conveniente, de acuerdo con sus asesores jurídicos. Señale que en este asunto el señor Lewisham actuará como individuo particular en su propia defensa. Y según sea el resultado de cualquier litigio civil, entonces y sólo entonces, tomará este gobierno en consideración si cuestiones de seguridad nacional exigen que llevemos el asunto adelante.

—Brillante, George —exclamó el ministro de Asuntos Exteriores, y hubo un murmullo general de aprobación.

—Sí, también yo lo creo. Dejemos que esos cabrones se hagan la pascua ellos mismos. Mientras tanto, y antes de que aparezcan los grandes titulares, tendré una charla privada con la oposición. Le confiaré esto y, al mismo tiempo, clavaré sus cañones. Dejen esto en mis manos. Sé cómo hacerlo.

—Los disgustos compartidos se parten por la mitad —dijo Bayldon.

—O se multiplican por dos —replicó el primer ministro, diciendo la última palabra, como era su derecho.

En definitiva, la discreción y la astucia del primer ministro persuadieron al director del *Express* de actuar con cautela. El artículo de Weaver se publicó con grandes titulares, pero se limitó a detalles de la relación entre Glanville y Belfrage. Lewisham no era mencionado por su nombre, pero el artículo decía que había pruebas sólidas que implicaban a un ex ministro. Como era de prever, esto dio origen a muchas especulaciones por parte de los otros medios de difusión, aunque, a semejanza del *Express*, nadie parecía dispuesto a exponerse a una querrela si publicaba nombres. Sólo «Private Eye» puso los puntos sobre las íes: a su típica manera descarada y a menudo casi suicida, la revista satírica se echó la manta a la cabeza y nombró a Lewisham como el candidato más probable a los honores.

Lewisham ordenó inmediatamente a sus abogados que pidiesen a los tribunales el secuestro de toda la edición y, aunque el juez lo acordó así, unos cincuenta mil ejemplares de los trescientos mil impresos estaban ya repartidos. Los números vendidos en el mercado negro cambiaron de manos a precios exagerados, especialmente en las cercanías de Westminster. Antes de que empezasen los debates televisados, Lewisham presentó una querrela por calumnia, pero esto no impidió que el acostumbrado grupo de «expertos sentenciosos» (la mayoría de los cuales tenían intereses personales, si no una vida secreta que ocultar), perorasen con extraordinaria y aburrida prolijidad sobre la erosión de las libertades civiles. Se habló mucho de «la grave preocupación del público en general», aunque en realidad el público estaba ansioso de leer cosas sobre podredumbre en las altas esferas, que siempre sospechaba que existía y estaba encantado de confirmarlo. Una vez presentada la querrela, los diarios de gran circulación pudieron comentar las razones de Lewisham para presentarla sin miedo al justo castigo. El director de *Private Eye* se defendió y anunció que la revista estaba resuelta a luchar en el pleito. Se había preparado el

escenario para un importante drama judicial.

Pero había un drama de otra clase en el salón del Gabinete. Aunque la acusación contra Lewisham arrancó lágrimas de cocodrilo por mor de las apariencias, los ministros que habían sufrido en el pasado su insoportable arrogancia se preparaban para bailar sobre su tumba. Éste era su único consuelo, ya que el resto de las noticias seguía siendo tan deprimente como siempre.

Incluso Dios parecía tenerle inquina al gobierno. Los elementos no se mostraban favorables. Una prolongada sequía, la peor desde principios de siglo, había hecho necesario el racionamiento del agua en todo el país, salvo en el noroeste; una decisión impopular, ya que, lejos de ser una nación de tenderos, Inglaterra es una nación de jardineros, cuyos moradores prefieren suprimir el baño a descuidar el riego de sus plantas.

No había grandes esperanzas; era el peor de los tiempos.

Capítulo 33

El cordón umbilical de Hillsden no estaba todavía cortado del todo, pero el lento proceso de desprenderle de asociaciones pasadas continuaba inexorablemente. Con laboriosa, fría y analítica habilidad, Abramov vaciaba los rincones secretos de la mente de Hillsden de todas sus anteriores lealtades. Gradualmente fue llevado a la fase donde las verdades que permanecían podían serle arrancadas con la misma facilidad con que se arrancan a un niño los dientes de leche.

Su relación era como la que existe entre el cazador furtivo y el guardabosques; el respeto estaba teñido de antiguas enemistades. El pasado era como un tupido bosque y, al ser empujado Hillsden hacia el corazón del mismo, los recuerdos le arañaban como espinas. Para sorpresa suya, descubrió que era un viaje que sólo podía hacer con dolor, al rehacer su antigua vida hasta los primeros hitos del engaño. Abramov le hizo recorrer más de una vez la misma tortuosa ruta, incitándole a recordar nombres, lugares y fechas largo tiempo enterrados, sondeándole sin parar, exigiéndole, sonsacándole motivos olvidados, enfrentándolo con verdades que creía ocultas para siempre.

Después de cada larga sesión era devuelto a su celda; era un recordatorio de que, si bien oían su confesión, no estaban dispuestos a garantizarle la absolución. El esfuerzo de retener parte de lo que sabía le afectaba profundamente. Durante la noche la tensión se le hacía intolerable; sufría alucinaciones y, curiosamente, eran recuerdos de la infancia los que evocaba con más frecuencia. A veces parecían abrirse las paredes de su celda, permitiéndole vislumbrar libertades perdidas, sus días felices: el concurrido balneario de Weymouth, donde pasó sus primeras vacaciones en familia, una playa que se extendía mar adentro en la marea baja, dejando al descubierto una arena ondulada y perforada por millones de agujeros de lombrices. Otras veces volvía a visitar las calles de una patria perdida para siempre, donde él y otros muchachos jugaban a una forma simplificada de béisbol. Después aparecían las borrosas imágenes de sus padres muertos. Pero la más persistente, y que le producía el más agudo sentido de pérdida, era la de una niña a la que había querido y que le había rechazado cuando él tenía nueve años. Con frecuencia, sus facciones se volvían confusas y la cara inocente asumía primero las características de la de su esposa y después las de Caroline, como si un operador invisible proyectase simultáneamente tres diapositivas, produciendo una superposición terriblemente amenazadora: la cara de la novia de su infancia transformada súbitamente en la máscara de muerte de Caroline. Entonces se aceleraba la pesadilla, hasta que se convertía en el violador del cuerpo de la niña, mientras Caroline y Margot lo observaban, como mudos y acusadores testigos. No podía decirse que fuese feliz o desdichado; estas claras actitudes ya nada significaban para él; no era más que algo suspendido en el tiempo, más parecido al objeto del famoso experimento de la cabeza del perro que a cualquier cosa humana.

No tenía manera de saber si Abramov estaba satisfecho de los progresos que hacían. Nunca le alababa por sus esfuerzos, ni mostraba la menor satisfacción cuando le había hecho soltar un fragmento valioso. No se hacía constar nada por escrito, pero estaba seguro de que el diálogo entre ellos era registrado por micrófonos ocultos. Las sesiones no seguían una pauta regular; a veces no era llamado hasta la tarde; en otras ocasiones empezaban tan pronto como él se despertaba; una vez, Abramov se presentó en medio de la noche y el interrogatorio duró hasta el amanecer. Se daba cuenta de que esto iba encaminado a mantenerlo en la incertidumbre, nervioso y, por ende, más vulnerable: el cansancio había sido siempre un arma esencial en el arsenal de los interrogatorios.

Al final de la segunda semana, habían llegado al punto en que Hillsden se había reunido con Jock y Caroline en Austria. Era el momento que había temido más. Debido a la traición de Control, no había sentido remordimiento al revelar el tinglado existente en Londres; pero ahora, al tener que tratar de la única relación que había tenido un significado duradero en su vida, volvía a sentir miedo.

Abramov atacó en seguida:

—¿Dice que Control fue quien la ordenó volver aquella última vez?

—Sí.

—¿Por qué está tan seguro?

—Ella misma me lo dijo.

—¿Pero no supo nunca la razón?

—No.

—¿No trató de averiguarlo? A fin de cuentas, usted era su amante. Se presume que los amantes no tienen secretos, y sus amores difícilmente podían ser puramente físicos, dadas las circunstancias. Estaban los dos en el mismo juego. Seguramente, después de satisfacer sus necesidades físicas, intercambiaban confidencias de naturaleza más cerebral, ¿verdad? No creo que usted no lo supiese.

—Bien, pues es verdad. Y usted sabe por qué. Lo normal es no revelar a uno las fuentes, si trabaja solo. Las fuerzas de resistencia operaron siempre así durante la guerra. Los diversos eslabones de la cadena solamente conocían lo estrictamente necesario. Yo sólo podía tratar de adivinarlo.

—Está bien, ¿qué adivinó?

—En aquel entonces, yo me estaba apartando. Control creyó conveniente excluirme, por razones que sólo comprendí más tarde.

—¿Porque había quebrantado las reglas?

—Eran sus reglas, y yo las transgredí. Me consideraba demasiado comprometido emocionalmente.

—¿Y lo estaba?

—Estaba enamorado de ella. El amor nubla el juicio, ¿no es cierto?

—La variedad humana, tal vez sí —replicó Abramov—. Pero no el amor a una causa.

—Usted sabe de eso más que yo.

—¿Y qué sentía ella por usted?

Era una pregunta que Hillsden no quería contestar.

—Tal vez reservaba su verdadero amor para una causa. Como usted ha dicho.

—¿Y aceptó usted la decisión de Control?

—No tenía alternativa, aunque en aquel momento no lo comprendiese.

—¿Sospechó que Jock tenía algo que ver con la decisión?

—No directamente. Pero él dirigía localmente la función. Es de presumir que, como yo, tuviese que acatar la decisión de Control.

—¿Cuál era su relación con él?

—Yo pensaba que era bueno en su trabajo, abnegado, duro, profesional, carente de ilusiones. Siempre lo consideré como un luchador callejero, un hombre que me convenía tener de mi parte. ¿Mi relación con él? Lo más íntima que él permitía que fuese. Nunca dejaba que alguien se le acercase de veras. Era su método de supervivencia..., aunque no sobrevivió.

—¿Le sorprendió su muerte?

—No me sorprendió. A nosotros nunca nos sorprende que nuestro oficio tenga peligros fatales, ¿verdad? Es parte de la letra menuda del contrato. No, sorpresa sería una palabra inexacta. Me pregunté quién le traicionó; hubiese deseado otra muerte para él.

—¿Qué diría usted si yo le revelase que su amante realizó esta acción?

—¿Me lo está diciendo?

—Soy yo quien hace las preguntas.

—Si lo hizo, y necesitaría alguna prueba para creerlo, me imagino que ustedes no le dieron alternativa. Dijese ella lo que dijera, sé que no lo hizo voluntariamente.

—¿Por qué está sudando?

—Aquí hace calor —dijo Hillsden, mirándole fijamente a los ojos.

—Hábleme de la relación de Jock con ella. ¿Diría usted que era muy íntima?

—No eran amantes, si es eso lo que trata de sugerir.

—No era esa mi intención, pero sí visiblemente la de usted.

—Era un esfuerzo de equipo —dijo Hillsden, irritado contra sí mismo por dejar que Abramov le turbase—. Yo fui siempre el último del equipo. Ya se lo he dicho: ella dependió ante todo de Dinnsbury. Éste fue quien la ascendió, aunque Jock insistió en que la destinase a Austria. Yo sólo entré más tarde en el juego. Después, cuando Dinnsbury se retiró, Control tomó el mando.

—Entonces, ¿quiere hacerme creer que no tenía conocimiento de lo que hacían ella y Jock?

—Sabía que ambos contribuyeron a romper la red de Munich, pero estoy seguro de que usted ya sabe todo eso.

—No decida lo que sé o lo que dejo de saber. No trate de anticiparse a mis preguntas. Limítese a contestarlas. —El humo del tabaco flotaba entre los dos, espeso

y acre—. Hoy no lo está haciendo muy bien. Por alguna razón, no colabora tanto como de costumbre. ¿Por qué?

—Lo hago lo mejor que puedo.

—Continuemos con el amor de su vida. Cuando ella fue aprehendida, ¿de quién sospechó que la había traicionado?

—Estaba a oscuras como todos los demás. Lo único que Londres sabía era que toda la red se había perdido sin remedio. Siempre existía la posibilidad de que Henze hubiese cambiado dos veces de casaca. Reflexionamos sobre esto; en aquel entonces era la explicación más racional. Pero cuando mataron a Henze, volvimos a encontrarnos como antes de empezar. Desde luego, era posible que ustedes le hubiesen conquistado de nuevo y lo mataran después, sólo para despistarnos.

—Habríamos podido hacerlo, sí. Es una teoría interesante.

Hillsden detectó un ligerísimo cambio de expresión en la cara de Abramov; era un matiz, no más que eso, pero por primera vez desde que habían empezado los interrogatorios tuvo la impresión de que había tocado el botón acertado.

—Cuando murió Jock, se desvaneció nuestra última posibilidad de descubrir lo sucedido. Ustedes hicieron tabla rasa. De lo único que estábamos seguros era de que Caroline había sido apresada poco después de llegar a Berlín, por lo que debieron tener una información anticipada. La rapidez con que ocurrió aquello demostraba que la estaban esperando. Ella era demasiado inteligente para dejarse pillar desprevenida. Por consiguiente, ¿quién les dio el chivatazo? Supongo que ahora puede decírmelo. Todo es agua pasada.

Abramov apagó el cigarro.

—Ya llegaremos a eso a su debido tiempo —dijo, poniéndose de pie y dando por terminada la sesión.

Había muchas cosas que Hillsden no comprendía. Su interrogatorio no seguía ninguna pauta normal. Una creciente sensación de inquietud se filtró en sus venas como la humedad en una pared. Durante la última sesión, la actitud de Abramov se endureció a todas luces, y Hillsden trató de encontrar alguna explicación plausible al cambio, pero no pudo descubrir un solo factor. A pesar de las largas horas que pasaron juntos, no estaba más cerca de descubrir las verdaderas intenciones de aquel hombre. Desde el principio, el hecho de que fuese interrogado por el GRU y no por el Centro de Moscú seguía siendo un misterio. Siempre había presumido que la KGB había sido responsable de la destrucción de Caroline; sin embargo, ahora tenía sus dudas. Sería un error menospreciar el recelo y la hostilidad que existían entre las dos organizaciones complementarias pero rivales. Siempre existió una lucha incesante por el poder entre los militares y el Politburó, con la KGB en medio: el Hermano Mayor sin perder de vista al Hermano Mayor, pagando cuentas viejas, alimentando la acidez de odios pasados.

La cuestión vital era decidir hasta qué punto le traicionó Control. Estaba casi convencido de que Abramov sabía solamente una parte de la historia. Si él estaba en lo cierto, si Control era dirigido por la KGB y no por el GRU, tardaría mucho en explicarse el plan del interrogatorio de Abramov.

Por otra parte... «Vuelve atrás —pensó—, pues algo has pasado por alto. Avanza paso a paso. Anota la secuencia de los acontecimientos.

»Primero: Evidentemente, Control me utilizó para protegerse. ¿Y a los otros? Sí, probablemente sí.

»Sin embargo... (cláusula adicional). ¿No habría sido más sencillo eliminarme en el acto, como se hizo con Glanville?

»Segundo: Pero no lo hizo. ¿Por qué? La oportunidad era clara. Sin embargo, se tomó el trabajo de inventar una complicada escena de deserción.

»A menos..., a menos que decidiese que mi eliminación en casa sería demasiado peligrosa. Ciertamente habría impulsado a otros a tomar el asunto donde yo lo hubiese dejado. Wadders, por ejemplo.

»Tercero: Todo empezó con mi visita a Glanville. Hasta entonces, Control se había comportado normalmente conmigo, aunque se mostrase ambivalente con respecto a Caroline, ansioso de echar tierra sobre el asunto.

»Cuarto: Hay algo que no vi en lo de Glanville. O que interpreté mal.

»Pero... Control no podía estar seguro de que lo hubiese pasado por alto. Por consiguiente...

»Quinto: No queriendo arriesgarse, actuó bajo la presunción de que yo lo sabía.

»Sexto: ¿Cuál era la mejor manera de desarmarme? Asesinar a Caroline. Buena psicología. Jugar con mi conocida relación. Sabía que yo no podría resistir la posibilidad de vengarla. Y tenía razón, fui como un juguete en sus manos, sin sospechar nada. Puso en movimiento el engranaje para librarse de mí de una vez para siempre. Y al mismo tiempo...

»Séptimo: Si su plan tenía éxito, sería seguro que yo quedaría desacreditado. Ocurriera lo que ocurriese en el futuro, mi palabra no contaría para nada. Él estaría seguro. Muy astuto. Diabólicamente astuto.

»Octavo: La primera parte del plan funciona perfectamente. Entonces, para asegurarse doblemente y cortarme todo camino para escapar, Belfrage es eliminado y yo me convierto en el primer sospechoso; me veo metido en un saco cosido y lastrado, para que no pueda volver a emerger jamás.

»Lo cual me trae de nuevo a Abramov. ¿Cuánto sabe o sospecha él de todo esto? ¿Algo, nada, todo? Hasta ahora no me ha dado indicaciones de que sabe que Control lo urdió todo. Lo cual significa que, o ignora de veras que Control es una criatura del Centro de Moscú, no de él, o está jugando conmigo, dándome una falsa sensación de seguridad».

Durante este silencioso monólogo, anduvo de un lado a otro por la celda, para ejercitar los músculos al mismo tiempo que el cerebro. Su razón estaba en su tensión

más alta, y no podía estar tranquilo.

Las sesiones siguientes tomaron una forma diferente. Abramov abandonó las cosas concretas; hizo girar la discusión sobre actitudes morales y políticas en términos generales. Hillsden comprendió que ahora, más que nunca, necesitaba estar alerta. En tales circunstancias, las discusiones filosóficas eran sospechosas.

—¿Está usted de acuerdo en que la vida sólo tiene importancia cuando es peligrosa? —preguntó Abramov en un momento dado.

—¿No es el peligro siempre relativo? La llamada normalidad suburbana segura hierve debajo de la superficie. Hay peligro si se deja de estar al corriente en las compras a plazos, si rebajamos la cuestión a un nivel mundano. Hay peligro al cruzar las calles, al acostarse sin cerrar la puerta; incluso hay peligro si se fuman demasiados cigarros.

—Comprendo lo que quiere decir, pero ahora estamos hablando del misterio último de la personalidad humana: los enigmas del dolor y el sufrimiento, del bien y el mal, de la vida misma y la muerte. Éstos son los problemas más grandes.

—*Crimen y Castigo*, dicho en otras palabras.

—Es usted muy culto, Alec.

—Oh, sí. Conozco bien los clásicos rusos.

—Me encanta saberlo pero, de momento, limitémonos a la cuestión de *nuestros* peligros, los peligros con los que hemos resuelto vivir. Los oscuros procesos de este estilo de vida exigen que prescindamos de nuestra verdadera personalidad y enterremos la conciencia. Vivir siempre con la idea de que podemos enfrentarnos a la alternativa de matar o que nos maten. El mismo proceso que le trajo a usted aquí. Pero, al dar aquel paso definitivo, estoy seguro de que su vida adquirió otro significado.

—Evidentemente.

—Y nuevos peligros.

—Sí.

—Deje que se lo diga de este modo: somos más conocidos por nuestra máscara que por nuestra cara. Su máscara, por ejemplo, ¿qué me dice? ¿Denota a un hombre que aceptará de buen grado el exilio? ¿O es la máscara de alguien que todavía tiene dudas? Si se la arrancase, ¿descubriría incertidumbre?

—No puedo volver atrás, si es eso lo que quiere decir.

—No es eso exactamente lo que quiero decir. Si tuviese que elegir, ¿me negaría a mí o a Dios?

—Nunca he estado convencido de la existencia de Dios.

—Sin embargo, me han dicho que todo hombre se vuelve religioso cuando se ve con el agua al cuello —dijo Abramov, casi sonriendo—. Pero de nuevo ha eludido la pregunta.

—No puedo negar nada hasta saber qué es lo que se me pide que niegue.

—Todas sus anteriores creencias, lealtades, amistades, toda partícula de su vida pasada.

—¿No lo he hecho ya? He traicionado a aquellos con quienes trabajé, he pisoteado las creencias y renunciado a las lealtades. ¿No han sido para esto todas las últimas semanas?

—Esperemos que sí —dijo Abramov—. Por el bien de todos.

Hillsden fue dejado solo durante toda una semana. Lo consideró otro aspecto de la deliberada guerra de nervios. Era una técnica universal: prolongados interrogatorios seguidos de un período de aislamiento encaminado a producir paranoia.

La próxima vez que se abrió la puerta de la celda, Abramov le saludó con desacostumbrada simpatía, un verdadero «cuánto-me-alegro-de-volver-a-verte».

—Siento haber interrumpido nuestras sesiones regulares, pero estaba esperando instrucciones. Hay que tomar algunas decisiones sobre su futuro.

Hillsden fue acompañado fuera de la celda, pero esta vez no se dirigieron a la oficina de Abramov. En vez de eso, le llevaron al patio central del complejo del GRU. Allí estaba esperando una limusina oficial anónima.

—Le alegrará saber que va a cambiar de residencia —dijo Abramov.

—¿Qué he hecho para merecerlo?

—Es usted una pieza valiosa, una verdadera joya, ¿no es ésa la expresión que usan ustedes? Y como tal, merece consideraciones especiales. Hasta ahora ha pasado todas las pruebas con sobresaliente. Ahora tendrá su recompensa.

El empleo de las expresiones familiares propias del país era más estremecedor que tranquilizador.

Salieron a toda velocidad de Moscú, con Abramov al volante.

—¿No tiene que observar usted la ley?

—¿Qué ley?

—¿No hay una limitación de la velocidad?

—No para nosotros.

—No me estará diciendo que en Rusia hay una ley para los ricos y otra para los pobres.

—Lo que me gusta de usted, Alec, es su sentido del humor. Yo no soy rico. No existen esas divisiones en nuestra sociedad.

Viajaron durante una hora o más hasta que entraron en una zona forestal, donde grandes árboles ocultaron la luz del sol. Hillsden recordó un episodio de una película que había visto hacía mucho tiempo; casi llegó a creer que los apretados pinos y abedules escondían a una tropa de cosacos que saldría de pronto y caería sobre ellos. Se sintió como rodeado por todos los oscuros mitos de una Rusia que nunca

cambiaba, y se convenció de que éste era el último viaje que haría jamás.

Después de aproximadamente otra milla, salieron de la carretera principal y tomaron lo que era poco más que un camino de carro. Aquí el bosque era menos espeso y, al fin, después de mucho zarandeo, llegaron a una casa aislada en medio de un claro. A primera vista, Hillsden tuvo la impresión de que estaba abandonada; todo parecía descuidado, como si no hubiese ocupantes fijos y fuese solamente un escenario.

—Aquí es donde empieza su nueva vida —dijo Abramov.

Tomó una cartera del asiento de atrás.

—¿Será mi hogar permanente?

—No; sólo una residencia temporal, mientras le preparamos para la próxima etapa.

—¿Quieren engordarme antes de matarme?

—Engordarle, sí, pero no para matarle. De ahora en adelante, todo será muy diferente. Ha ingresado en la élite.

Les recibió una mujer rolliza y de mediana edad que podía pasar por el modelo original de la Madre Valerosa. Tenía cara de campesina, con unas mejillas como naranjas, pero no vestía como una lugareña, y Hillsden se sorprendió agradablemente al oír que le saludaba en aceptable inglés.

El interior de la casa estaba amueblado con piezas pesadas y antiguas, y unos pocos óleos oscuros de otro tiempo pendían de las paredes. Una estufa revestida de azulejos ocupaba el centro de la cómoda habitación principal. Parecía una decoración para una representación veraniega de *El jardín de los cerezos*.

—Un bonito cambio, ¿eh? —dijo Abramov—. Aquí se sentirá dichoso. *Madame Vyatkin* cuidará muy bien de usted.

—Tania —dijo la señora Vyatkin, como reprendiendo a Abramov—. Él me llamará Tania. ¿Toma usted vodka, *mister Hillisident*?

La mala pronunciación de su apellido le dio de nuevo la impresión de que estaban representando una comedia. Casi esperó oír los hachazos de un leñador en el bosque.

—Sí —respondió—. Un poco de vodka me vendría muy bien.

Ella trajo una botella y vasos.

—Yo preparo la comida. Cuando haya bebido y tenga hambre, comer muy bien, *mister Hillisident*.

Esta vez Abramov la corrigió:

—Hillsden.

—¿No es lo que he dicho?

Le miró echando chispas por los ojos antes de retirarse.

Abramov sirvió el vodka.

—Bebamos por su sabia elección.

El vodka era excelente y, después de la larga abstinencia, Hillsden sintió inmediatamente el impacto. Empezó a sudar al llegar el alcohol a su estómago.

Abramov abrió la cartera y sacó un fajo de papeles.

—Mientras descansa aquí y se pone en buena forma física, quiero que estudie y se aprenda esto.

Le tendió los papeles.

—¿Qué son?

—Algo que hemos preparado para su primera aparición en público.

Hillsden miró la primera hoja escrita a máquina. Le bastó leer unas pocas líneas para darse cuenta de lo que el otro le había dado.

—¿Tengo que aprenderme esto? ¿Para qué?

—Para la conferencia de prensa que dará a su debido tiempo. Como ya le he dicho, es usted muy valioso. Queremos mostrar lo orgullosos que estamos de usted, y siempre es mejor ensayar estos actos, ¿no le parece? De esta manera evitamos posibles errores o malas interpretaciones. Fue traído aquí para que tuviera paz y tranquilidad antes del acontecimiento. Encontrará ropa nueva en su habitación. Tania es una excelente cocinera y una mujer de fiar. Cuidará muy bien de usted.

—¿Quiere decir que tengo que repetir esto palabra por palabra?

—Creo que sería lo mejor. Alguien estará aquí para ayudarle, alguien que conoce el procedimiento y será, al mismo tiempo, un agradable compañero para usted. No quisiéramos que se sintiese solo.

Abramov miró hacia detrás de él y asintió con la cabeza. Hillsden se volvió, esperando ver a Tania, pero en vez de ella, era otro hombre el que estaba en el umbral. Tardó un segundo o dos en reconocer la que había sido antaño una cara familiar, y sintió que su corazón latía más de prisa a causa de la impresión.

—Hola, Alec —dijo Calder—. Bienvenido al club.

Por segunda vez desde que salió de casa, comprendió Hillsden que lo había entendido todo mal.

—Hola, Jock —dijo.

Capítulo 34

—Cuando los muertos despertamos, ¿eh? —dijo Jock, sirviendo el vodka— ¿O crees en fantasmas?

—Ahora sí.

Por fin estaban los dos solos; únicamente los años perdidos separándoles. Abramov había vuelto a Moscú y la impresión del súbito enfrentamiento se calmó ligeramente, pero Hillsden todavía no podía comprender el verdadero significado de la reaparición de Jock. Éste había envejecido poco, aunque el elegante traje occidental no podía disimular del todo la panza incipiente. Su voz era más gruesa y sólo ocasionalmente delataba los orígenes de Jock.

—No te he traído flores —dijo Jock, levantando su vaso—, ya que me dijeron que estabas en chirona, pero no he venido con las manos vacías. En mi privilegiada posición, que pronto será la tuya, se me permite tener periódicos ingleses. El viejo y buen *Sun*, adornado con un admirable par de tetas en la página tres, sólo para que sepas que nada ha cambiado desde tu partida. Además, el *Guardian* y el *Telegraph*. Con una sección católica, atendiendo a todos los gustos.

Hillsden manoseó los periódicos de la misma manera que toca un ciego la manga de un amigo largo tiempo perdido.

—También te he traído algunos cigarrillos ingleses. Los de fabricación rusa acabarían contigo. Son verdaderos clavos de ataúd. Probablemente porque no tienen un servicio oficial de sanidad que ponga notas en los paquetes.

—Eres la perfecta Caperucita Roja, ¿eh?

—Con qué rapidez has penetrado mi disfraz. Me alegro de verte de nuevo, Alec. ¿Por qué brindaremos? ¿Por los malos tiempos de antaño o por los mejores que vendrán?

—Por lo que creas más adecuado.

Había algo en la actitud de Jock que sonaba a falso, y Hillsden pensó que, por alguna razón, estaba nervioso. Esto era impropio del viejo Jock, que siempre había hecho gala de unos modales de lo-toma-o-lo-deja.

—Tenemos mucho de que hablar, muchas cosas que hacer, para ponerte al día.

—Sí.

—¿Te han tratado bien hasta ahora?

—Supongo que mejor que a la mayoría. Aunque no tengo ningún punto de comparación.

—¿Cómo estaban las cosas en la empresa cuando te marchaste? ¿Tenían una buena lista de vinos este año?

«*Está nervioso* —pensó Hillsden—. Ansioso de hacerme saber que está al tanto de todo». Eran como dos perros viejos dando vueltas uno alrededor del otro en un callejón, queriendo ambos marcar su territorio.

—Desde luego, he seguido la historia de Glanville. Un fastidioso y viejo maricón.

Nunca me gustó tenerlo a nuestro servicio. Pero, como de costumbre, mis consejos fueron desoídos. Nunca se puede estar seguro de los maricas. ¿Reaccionarán como hombres o como mujeres? Y hablando de mujeres, ¿qué se sabe de Caroline?

Se volvió para llenar de nuevo su vaso al mencionar el nombre.

—Murió. Yo fui a su entierro.

—¿Murió? —Sus ojos no miraron a los de Hillsden al volverse—. Los periódicos no dijeron nada.

—No. Alguien manejó todos los resortes para impedirlo. Fue asesinada; a diferencia de ti, su muerte no fue un bulo.

—Pero ¿quién podía querer asesinar a Caroline...?

La pregunta quedó sin terminar.

—¿Ibas a decir «tanto tiempo después del suceso»?

—Pues, sí. Fue canjeada hace años. Me imaginaba que vivía retirada en alguna casita junto al mar. Era lo que siempre había soñado.

—Sí, es verdad. Pero cuando se realizó el canje, estaba muy mal de salud. Pasó su retiro, si podemos llamarlo así, atada a una silla de ruedas.

—No me estás tomando el pelo, ¿verdad, amigo?

—Supongo que ninguno de los dos estamos aquí para bromas.

—¿Y es seguro que fue asesinada?

—Sí, a menos que hubiese conseguido de algún modo quitarse ella misma la vida cuando su mente estaba totalmente desequilibrada. Le pusieron una inyección de DS7, ese analgésico seguro y definitivo.

—¡Jesús! Así, los únicos que quedamos de la vieja red somos nosotros.

—Así parece, aunque hasta hace poco pensé que yo era el único superviviente. Tendrás que informarme de algunas cosas que no sé.

—Cierto, y más tarde volveremos sobre esto, pero todavía no puedo comprender lo que acabas de decir. —Su asombro parecía bastante sincero—. ¿Dónde ocurrió?

—En un sanatorio particular, uno de esos lugares a los que llaman la sala de espera de Dios. Era como un vegetal, no quedaba nada de ella cuando la dejaron volver a casa. Quien cuidó de ella hizo un trabajo completo.

—¿Tú la viste?

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Por qué?

—Ojalá lo supiese ahora —dijo pausadamente Hillsden—. En aquella época, tenía mis razones. Supongo, en definitiva, que todos traicionamos a aquellos a quienes amamos.

En aquel momento entró Tania en la habitación y anunció que la comida estaba servida. Entraron en un comedor y se sentaron en los extremos opuestos de una mesa grande. Aunque era la primera comida aceptable que le servían en varias semanas,

Hillsden no tenía apetito.

—Antes de que sigamos recordando cosas pasadas —dijo Jock—, supongo que sabes cuál es la razón principal de que yo esté aquí. Tengo que instruirte, ponerte al corriente de todo, hacer que te aclimates. Van a darte un tratamiento especial. Vas a salir en la televisión. Un número para ti solo.

—¿Tan importante soy?

—Ellos creen que sí, y quieren adelantarse al Centro de Moscú. A fin de cuentas, encargaron de tu caso a Abramov. Es uno de sus astros en auge. La nueva raza. Te matan con amabilidad.

—¿Quieres decir que debo considerarme afortunado? Pero ¿por qué el GRU y no el Centro en primer lugar?

—Sí, también yo me pregunté eso. ¿Quién sabe, amigo mío? La razón de que nada funcione en este país es porque nunca dejan que la mano izquierda sepa lo que está haciendo la derecha. Pero las cosas están cambiando. Tienen que cambiar. Se necesitará tiempo para librarse del resto de la vieja pandilla, de todos los fósiles que se apoyan en la tumba de Lenin durante el desfile del Primero de Mayo, como muñecos en una caseta de tiro al blanco. Bueno, cada día son menos, pero el proceso es lento. En los últimos años hemos enterrado a tres; Dios está haciendo algo a derechas.

—¿Cómo puedes decir cosas como ésa?

—Amigo mío, esto no es como tú piensas. Has ingresado en la élite.

—Philby fue el primero en decir eso. ¿Le ves alguna vez?

—¡Dios mío, no! No es mi predilecto. Tropecé con él una vez en la ópera. Los otros dos fueron derribados, pero eso ya lo sabes. En todo caso, yo no vivo aquí. ¿Lo habías pensado? Mi trato fue algo diferente. Olvidas que estoy muerto. Ellos decidieron que les era más útil estando muerto; por consiguiente, me devolvieron al otro mundo.

—Comprendo.

—Sé que esto debe ser una sorpresa para ti, pero tú eras la última persona que esperaba que se pasara a nuestro bando. A la larga no lo lamentarás, y escogiste el momento más oportuno. Todo está tocando a su fin en nuestro país; sólo es cuestión de tiempo. La situación es mala y todavía va a serlo más, te doy mi palabra.

—Siempre acepté tu palabra, Jock.

—Créeme, éste es el único juego que vale la pena. ¿Se reunirá más tarde tu esposa contigo?

—Aquello terminó hace mucho tiempo, cuando estuve en Austria.

—Bueno, cuando te hayas organizado tendremos que celebrar una fiesta. El hombre no puede vivir solamente de la deserción. Hay dos cosas que la revolución no abolió: un poco de lo que te gusta —llenó de nuevo su vaso con la botella de Tokay que les habían traído— y un poco de lo que te gusta. A mí todavía me gustan ambas cosas. —Engulló el vino de la misma manera que había apurado el vodka, y Hillsden

advirtió que las venitas superficiales de sus mejillas habían enrojecido gradualmente —. El cambio de escenario no ha cambiado nada de esto.

—Cuéntame lo demás.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Tú eres el que murió, empecemos con tu muerte en el agua.

—¿Te gustó ese detalle? Lo del lago fue idea mía. Buscaron un cadáver y lo vistieron con mi ropa, justo como el hombre que nunca fue..., ¿recuerdas este ardid de tiempo de guerra? Me han dicho que estoy enterrado en el Cementerio Central de Viena y que incluso tengo una lápida ofrecida por el Consejo Británico. Un día pensé visitar mi tumba y llevar flores, pero después me repensé. Habría sido una buena escena en una película de Hitchcock. Es casi lo único que echo en falta en Suiza: allí, todas las películas tienen cien años cuando las vemos.

El habla de Jock era precipitada y ligeramente confusa. «Antes me equivoqué — pensó Hillsden—. No es solamente nerviosismo; en realidad, quiere hablar. Le interesa más contar su propia historia que escuchar la mía».

—¿Vives en Suiza?

—Sí, ¿no te lo había dicho? Naturalmente, no desde el principio. Al principio me trajeron aquí, como a ti. Vía Berlín del Este. ¿No comes?

—No tengo hambre.

—Ellos quieren que tengas buen aspecto en la televisión.

—Prosigue; estoy fascinado. ¿Por qué decidieron matarte? Tuvo que haber una razón muy especial.

—La razón, querido Horacio, está en nuestra estrella, si la cita es correcta. Yo nunca tuve tus profundos conocimientos literarios, ¿eh?

—Comprendo el sentido.

—Todo empezó con uno de esos irremediabilmente complicados argumentos que se inventa Londres de vez en cuando. Estoy convencido de que emplean un tablero Ouija. Control solamente llevaba unos meses en el trono después de la partida de Gunga, y supongo que quiso apuntarse un tanto. La idea fue que Caroline desertase al llegar a Berlín. Sería reclutada por Henze. Se tenía la impresión de que el Centro de Moscú sospechaba que Henze había cambiado de casaca, y esto sería para él como un certificado de buena conducta. Entonces, cuando ella desertara, tenía que descubrir la identidad del «supertopo» en nuestro país.

—Cierto, ellos creían todavía entonces en la existencia de Henze, ¿verdad? —dijo suavemente Hillsden—. Pero sigamos con Caroline. ¿Cuánto sabías tú de eso?

—Todo. Es decir, todo lo que podía saber desde Londres.

—¿Y lo aceptaste?

—No; les dije que era una mala idea, pero no me hicieron caso. Y ésa fue la verdadera razón de que Control no te dejase ir con ella. Conocía vuestra relación y pensó que tú la harías desistir.

—Tenía razón. Lo habría hecho, si lo hubiese sabido.

—Por consiguiente, te enviaron a casa y Caroline hizo lo que le habían ordenado. ¿No salió nada de esto a relucir más tarde?

—Ni una palabra.

—No me sorprende. Nadie quería pagar el pato. ¿Y qué es otro agente entre amigos? Todo fue mal desde el principio. Henze fue muerto poco después de llegar Caroline allí. Ella consiguió establecer contacto, pero no había tiempo para seguir con el resto del plan. Trató de hacerlo sola; ya sabes lo terca que era. Y para Caroline no era simplemente un trabajo, sino una venganza personal. La pillaron pocos días después de palmarla Henze.

Jock miró su vaso de vino. Hillsden no le miró.

—¿Y tú? —dijo, rompiendo el silencio.

—Me capturaron en Viena, aproximadamente un mes más tarde. Y como tal vez sospechas, nunca tuve madera de héroe, amigo mío. Los barrios bajos de Glasgow no te preparan para este papel en la vida. En todo caso, ya no hay héroes en nuestros días; solamente primos. Al diablo con todo, pensé, ¿por qué he de ser un primo? Toda la maldita red se había esfumado. Londres no iba a sacarme del atolladero. No había manera. Ellos nunca me canjearían; tendría demasiado que contar si volvía a casa. Por consiguiente, hice mi propio trato y acepté las condiciones que me ofrecían. Moriría para el público y, después de un intervalo, me emplearían de un modo diferente. Todo salió bien. La paga es buena, vivo bien, no requieren a menudo mis servicios; soy un respetable ciudadano suizo.

Apuró el resto del vino.

—¿Volviste a ver a Caroline?

—No.

—¿No te inquietaste cuando la canjearon?

Jock apartó el vaso vacío de sus labios.

—¿Por qué había de inquietarme?

—Dijiste que no tenías idea de que, al devolverla, era como un vegetal. Con todo lo que sabía, habría podido convertirte en un ciudadano nada respetable.

Jock sacudió violentamente la cabeza. Ahora tenía abultadas las venas de las mejillas.

—Ellos no trabajan así, amigo. Si le dijeron algo, debió ser que yo había muerto.

—¿Con quién hiciste los tratos? ¿Con el Centro o con la pandilla de Abramov?

Antes de que Jock pudiese responder, fueron interrumpidos por Tania. Ésta miró el plato de Hillsden.

—¿No le gusta mi cocina, *mister* Hillisdent?

—Es magnífica, pero no tengo apetito.

La respuesta no la convenció. Mientras levantaba la mesa, dijo, apretando los dientes:

—Usted no comer, yo tener problemas.

—Comeré mañana.

—La has hecho quedar mal —dijo Jock, cuando ella salió—. Nunca les hagas quedar mal, viejo. Es la regla número uno. Lo aprendí muy pronto.

—Trataré de recordarlo.

—Escucha, aquí estás como en tu casa. Pórtate bien en la conferencia de prensa y te tratarán como a un rey. Bueno, estoy encantado de verte de nuevo. Como en los viejos tiempos.

—Casi —dijo Hillsden, pensando en el momento en que le enfocarían las cámaras.

Capítulo 35

La ensayada conferencia de prensa fue hábilmente presentada. El reportaje televisado, traducido simultáneamente a una docena de idiomas, fue transmitido por satélite y observado con gran atención en Europa Occidental y en los Estados Unidos. Hillsden apareció tranquilo y en buen estado de salud, y expuso las razones de su deserción sin vacilar un momento. Los observadores adiestrados no pudieron ver señales de que estuviese drogado u obligado a confesar por otros medios. Su declaración, como era de prever, estuvo entrelazada con acusaciones de las intenciones agresivas de Occidente y la amenaza que representaba para la paz mundial. Reconoció que fue miembro activo del MI-6 y que había llevado a cabo operaciones subversivas, que ahora lamentaba, contra la URSS. Siguió diciendo que su decisión de desertar se debía a su gradual alienación del materialismo bélico de Occidente y su apreciación de los méritos del sistema soviético. Manifestó que había pedido, y le había sido concedido, asilo político, y que tenía la intención de pedir la nacionalidad soviética.

Whitehall se esforzó en reducir la importancia de Hillsden, haciendo saber que, durante muchos años, había actuado en operaciones no muy secretas referentes a la seguridad interior. Se insistió en el hecho de que se había ordenado su captura en relación con el asesinato de *sir* Charles Belfrage, de que tenía antecedentes penales a partir del momento en que había sido cesado por los servicios de seguridad, y de que había recibido tratamiento psiquiátrico. Por mor de las apariencias, más que por otra cosa, se pidió formalmente la extradición a las autoridades soviéticas, por estar acusado de asesinato, y nadie del gobierno se sorprendió de que la petición fuese desechada. A modo de represalia, seis miembros de la embajada soviética en Londres fueron desposeídos de sus prerrogativas diplomáticas y requeridos para abandonar el país en el término de cuarenta y ocho horas. Y con esto se dejó, oficialmente, que el caso de Alec Hillsden muriese de muerte natural.

Oficiosamente, fue mantenido vivo durante unas pocas semanas en Fleet Street, siendo la ex esposa de Hillsden la principal beneficiaria. La desaparición y subsiguiente reaparición de su marido en Moscú le había dado lo que siempre había ambicionado en secreto: la sensación de ser alguien especial. Después de la impresión inicial, descubrió que había ventajas materiales en su cambio de posición. En una subasta organizada por su abogado, uno de los periódicos sensacionalistas del domingo adquirió los derechos de publicación de su historia y le pagó por ello una suma de cinco cifras. Esta historia, ampulosamente exagerada, fue reflejada en un folletín en cuatro partes bajo el título general de UN traidor compartió Mi cama. Como siempre, la combinación de sexo y traición resultó ser una buena propaganda. Margot compró un álbum y archivó cuidadosamente todos los recortes; en un período de tiempo notablemente breve había llegado a creer todo lo que se escribía de ella. El botín le permitió desmandarse en sus pedidos por correspondencia. Adquirió una

colección de pájaros de porcelana, las obras completas de Dickens encuadernadas en cuero de imitación, un reloj de pie con las campanadas de Westminster y una lujosa cocina hecha a la medida para su nuevo apartamento que, por desgracia, resultó no ser a la medida ni lujoso.

La fama, aunque sea de la variedad más vulgar, crea adicción, y cuando el interés por el caso Hillsden fue reemplazado en primera plana por otra maravilla efímera, Margot experimentó síntomas de abandono. Por primera vez, desde los primeros días de su matrimonio, empezó a frecuentar *pubs*, y fue en uno de Mayfair que conoció, y al poco tiempo tomó por amante, a un hombre mucho más joven que ella, que dijo ser piloto de British Airways. En realidad, trabajaba de chófer en una empresa de alquiler de coches, estaba casado, tenía tres hijos y sólo había viajado en avión en vuelo charter para unas vacaciones en la Costa Brava. Sin embargo, Margot no sospechó de su ficticia historia durante el tiempo en que el matrimonio de él tenía preferencia, y sus proezas en la cama dieron nuevo aliciente a su vida. Nunca se le ocurrió pensar que cambió una forma de traición por una variedad más común y el recuerdo de Hillsden se desvaneció rápidamente.

En cambio Pamela, para su sorpresa, pensaba mucho en Hillsden. Después del asesinato de Belfrage, salió del país por una temporada, y permaneció en el extranjero hasta que Gunther le hizo saber que podía volver sin peligro. Aun así, decidió que sería una imprudencia vivir de nuevo juntos, y se trasladaron a barrios diferentes de Londres, encontrándose solamente en restaurantes muy concurridos y frecuentados por jóvenes.

Esa noche particular le estaba esperando en el lugar de sus últimas citas, una pequeña *trattoria* cerca de Knightsbridge, donde servían una regular comida italiana a precios exorbitantes a los bastante esnobs para frecuentarla. Él se retrasó como de costumbre y, al sentarse para esperarlo y observar las caras enrojecidas de los que se apretujaban en las mesas contiguas, no pudo por menos que pensar en lo adecuada que sería una bomba para aquella pandilla de idiotas. Pidió un primer plato para congraciarse con el camarero igualmente esnob y, después, pasó el tiempo revolviendo el contenido de su bolso. Miró fijamente la cajita redonda de plástico que contenía sus píldoras anticonceptivas y trató de recordar si había tomado una aquella mañana. Era algo que nunca cambiaba; fuesen cuales fuesen las circunstancias, las mujeres no escapaban nunca a su destino físico.

El grupo de la mesa contigua se alborotó de pronto al derramar una muchacha histérica un vaso de Coke sobre su blusa estampada Laura Ashley. Uno de los jóvenes de aquella mesa captó la mirada de Pamela y sonrió maliciosamente.

—Él ya no va a venir, encanto, ¿por qué no te reúnes con nosotros?

«Sonríe, sigue la corriente a ese majadero».

—Estoy acostumbrada a esperar. Gracias de todos modos.

—Yo no sería capaz de dejarte sentada ahí a solas.

«Ni tendrías oportunidad de hacer lo contrario», pensó ella, sonriendo todavía y

aborreciendo a Gunther por exponerla a esta situación. En la calle, una unidad del Cuerpo de Bomberos pasó a velocidad suicida, haciendo sonar la sirena.

Volvió a pensar en Hillsden, recordando el cruce del Canal y cómo habían hecho el amor. Se preguntó cómo sería la vida en el exilio y si llegaría un día en que tendría que salir ella para siempre de Inglaterra. Hillsden lo había hecho; había cruzado el Rubicón. Recordó la cicatriz en su cuerpo, y la intensidad del recuerdo la sorprendió y la inquietó. El hechizo se rompió cuando el mismo joven se echó atrás en su silla y acercó su excitada cara a la de ella.

—Si yo estuviese en tu lugar, encanto, le daría la patada. ¿Seguro que no quieres reunirme conmigo? Pareces tan abandonada sentada sola ahí...

Ella lo miró inexpresivamente, dejándolo cortado, imaginándose que apretaba el gatillo sin vacilar y que el cuerpo destrozado saltaba de la silla y la estúpida sonrisa se desvanecía de una vez para siempre.

A menos de una milla de Pamela, el coche del primer ministro y la escolta de policía salieron del patio del palacio de Buckingham. El primer ministro acababa de terminar una larga audiencia con el monarca, la tercera que había tenido que celebrar aquella semana. Esa noche sólo pudo dar malas noticias. Durante el breve trayecto desde Downing Street hasta el palacio, decidió que era su deber informar al monarca de que el país estaba en peligro de convertirse en ingobernable a menos que se tomasen medidas más draconianas. Las fuerzas de policía se habían extendido tanto en sus esfuerzos de contener la creciente violencia industrial que se habían acercado al punto de ruptura. Sólo quedaba una alternativa y era sacar las fuerzas armadas a la calle y declarar un estado de emergencia. Había aprendido que poco podía ganar si se andaba con rodeos; el rey prefería, y ciertamente pedía, que se hablase claro. Después de exponer aquellos hechos sombríos, el monarca le había preguntado si consideraría la posibilidad de formar y presidir un gobierno de coalición. Él había respondido, sinceramente, que había considerado esta medida y que no la rechazaba pero, durante la discusión que siguió, confesó que no podía dar seguridades de ser capaz de arrastrar con él a la mayoría del Partido.

—De momento cuento con el apoyo de toda la Cámara, pero no puedo ocultar a Su Majestad, aunque lamente tener que confesarlo, que ciertos elementos de mi propio partido se oponen ya violentamente a las medidas tomadas hasta ahora. Ignoro cómo reaccionarán en los días venideros. Me aflige decir esto, pero debo aceptar los hechos de la vida política.

No había mencionado a Lewisham, ni había sido apremiado para que dijese nombres. Pero no hacía falta. Lewisham era el demagogo y posible mártir voluntario que agitaba el país, zahiriendo al gobierno con sus acciones, encendiendo las mechas de nuevos descontentos, acaparando los titulares de los periódicos y haciendo que tuviera que pasar las noches sin dormir. En las últimas semanas estuvo predicando

una huelga general para conseguir las reformas que decía que eran necesarias. Sus dotes de orador subversivo eran innegables. Tenía el don de captar al público y nunca le faltaba una invectiva personal para exaltar a la chusma. Su técnica básica era mostrar la esperanza imposible en una igualdad total para todos, ocultando el gusano que roía el corazón de la manzana.

El primer ministro tenía copias de todos los discursos de Lewisham, que recibía lo antes posible, y aquella noche, al volver a Downing Street, le dieron el último, pronunciado pocas horas antes en un mitin multitudinario en el estadio de Wembley. Después de servirse una bebida generosa, se sentó a estudiar la transcripción. Contenía la diatriba acostumbrada contra el naciente Estado policíaco, y aquí no olvidaba nunca Lewisham hacer emotivas comparaciones con las dictaduras represivas de la derecha. Se refería constantemente a la policía como una fuerza paramilitar que era empleada como arma política para aplastar a la clase trabajadora. «La verdadera voz de la democracia está siendo deliberadamente acallada. La prensa de cloaca conservadora sólo publica engaños y mentiras. Pero ninguna deformación de las verdades que yo os expongo, ninguna calumnia que puedan inventar contra mí o mi familia, me harán renunciar a la gran cruzada socialista a la que sirvo, a la que siempre he servido y a la que continuaré sirviendo».

La lectura del primer ministro fue interrumpida por un destello en el teléfono rojo. Levantó el auricular. Su expresión cambió mientras escuchaba.

—¿Que está qué? ¿Que lo están diciendo ahora? Bien, bajaré inmediatamente a la oficina de prensa. Llamen al ministro del Interior y al jefe de Policía y díganles que vengan inmediatamente.

Terminó la bebida y bajó corriendo. Miembros de su personal particular le estaban esperando en la oficina de prensa, agrupados delante del aparato de televisión. La cara conocida de uno de los locutores de la BBC llenaba la pantalla.

«... Esperamos poder ponernos en comunicación con Charles Sterling, que está en el lugar del suceso», estaba diciendo.

—¿Dónde? —preguntó el primer ministro.

—En la casa de su padre.

—¡Dios mío! ¿Es allí donde ocurrió?

—Sí, señor.

Ahora apareció en la pantalla un hombre plantado en la calzada de una calle suburbana. Toda la zona estaba fuertemente iluminada. En último término podían verse las cintas blancas empleadas por la policía para cerrar los sitios donde estalló alguna bomba. Dentro de la zona cerrada había un sedán destrozado y humeante. Numerosos policías uniformados iban de un lado a otro.

Sterling levantó delante de la cámara el micrófono que llevaba en la mano y empezó su información. «Parece que el pistolero o pistoleros estaban ocultos en una casa desocupada del otro lado de la calle cuando llegó *mister* Lewisham después de hablar esta tarde en el estadio de Wembley. Había venido a visitar a su padre anciano,

que vive en esta casa, número 74 de Arcia Avenue. Los terroristas abrieron fuego con armas automáticas en el momento en que él se apeó del coche, produciéndole heridas múltiples de bala. Hace poco rato fue trasladado al Hospital General de Croydon, después de serle aplicado un tratamiento médico de urgencia mientras yacía en el pavimento. Según el oficial encargado, su condición al llegar al hospital era muy alarmante».

Sterling hizo una pausa al sofocarse su voz por las sirenas de otro coche de la policía y de un vehículo de bomberos que llegaban al lugar del suceso, y después prosiguió: «La situación es todavía confusa y hay informaciones contradictorias en cuanto al número de terroristas y a sus acciones subsiguientes. Toda la zona fue acordonada y la policía emprendió una operación de gran envergadura. Tengo entendido que intervienen tiradores de precisión. En cuanto tengamos alguna noticia adicional, volveremos a informarles. Mientras tanto, devolvemos la comunicación a nuestros estudios».

El locutor del estudio reapareció. «Como escucharon nuestros espectadores, el honorable Graham Lewisham, polémico miembro del Parlamento y hasta hace poco ministro del gabinete, ha sido víctima esta noche de un intento de asesinato. Pistoleros desconocidos le atacaron cuando llegó a la casa de su padre en Croydon. Su chófer, cuyo nombre ignoramos todavía, murió en el acto, y *mister* Lewisham recibió graves heridas. Ahora es sometido a una operación quirúrgica de urgencia, y su esposa se dirige allí para estar a su lado. Hasta ahora, nada se sabe sobre la identidad de los pistoleros, aunque es bien sabido que *mister* Lewisham había recibido muchas amenazas de muerte. Desde que dimitió del Gabinete ha criticado abiertamente al gobierno y, en particular, ha denunciado la táctica de la policía en las disputas industriales. Interrumpiremos nuestros programas regulares para darles las últimas noticias en cuanto tengamos más información. —Hizo una pausa y desvió la mirada de la cámara—. Me dicen que acabamos de recibir una película tomada en Wembley esta noche, cuando *mister* Lewisham hizo otro de los discursos provocativos que le caracterizaban».

—Bajen el volumen —dijo el primer ministro, al acercarle un teléfono uno de sus ayudantes.

—Llaman desde el hospital, señor.

—¿Cuál es la última noticia? Comprendo. ¿Cuál es el pronóstico? Comprendo. Bueno, permanezca ahí. Quiero que me lo comunique en cuanto haya alguna novedad. Y cuando llegue la señora Lewisham, póngame en comunicación con ella.

Colgó bruscamente y se volvió a los otros.

—Será mejor, Alfred, que empiece a redactar una declaración para la prensa. Dos versiones, por si acaso. Y necesitaré algo para presentar mañana en la Cámara. Que sea duro, sea cual fuere el resultado. ¡Menudo lío se ha armado!

—¿Cuáles son las noticias del hospital, señor?

—Malas. Lo hicieron trizas. Dos balas alojadas cerca del cerebro. ¿Dónde está

Tony? Tony, convoque una reunión de todo el Gabinete para mañana temprano. A todos, sin excusa, sin excepción.

Otra persona entró en la habitación.

—Primer ministro, los de la televisión están ahí fuera.

—Tendrán que esperar. De momento no voy a hacer ninguna declaración fuera de lo que ya sabemos, y eso puede hacerlo usted. Horror y repulsa por este último atentado..., conoce bien la fórmula. —Contempló la imagen de Lewisham en la pantalla—. ¡Jesús! ¡Lo que nos hacía falta! Michael, venga conmigo; quiero hablar con usted a solas.

Salió, seguido de su primer secretario particular. Al llegar a su despacho telefoneó al palacio y habló con el monarca. Después llamó a su esposa en el piso alto del N.º 10, para decirle que estaría ocupado durante la mayor parte de la noche, y le pidió que preparase café y bocadillos. Entonces, mientras esperaba la llegada de Bayldon y del jefe de policía, trató de imaginar qué otros horrores lo esperaban.

Por fin apareció Gunther, abriéndose paso hasta el sitio donde Pamela estaba todavía esperando. Su llegada fue observada con cierto disgusto por el joven de la mesa contigua.

—Hace más de una hora que estoy aquí.

—¿Ah, sí?

—No te disculparás, ¿verdad?

—Mis asuntos me llevaron más tiempo de lo que esperaba. Ven, salgamos de aquí.

—¿Qué? ¿No vamos a comer? Sólo he tomado el primer plato, para conservar la mesa.

—Lo siento. He cambiado mis planes.

—¿Qué ha ocurrido?

—No preguntes. Si quieres saberlo, escucha las noticias de última hora. Vas a llevarme al aeropuerto.

—No he traído el coche.

—¡Mierda! ¿Por qué?

—No me dijiste que lo trajese. ¿Voy a ir contigo?

—Emplea el cerebro. Claro que no. ¿Dónde está el coche?

—Donde lo dejé, delante de mi casa.

—Entonces tendremos que encontrar un taxi e ir a buscarlo. Recoge tus cosas.

Chascó los dedos para llamar al camarero, olvidándose de que la única manera de asegurarse el mal servicio en un restaurante británico es tratar a los camareros como a tales.

A pesar de que la intervención duró tres horas, Lewisham no murió en la mesa de operaciones. Dijeron a su esposa que había sobrevivido, pero que las lesiones de su

cerebro eran múltiples y le privarían de la mayor parte de sus funciones normales. La señora Lewisham se derrumbó y hubo que administrarle sedantes. El primer ministro fue informado inmediatamente y pasó el resto de la noche con el ministro del Interior y el jefe de Policía, discutiendo las medidas que sabían que serían necesarias para contener las inevitables repercusiones. En vista de la gravedad de la situación, se decidió cancelar todos los permisos en el Ejército, y así fue comunicado al Ministerio de Defensa. Se estableció una máxima alerta en todos los edificios policiales y una vigilancia intensiva en todos los puertos y aeropuertos, pero Gunther había tomado ya el último avión con destino al continente.

Capítulo 36

Como predijo Jock, Hillsden fue tratado bien después de la conferencia de prensa televisada. Le asignaron un apartamento más grande de lo corriente en Moscú y situado cerca del monasterio Novodevichy, en una zona reservada a los funcionarios privilegiados del Partido. Estaba en la quinta planta de un bloque macizo. Los muebles parecían de antes de la guerra; la clase de mesas y sillas anónimas que pudieron comprar sus padres cuando se casaron, y que sugerían una especie de triste permanencia. Era lo único que le daba cierta sensación de su vida pasada. El piso tenía una calefacción bastante buena y contenía todos los elementos básicos para una vida de soltero, incluida una pequeña biblioteca de novelas inglesas que, en circunstancias ordinarias, habría desdeñado leer, pero que ahora encontraba extrañamente reconfortantes. Como para alegrar el ambiente, Jock le regaló un canario en una antigua jaula de mimbre, y Hillsden la colocó en la única ventana que le daba una clara visión de la ciudad desconocida.

—Se llama Gromyko —dijo Jock.

—Estás chalado, Jock. Los canarios no tienen nombre.

—No estoy chalado, aunque sí ciertamente cabreado. Me mantienen aquí por alguna maldita razón que todavía no me ha sido explicada. Me han dado un apartamento como éste en la tercera planta. ¿Recuerdas aquella comedia? *The Passing of the Third Floor Back*. La vi una vez y no la entendí. Alguien me dijo después que se refería a Jesús. Yo no lo capté. Demasiado profundo para mí. No me vendría mal beber algo, si me lo ofrecieses.

—No creo que haya nada para beber.

—Tienes que organizarte, viejo. ¿No te han dado dinero?

—Sí, pero no sé dónde gastarlo.

—Tendré que llevarte a dar una vuelta, ponerte al corriente de todo. Necesitas moneda fuerte para comprar algo que valga un poco la pena. Los malditos rublos no sirven de nada. Espera aquí. Volveré, como dijo MacArthur.

Estuvo ausente durante diez minutos y volvió con una botella de Johnnie Walker, que se bebieron juntos. Terminaron la velada cantando la Canción de los Remeros de Eton y *A Long Way to Tipperary*, con forzada alegría; pero, cuando Jock volvió tambaleándose a su propio apartamento, Hillsden tuvo la impresión de que había estado en compañía de un desconocido. Tal vez, pensó, las cicatrices formadas durante toda una vida de desconfianza estaban tan arraigadas que, como los poros agrandados en el cuello de un minero de carbón, nada podía eliminarlas.

Veía poco a los otros residentes. La mujer de faenas que le destinaron venía diariamente a hacerle la cama y a limpiar el apartamento. Por su aspecto no era muy diferente de las asistentas *cockney* que trajinaban en los pasillos de Whitehall, pero no hablaba inglés (o al menos parecía no comprenderlo, aunque él no estaba seguro) y, al principio, el ruso de Hillsden no pasaba de los cumplidos elementales.

Abramov le visitó una vez y Hillsden aprovechó la oportunidad para pedirle algunos libros de texto rusos.

—Desde luego, cuidaré de eso. Si lo desea, puede tener un maestro. Quiero que se sienta cómodo, ahora que va a estar con nosotros de modo permanente. También, si desea asistir al *ballet* o a la ópera, podré arreglarlo. Tenemos lo mejor. Su amigo Calder podría acompañarle. A propósito, ¿cómo está? ¿Lo ve a menudo?

—Sí, pasamos algunos ratos juntos, pero él tiene su propia vida.

—Lo alojé aquí, en el mismo edificio, porque pensé que sería una compañía para usted. ¿Lo encuentra cambiado?

—Me imagino que los dos hemos cambiado desde que nos viéramos por última vez.

—Su súbita reaparición debió de impresionarle.

—Cierto. Cuando uno se ahoga, suele ser para siempre.

—Pero el mundo sería muy aburrido si se pudiese prever siempre lo que va a ocurrir, ¿no cree? —Abramov se acercó al canario e introdujo un dedo entre los barrotes de la jaula. El pájaro aleteó asustado, soltando plumas menudas—. Esos pájaros son estúpidos. Nacen en cautividad, pero nunca se acostumbran a ella. — Permaneció junto a la jaula, de espaldas a Hillsden—. Creo que Calder no está enamorado de Moscú. Prefiere Suiza, un país muy aburrido, según me han dicho. Desde luego, nunca ha estado en guerra.

—Recientemente, no. Hace unos siglos proporcionó la mayoría de los mercenarios al resto de Europa.

—¿De veras? Me está diciendo algo que ignoraba. Yo no podría vivir en un país semejante. Los muy ricos son obscenos. Uno lee acerca de ellos en los periódicos occidentales y se pregunta cómo tarda tanto la revolución. Pero vendrá. Nada podrá evitarlo. El sistema capitalista hace lo mismo que aquel animal africano que da vueltas y come sus propias entrañas. Entonces habrá un lugar para ustedes.

Dio unos golpecitos en el lado de la jaula y el canario se asustó de nuevo.

—Cuando se haya acostumbrado, encontrará muchas compensaciones en nuestra sociedad. Mientras tanto, si puede influir en su amigo, me prestaría un favor personal.

—Yo no soy su guardián.

—No, pero estoy seguro de que comprende lo que quiero decir. Él tiene tendencia a..., ¿cómo lo llaman ustedes?, desmarcarse.

—Desmandarse.

—Gracias. Y eso no es prudente en su posición.

—Haré un trato con usted —dijo Hillsden.

—¿En qué está pensando?

—A cambio de no perder de vista a Jock, hay ciertas lagunas en mi propia vida que quisiera llenar.

—¿Quiere decir que le gustaría tener una compañía más agradable?

—Quizás eso también, pero estaba pensando en otra cosa. Ahora que he roto

todos los antiguos lazos, estaría más tranquilo si tuviese la respuesta a ciertas preguntas. —Esperó, pero Abramov no reaccionó—. Por ejemplo, ¿por qué fue muerta Caroline, y por quién?

—¿Cree que vale la pena saberlo?

—Para mí, sí.

—Bueno, ya veremos. Lo recordaré. Todavía es pronto. No piense demasiado en el pasado. El futuro está aquí.

Como Hillsden pronto aprendió, nada se hacía rápidamente en Moscú. Transcurrieron más de dos semanas antes de que le fuesen traídos los libros de texto por una chica que presumió que tendría poco más de treinta años. Se presentó como Sonia Aleksandrov, profesora de inglés en la universidad.

—He venido para darle lecciones. ¿Sabe algo de ruso?

—En realidad, no. Lo poco que sé es malísimo.

—Bien. Empezaremos desde el principio.

—Es vergonzoso que, salvo notables excepciones, los ingleses nos preocupemos poco de aprender otros idiomas. Supongo que esto viene de los tiempos en que nos creíamos dueños del mundo. Evidentemente, habla usted muy bien mi lengua.

—Yo creo que no. ¿Querrá corregirme cuando cometa algún error?

Hillsden no se sentía sexualmente atraído por ella (era demasiado entrada en carnes para su gusto), pero tenía una personalidad agradable, era una excelente maestra y le animó en grado extremo durante las primeras lecciones. Él empezó a esperar con ilusión sus dos visitas semanales. También le ayudaba en otro sentido y, en una ocasión, ofreció llevarle a ver los museos y las galerías de arte. Era algo que había pedido a Jock, pero Calder mostraba muy poco entusiasmo por la cultura rusa, aunque fueron juntos a la ópera.

—Podrías tener algo mejor —dijo Jock durante el entreacto.

—¿Mejor que qué?

—Tu pequeña maestra.

—Es un arreglo estrictamente profesional.

—Por ahora.

—Ella no es mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo, Alec?

—Creí que lo sabías.

Hubo una pausa.

—Sólo he dicho eso por tu propio bien. No puedes vivir solo, al menos en este lugar. Te volverás loco.

—Bueno, cuando hable el ruso con fluidez, me atreveré a charlar con alguno de los talentos locales.

Jock sacudió la cabeza.

—No, aquí las cosas no funcionan así.

—Bueno, no te preocupes por eso. Me imagino que se solucionará por sí solo.

—Probablemente, ella ha sido enviada para vigilarte —siguió diciendo Jock cuando estuvieron de nuevo en el apartamento—. Deberías tener cuidado.

—Estoy seguro de ello; Abramov la eligió. Pero como lo único que hacemos es estudiar gramática rusa, creo que no va a descubrir nada nuevo acerca de mí.

—No estés tan seguro. Ellos nunca te sueltan —dijo Jock—. Ya lo verás.

—Esta noche estás muy pesimista.

—Las óperas son demasiado largas. Y todas aquellas montañas de carne, con las tetas hinchadas como palomas buchonas. —Asió la botella de *whisky*—. No te importa, ¿verdad?

—Adelante. Tú la trajiste. Estos días *estás* bastante malhumorado.

—Sí; bueno, me fastidia que me tengan aquí atado. Añoro mi casa, mis diversiones. Podría añadir que mis diversiones son mucho más jóvenes que tu profesora. En Suiza, no todo son cencerros y cantos tiroleses, ¿sabes?

—¿Por qué te retienen aquí?

—Una buena pregunta. Ellos no quieren darme la respuesta. ¿Te ha dicho él algo acerca de esto?

—¿Abramov? No. Pero tú dependes de él, ¿verdad?

—No. Recibo las instrucciones de Zurich. Desde hace años.

—Tal vez están pensando en algún trabajo especial.

—Eso podrían hacerlo sin que yo estuviese aquí. Siempre había sido así. —Hizo una mueca al tragar el *whisky*—. Creo que le echan agua antes de vendérselo. Son capaces de todo. ¿Adviertes tú alguna diferencia?

—No, realmente no. Pero no soy tan entendido en esto como tú.

—Bueno, te diré una cosa; voy a preparar una fiesta. Una fiesta magnífica. No voy a quedarme estancado aquí. El viejo equipo necesita un poco de ejercicio. ¿Querrás venir?

—Si me invitas.

—Claro que te invito. Estoy en deuda contigo. Y a fin de cuentas, soy tu mejor amigo, ¿no?

—Lo eres ahora —dijo Hillsden, desviando la mirada hacia la jaula del canario.

La fluidez en ruso de Hillsden progresaba despacio. Le resultaba difícil volver a la escuela; su concentración menguaba cuando Sonia no estaba presente. Se obligaba a escuchar los boletines de noticias de la televisión, en un esfuerzo de mejorar su limitado vocabulario, aunque su contenido, cuando lograba entenderlo, le irritaba. Parecía que sus movimientos no estaban restringidos y, armado con una guía, empezó a recorrer grandes distancias a pie, en un intento de fatigarse físicamente, pues ahora padecía insomnio por primera vez en su vida. Durante aquellas caminatas de turista se daba cuenta de que le seguían; pero, como sus paseos eran inocentes, aquello no le preocupaba. En las primeras horas de la noche, cuando le eludía el sueño, escribía a

menudo cartas a Margot que después no echaba al correo. En una de estas extrañas inversiones de la naturaleza humana, se dio cuenta de que la echaba de menos y de que ahora quería compensarla por haber hecho que su matrimonio se convirtiese en un erial.

Pero la mayoría de sus pensamientos giraban alrededor del misterio todavía no explicado de la muerte de Caroline. Con frecuencia trataba de sonsacar a Jock sobre este tema, pero sin éxito. El comportamiento de Calder se volvía más y más errático. Después de unas cuantas copas (tres parecían ser el número óptimo), surgía el resentimiento que latía debajo de la superficie. Con frecuencia se enzarzaba en monólogos vagos y lastimeros, sobre la injusticia de su actual situación, que Hillsden sólo escuchaba a medias.

—Creí que íbamos a celebrar una fiesta para animarte.

—¿Qué fiesta?

—Bueno, fuiste tú quien la sugirió.

—Es verdad. Es verdad. Ambos necesitamos animarnos. En Austria solíamos pasar muy buenos ratos, ¿eh? Los tres. Aquellos eran buenos tiempos. Pero ¿lo sabíamos entonces o solamente nos imaginamos ahora que fueron buenos tiempos?

—Lo eran, pero el pasado es como un país extranjero.

—Una idea genial. Me gusta.

—No es mía, lo lamento. Es algo que escribió Hartley.

—¿Hartley? ¿Lo conocía yo?

—L. P. Hartley, el novelista. La cita entera es: «El pasado es un país extranjero, allí hacen las cosas de un modo diferente». Es la primera frase de *The Go-Between*.

—Eres endiablidamente culto.

—Ya no. —Hillsden agitó una mano en dirección a la vieja librería—. Aparte de los clásicos rusos que me hace estudiar la buena de Sonia, me falta material. Difícilmente puedo entusiasarme relejendo literatura como *Children of the New Forest* y *The Water Babies*.

—¿Le has puesto ya los puntos a Sonia?

—No; me he resistido a hacerlo. Pensaba que tú ibas a encargarte de mi vida sexual.

—Lo haré. No lo he olvidado. ¡Pero tú eres tan terriblemente romántico! Puedo facilitarte una moza, pero no te garantizo el romance.

—¿No has estado nunca enamorado?

—Lo probé una vez. Pero no funcionó. El amor no me excita, viejo. Necesito un elemento de fantasía. Eso es lo único que me provoca. Y después, lo único que quiero es perder de vista a la moza. —Volvió boca abajo la botella vacía de *whisky*—. Otro soldado muerto. ¡Muy bien! Dime cómo las prefieres.

—Creí que conocías mi tipo.

—Recuérdamelo.

—Te acuerdas de Caroline, ¿verdad? —dijo precavidamente Hillsden.

—Claro que me acuerdo de Caroline. Es difícil olvidarla. —Se puso en pie, sin soltar la botella vacía—. Pero está muerta. Tú me lo dijiste. Tú me lo dijiste —repitió, y se dirigió a la puerta—. Yo te traeré algo. Confía en el viejo Jock. Proxeneta extraordinario en la Court of St. James y conocido alcahuete en Moscú. Recibí la Orden de Lenin, de tercera clase, por mis servicios a la humanidad. —La botella resbaló de su mano al ir a agarrar el tirador de la puerta. Al abrir ésta, gritó al largo y desolado pasillo—: ¡Despertad, prisioneros!

Y desapareció.

Capítulo 37

Celebraron otras veladas parecidas, en diferentes grados de embriaguez, pero siempre conteniéndose Hillsden, manteniéndose lo bastante sobrio para poder inducir gradualmente a Jock a revelar más acerca de sí mismo. La impresión de que había algo falso en lo que decía del pasado crecía dentro de él como los primeros bocados de arroz en el estómago de un niño hambriento. El progreso era lento pues, incluso cuando estaba ebrio, raras veces bajaba Jock la guardia, y el viejo instinto de conservación lo mantenía firme. Pero a Hillsden le sobraba ahora tiempo y cada vez se iba acercando más al centro del laberinto.

Por fin, después de numerosas insinuaciones sobre sus relaciones con la cultura subterránea de Moscú, y fiel a sus reiteradas promesas, anunció Jock que iba a celebrarse su tan cacareada fiesta.

—Creo que será en mi casa. Así no tendrán que subir las chicas muchos escalones.

—¿Vas a entrarlas de contrabando?

—Deja eso a Jock. A buen entendedor, pocas palabras bastan, viejo amigo. Eso me corresponde a mí. Esta noche cimentaremos el pacto de amistad anglo-soviético. Una magnífica oportunidad para que ensayes tus progresos en ruso. Cualquier expresión familiar que ignores sobre el sexo, yo te la diré.

El panorama entusiasmó muy poco a Hillsden pero, después de pensarlo bien, consideró que podía tener sus ventajas ocultas. Recordando su última conversación con Abramov, le pidió una entrevista, empleando el número secreto de teléfono que él le había dado, y le informó debidamente sobre la fiesta en proyecto.

—Como soy novato aquí, pensé que debía preguntarle si estas diversiones están permitidas.

—Aprecio su actitud, Alec, pero no me dice nada nuevo. Ya hemos inspeccionado a las chicas. Ambas están limpias. Había esperado que tal vez Sonia fuese de su agrado, pero, evidentemente, estaba equivocado.

—Sonia es muy agradable y una maestra excelente.

—Pero, por lo visto, es agradable pero no estimulante. Evidentemente, su amigo Calder sabe mejor que yo lo que le conviene. Hizo usted bien en consultarme. Venga a verme siempre que tenga alguna duda. Espero que le guste lo que él encontró para usted.

—No habrá olvidado su parte del acuerdo, ¿verdad?

—¡Qué insistente es, Alec! No. Pero de momento, diviértase.

Cuando Hillsden se presentó en el apartamento de Jock, encontró a éste con dos lindas muchachas, una de ellas considerablemente más joven que la otra. Jock le ofreció la mayor.

—Elegí a Inga para ti, amigo mío. Sé que preferías las mujeres maduras, pero, como eres mi invitado, puedes elegir —dijo Jock en inglés—. Si prefieres a Katia, no

me opongo. A propósito, las dos son checas y no hablan nuestra lengua; por consiguiente, usa el alemán o tu ruso de colegial. En la cama, ambas hablan un fluido francés.

El doble sentido escapó claramente a las muchachas, pero molestó a Hillsden.

—Está bien.

Saludó a Inga en alemán, pues todavía no se atrevía a probar su ruso.

—Tenemos comida y una buena provisión de refrescos —dijo Jock. Alternaba el inglés y el alemán—. Como sólo hay una *Schlafzimmer*, estoy dispuesto a cedértela. A menos que prefieras una cama redonda.

—No, quédate tú con el dormitorio.

—Bueno, vosotros podréis usarlo más tarde. La noche es joven.

Tomó algo de comida y dos botellas de vino y desapareció con Katia en la habitación.

Al quedar a solas con Inga, Hillsden llenó dos vasos de vino e inició una cortés conversación, siempre en alemán. Descubrió que Inga estudiaba en la universidad el último curso de informática. Dijo que le gustaba Moscú, pero que añoraba Praga. Hillsden le confesó que él sentía lo mismo, que añoraba Londres. Mientras decía esto, se preguntó qué le habrían dicho ya acerca de él.

—Eres el primer inglés que conozco —dijo ella.

«Si Abramov la ha instruido, lo disimula muy bien», pensó él. Siempre había pensado que Jock traería dos prostitutas, pero nada, en los modales o la manera de vestir de ella, indicaba que fuese una profesional. Como la mayoría de las rusas que había visto en la calle, llevaba poco maquillaje y su vestido era limpio pero poco elegante, ocultando más que haciendo resaltar las formas que había debajo de él.

Mientras comían, Hillsden le preguntó acerca de los ordenadores, confesando que sabía poco o nada de ellos.

—Creo que me intimidan. Difícilmente comprendo cómo funciona la televisión, y eso es mucho más complicado.

Ella lo encontró divertido. Y él, mientras trataba de mantener fluida la conversación, tenía una impresión de *déjà vu*, retrocediendo su memoria al período inmediato después de la guerra y a sus vacilantes intentos de fraternización. Recordó cuánto le había intrigado a Caroline aquella parte de su vida y, al pensar en ella, su lascivia se debilitó. Había algo aséptico en una cita a ciegas; se sintió incapaz de comportarse como exigía la situación y advirtió la creciente perplejidad de Inga ante su vacilación.

—¿Quieres que me desnude? —dijo súbitamente ella yendo al grano.

—No quiero que hagas nada en contra de tu voluntad.

Su respuesta pareció dejarla confusa.

—¿No te gusto?

—Al contrario —empezó a decir él en inglés, y después se disculpó y continuó en alemán—: No es eso. Eres una muchacha muy atractiva. Pero no debes pensar que

has venido para ser tratada como una ramera.

—¿Son todos los ingleses tan corteses?

—Todos los ingleses no se encuentran en esta situación.

—Estás muy lejos de casa, como yo. Es natural que quieras estar con alguien y, si te gusto, ¿por qué no me lo demuestras? Yo me quito la ropa y tú dejas de mostrarte cortés.

Ella se levantó y empezó a desnudarse, plegando cuidadosamente cada prenda. No había nada seductor en esta acción, pero él se sintió extrañamente conmovido por el deseo de ella de facilitarle las cosas. Cuando se desnudó, no la comparó con Caroline, sino con la muchacha que se hacía llamar Wendy cuando viajaron los dos en aquel barco. Wendy, desnuda, con su piel tersa y tostada, había sido positivamente occidental, más adecuada para una pose fotográfica perfecta que cualquiera otra que hasta entonces hubiese conocido, pero esta tranquila extranjera, que ahora se acercó a él y le besó delicadamente, era infinitamente más humana y deseable. Él correspondió a su beso. El sabor del vino permanecía en sus labios. Cuando bajó la cabeza para besar el suave hueco entre el cuello y hombro, cosa que siempre le había excitado, captó la fragancia del perfume que llevaba ella. No era penetrante como los perfumes franceses; le recordó veranos pasados, los cuencos de pétalos secos de rosa mezclados con tallos de cinamomo que conservaba su madre.

Al separarse sus labios, ella dijo algo en ruso que él no pudo comprender. Lo atrajo sobre los descoloridos almohadones del sofá de Calder y empezó a desnudarle. Cuando estuvo desnudo, se arrodilló y él se rindió al húmedo calor de su boca. El coito fue más intenso de cuantos había experimentado en muchos años; fue como si su soledad compartida en la ciudad extranjera les consumiese a los dos, como si fuesen verdaderos amantes sin esperanzas y no desconocidos que tal vez nunca volverían a encontrarse. Ella gimió y él sintió que sus uñas le arañaban la cicatriz de su espalda. Después, durante algunos minutos, él yacía aturdido, suspendido en el tiempo, estupefacto, con la muchacha temblando todavía debajo de él murmurando palabras inarticuladas, y sólo tuvo conciencia de las palpitaciones de sus corazones íntimamente juntos. Entonces debieron dormirse, pues lo primero que oyó Hillsden fue otro grito, más agudo, que no pudo situar al principio, creyendo que era parte de un sueño. Pero lo oyó de nuevo, seguido del golpe de algo que caía en la otra habitación. Esta vez despertó a Inga y ambos se incorporaron para escuchar.

—¿Qué pasa? —murmuró ella— ¿Es Katia?

—No lo sé.

Él se levantó del sofá y se dirigió a la puerta del dormitorio. Pudo oír a duras penas la voz de Jock mezclada con otro sonido, el grave gemido de alguien transido de dolor.

—¿Jock? ¿Va todo bien? ¿Sucede algo?

Inga se reunió con él y le hizo ademán de que abriese la puerta. Estaba cerrada por dentro. La golpeó.

—¡Jock! ¿Qué ocurre?

Hubo unos momentos de silencio antes de que girase la llave en la cerradura. Cuando se abrió la puerta, Jock apareció allí desnudo, impidiendo que viesen la habitación. Había sangre en su pecho y en su abdomen.

—Ha ocurrido un accidente —dijo, con voz estrepajosa.

Hillsden lo empujó a un lado. El cuerpo desnudo de la joven yacía boca abajo sobre la revuelta cama. Las sábanas estaban manchadas de sangre en diversos sitios y, debajo de la mitad inferior del cuerpo de ella, había una mancha más grande, como si hubiesen derramado allí una botella de vino.

—¡Dios mío! ¿Qué diablos le has hecho?

Se dirigió a la cama y dio cuidadosamente la vuelta a la muchacha, inclinándose para auscultar su corazón. Para su alivio, vio que todavía respiraba. Un hilillo de sangre fluía de entre sus muslos. Al volverse para mirar a Jock, tropezó con una botella de vino vacía junto a la cama. Con un creciente sentimiento de horror y de asco vio que había sangre en el cuello de la botella.

—¡Sádico loco! Casi la has matado. ¡Inga! Trae unas toallas y agua. Lo más deprisa que puedas —gritó en alemán.

Jock cayó de rodillas junto a la puerta. Hillsden se acercó a él y le dio una bofetada.

—¿Qué le has hecho?

—No quise hacerle daño. Fue un accidente. Ayúdame.

—¡Al diablo contigo! Es esa pobre niña la que necesita ayuda.

Inga volvió con un cuenco de agua y una toalla.

—Haz lo que puedas por ella.

Él volvió a la otra habitación y buscó su ropa. Mientras se ponía la camisa y los pantalones, trató de decidir lo que tenía que hacer. En cuanto se vistió corrió por el desierto pasillo hasta el apartamento contiguo y llamó a la puerta sin pensar en las consecuencias. Hubo una larga pausa antes de que la puerta se abriese. No podía ver a la persona que estaba detrás de ella.

—Telefonar, necesito telefonar, ha habido un accidente —dijo en un ruso que esperó que fuese inteligible.

La puerta se abrió más y se encontró delante de un viejo en camisa de noche.

—Por favor —insistió—. Es muy urgente. Tengo que telefonar a un médico. Una muchacha está muy enferma.

Pudo hacerse entender a duras penas. El hombre le observó, pero no dijo nada.

—¿Tiene un teléfono que pueda usar?

—*Da* —dijo al fin el hombre, apartándose a un lado y dejando entrar a Hillsden.

—¿Dónde está?

El hombre encendió una luz y le condujo a un despacho. Señaló una mesa y esperó en el umbral mientras Hillsden descolgaba el aparato. Sólo se le ocurrió llamar al número secreto de Abramov. El timbre sonó varias veces antes de que contestaran.

Algo le advirtió que hablase en inglés. Lo más concisamente que pudo, explicó lo que había sucedido.

—¿Está muerta?

—No, pero necesita urgentemente un médico.

—Quédese ahí. No hable con nadie más. Yo cuidaré de todo.

Hillsden colgó y se volvió hacia el hombre silencioso que estaba en la puerta.

—Gracias. Muchas gracias. Le estoy muy agradecido.

Sólo cuando estuvo de vuelta en el apartamento de Jock se dio cuenta de que habría podido utilizar el teléfono de éste. Inga estaba arrodillada junto a la cama. Jock estaba donde lo había dejado.

—¿Cómo está?

—Muy mal. ¿Viene un médico?

—Sí. Procura mantenerla abrigada.

Se acercó a Jock y le hizo ponerse en pie.

—¡Escucha! Estás en un grave apuro, ¿te das cuenta? Ponte alguna ropa y deja que hable yo cuando ellos lleguen. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Jock asintió con la cabeza. Hillsden le empujó a un lado, recogió la ropa de Inga en la otra habitación, volvió al dormitorio y se la tendió. Después fue a la pequeña cocina en busca de utensilios para hacer café. No tenía idea de lo que tardaría Abramov en llegar. Mientras esperaba que hirviese el agua, hizo otra visita al dormitorio, llevando su propia chaqueta para añadirla a las mantas con que Inga había envuelto a la muchacha. Deslizó una mano debajo de aquéllas para comprobar que su corazón seguía latiendo y vio que estaba temblando de los pies a la cabeza.

Jock se había vestido a medias, pero parecía incapaz de coordinar sus movimientos.

—¿Qué va a pasar? —repetía una y otra vez.

—¿Quién lo sabe? Lo único que puedes hacer es rezar para que no muera.

Le arrojó la camisa y volvió a la cocina. Jock lo siguió.

—Bebe un poco de café y trata de serenarte antes de que llegue alguien. ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Sólo quería divertirme un poco.

—¡No me vengas con ésas, pervertido bastardo! Si ésa es tu idea de la diversión, que Dios te ampare.

—¿A quién llamaste?

—A Abramov.

Jock se tambaleó y derramó el café caliente.

—¡Jesús! ¿Por qué a él?

—Porque era el único en quien pude pensar.

—¡Oh! ¿Qué voy a decirle?

—Importará poco lo que digas. Él lo verá con sus ojos.

—No te vuelvas contra mí, amigo mío. Tienes que ayudarme de alguna manera.

—¿Qué puedo hacer?

De pronto, Jock se inclinó sobre el fregadero y vomitó. Hillsden no hizo el menor esfuerzo para confortarle, observándole sin compasión. Llevó una taza de café a Inga y esperaron junto a la cama hasta que llegó Abramov. Era la primera vez que Hillsden le veía de uniforme. Le acompañaba un hombre que pensó que debía ser el médico, el cual preguntó:

—¿Dónde está?

Hillsden le indicó el dormitorio y el hombre entró en él y cerró la puerta.

—Vaya a su propio apartamento con esta chica y quédense allí —dijo Abramov a Hillsden—. No diga nada de esto a nadie. —Se volvió a Inga y repitió la advertencia en ruso—. Yo me encargaré de Calder.

—¿No podemos esperar hasta saber si ella se repondrá?

—Su presencia sería sólo un estorbo. Hagan lo que les digo.

Salieron y se dirigieron en silencio al apartamento de Hillsden. Cuando estuvieron dentro, dijo Inga:

—¿Quién era ese hombre? ¿Es de la KGB?

—Algo parecido.

Ella se echó a llorar y él la rodeó con sus brazos.

—Tengo miedo.

—Tú no has hecho nada.

—Pero estaba allí. Los dos estábamos allí. Con eso basta.

—Métete en mi cama, tienes frío y estás temblando.

—No me dejes sola.

Se deslizó vestida entre las sábanas y Hillsden se tumbó sobre la cama a su lado, acunándola y acariciándole la cabeza hasta que dejó de sollozar. En el silencio, creyó oír un coche que arrancaba en la calle. Inga se sumió gradualmente en un sueño inquieto, pero cada vez que trató él de bajar de la cama para desentumecer el cuerpo, ella lo agarró con fuerza.

A la mañana siguiente hizo que Inga desayunase antes de salir para ir a la universidad, pero los horrores de la noche anterior les convirtió de nuevo en dos extraños. Ella apenas habló.

—¿Dónde puedo comunicarme contigo si tengo alguna noticia?

—Ya oíste lo que dijo él. Es mejor que no volvamos a vernos. Dios mediante, Katia se pondrá bien y ambas regresaremos a Praga.

—Lamento lo ocurrido, pero no haberte conocido. Recordarás a tu primer inglés por la peor de las razones, ¿eh? —Trató de darle un beso de despedida, pero ella apartó la cara—. Cuida de ti —dijo tristemente.

—Poco puedo hacer, ¿verdad? —fueron las últimas palabras de ella, y él sintió un escalofrío.

Aquel mismo día, más tarde, al no haber sabido nada, decidió prescindir de la advertencia de Abramov y bajó al apartamento de Jock. Llamó a la puerta, pero no hubo respuesta. Mientras escuchaba por si oía algún ruido dentro del piso, oyó que alguien subía por la escalera principal y se retiró apresuradamente a su propia planta.

Permaneció en su apartamento hasta que el hambre le obligó a salir para comer. Al bajar a la calle, volvió a llamar a la puerta de Jock, pero tampoco obtuvo respuesta. Lo único que se le ocurrió fue comer en el restaurante que frecuentaban los dos, con la esperanza de encontrarle allí. Pero se llevó un chasco.

Eligió el menú, que nunca merecería ser tenido en cuenta por la guía Michelin, y mientras soportaba los acostumbrados defectos del servicio, repasó mentalmente los horribles sucesos de la noche anterior. La baja forma de Jock había sido ostensible en las últimas semanas, pero Hillsden lo había atribuido a su frustración al verse obligado a permanecer en Moscú. Ciertamente, había bebido más que de costumbre y su humor se había vuelto más errátil; los intervalos entre sus arrebatos truculentos se habían abreviado y se advertía una corriente oculta de violencia reprimida.

En los tiempos de Austria, Jock se había mostrado siempre polémico, empeñado en decir la última palabra, pero nunca había exhibido tan abiertamente este lado oscuro de su carácter.

Sexualmente había sido un enigma, malicioso e insinuante, pero sin revelar nunca sus verdaderas inclinaciones. Hillsden había llegado simplemente a la conclusión de que los gustos sexuales de Jock habían permanecido fosilizados desde la adolescencia. Solía comprar revistas atrevidas, por lo que Hillsden y Caroline le zaherían con frecuencia; pero también lo hacían otros hombres de su edad. No había nada abiertamente siniestro en ello; la obsesión de mediados del siglo veinte por el retrato explícito de la mujer desnuda había dado lugar a una industria internacional, así como provisto de infinitas municiones a la causa de la liberación de la mujer. Hillsden había dicho una vez a Caroline que todo estaba en la mente de Jock. «No creo que realmente *haga* gran cosa. Piensa mucho en ello, sí, pero me parece que no va más lejos». Ciertamente, fuese cual fuere la verdad en aquellos tiempos, no había influido en el trabajo de Jock. «Irónicamente, fui yo el que incurrí en la condena oficial —pensó Hillsden—; el adulterio manchó *mi* reputación».

Sin embargo, no fue el pasado lo que monopolizó sus pensamientos mientras picaba la comida quemada en el plato, sino la imagen imborrable del cuerpo violado de Katia, retorcido sobre la sucia cama como una marioneta rota. Creía que nunca podría librarse del asco que había sentido. Lo que había hecho Jock en el dormitorio escapaba a su comprensión; en modo alguno podía imaginar que alguien fuese capaz de realizar estas acciones contra otro ser humano. El amargor de bilis que sentía en la boca se debía en parte a su propio comportamiento, al hecho de que, mientras se producía aquel horror en el dormitorio contiguo, Inga y él habían estado buscando una especie de amor.

Empujó a un lado la comida a medio consumir, incapaz de tomar otro bocado, pagó y salió del restaurante. La calle estaba desierta. Todavía enfrascado en aquellos pensamientos, no advirtió que lo seguían hasta que una limusina Volga negra se detuvo a su lado.

—Alec —dijo una voz familiar. Se volvió y vio a Abramov detrás del volante—. Suba. Quiero hablar con usted.

Hillsden obedeció.

—Tenemos que discutir ciertas cuestiones —dijo Abramov, mientras conducía en dirección al parque Gorky.

—¿Cómo está la chica?

—La chica ha muerto. Tenía desgarrados los órganos internos; se desangró. Usted actuó correctamente, y se lo agradezco, pero no se pudo hacer nada.

—¡Oh, Dios mío!

—Dios no la ayudó mucho. El incidente ha causado graves problemas, y repercute sobre mí. La muchacha era checa, ¿lo sabía?

Hillsden asintió débilmente con la cabeza, todavía abrumado por la noticia.

—Su padre era un miembro importante del Partido de Praga. Por consiguiente, deben ocultarse las verdaderas circunstancias de la muerte. Para el mundo exterior, murió en un accidente de automóvil.

—¿Y la otra muchacha?

—Ya hemos hablado con ella y dispuesto lo necesario. No volverá a su país. Ha terminado sus estudios en la universidad y tendrá un cargo de cierta importancia en nuestra sede en Alemania del Este..., para su propia protección, naturalmente —añadió, sin pizca de ironía.

—¿Y Calder?

—Calder plantea un problema más difícil. Le hablaré de Calder más adelante.

—¿Dónde está?

—Ahora debería estar de vuelta en su apartamento. Lógicamente inseguro en lo tocante a su futuro, que tiene aún que decidirse. Pero es de usted de quien quiero hablar primero. Tengo que hacerle una proposición, que espero que dará la solución a varios problemas no resueltos. Éste es ahora su mundo. Usted es uno de nosotros, Alec, y debe empezar a pensar como tal. Hasta ahora, no me ha defraudado; ha superado todas las pruebas. Pero la lealtad, como una delicada pieza de una máquina, tiene que estar bien lubricada. No podemos descuidar un instante la vigilancia, si hemos de conseguir nuestros objetivos finales. Ni podemos eludir lo que la lealtad exige. Ahora bien, en el curso de nuestras charlas, usted ha demostrado varias veces que tiene sumo interés en conocer la verdad sobre la muerte de la que fue su amante. He reflexionado mucho sobre esta cuestión y estoy dispuesto a hacer un trato.

Abramov detuvo el coche y paró el motor.

—Haré la proposición en forma de una pregunta. Si le revelase la identidad de la persona que mató a su Caroline, y si tomase las medidas necesarias para enfrentarle

con su asesino, ¿qué haría usted? ¿Cuál es la fuerza de sus sentimientos?

Pillado por sorpresa, Hillsden miró fijamente al frente; con el motor parado, el parabrisas se había empañado, confundiendo su visión. La pregunta de Abramov había agotado sus fuerzas; era como si un médico acabase de decirle que padecía una enfermedad incurable.

—No lo sé —dijo al fin— No puedo darle una respuesta inteligente.

—¿Por qué?

—Nunca he matado a nadie.

—¿Ni siquiera en la guerra?

—No fui esa clase de soldado. Usted sabe que no pertencí a una unidad de combate.

—¿Y qué me dice de Belfrage?

—Yo no maté a Belfrage. Londres se las ingenió para crear pruebas contra mí.

—Siempre hay una primera vez. Y usted tiene motivo.

—Éste es el trato, ¿eh? Si usted me lo dice, yo tendré que liquidarle.

—Ya que lo plantea de esa manera, sí, ése es el trato. Cuando pensé en ello, mi intención fue hacerle un favor.

—Presumiblemente, el asesinato se perpetró por alguna razón.

—Correcto.

—Y, presumiblemente, por orden de usted.

—La orden no fue mía. Yo no hago política, Alec. La orden vino de más arriba.

—Entonces, ¿por qué quiere usted... quieren ellos... suprimir al asesino, si actuó de acuerdo con las órdenes e hizo un buen trabajo para ustedes?

—En aquella ocasión, sí. Pero, después, no se ha mostrado tan digno de confianza. Ahora se considera que está de sobra.

—Todavía no comprendo por qué he de ser yo. Deben tener hombres mejores para este trabajo. ¿Y si fracasase?

Abramov limpió una parte del parabrisas con la mano enguantada.

—Esto es como muchas cosas en la vida. Alec. Si uno puede resolver varios problemas a la vez, los nuestros y los suyos, tiene cierta justicia poética. Estoy seguro de que, como hombre instruido que es, puede apreciarlo.

—Salvo que no estamos hablando de poesía, sino de un asesinato.

—Yo no lo llamaría así. ¿Influiría en su decisión si le dijese que, independientemente de usted, la persona de que se trata ha sellado ya su destino con sus subsiguientes acciones? No le tomo a usted por un estúpido. Supongo que ya lo ha adivinado. ¿No? Entonces, tal vez esto le ayudará a decidirse.

Se inclinó hacia adelante y, con la punta de un dedo enguantado, escribió «Calder» en el parabrisas empañado delante de Hillsden.

Se hizo un profundo silencio en el coche.

—¿Le ayuda esto a concentrar sus ideas?

—No le creo.

—¿Por qué habría de mentirle? Seguramente los sucesos de la noche pasada le habrán convencido de que es capaz de todo. Piense en esto. No piense en él como en un amigo, sino como un hombre capaz de insertar una botella de vino en la vagina de una joven para satisfacer algún perverso deseo. Usted lo vio con sus propios ojos. ¿Cree que un hombre así vacilaría en inyectar veneno a la mujer que usted amaba?

Mientras Abramov frotaba el parabrisas con la mano, Hillsden permaneció sentado inmóvil.

—Puede tomarse tiempo para pensarlo. Pero no demasiado. La situación en lo tocante a la joven es delicada. Tenemos que eliminar todas las pruebas lo más rápidamente posible.

—¿Cómo puedo saber que me está diciendo la verdad?

—Puedo convencerle de ello. Puedo referirle todos los detalles de su estancia en Londres. Estuvo todo el tiempo bajo vigilancia. Incluso asesinó allí a otra persona. A una prostituta. Los periódicos de Londres publicaron el suceso. Esto lo hizo para su propia satisfacción, no por nuestra cuenta. Lo que hizo por nosotros le fue pagado. Si quiere más pruebas, puedo dárselas. Pero si todavía no está convencido, le haré otra concesión. Enfréntese con él; deje que se lo diga él mismo.

—¿Por qué tendría él que hacerlo? No lo diría nunca, y menos a mí.

—Lo haría si usted le ofreciese un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Algo que, en su actual situación, creo que estaría ansioso de aceptar. El trato sería hablar conmigo a su favor y salvarle la cabeza por el caso de la joven muerta.

Hillsden sacudió violentamente la cabeza.

—Todavía no puedo prometerle nada.

—¿Pero lo pensará, Alec? Tengo gran confianza en usted. Sé que lo intentará por mí.

Abramov puso el motor en marcha, hizo dar la vuelta al coche y se dirigieron al apartamento de Hillsden sin hablar. La calefacción aclaró gradualmente el parabrisas, pero lo último que se desvaneció fue el apellido de Jock.

Capítulo 38

El único sonido en la estancia era el débil repiqueteo que hacía el canario al besar su propia imagen en el espejo de metal fijado en los barrotes de la jaula. Hillsden estaba sentado junto a la ventana y lo observaba, mientras saltaba y bailaba a lo largo de la caña, moviendo la cabecita como extasiado. Repetía la secuencia una y otra vez como si, pensó él, el amor fuese únicamente el reflejo de uno mismo. Sentado allí, con un vaso de *whisky* en la mano, pensó lo mucho más fácil que sería la vida si no hubiese alternativas.

Al buscar durante tanto tiempo la verdad sobre la muerte de Caroline se había convertido en prisionero de su propio odio; había crecido en él como un tumor maligno, ahogando la razón; el odio les había traído a todos a este lugar, donde había que hacer la elección final. ¿Qué otra cosa, sino el odio, había persuadido a Caroline de volver aquella última vez? Ella le había pasado su odio, como el testigo en una carrera de relevos que nadie podía ganar. ¿Y si la versión de Abramov no era más que otro juego macabro en la larga serie instigada por Control? ¿Y si volvían a utilizarle meramente como instrumento de la voluntad de otro para saldar antiguas cuentas? El presente, no el pasado, era el país extranjero en el que habitaba ahora y donde todo se hacía de un modo diferente.

Permanecía junto a la ventana, mientras la lluvia caía como lágrimas sobre el cristal, se oscurecía la habitación y el canario se arreglaba las plumas y se pavoneaba. Desde su conversación con Abramov en el coche no había hecho nada para ponerse en contacto con Jock, aunque se daba cuenta de que el enfrentamiento no podía demorarse mucho más. Abramov había insistido en que el asunto debía resolverse rápidamente. Alargó una mano para servirse más *whisky*, pero nada quedaba ya en la botella para darle más valor. En aquel momento oyó que llamaban a la puerta. Cruzó la sombría estancia y se dirigió a abrir. Jock dijo:

—Me he mantenido alejado de ti el mayor tiempo que he podido, amigo. Por fin me he puesto sobre mí. Ahora estoy bien, vuelvo a ser el de siempre después del tropiezo.

«Todo el mundo parece siempre el mismo —pensó Hillsden—. El asesinato no nos cambia; solamente pueden hacerlo el amor y el dolor». Se apartó a un lado y dejó entrar a Jock.

—¡Dios mío, qué oscuro está esto! ¿Se han fundido todas las lámparas o ha habido otra clase de avería?

—No; he estado durmiendo.

—Tienes suerte.

Hillsden pulsó el interruptor. El canario aleteó furiosamente y cayó en un rincón de la jaula; una nubecilla de plumas diminutas flotó en el aire.

—Has asustado a Gromyko. Tendrías que cubrir la jaula con un paño cuando oscurece. Eso era lo que yo necesitaba la otra noche, salvo que, en mi caso, un saco

habría sido más apropiado. No sé qué diablos me pasó, pero no volverá a ocurrir. — La voz de Jock tenía la falsa alegría del que acaba de escapar ileso de un accidente de automóvil—. Ahora todo está arreglado. Tuve una sesión muy desagradable con nuestro mutuo amigo. Él me leyó la cartilla, como era de esperar, pero prometió encargarse de todo. Una cosa puedo decir acerca de ello: nunca se muestran inflexibles en cuestiones de moralidad; sólo les preocupa conservar la imagen. Lo único que tengo que hacer es mostrarme muy humilde durante un tiempo, cosa que ciertamente haré. No quiero volver a tener una experiencia como ésa. Pero tú fuiste estupendo, un verdadero amigo cuando te necesité. Hiciste lo que debías. No olvidaré que estoy en deuda contigo.

Hillsden le dejó hablar y su silencio inquietó a Jock.

—Sé lo que debes sentir, y no me excuso. No *hay* excusas para la manera en que me comporté. No es una excusa, pero sospecho que bebí demasiado últimamente. Me hice un lío. No es cierto que *In vino veritas*. Por fin estalló la pólvora. Es la maldita atmósfera de este país. Nunca me he sentido feliz aquí. —Vaciló de nuevo—. No dices nada. ¿Te ha ocurrido algo?

—Yo vi también a Abramov.

—¿Ah sí? ¿Cuándo?

—La noche pasada. Vine a buscarte, pero no estabas en casa; por consiguiente, me fui a cenar solo. Por lo visto él me siguió y me alcanzó cuando salía del restaurante.

—¿Te hizo pasar un mal rato?

—No. La conversación versó principalmente acerca de ti.

—¿Qué te dijo de mí?

—Supongo que ya lo sabes. Estaba preocupadísimo por la muerte de la chica.

Jock pareció derrumbarse.

—¿De qué estás hablando?

—La muchacha murió. Seguramente lo sabías, ¿no?

Jock le miró fijamente.

—¿Qué?

—Está muerta. No me digas que lo ignorabas.

—¿Te estás burlando de mí? Claro que no lo sabía, te lo juro. —Se dejó caer en el sillón más próximo—. No bromees, por favor. No acerca de eso. Dime que no es verdad.

—Sólo te digo lo que me dijo él.

—¡Oh, Jesús! —Se balanceó en el sillón como una vieja— ¡Oh, Jesús, Dios mío! —Su angustia parecía bastante auténtica, pero era imposible saber si era por la chica o por su propia y difícil situación—. Sé que dije que no volvería a beber, pero ahora necesito un trago.

Hillsden le mostró la botella de *whisky* vacía.

—Temo que no estás de suerte.

Jock hurgó en sus bolsillos buscando un cigarrillo, pero fue incapaz de encenderlo.

—Tienes que ayudarme, amigo. ¿Qué va a pasar ahora?

—En lo que se refiere a la chica, ellos han cuidado de todo. Oficialmente, y en consideración a su padre, miembro del Partido en Praga, murió en un accidente de automóvil. Uno de esos desdichados accidentes de los que no hay testigos. Tienes suerte de que operen en el mundo más cerrado y más brutal que pueda imaginarse. A fin de cuentas, han tenido más de cincuenta años para perfeccionar un sistema de engaño. En esta ocasión, ello te favorece. La otra, Inga, mi muchacha, ha sido sobornada; por consiguiente, estás a salvo.

—¿Fue Abramov quien te dijo todo eso?

Hillsden esperó una sombra de remordimiento por la joven muerta. Había hecho un pacto consigo mismo de que lo que ocurriese ahora decidiría el resto de la historia. Pero, mientras le observaba, Jock empezó a recobrase y su alivio fue tan ofensivo como un fétido olor.

—Apuesto a que me echaste una mano para sacarme del apuro. Dijiste algo a mi favor, ¿verdad? Por mor de los viejos tiempos. Estoy doblemente en deuda contigo.

—Sí, aunque parezca curioso, hablamos de los viejos tiempos. De ti y de mí. Y de Caroline.

Encendió una cerilla y la ofreció a Jock.

—¿Caroline? ¿Por qué de Caroline?

—Como me dijiste una vez, ellos no dan nunca por terminado un caso.

—¿Qué podía querer saber de ella?

—Fui yo quien quería saber. Pequeñas cosas que todavía me inquietan. Me sugirió que tú eras la mejor persona a quien podía preguntar.

—¿Por qué te diría eso?

—Me imagino que pensó que eras el que estaba mejor situado para saber la verdad. En realidad, tú no me contaste nunca tu parte de la historia, ¿no es cierto, Jock?

—¿No? Creí que te lo había contado todo.

—Pero hay lagunas, ¿verdad?

—Eso es agua pasada, amigo. Sé que tú la apreciabas mucho; yo la apreciaba también; pero no podemos resucitarla.

—Yo no la apreciaba. La amaba.

Jock estaba recobrando la confianza; se mostraba cauteloso, eludiendo las preguntas con una sonrisa.

—Y nunca aprendemos, ¿eh? He descubierto que el amor complica las cosas. ¿Qué quieres saber?

—El final de la historia.

—Tú me contaste el final de la historia. La única razón de que yo no entrase nunca en detalles sobre el resto fue que, sabiendo lo que sentías, quise ahorrarte más

disgustos.

Encendió otro cigarrillo con la colilla del primero.

—Tal vez ahora estoy en condiciones de que me lo cuentes todo.

—¿Por qué quieres atormentarte, amigo? ¿Qué bien puede hacerte? No es exactamente un cuento de niños.

—No, supongo que no; pero no estoy buscando consuelo.

—Bueno, si vamos a tratar de esto, necesito un trago, amigo. Un buen trago, a pesar de todas las buenas intenciones. Esta noticia sobre la muchacha me ha impresionado de veras. Continuemos la conversación en mi casa. Creo que encontraré una botella o dos, y todavía tengo una lata de esturión en la nevera.

Hillsden lo siguió al pasillo, que siempre le recordaba un manicomio: el mismo aspecto, las mismas puertas pintadas de gris, el perfecto escenario para una película de miedo en blanco y negro de antes de la guerra. Siempre le extrañaba oír poco o ningún ruido de los otros moradores. Mientras bajaban dos plantas por la escalera, trató de imaginarse las pocas horas que transcurrirían entre ellos. Ya no tenía espacio para maniobrar; estaba tan enjaulado como el asustado canario.

El apartamento de Jock estaba limpio; ya no había huellas del terrible caos de la noche en que murió la joven. Las habitaciones eran todavía más vulgares que las de Hillsden, desprovistas de objetos personales; solamente una residencia temporal para un transeúnte.

—¿Te importa cambiar de bebida? —preguntó Jock, sacando una botella de vodka.

—Echaré un traguito para acompañarte.

Hillsden evitó sentarse en el sofá donde había hecho el amor a Inga.

—Ahora puedo confesarlo, amigo. Cuando me dijeron que desertabas, sospeché algo. Nunca imaginé que te pasaras. Te consideraba el último *boy scout*.

Sus maneras eran despreocupadas, como si estuviesen en una reunión de estudiantes para intercambiar relatos sobre antiguos partidos de fútbol.

—Yo podría decir lo mismo de ti. Desde luego, en tu caso, no tenía motivos para sospechar nada; creía que estabas muerto.

—Mi situación era diferente. Y yo no fui nunca *boy scout*. Cuando me pillaron, icé la bandera blanca más de prisa de lo que puedes imaginar. Yo nunca tuve ideales. ¿Los tenías tú cuando empezaste?

Hillsden tardó un poco en responder.

—Creo que tal vez pensé antaño que nuestro bando jugaba más limpio que los demás.

—Nunca. De ninguna manera. Lo que nosotros hacemos, viejo, y aquellos por quienes lo hacemos, no contribuye a fomentar la industria de detergentes. Nada de lo que lavamos adquiere un blanco puro. Somos gente gris que hacemos cosas grises; todo lo que tocamos está manchado. ¿Tengo o no tengo razón?

—Creo que la tienes.

—Yo sé que la tengo. Tú sabes que la tengo. Si me metí en esto, fue estrictamente por el dinero. No iba a terminar como los demás. Los dos les hemos visto: patéticos fantoches panzudos que se preguntan si va a llegarles la pensión para correrse una juerga una noche al mes. ¿Podrán pagar otro año la cuota del club? Que se preguntan por qué todo aquello en lo que creyeron un día se fue a la mierda. Que se retiraron en la errónea creencia de que sus esfuerzos contribuyeron a asegurar la democracia en el mundo. ¿Y qué obtuvieron a cambio? Una maldita CBE, si tuvieron suerte, para guardarla en una vitrina sobre la falsa cómoda georgiana dentro de una casa semiindependiente de falso estilo georgiano con radiadores eléctricos en el vestíbulo. ¡Jesús! ¿Crees que yo iba a conformarme con eso?

Hillsden vio la casa que había compartido con Margot, los fríos dibujos de papel de la pared de la escalera, el dormitorio donde un día creyó que el amor era seguro.

—¿Crees que *Londres* me habría dado, junto con un apretón de manos, el número de una cuenta en un banco suizo? La suerte no pasa nunca dos veces, amigo. Tú eres el hombre culto. Sabes las trolas que te largan: ningún hombre es una isla, cada hombre es parte de un todo, etcétera. Pamemas. Créetelo y las campanas tañerán por ti..., tocarán a muerto, amigo. Cada hombre tiene que valerse por sí mismo. Siempre fue así y siempre lo será. Yo descubrí el truco, el viejo juego de manos del *establishment*. Sólo que lo descubrí antes que tú; ésa es la única diferencia.

Levantó el vaso en el aire, impulsado por su propia elocuencia, y el vodka se derramó sobre la descolorida alfombra.

—¡Qué importa quién tenga los secretos! ¿Qué secretos? No el secreto de la vida eterna..., que valdría la pena preservar, sino toda la porquería: la próxima generación de misiles, el último gas letal, los rayos laser en el espacio. Dales un par de años, y los estudiantes de quinto en los institutos proyectarán rayos de la muerte con sus ordenadores caseros. Van a fabricar bombas tan pequeñas como Sony *walkmans*, querido. ¿Crees que alguno de nosotros puede impedir lo que se nos viene encima? El mundo se ha encaminado siempre a su fin.

—Nunca creí que fueses un pensador tan profundo, Jock.

—Esto no es pensar profundamente. Lo reservo para el Número Uno.

—¿Luego te rendiste de buen grado?

—Sí, pero no me interpretes mal. Yo no rompí la red. No tuve que hacerlo.

—¿Quién lo hizo?

—Toma otra copa primero.

—Estoy bien, de momento.

—La necesitarás. Te advierto que encontrarás algo de esto difícil de digerir. Se van a vaporizar algunas de tus más queridas ilusiones, viejo amigo.

—Presumiendo que las tenga todavía.

Jock le miró un momento.

—Para empezar, ¿qué pensarías si te dijese que Control traicionó a Caroline sólo para quitarla de en medio?

—¿Control?

Hillsden tuvo que hacer un esfuerzo para mostrarse sorprendido. Jock asintió vigorosamente con la cabeza, encantado de haberse apuntado el primer tanto.

—¿Control? —repitió Hillsden— ¡Jesús! ¿Sabías esto cuando estábamos todos juntos?

—¡Vamos! Yo entonces jugaba limpio. Control me engañó, como ha engañado a todo el mundo. Pero Caroline se había acercado demasiado para su tranquilidad y, como la controlaba directamente desde Londres, empleándome a mí como correo, siempre iba un paso delante de ella. Caroline sólo tenía un triunfo en la manga.

—¿Cuál era?

—Ya llegaremos a eso. Deja que siga el debido orden. —Se sirvió otro vaso—. Caroline era solitaria, ¿de acuerdo? Hacía la guerra por su cuenta. Y tú lo sabías. Podías acostarte con ella, pero apuesto a que nunca penetraste hasta el fondo de su cerebro. ¿Tengo razón? —Hillsden asintió con la cabeza—. La cosa se remontaba a la muerte de su padre. Ahora bien, yo tengo la teoría de que, a través de Glanville, vía Henze, Control se enteró de que su propia posición se estaba haciendo peligrosa. Por consiguiente, el tortuoso bastardo se las arregló para encontrarse con ella en Salzburgo y la animó a seguir las pistas que tenía. Creo que ya entonces sospechó ella algo de él. Ninguna prueba concluyente, sólo lo que le decía el viejo radar femenino. Ella le despistó bien, estoy seguro. De no haber sido así, él se habría asegurado de que no saliese viva de Salzburgo. Control volvió a casa, confiado en que Berlín haría el trabajo sucio por él. Ahora sólo tenía que cuidarse de ti, y tú estabas ya en sus manos, por haber quebrantado las reglas de la casa.

—¿Es todo esto una teoría?

—Una teoría, pero confirmada por lo que ocurrió después.

Como no podía estar seguro de lo que tú sabías, de cuánto te habría confiado Caroline cuando descansabais la cabeza sobre la misma almohada, la evidente solución era traerte a casa, bajo sus alas. De nuevo en Londres, serías neutralizado. Por consiguiente, se te ordenó que hicieses los bártulos y Caroline marchó a Berlín.

—Que era donde la estaban esperando, ¿eh? Pero ¿qué tenía ella?

Jock le miró.

—¿Qué?

—Dijiste que tenía un triunfo en la manga.

—Ah, sí, eso. Pero no te precipites. Deja que lo cuente a mi manera. Ella se encontró con Henze, esto lo sé. Y él le dio algo. —Hizo una pausa, para mayor efecto, centelleando sus ojos sobre el vaso al tomar otro sorbo—. Unas fotografías. Diez, para ser exacto.

—¿Fotografías de Control?

La palabra «fotografías» había accionado un interruptor en su memoria.

—No. Y me estoy guardando lo que será una gran sorpresa para ti. Sabe Dios cómo y dónde las obtuvo Henze, pero el hecho es que las tenía y las pasó a Caroline.

Sabía que eran peligrosas, pero no había captado su verdadera significación. Caroline sí que la captó... inmediatamente. Eran la última pieza del rompecabezas, y verdadera dinamita. No sólo podían poner a Control al descubierto, sino también hacer naufragar toda la operación rusa en Inglaterra.

—Por el amor de Dios, ¡dime qué eran!

—Paciencia, paciencia.

—¿Las viste tú también?

—Vi nueve de ellas. Y Caroline tenía razón.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Caroline me las envió por correo, a la dirección secreta que teníamos en Viena. Muerto Henze, tenía que actuar deprisa. Enviártelas a ti era demasiado arriesgado; por consiguiente, me las remitió a mí, por fortuna.

—¿Por qué «por fortuna»?

—Porque fueron más tarde mi póliza de seguro..., pero ya llegaremos a eso. La décima la ingresó en el banco, literalmente hablando. La remitió a Londres, dirigida a ella misma, pero a la atención del Lloyds Bank de St. James Street, que es donde guardaba sus ahorros. Supongo que pensó que podría salir de allí, pero al día siguiente la aprehendieron.

Hillsden tenía que esforzarse para dominar su impaciencia, pero estaba resuelto a dejar que Jock se ahorcase él mismo sin ayuda.

—La capturaron, pero, durante mucho tiempo, no pudieron hacerla cantar. Y ésa es la parte que no te gustará, pero ahora ya lo has pasado y sabes cómo trabajan ellos. Ella tenía..., todo el mundo lo tiene..., un punto vulnerable, y lo encontraron. —Engulló su bebida y se dobló hacia adelante, como acometido por una punzada de dolor—. Espera, tengo que pasar a mi propia historia. Cuando me pillaron, no tardé mucho en darme cuenta de que Control tenía que ser el responsable.

—¿Por qué?

—Él era el único, aparte de ti y de Caroline, que conocía mi dirección secreta en Viena. ¿Por dónde iba?

—Decías que ellos te pillaron.

—Sí. Una operación clásica. Las tres de la mañana. No llamaron a la puerta; tenían un juego de llaves. La primera parada fue en Berlín del Este, donde empezaron inmediatamente a apretarme las clavijas, como si se tratase de una carrera contra reloj. —Ya no miraba a Hillsden—. Entonces descubrí que no era lo valiente que se presumía que sería. Uno nunca lo sabe hasta que se encuentra en aquella situación, ¿verdad? Y conocían su oficio. Me dijeron lo que iban a hacerle a Caroline si yo no hablaba. Me mostraron fotos de otros testigos reacios. ¿He dicho testigos? Víctimas. Las mismas viejas técnicas que empleaban los nazis... Hablamos de esto en Austria, ¿te acuerdas?, de cómo se puede soportar el dolor de uno mismo, pero no de los otros. Y yo no podía... no podía siquiera soportar mi propio dolor. No sabía que ya la habían hecho hablar. Por eso, cuando me ofrecieron un trato, se lo dije todo. Me

pareció que era lo mejor que podía hacer por ella. Nos mantenían apartados; nunca me dejaron ver a Caroline. Mi única excusa es que pensé que la estaba salvando. Juro que es lo que creí.

Hillsden esperó que continuara, pensando: «¿Por qué no me compadezco de él?».

—Entonces no supe que habían captado algo que había mencionado casualmente. Ni siquiera recuerdo cómo ni por qué lo dije. Pero tú ya sabes lo minuciosos que son: las mismas preguntas repetidas hora tras hora. No me dejaron dormir durante seis días. ¡Quién sabe lo que dije! —Miró el vaso vacío— ¿Hemos terminado la botella?

—Parece que sí. ¿Qué es lo que se te escapó?

—Les hablé de la habitación.

—¿La habitación?

—Aquella habitación en Austria, en la cima de la torre, donde iban a morir todas las moscas. Tú dijiste que a ella le aterrorizó, que fue la única vez que la viste dar señales de flaqueza. Y ellos han hecho una ciencia de la explotación del miedo. —Escrutó el semblante impasible de Hillsden, buscando algún indicio de que le comprendía—. Yo no podía saber que iban a utilizar aquello. ¿Cómo podía haberlo imaginado? Hubiese tenido que ser uno de ellos, pensar igual que ellos.

Asió la segunda botella, pero no la abrió.

—¿Sabes lo que hicieron? Construyeron una copia. La reprodujeron como en un maldito plató. Y cuando la construyeron la llenaron de moscas e hicieron entrar allí a Caroline. Resistió cinco días, y después se derrumbó. Cuando la sacaron de allí, habría sido capaz de clavar de nuevo a Cristo en la Cruz si se lo hubiesen pedido. —Hubo una larga pausa—. Conque ya lo sabes. ¿Puedes abrir esto? Soy un manazas.

Hillsden tomó la segunda botella. Le temblaba la mano al descorcharla. Después de haber llenado el vaso de Jock, vertió una pequeña cantidad en el suyo. Jock no dio señales de haberlo advertido.

—Al menos di que lo comprendes.

—Sí, comprendo cómo debió ser. —Hizo girar el líquido incoloro en su vaso, lamentando que no fuese tan claro todo lo demás—. Supongo que parte de tu trato con ellos fue el fajo de fotografías, ¿no?

—Sí.

—Y la décima..., ¿les hablaste de ella?

—¿Cómo podía hacerlo? Yo no sabía entonces que existiese. —Jock se puso en pie—. Voy a echar una meada.

Se dirigió al cuarto de baño.

Al quedarse solo, trató Hillsden de ordenar sus pensamientos. Todo se iba aclarando al separarse los jirones de niebla; sólo se necesitaba una última ráfaga para que apareciese el resto del paisaje perdido. Llenó el vaso de Jock y volvió a sentarse en su sillón antes de que Jock regresase.

—Entonces, ¿cómo te enteraste de ella? —preguntó inmediatamente Hillsden, continuando su interrogatorio.

—¿De qué?

—De la última fotografía de la serie.

—Ante todo, pregúntame quiénes aparecían en ella.

—Está bien, te lo pregunto.

—Una muchacha y un hombre. —Pero su habla era ahora confusa—. Si te la mostrase ahora, les reconocerías a los dos. Sí, chico, les reconocerías. ¿No lo adivinas? —Hillsden sacudió la cabeza—. Te daré una pista. ¿Cuándo fue la última vez que viste las rocas blancas de Dover? —Pero Hillsden todavía no cayó—. Está bien, una segunda pista: gaviotas. —Jock esperó, enrojecido el semblante como el de un niño que va a revelar su secreto—. Te trajeron en un barco, ¿no?

—¿Quieres decir *aquella* muchacha? ¿Wendy?

—¿Es así como se hacía llamar? Sí, dormilón, ¡aquella chica!

Hillsden le dejó disfrutar de su momento de triunfo; después dijo:

—¿Y era el hombre su amigo alemán?

—No, ni por pienso. ¿Qué te dije? Te dije que era dinamita. El alemán no está siquiera en la misma liga.

—Entonces, ¿Control?

—Ríndete, nunca lo adivinarás. —Jock apuró el contenido del vaso de nuevo lleno—. Mira, te lo diré despacio. Retrocede un poco en el tiempo. Henze da las fotografías a Caroline. Él sabe quién es Wendy, o Pamela si lo prefieres, pero no capta la importancia del muchacho de la fotografía. ¿Por qué habría de captarla? No es más que un muchacho berlinés. En cambio, Caroline lo ve enseguida. ¿Me sigues? Bueno, durante largo tiempo, nadie de aquí, incluido yo, supo la existencia de la décima foto. Tienen mi colección, y se imaginan que lo tienen todo. Entonces canjean a Caroline. Ella vuelve a casa y, por desgracia, según tú me has dicho, se ve inmovilizada en una silla de ruedas. Me imagino que recluida en un sanatorio. Incomunicada. Sin embargo, a diferencia de los suizos, los bancos británicos juegan limpio. Si tienes una cuenta en ellos, te envían regularmente las operaciones efectuadas y el saldo. Así, que hay que presumir que, en algún momento, el eficiente director del banco de Caroline averiguó su paradero (tal vez la misma empresa le dio la información, considerando que la investigación del banco era adecuada) e incluyó la foto con el resto de la correspondencia. ¿Me sigues?

—Sí, me parece plausible.

—Deja que te pregunte algo que siempre me intrigó. ¿Por qué no la visitaste nunca?

—Como tú, descubrí que me faltaba valor en los momentos cruciales.

—Si la hubieses visitado, habrías reconocido al hombre de la foto. Pero alguien lo reconoció, y ese alguien lo dijo a Control.

—¿Quién era?

—Uno entre un pequeño ejército, uno de los que permanecen en la sombra y nadie se fija demasiado en ellos; individuos pequeños al servicio de grandes causas.

Éste era amigo de la jefa de enfermeras. Una irlandesa limpia por fuera como una patena, que comulgaba tres veces a la semana, pero su verdadera pasión no era la Cruz, sino el odio a los ingleses. Ella lo descubrió.

—Todavía no me has dicho qué.

—He reservado lo mejor para el final. Supongamos, sólo supongamos que hubieses sido tú, *tú*, no aquella vieja irlandesa. Supongamos que tú *hubieses* hecho una visita a Caroline, cosa que era previsible y que aquella foto hubiese estado sobre la mesita de noche al lado del reloj Mickey Mouse. Como la niña era bonita, le hubieses echado un vistazo. Habría sido normal. La habrías mirado con más atención, ¿y qué habrías visto? —Jock hizo una pausa para mayor efecto—. De pie, rodeando la cintura de la joven con un brazo, nada menos que el actual ministro del Interior de Su Majestad.

—¿Bayldon?

—Bayldon, ni más ni menos. Control le había tenido en la sombra durante años. Ahora, como te conocía, lo habrías descubierto. Habrías querido conocer la razón de que Caroline exhibiese algo como aquello. Habrías empezado a tirar de la larga cadena. ¿No tengo razón? Claro que la tengo. Y la cadena te habría llevado, al final, al honorable señor Bayldon. Estabas ya sobre la pista, sin necesidad de aquello: Belfrage, Glanville. Tu olfato te orientaba bien; así que Control tuvo que empezar a tocar zafarrancho de combate. Después de disponer la eliminación de Caroline, por si ésta se recobraba milagrosamente, procedió a liquidar a los otros, y tú estabas en la lista.

Se sirvió otro vaso, satisfecho de la manera en que había contado la historia.

—Entonces, ¿la hizo matar por eso? —preguntó lentamente Hillsden, mientras se preparaba para la última pregunta.

—Oh, puedes estar seguro de que Control se mantuvo a distancia. Dejó que otros cuidasen del entierro. Puede dirigir a Bayldon, pero no corre esa clase de riesgos. Sin embargo, ni siquiera Control se sale siempre con la suya. Tú no tenías que sobrevivir. Tuviste la suerte de que Abramov te pillase antes que el Centro de Moscú.

—Sí, fue una suerte, dadas las circunstancias. —Después de una pausa brevísima, preguntó—: Dime, ¿qué te hizo recordar el reloj Mickey Mouse?

Esperó, pero no obtuvo respuesta.

—¿Fue fácil, Jock? ¿Más fácil que matar a aquella prostituta en Soho o a la muchacha de la otra noche? ¿Es una aguja hipodérmica más fácil de utilizar que un cuchillo o una botella? ¿O fue que ella te reconoció? ¿Fue eso? Vamos, puedes decírmelo. Toma otro trago y dímelo.

—No fue así.

La cara de Jock había perdido de pronto todo color, como una estampa caída en un fuerte decolorante.

—¿Cómo fue, Jock?

—Ella no estaba allí, amigo. Le hice un favor. Ya no era una persona. Tú la

amabas, y habrías hecho lo mismo. Fue un acto de caridad.

—¿Quieres decir como matar a un perro viejo? ¿Es eso lo que quieres decir?

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? ¡No te vayas! Amigo, no te vayas. No te marches sin decirme que lo comprendes. Fue como te he dicho, ella ya no era de este mundo.

De nuevo en su propio apartamento, Hillsden se sentó junto a la ventana al lado del canario, en la habitación a oscuras, contemplando la ciudad silenciosa. Le invadió un enorme cansancio, como las aguas oscuras de un lago, y de pronto sintió los latidos de su corazón como el tictac de un reloj Mickey Mouse desgranando los minutos.

Unas horas más tarde, cuando advirtió que la oscuridad estaba menguando, volvió al apartamento de Jock y lo encontró tumbado e inconsciente, atravesado en la cama sin hacer y con la botella vacía de vodka apretada contra la mejilla. Le llamó en voz baja, pero no hubo respuesta. Tomó una almohada y la apretó sobre la cara de Jock, asegurándose de que lo que quedaba de odio por la muerte de Caroline se mantuviese hasta que los débiles y ahogados gemidos se extinguieron para siempre. Entonces volvió a dejar la almohada en su sitio y, antes de salir, hizo la necesaria llamada telefónica a Abramov. Había otro asunto que arreglar antes de que terminase la larga noche.

Posdata

El hombre conocido unas veces como Calder y otras como Miller o Müller fue enterrado por segunda vez en una tumba anónima. No se hizo anuncio alguno de su muerte.

De acuerdo con el último trato que celebró con Abramov, Hillsden fue autorizado para salir de Moscú poco después y le asignaron una villa cerca de un lugar de veraneo en las orillas del Mar Negro. Mientras estaba allí, accedió a someterse a una serie de operaciones cosméticas que cambiaron sutil pero eficazmente su aspecto, ya que se había dado tácitamente por entendido que todavía tenía un papel activo que representar. Mientras se estaba recobrando, fue condecorado con la Orden de la Bandera Roja por sus valiosos servicios y se le otorgó la ciudadanía soviética. Superficialmente, parecía ser un converso devoto, pero, en lo más recóndito de su mente, alimentaba una fe más antigua que nunca había sido corrompida.

Vivía una existencia cómoda y privilegiada, y no le faltó agradable compañía. Aproximadamente un mes después de su llegada, Abramov hizo que Inga se reuniese con él. Abramov le dio también la noticia de que el amigo alemán de Pamela había muerto al estallar prematuramente un ingenio (lamentablemente de fabricación rusa) que estaba preparando. En cuanto a Pamela, la persuadieron de que se tomase unas largas vacaciones en Brasil.

Otra de las gratificaciones de Hillsden fue recibir periódicos y revistas occidentales. Esperaba con ilusión el momento de recibirlos y leía atentamente los sucesos de su país, manteniéndose en forma para la última carrera que tenía todavía que ganar. Una mañana, al abrir su ejemplar del *Times* por correo aéreo, se enteró de que la coalición amañada que gobernaba en Gran Bretaña se había derrumbado al fin, a causa de los continuos y cada vez más violentos disturbios. El primer ministro dimitió, y el monarca había enviado a buscar al honorable Toby Bayldon, como el candidato evidentemente más capacitado para unir a la nación, con el fin de que formase un nuevo gobierno. Se informaba de que su elección había sido bien recibida por ambos bandos de la Cámara y de que reinaba en el conjunto del país una fuerte impresión de renovada esperanza.



Bryan Forbes (su nombre real era John Theobald Clarke) nació el 22 de julio de 1926 en el Hospital Queen Mary, de Stratford, West Ham, Essex, Reino Unido.

Fue un director de cine, guionista, productor de cine, actor y novelista inglés, descrito como un «hombre del Renacimiento» y «una de las figuras más importantes de la industria cinematográfica británica». Más conocido como el director de la película *The Stepford Wives* (1975), escribió y dirigió varias películas aclamadas por la crítica, incluyendo *Whistle Down the Wind* (1961).

Su padre era vendedor y creció en el 43 de Cranmer Road, en Forest Gate, West Ham, donde asistió a la Escuela Secundaria de West Ham y a la Escuela Secundaria de Horncastle después de ser evacuado durante la Segunda Guerra Mundial a Porthleven, Cornwall, a casa del canónigo-vicario Edward Thornton Gotto y su esposa. Un amigo de la escuela en West Ham fue el artista Albert Herbert. Lionel Gamlin de la BBC lo tomó como anfitrión en Junior Brains Trust, y adoptó el seudónimo de Bryan Forbes.

Se formó como actor en la Real Academia de Arte Dramático desde los 17 años, pero completó sólo tres cursos. Hizo cuatro años de servicio militar en el Cuerpo de Inteligencia y la Unidad de Entretenimiento de Fuerzas Combinadas, durante el cual comenzó a escribir historias cortas. Después de completar su servicio militar en 1948, siguiendo las reglas de British Equity, se vio obligado a cambiar su nombre para evitar confusiones con el actor John Clark.

En 1951 se casó con la actriz irlandesa Constance Smith, y la pareja viajó a

Hollywood a principios de los años cincuenta. Forbes pronto regresó al Reino Unido; él y Smith se divorciaron en 1955. Forbes se casó con la actriz Nanette Newman el mismo año. La pareja tuvo dos hijas: la periodista Sarah Standing, que está casada con el actor John Standing, y la presentadora de televisión Emma Forbes.

Forbes comenzó a actuar, apareciendo en el escenario y desempeñando numerosos papeles secundarios en películas británicas, en particular *An Inspector Calls* (1954) y *The Colditz Story*.

Publicó una colección de cuentos cortos a principios de los años cincuenta, que indujo al productor «Cubby». Broccoli a ofrecerle trabajo de guion en *The Black Knight* (1954). Recibió su primer crédito para la película de la Segunda Guerra Mundial *The Cockleshell Heroes* (1955). Otros guiones posteriores son *I Was Monty's Double* (1958) y *The League of Gentlemen* (1959) dirigida por Basil Dearden, Forbes también la protagonizó. La película relata un robo de banco llevado a cabo por ex oficiales del ejército, y ganó el éxito crítico, incluyendo su primera nominación BAFTA.

En 1959, formó una compañía de producción, Beaver Films, con su colaborador frecuente Richard Attenborough. Beaver Films hizo *The Angry Silence* (1960), un controvertido guion de Forbes en el que Attenborough tomó el papel principal, y los dos hombres compartieron responsabilidades de producción.

El debut cinematográfico de Forbes llegó con *Whistle Down the Wind* (1961), producido de nuevo por Attenborough, una película aclamada por la crítica sobre tres niños del norte que ocultan a un criminal en su granero, creyendo que es un Jesucristo reencarnado. Fue protagonizada por la niña-actriz Hayley Mills y por Alan Bates, en uno de sus primeros papeles en la película. La película fue nominada para cuatro premios BAFTA, incluyendo la mejor película de cualquier fuente. Era la base para un musical 1996 por Andrew Lloyd Webber, *The L-Shaped Room* (1962), su siguiente película como director, con Leslie Caron en el papel de protagonista femenina que logra una nominación para un Oscar, y gana el BAFTA (mejor actriz británica) y el oro Premios Globe.

Forbes escribió y dirigió *Séance on a Wet Afternoon* (1964), y el mismo año escribió la tercera adaptación a la pantalla de la novela de Somerset Maugham *Of Human Bondage*.

En 1965, se traslada a Hollywood para hacer *King Rat*, una acertada historia del prisionero de guerra. Siguió con *The Wrong Box* (1966) y *The Whisperers* (1967), este último con Edith Evans. Una película de culto, *Deadfall* (1968), protagonizada por Michael Caine.

En 1969, Forbes fue nombrado director de producción y director gerente del estudio de cine Associated British (pronto se convertiría en EMI Films). Dennis Barker, en su

obituario de Forbes para *The Guardian*, afirma que «Esto equivalía prácticamente a un intento de revivir la industria cinematográfica británica enferma al instituir un sistema de estudio tradicional con toda una pizarra de películas en juego». Bajo el liderazgo de Forbes, el estudio produjo *The Railway Children* (1970), *The Tales of Beatrix Potter* (1971) y *The Go-Between* (1971), todas películas exitosas. Su gestión, sin embargo, fue de corta duración y, marcado por problemas financieros y proyectos fallidos, Forbes dimitió en 1971.

Simultaneando su cargo en EMI Films, volvió a trabajar como director con *The Raging Moon* (1971), protagonizada por Malcolm McDowell y Nanette Newman, la esposa de Forbes.

A partir de los años 70, Forbes dividió sus energías entre el cine, la televisión, el teatro y la escritura. En 1972, Forbes comenzó a trabajar en el documental, *Elton John and Bernie Taupin, Say Goodbye Norma Jean and Other Things* (1973), que narraban la vida del joven Elton John y Bernie Taupin. El proyecto llevó a Forbes un año entero, y le proporcionó una visión detrás de las cámaras de las escenas en la escritura y grabación de *Goodbye Yellow Brick Road*, incluyendo entrevistas con John, Taupin y miembros de la banda, incluyendo a Nigel Olsson y Dee Murray, así como a la madre de John, Sheila, el jefe de la discográfica DJM Dick James y su hijo Stephen, y las imágenes del concierto de John's Hollywood Bowl en 1973, durante el cual Forbes formó una estrecha amistad con John y Taupin, lo que le llevó a hacer otro trabajo con ellos, incluyendo la fotografía en el álbum *Do not Shoot Me Im Only the Piano Player* y *Goodbye Yellow Brick Road*. ITV transmitió el documental en el Reino Unido el 4 de diciembre de 1973 poco después de su finalización.

Forbes regresó a Hollywood para dirigir *The Stepford Wives* (1975), basado en la novela de Ira Levin del mismo nombre.

Fue presidente del National Youth Theatre, del Gremio de Escritores de Gran Bretaña y de la Beatrix Potter Society.

Escribió dos volúmenes de su autobiografía y varias novelas exitosas, la última de las cuales, *The Soldier's Story*, fue publicada en 2012. Fue colaborador regular de la revista *The Spectator*.

En 2004, Forbes fue nombrado Comandante de la Orden del Imperio Británico por sus servicios a las artes. En 2006, recibió el Premio Dilys Powell por su destacada contribución al cine de los Premios del Círculo de Críticos de Cine de Londres. En mayo de 2007 recibió un homenaje de BAFTA, celebrando su «logro excepcional en el cine».

Le diagnosticaron una esclerosis múltiple en 1975, mientras trabajaba en *The Slipper and Rose*. Sin embargo, reveló en una entrevista de 2012 que había sido un error de diagnóstico. Continuó con su carrera de interpretación, dirección y guion en la década

de 1990, y todavía estaba publicando novelas en los años 2010.

Forbes murió en su casa en Virginia Water, Surrey, el 8 de mayo de 2013 a la edad de 86 años, después de una larga enfermedad.

El periodista y ex editor de *Spectator*, Matthew DAncona, un amigo de la familia Forbes, dijo: «Bryan Forbes era un titán del cine, conocido y amado por la gente en todo el mundo en las industrias de cine y teatro y conocido en otros campos, Incluyendo la política, es simplemente insustituible y que ha muerto rodeado de su familia».

Notas

[1] Aquí hay un juego de palabras intraducible. «Veterinario», en lenguaje familiar, es *vet* en inglés. Y *to vet* significa investigar por razones de seguridad. (N. del T.). <<